Aquel objeto era la
llave a la vida eterna.
Restaurarlo, a cualquier
precio, era su cometido...
La MÁSCARA
Đ PROMETEO
JAIRO JUNCIEL
13

Daniel, un joven que vive en la Compostela de mediados del siglo XIX, acaba sin querer con la vida de su primo y debe huir para no ser condenado a muerte. Un carruaje lo lleva a la mansión de un rico anciano llamado Waterfall. El anciano ha organizado una expedición filantrópica con el afán de devolver al mundo una parte de lo que a él le ha dado. Daniel, acuciado por su situación, se embarca y pasa a formar parte de un grupo de eminentes matemáticos, biólogos y lingüistas que, además de su sapiencia, acarrean nefastas tragedias personales. Pero al inicio de la travesía, Daniel recibe un disparo que compromete su vida y los científicos deciden imponerle un objeto para sanarlo: la máscara de Prometeo. La máscara, que está incompleta, cura a Daniel, y se desvela así el auténtico motivo de la expedición: recomponer ese objeto fantástico que puede sanar, ilustrar, resucitar y procurar la vida eterna.

Jairo Junciel

La máscara de Prometeo

Título original: *La máscara de Prometeo*
Jairo Junciel, 2022

-

Revisión: 1.0

09/04/2023

Este libro está dedicado a mi hijo, Héctor Junciel.

Ya que es tan probable que los niños conozcan crueles enemigos, dejémosles al menos oír hablar de valientes caballeros y de su heroico coraje.

C. S. LEWIS

I
Juegos de sangre

—¿Y a qué vamos a jugar?

—*Al mejor juego de todos. Al juego del amor prohibido*.

Ya estoy tan lejos que no veo ni mi tierra, ni mi hogar, ni a mis hijos despidiéndome, ni a mi mujer llorando en el muelle… Mi odisea ha comenzado, pero alejándome de mi patria en vez de ir hacia ella… Dios mío, no sé qué decir pese a llevar décadas pensando y preparándome para este momento. Estoy aturdido, me faltan el aire y las palabras.

Creo que lo correcto es empezar por el principio, por el primer viaje. Sí, recuerdo aquel día como si hubiéramos zarpado esta misma mañana. Y recuerdo a los hombres que trascendieron su condición mortal para convertirse en leyenda; pero antes de hablarles de ella creo que ustedes primero deben conocerme porque, aunque crean saberlo ya todo sobre el que les habla, hay algo esencial que ningún alma, en las vastas tierras que ha reclamado como suyas la humanidad, sabe sobre mí.

Nací en España —extraño, ¿verdad?—, en la parroquia padronesa de Iria Flavia, un once de mayo de 1846. Me bautizaron al día siguiente como Daniel. Mis padres no me pusieron ese nombre tras una decisión meditada, tampoco fue el fruto de un deseo ni el anhelo de hacer pervivir en mí la memoria de algún insigne antepasado, pues nosotros no teníamos lazos de sangre con hidalgos ni nobles. Mi padre era un sencillo apuntador —igual que

su padre y el padre de su padre—, al servicio de los compatriotas ingleses cuyos navíos mercantes arribaban a los puertos españoles. Fue el estudiado pero aparente azar de Dios el que guio el dedo de mi devota madre por las páginas de una vieja biblia, que aún conservo, hasta detenerlo en uno de sus libros: el de Daniel.

—*Vosotros sois dos caballeros enamorados de la misma dama y tenéis que batiros en duelo por su amor*.

El azar… Los ignorantes de sus leyes lo tildan de suerte escabrosa; para el sabio es como una vereda mal empedrada, peor iluminada y salpicada de baches, trampas, fangales y bandidos, pero hace por conocerlo y estudiarlo. Unos y otros creen que andar el camino de la vida teniendo al azar como guía es el mejor proyecto para acabar partiéndose la crisma, pero ambos ignoran que el azar es divino. Yo lo sé muy bien porque… Bueno, no nos adelantemos; he dicho que empezaría por el principio y lo mantendré, pero no me resisto a apuntar que el Señor sabe de sobra cuál es nuestro destino, pero también nos dio el libre albedrío; y si ya conoce nuestra suerte quizás, a sus ojos, estemos cometiendo una grave falta al obstinarnos en luchar contra lo inevitable.

—*Tenéis que estar de espaldas, uno pegado al otro*.

No vivan angustiados trazando planes ni perdiendo el tiempo conjeturando sobre sus destinos o malgastando el dinero en tarotistas u horóscopos. Suelten trapo y confíen el gobierno de su vida al viento con el que el Señor hincha las velas. Más pronto que tarde, no me cabe la menor duda, llegarán a buen puerto.

—*Ahora empezáis a caminar en línea recta contando cada paso en voz alta. Cuando lleguéis a veinte os giráis y os disparáis el uno al otro*.

No nacemos con anteojeras, pero bien pronto se afanan en ponérnoslas. Estos lastres son mágicos, etéreos, invisibles e impalpables, pero nos ofuscan y ciegan como si hubieran sido urdidos con hilos de plomo. Pero no se apenen; hay esperanza, podemos zafarnos de ellos. ¿Cómo? Viajando, leyendo, amando y, sobre todo, equivocándonos. Con orgullo puedo decir que yo era, pues ya no lo soy, uno de esos pocos que se lian despojado de tan pesado yugo.

—*Disparad*.

A mí me cegaron desde nacimiento. ¡Qué digo! Ocurrió mucho antes de que mi cabeza asomara al mundo entre las piernas de mi madre. Mis padres, espoleados por la frustración que arrastraba mi progenitor de haber aspirado a una vida dedicada a la abogacía sin lograrlo, ya habían fijado mi destino: Daniel tenía que ser letrado. Y a fe mía que se empeñaron: con trabajo, esfuerzo y renuncias hicieron desfilar ante mí legiones de maestros. Estos, magistrados en las leyes y doctorados en la ignorancia, fueron llenándome la sesera de lo que consideraban conocimientos útiles.

—*¡Daniel! ¿A qué esperas?*

Los años pasaron y el proyecto de mis padres siguió su curso: firme e imparable como el torrente de un río caudaloso. Pero jamás llegaron a prever que cuando yo contaba dieciséis años una mocosa de bucles de oro, coralinos cachetes y pamela turquesa truncase sus deseos. No piensen que el amor horadó mi corazón y me separó del *buen* camino, pues el amor, cuando es verdadero —esto es, puro y limpio—, nutre el alma y esta se ve capaz de las más grandes hazañas. Pero el corazón de Susan, aquella niña caprichosa y lenguaraz, no albergaba buenos sentimientos; no al menos, sentimientos amorosos.

—Hoy jugaremos a damas y caballeros —anunció una tarde.

Acto seguido desanudó el hatillo en el que guardaba una fina caja de madera de raíz de nogal. En su tapa estaban taraceadas las figuras de dos hombres enfrentándose en duelo. Abrió el pestillo que cerraba la tapa y nos mostró la pareja de pistolas que en su interior descansaban sobre un mullido lecho carmesí. Misael, mi primo, se adelantó a tomar una de ellas.

—Pero, ¿de dónde las has sacado? —Misael se maravilló al observar el fulgor argentado de la pletina del arma. La sopesaba y jugaba con ella en las manos, recorriendo con la uña del dedo el segrinado de la empuñadura.

—Son de la colección de mi padre, tiene muchas —respondió orgullosa—. No va a notar que falta un par.

—¿Se las has cogido sin pedirle permiso? —indagué.

—Es solo un préstamo. —Se ruborizó—. Después de jugar se las devuelvo. Daniel, coge la otra. —Me acercó la caja—. Vamos, no te va a morder.

—¿Está cargada? —Me azotó un pálpito de temor.

—¡Por supuesto que no! —respondió indignada—. Mi padre jamás las guarda cargadas.

Miré a Misael; jugaba a disparar a los pardales de la hondonada apretando el gatillo y haciendo saltar el percutor. «Pam, pam» decía ahuecando la boca. El recuerdo del señor Poulett, el responsabilísimo y minucioso padre de Susan, se paseó por mis sienes y un halo de confianza descargó de preocupación mis hombros. Tomé la otra pistola.

—Es realmente bonita. —Admiraba la obra de orfebrería armera en la palma de mi mano—. ¿Y a qué vamos a jugar?

—Al mejor juego de todos. —Apuntó al sol con su barbilla de yema, cerró los ojos arqueando las cejas con gesto risueño y suspiró profundamente—. Al juego del amor prohibido.

Misael y yo nos miramos y ella comenzó a relatarnos su macabra fantasía.

—¡Qué poco románticos sois! —Se exasperó al percatarse de que no veíamos adonde quería llegar—. Vosotros sois dos caballeros enamorados de la misma dama y tenéis que batiros en duelo por su amor. Poneos en pie —nos ordenó.

—Si las estropeamos tu padre nos cuelga —apunté.

—Pero no las vamos a estropear, solo vamos a jugar. —Se puso en pie y tiró de nosotros—. Tenéis que estar de espaldas, uno pegado al otro. —Nos colocó.

—Parece divertido. —Misael se animó guiñando la boca con una mueca—. Después jugaremos a ser bandidos.

—¿Y ahora?

—Ahora empezáis a caminar en línea recta contando cada paso en voz alta. Cuando lleguéis a veinte os giráis y os disparáis el uno al otro.

Susan caminó hacia unos peñascos y se sentó sobre sus piernas acomodándose el cancán. Dejó caer su cabeza hacia atrás simulando

un desmayo y se llevó la mano a la frente.

—¡Oh! Dos valientes peleándose por mi amor. ¡No, no os matéis, amados míos! Os necesito por mi salud y mi vida. —Después de unos instantes en silencio volvió a incorporarse—. ¿A qué esperáis, pazguatos? —Se disgustó—. ¡Vamos, caminad!

Comenzamos a caminar contando en alto «uno, dos, tres…». Al llegar a veinte nos detuvimos.

—¿Y ahora? —preguntó Misael.

—Disparad —exigió exasperada.

Nos giramos y nos miramos. Misael, no muy convencido, alzó su brazo, me apuntó y con la boca y al tiempo que apretaba repetidas veces el gatillo, decía: «¡pum, pum!».

—¡Daniel! ¿A qué esperas? —me increpaba Susan.

Con indiferencia, pues el juego me estaba resultando soberanamente aburrido, apunté mi pistola hacia Misael:

—¡Pum!

El arma se disparó y el viento me trajo el humo de la combustión. Me quedé petrificado; era la primera vez en mi vida que disparaba un arma. Agucé la vista y miré a Misael, seguía en pie manteniendo apuntada su pistola contra mí; pero, poco a poco, su cara se empezó a descomponer en un aberrante gesto de dolor.

—Daniel… —murmuró en un suspiro para derrumbarse, en el mismo acto, en la hierba. Aún hoy dudo de si en verdad dijo mi nombre o si yo quise leerlo en sus labios. La pistola cayó de mis manos y corrí hacia él.

—¡Misael, Misael!

Me arrodillé en la hierba y le tomé la cabeza. Su camisa se volvía roja por momentos. La desgarré. De un pequeño agujero, nada atroz a la vista, tranquilo como el caño de una fuente triste, manaba indolentemente sangre de su pecho.

Dios mío. Dios mío —susurraba una y otra vez tratando de taponarle la hemorragia con la palma de la mano—… ¡Busca ayuda, Susan! —Giré la cabeza pero de Susan ya no quedaba ni la fragancia de su perfume—. ¡Por favor, necesito ayuda! ¿Alguien me oye? ¡Socorro! —gritaba y sollozaba, abrazando con fuerza el cuerpo de

mi primo.

Pero nadie vino y Misael se fue.

II
El viajero

Aquella noche nuestra casa fue un continuo entrar y salir de gente, de silencios espesos como la manteca de cerdo y de lloros como de plañideras a las que realmente se les hubiese muerto el marido. Agazapado entre las pilas de libros de mi biblioteca de la buhardilla trataba de dejar de temblar. Calderón de la Barca, en el aguafuerte que presidía la portada de *El alcalde de Zalamea*, me miraba con ojos recios, reprobándome. Giré el libro para que dejara de juzgarme. Inspiré hondo y cerré los ojos con fuerza, deseando que aquello fuera una pesadilla. Al abrirlos vi que todos: Corneille, Gerhardt, La Fayette, Defoe, Cadalso, Byron… me miraban como si en todos sus años de trabajo con la péñola jamás hubieran imaginado tamaña iniquidad contra otro hombre. «¿Tú también me condenas, Sancho?», le pregunté a una figurita del escudero que, desde el suelo, me miraba con ojos de temor. La tomé, le soplé el polvo y la dejé en el escritorio.

—Señorito Daniel, beba un poco de leche caliente, le confortará. —Galbraith, nuestro inseparable y querido mayordomo, me acercó el vaso. Lo tomé, le di un escueto sorbo y se lo devolví—. Eso está mejor.

Cada poco la puerta principal se abría. Unos pasos mustios, un chirriar de bisagras, un leve murmullo y volvía a cerrarse.

—¿Sigue arriba? —Escuché decir a mi padre.

Las suelas de sus viejos zapatos comenzaron a martillar los

tablones de la escalera y estos le respondían con quejosos chirridos. Abrió la puerta de la buhardilla y, valiéndose de un quinqué para iluminar su avance, fue sorteando estanterías rebosantes de polvo y libros, juguetes, barriles con documentos enrollados, viejas corachas de tabaco ahora llenas de resmas de apuntes… hasta llegar a mi lado. Miró a Galbraith y con un gesto le indicó que se marchase; él asintió y se fue. Bajé la mirada. Un silencio amargo enrareció el aire. Avanzó dos pasos, se detuvo y volví a alzar la vista; sus ojos brillaron con un desconsuelo tan profundo que llegué a pensar que el muerto era yo y no su ahijado.

—He hablado con tu tío Aldous, tienes esta noche para irte de casa… ¡Dios mío, pero cómo has podido hacer eso! —Apretó los puños contra el cuerpo como si al terminar de pronunciar aquellas palabras Satanás acabase de arrancarle el alma del pecho—. Por la mañana pondrá en conocimiento de la Guardia Civil lo que ha ocurrido. —Desanduvo sus pasos y se agachó en el dintel de la puerta—. ¡Rachel! —gritó a mi madre—. ¡Rachel! Deja de sollozar como una gallina clueca y prepárale el equipaje, ¡rápido! —Volvió a mi trinchera de libros, debajo de la claraboya del tejado.

—¡Fue un accid…! —Hipé.

—¡Silencio! No… no quiero saber nada. —Intentó templarse y se frotó los ojos con vehemencia.

La diestra le temblaba y reconocí aquel tiritar: era el aviso antes de aplicarme un correctivo físico. Pero, para desgracia mía, esta vez no llegó el trueno de su mano. Tan siniestro era aquello que el castigo iba a superar la disciplina acostumbrada.

—Cuanto más sepa más preguntas podré contestar. Es mejor que no sepa nada. —Introdujo su mano en el bolsillo del pantalón y me tiró un puñado de reales—. En tan poco tiempo es todo lo que he podido juntar.

El relincho de un caballo y el crujir de las ruedas de un carro en el empedrado de la entrada llamaron nuestra atención. Me asomé a la claraboya: un elegante *brougham* negro se había detenido en la puerta del jardín trasero. El cochero aquietaba a los caballos mientras otro hombre, amparado por la oscuridad del interior,

fumaba un cigarro.

—¿Adónde? —Sabía perfectamente qué significaba aquel carruaje, pero aun así se lo pregunté.

—No lo sé, pero por Dios que tienes que irte ya. —Caminó hacia la entrada.

Mi madre apareció por la puerta; en sus manos llevaba la maleta pequeña y en su cara los ojos teñidos en bermejo y lágrimas. Tenía los labios apretados, intentando mantener la entereza.

—Mujer… Qué estúpida eres —la censuró mi padre con un siseo de rabia.

—Madre…

Caminé hacia ella embargado de pena. Al pasarme la maleta su mano me rozó y la agitación regresó a su boca. Me rozó, una sola vez, la mejilla con los dedos y se apartó indicándome la escalera con un cabeceo. Pasé al lado de mi padre, le lancé un vistazo a los ojos y él, lentamente, acercó el puño a mi cabeza con intención de pegarme en el oído. Pero en el último instante abrió la mano y, con dulce ira, me acarició la nuca.

—Venga, farotón, vete ya. ¡Vete ya y no vuelvas!

En silencio empecé a bajar los escalones, con la viva esperanza de que en el último instante me reclamasen para que no me fuera, pero a cada peldaño ellos se quedaban más y más lejos y yo me iba ahogando de pena.

—Espero verle pronto, señorito. La casa no será lo mismo sin usted. —Galbraith se frotó las palmas en las perneras del pantalón —. No se preocupe por sus padres, yo cuidaré de ellos. Suerte. — Me abrió la puerta del jardín.

En la calle el *brougham* seguía esperando. Dos hermosos brutos, de pelajes negros, largas crines y patas como columnas salomónicas, tiraban del carruaje. La puerta de casa se cerró a mi espalda y los caballos me miraron con indiferencia. El cochero mantenía girada la cabeza, cubriéndose el rostro con el ala del sombrero y las solapas del abrigo levantadas para evitar que algún alma noctámbula lo reconociera.

—¡Shhhh!… Vamos, venga aquí, rápido. Le pueden ver —me

ordenó desde las sombras el viajero. Corrí hacia él, le pasé la maleta, la tiró al interior y entré.

El viajero era un hombre mayor, tendría unos cincuenta años como poco. Un sombrero alto le protegía la cabeza de la intemperie. Vestía camisa blanca y chaleco gris, del que colgaba la leontina de oro de un reloj que se hundía en su bolsillo derecho. Sobre sus hombros, pelliza de paño negro. Su gesto era calmado, pero recio, casi esculpido en una cara escrupulosamente afeitada donde una nariz ancha, serpenteada de venillas violáceas, y cejas y patillas tupidas por matojos de pelos canos le daban un cariz de sabio profesor. Sus ojos eran pequeños, pero intensamente fríos y azulados. Cuando ya me había acomodado en la banqueta forrada de cuero verde, estiró el brazo y cerró la portezuela con fuerza, lo que sirvió de orden al cochero. «¡Hale, vamos, preciosos!», oí decirles, y estos comenzaron a tirar entre resoplidos ahogados.

Durante un rato el viajero y yo nos miramos en silencio, sacudidos por los badenes del camino. Él, con el mismo gesto de firme reserva; yo, intimidado y vacilante, suplicando en silencio una explicación.

—¿Dónde vamos? —me atreví a preguntarle.

Se quitó los guantes, cubiertos por un sutil tamiz de polvo grisáceo que espantó con unos golpes, y tomó la leontina del reloj. Lo abrió, le lanzó un vistazo, arrugó el gesto y volvió a guardarlo; suspiró cansado, se quitó los zapatos sin usar las manos y se acomodó en el respaldo. Caló su sombrero hasta cubrirse los ojos con el ala y recostó la cabeza contra el marco de la ventana.

—Procure dormir —me aconsejó con voz grave.

Forcé el cuello para lanzar una última mirada a la casa que me vio nacer, anhelando con esperanza que la voz de mi madre o de mi padre cortase el aire ondeando mi nombre. Pero ni voces, ni llantos, ni luces. Solo silencio y niebla.

III
Waterfall

—Despierte. —Noté que algo me golpeaba en el pie. De fondo escuchaba trajín de gentes y bestias y el aire traía vaharadas de salazones, pescado, pan, bostas de animales y esparto húmedo. Otro golpe y entreabrí los ojos; vi al viajero buscando su reflejo en el cristal de la ventana mientras mentaba el cimbrear del *brougham* e intentaba ajustarse la lazada de su corbata de seda ocre.

—¿Dónde estamos? —Me froté los ojos y me asomé; unas muchachas me vieron y agitaron sus delicados dedos envueltos en ante al tiempo que se cubrían la boca con los abanicos. Sus sirvientas las reprendieron con afán de madres. Ante mis ojos desfilaban cientos de almas: hombres, mujeres, niños y ancianos; ricos y pobres. Nuestros caballos ya no eran conducidos con mimo, sino con los gritos y los juramentos del cochero.

—¿No va a decirme dónde estamos? —insistí.

—En Redondela —respondió acre.

Me miró y, lleno de asco, con la punta de los dedos me abrió mi chaleco. La ya pardusca sangre de Misael almidonaba mi camisa, pero yo aún la sentía húmeda, viva.

—No pretenderá andar por ahí así, ¿verdad?

Le dio una voz al cochero y le ordenó que nos llevase a un lugar cuyo nombre no reconocí. Al llegar vi que era un descampado.

—¡Baja, cochero! Y usted también.

Nos colocó hombro con hombro y, como si tuviera dotes de

tarasí, comenzó a estirar las mangas y las puñetas de nuestras chaquetas y camisas. El cochero, un hombre de campo tosco y basto, y yo nos mirábamos incómodos.

—De largo puede valer, le sobrará barriga… —Suspiró hastiado el viajero—. Desnúdense.

—Pero… señor… —el cochero inició una tímida protesta.

—¡Por Dios, Firuco, no tenemos tiempo! Cámbiense las camisas, solo las camisas. La chaqueta parece… —Dudó. Observó el forro interior de esta, lleno de pecas coralinas, y suspiró fuerte—. Y también las chaquetas y los pantalones, ¡vamos!

Subimos al *brougham* y Firuco se afanó en bajar los parasoles para que no hubiese resquicio alguno que permitiese ver desde el exterior. Cuando ya estábamos en penumbra se desabrochó el primer botón de la bragueta, dudó y me miró nervioso.

—*Eu non lle son deses… deses… Xa me entende*. Gírese, señorito; estaremos mej… *mellor de costas*. —El hombre temblaba y al mismo tiempo le lanzaba furtivos vistazos a su retaguardia, como temiendo que quisiese ofenderlo por la espalda o apuñalarlo.

A tientas, sin girarnos, y con la cabeza gacha terminamos de intercambiar nuestras ropas y volvernos a vestir. Bajamos de la berlina para someternos a la inspección del viajero.

—Esto ya está mejor, mucho mejor. —Se acercó y me colocó las palas del cuello—. Métase la camisa por los pantalones y cíñala por detrás, que lo que se vea parezca decente y no de matarife.

Se quitó la corbata y me la anudó hasta dejarla perfectamente centrada. Sacó su reloj, lo miró, se exasperó y a empujones nos ordenó volver a subir.

Después de un largo rato de traqueteo llegamos a lo que supuse Chápela. Encaminamos un sendero delicadamente empedrado, en dirección a la ensenada de San Simón, y cruzamos bajo un arco de acero en cuya clave había una única palabra: «Waterlall». Dejamos atrás la verja y accedimos a una gran finca alfombrada por una hierba de verde intenso y en la que castaños, magnolios, pinos y *carballos* centenarios crecían exuberantes. Por los jardines nos cruzamos con pavos reales y faisanes, que paseaban remolones y

altivos haciendo gala de sus mejores plumajes. Guarecido tras unos castaños había un gran edificio más parecido a castillo feudal que a mansión palaciega. La fachada era de granito negro y estaba rematada por dos torreones almenados. Nuestro coche se detuvo en la puerta principal, al pie de la escalinata de mármol rojo.

—Waterfall —susurré—; hacía mucho que no leía ese apellido.

—Pues haga el favor de no volverlo a repetir. El señor desea seguir viviendo en el olvido —respondió el viajero.

—¿Romeo Waterfall? ¿El empresario?

—Le he dicho que… Sí, es él.

—Pensaba que había muerto.

—Que viva apartado de la sociedad no significa que haya muerto. —Se acercó y me dio unos últimos retoques a la camisa y a la chaqueta—. Antes olía a asesino y ahora apesta a cabrero. Espero que el señor Uve Doble disculpe este inconveniente.

—No soy ningún asesino —aseveré sin tibieza.

—Eso dicen todos cuando los sientan delante de la negra justicia… y lo siguen manteniendo ingenuamente cuando expían sus culpas entre los muros de la penitenciaría… Si antes, claro está, no han rendido cuentas en el tornillo del garrote. Imbéciles. —Cabeceó malhumorado—. Como si negar su culpa acortase en un día la condena —añadió.

—Mi padre nunca me ha hablado de usted.

—Pues a mí sí me ha hablado de usted, y con intensidad. Dice que es un chico avispado, que vale la pena salvarle el cuello. Aunque, visto lo visto, yo no las tengo todas conmigo, para qué le voy a mentir. —Se rascó fuerte las narices—. Esperemos que no sea solo la pasión de un padre desesperado y haya algo de verdad en sus palabras.

—¿Mi padre le ha hablado bien de mí? —Sus palabras me habían sorprendido. Mi padre no era un hombre dado a los halagos. Diantres, mi padre apenas me dirigía la palabra.

—Señor Daniel, me gustaría seguir hablando con usted… Bueno, la verdad es que no… pero tengo que entrar ahí y convencer a un hombre muy anciano de que ayude a escapar a un asesino. Si

me disculpa… —Bajó del *brougham* y cerró la puerta.

Me asomé a la ventanilla.

—¿Qué hago mientras?

—Rezar. Espero que, con suerte, el señor no quiera conocerlo —respondió sin girarse, mientras subía la escalinata.

IV
El hombre sin alma

No estuve mucho tiempo esperando, pero aquellos minutos se me antojaron eternos. Me acomodé en el cuero del banco, recliné la cabeza y cerré los ojos, dejándome embaucar por el calorcito del sol. Aquel remanso de paz logró que los problemas se disolvieran al menos durante unos instantes de deliciosa tregua. Inspiré de manera profunda pero relajada, saboreando aquel bocado de naturaleza. El aire olía a limpio, a robles, saúcos y a petricor. Los pájaros cantaban alegres y los pinos se mecían en armonioso compás haciendo vibrar sus agujas como si fueran la sección de cuerda de la orquesta de la naturaleza. Era una mañana radiante; tan viva y luminosa que llegué a pensar que la propia naturaleza, a su manera, festejaba mi desgracia. De las *leiras* cercanas llegaban, muy amortiguadas, las voces de los labriegos pinchando a las bestias. Sentí unos pasos en las escaleras y me acerqué a la ventanilla. El viajero bajaba hacia mí y parecía venir disgustado.

—¿Qué ha pasado?

—Malas noticias, quiere conocerle. —Abrió la puerta y me indicó que bajase—. Señorito Daniel, va a poder mantener una audiencia con uno de los hombres más ricos, esquivos, caprichosos y extraños que pueblan este hemisferio. ¿Me está entendiendo, señorito Daniel? Me reconvino al verme sumido en el pasmo.

—S… sí.

—No sea medroso, el señor odia las palabras entrecortadas; no

oye bien y piensa que le están insultando. Hable cuando le pregunte y solo cuando le pregunte —recalcó—, respuestas cortas y directas. ¡Ah! Y sobre todo no le contradiga. Si el señor dice que es de noche, aunque el sol le ciegue, es de noche. Tampoco le mienta, huele las mentiras. Y no abra las cortinas, el señor es licnobio.

—¿Li… qué?

Por respuesta clavó sus ojos en los míos.

—Señorito Daniel, ¿es consciente de que se está jugando la vida? —No supe qué responder. Mi mundo se venía abajo y yo me sentía incapaz, siquiera, de pronunciar mi nombre—. En fin, que sea lo que Dios quiera —añadió resignado—. Sígame.

El viajero subió los peldaños con agilidad y lo seguí. Cruzamos el umbral de granito y mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra del interior. Cuando logré ver bien me di cuenta de que el señor Waterfall había atesorado entre aquellos muros las glorias y los encantos de medio mundo. Desde el vestíbulo partían dos escaleras de caracol muy amplias y de escalones pequeños, para no forzar las rodillas y cuyas peculiaridades me eran anunciadas por el viajero: pasamanos en ónice mexicano, mármol verde irlandés para los peldaños y balaustrada en piedra azul de Bélgica. En las paredes, forradas de caoba, se exhibían ricos retratos tan coloridos y luminosos que daban la sensación de que su pintura aún estaba gomosa al tacto. Mi cicerone susurraba una nómina de apellidos inmortales: Sanzio, Tiziano, El Bosco, Rubens, Zuccaro… Entre las escaleras, el giboso acristalamiento de una mesa-vitrina protegía, celosa, manuscritos de Leonardo da Vinci sobre anatomía e ingenios voladores; estos, a su vez, compartían espacio con partituras de Mozart, Vivaldi y Beethoven. Del techo colgaban grandes arañas de oro, de cuyos brazos manaban cuerdas de gemas y cristales que dispersaban destellos en verde, Corinto y ámbar. Subimos por la escalera de la izquierda.

—Hace más de veinte años que el señor no sale de la biblioteca —comentaba el viajero con el resuello entrecortado por la intensidad de su caminar y la verbosidad de sus descripciones—. Personalmente prefiero el dormitorio del ala sur, tiene mejores vistas. —Me lanzó

una mirada y enarcó las cejas.

Al entrar en la mansión, en una de las salas, vi maletas, baúles y arcones roperos apilados.

—¿Tienen pensado emprender algún viaje?

Ignoró mi pregunta y continuó caminando. Yo avanzaba distraído, admirando el lujo que dominaba la mansión, hasta que mi zapato se enganchó en uno de los pliegues de las alfombras y me fui de bruces al suelo.

—Arriba. —El viajero me ayudó a levantarme y entonces me di cuenta de que bajo su aspecto atildado había un hombre garrido de fuerte musculatura—. Más le vale no tropezar en su presencia.

—Un momento, mis gafas. —Me puse de rodillas mientras palpaba el suelo—. Las necesito.

—Tenga —dijo, desabrido, mientras me engarzaba con fuerza las patillas en las orejas.

Llegamos al final del pasillo y nos detuvimos delante de unas imponentes puertas gemelas de no menos de cinco yardas de altura y tres de ancho. Las hojas eran el paroxismo de la taracea, pues usando miles de diminutas piezas de madera el artista había reproducido, hasta el más mínimo detalle, *La Anunciación* de Fra Angélico. El viajero tomó el pomo de bronce, entreabrió la puerta y deslizó la boca entre las maderas:

—Señor Waterfall, el señorito Daniel está aquí. —Escuché un ininteligible silabear proveniente del otro lado—. De acuerdo. —Sacó la cabeza y me miró—. Puede pasar. —Leí la palabra *suerte* cu sus ojos.

Entré y la puerta se cerró a mi espalda. Me quedé en silencio, estático, como si hubiera girado la cabeza y mirado a Sodoma. Las palabras del viajero se repetían en mi mente. El aire estancado, frío y espeso de la estancia comenzaba a empapar mis pulmones mientras mis ojos saltaban intentando aprehender todos los elementos de aquella biblioteca amplia y de altas paredes, completamente enlosadas por libros desde el roble del suelo hasta la cenefa de vides y pan de oro del techo, que daba paso a una bóveda de medio cañón cubierta de alabastro en la que había tres trampantojos a modo de

tragaluces abiertos a una noche estrellada. Al fondo, flanqueada por dos engallados leones congelados en piedra, una chimenea del mismo granito negro de la fachada, en cuyo hogar bien podría dormir un buey. A su derecha, un amplio cortinaje de terciopelo azul ocultaba lo que debía de ser terraza. Junto a este, un escritorio estilo Luis XVI bien surtido de plumas, tinteros, secantes, sellos y legajos. En el centro había una inmensa cama-barco con frondoso dosel de columnas geminadas del que pendían cortinas de etérea seda bordadas en oro y plata.

—Acérquese. —Me llegó una débil voz.

Caminé despacio hasta el borde de la cama y, con cuidado, recogí la cortina para poder ver al hombre que, entre un lujo digno de Salomón, se marchitaba. A duras penas era ya un espectro con algún aliento de vida. Los huesos se le habían ido desgastando hasta darle la altura de un niño, las orejas ya le transparentaban, la piel era como de cera regada con pecas y manchas y su nariz aguileña, fina y casi cerrada sobre el labio superior, cortaba un bigotillo cano. El hombre sonrió con tibieza y, al mirarme, sus glaucos ojos se le hundieron un poco más en los pozos que eran sus cuencas. —Así que usted es el asesino… La variable de Turing.

Tras la turbación inicial volvieron a mí los consejos sobre la conveniencia de no contradecir al señor.

—Sí, señor —respondí.

—¿Lo reconoce porque realmente es un bellaco o porque mi carcelero le ha recomendado no contradecirme? —Con la mano izquierda se arropó un poco más en el lecho.

—Por lo segundo, señor.

—Si no me responde con la verdad ya me está contradiciendo. —Inspiró—. Mis viejos pulmones están cansados y les cuesta demasiado atesorar el aire así que, por favor, no se quede ahí tan erguido con su altiva juventud y siéntese a mi vera.

Aparté una camarera de plata, que contenía un refrigerio apenas probado y me senté. Waterfall me miraba con interés mientras jugueteaba con una lasca metálica.

—¿Sabe quién soy, joven Daniel? —Afirmé con la cabeza—.

Dígame entonces, ¿quién soy?

—Romeo Waterfall —respondí tiritando, en parte por respeto y en parte por el frío helador que reinaba en la sala.

—¿Y cuáles son mis otros *apellidos*, señor Daniel?

Durante unos instantes me quedé en silencio, observando las dos brasas que eran sus diminutos ojos, hasta que mi boca, azotada por el miedo, habló sola:

—El maldito de Herville —susurré, y en su semblante empezó a dibujarse una agria mueca de sonrisa.

—El maldito de Herville… —Reía entre toses—. El maldito de Herville… *Touché*.

La tos no cesaba. Señaló con su mano izquierda la copa de vino que estaba en la camarera. Se la acerqué y, con pulso inseguro, le dio dos sorbos. Se pasó la lengua por las lombrices resecas que tenía por labios y tragó saliva, —¿Sabe por qué me llaman así?

¡Demonios! ¿Cómo pretendía que lo supiera? ¡Era solo un muchacho! Por aquel entonces apenas tenía dieciséis años y mis padres no me dejaban libertad ambulatoria ni lectora. Mi vida eran los maestros y la iglesia… y para una de las contadas veces que me dejan salir, le disparo a mi primo.

Sin embargo sí conocía los otros *apellidos* del señor Waterfall. Apellidos proscritos que la gente evitaba nombrar o escribir por miedo a padecer alguna suerte de embrujo satánico; pero yo tenía la lea costumbre de pegar la oreja a la puerta del salón cuando por las noches mi padre compartía licor y confidencias con mi madre, los corrillos que se formaban a la salida de misa los domingos también ayudaron a engrandecer la leyenda negra. Llegué a pensar que los parroquianos solo se atrevían a sisear su nombre cuando ya estaban en paz con Dios.

No, señor, no lo sé negué bajando la vista, rezando para que no se diera cuenta de la mentira. Estaba en el tilo del cuchillo, pero no era tan imbécil como para seguir el juego de un viejo y perturbado demonio.

—Le creo. —Me tomó la mano y mi alma se relajó—. Fue hace mucho tiempo, tanto que me da miedo; pero recuerdo aquel día

perfectamente: era el cinco de enero de mil ochocientos trece. Me había levantado contento porque la garantía de un préstamo impagado me había proporcionado un buen porcentaje de acciones de una mina. Al salir de casa noté algo en el ambiente —se frotó los dedos en la nariz como si olfatease rapé—; una sensación extraña. En mi cabeza prendió una idea: ¿y si comprase todo el carbón de Coalbrookdale? El invierno no estaba siendo especialmente duro y podría conseguirlo a buen precio, pero fácilmente podría arruinarme. Me decidí a hacerlo. Cinco días después empezó a soplar un viento gélido, intenso, un viento que traía hambre. El Támesis se congeló… —Perdió la mirada—. Mientras yo hacía fortuna calentando las casas de quienes podían pasear a lomos de elefantes sobre aquella mole de agua sólida, miles de familias pobres morían congeladas en sus casas. —Sonrió ruinmente—. Todo lo demás: la naviera, las minas de oro, el transporte, los altos hornos, las fábricas de armamento… —decía orgulloso, regodeándose en su degeneración—. Vinieron de una manera tan sencilla que el mundo se me antojó escaso. Sin darme cuenta perdí todo deseo: el deseo de amar, de arriesgarme, de festejar… Y ahora, simplemente veo crecer la hierba. Por el camino también perdí cosas… y personas. —Me señaló con el dedo—. Mi corazón dejó de latir impulsado por la pasión y me fui cerrando a los afectos para abrazar la soledad. Inglaterra no me respetó y no me quedó más remedio que exiliarme… —Sonrió carlancón—. Y ahora cuénteme su historia, ¿cómo es eso de ser un *asesino*? —Se acercó ávido.

—Suponía que el viajero ya se lo había contado.

—¿El viajero?

—Su mayordomo.

—¡Ah!, Claus… mi dulce carcelero. Sí, él me ha contado algo, una historia deprimente sobre que le quieren cortar la cabeza por disparar a su primo o algo así… —Hizo un grotesco aspaviento de desinterés con la mano.

—Como le habrá contado Claus, estaba jugando con mi primo y una amiga trajo las pistolas de…

—¡Bah, bah, bah, paparruchas! Soy un viejo cansado y aburrido.

No quiero que me cuente dramas ni penurias. Quiero saber qué se siente cuando la conciencia pierde el lacre de la virginidad.

Entonces comprendí el juego de aquel usurero del demonio.

—Vacío, señor Waterfall, vacío y una pena inmensa.

—Una respuesta muy prudente, señor Daniel. Ahora veo que no tengo ante mí a un peligroso asesino, sino a un asustado chiquillo que no sabe cuál es su lugar en el mundo. Una lástima, pero eso es bueno para usted. No me mire con esa cara, no voy a desvelarle el misterio de la vida. Primero tendría que saberlo yo y, si lo supiera, puede apostar su alma a que no se lo contaría gratis… Me apetece un poco más de vino.

Señaló los pies de la cama en un rápido movimiento de su huesudo índice. Me levanté. En el suelo había una botella abierta; la tomé y llené la copa hasta la mitad; le dio un sorbo de pajarillo y siguió hablando.

—Este mundo me ha dado mucho, o yo he tomado mucho de él —se sinceró escatimoso. Dio otro sorbo al vino y apoyó la copa en la sábana—. En el ocaso de mis días creo que es el momento de devolverle un poco de lo que me ha dado. Con la llegada de lo que algunos llaman revolución industrial hemos terminado de dominar las fuerzas de la naturaleza, pero el ser humano, la raza, necesita más que nunca la luz del conocimiento, tan esquiva. Por eso, en un intento de alimentar la llama, he ido reclutando desde hace tiempo un pequeño grupo de mentes preclaras, las mejores en sus respectivos campos. Gente de, digamos… habilidades singulares. Mañana, al alba, mi clíper particular partirá en un viaje expedicionario.

—¿Quiere que me embarque?

—Esta casa tiene una puerta y dos caminos: uno le llevará a conocer los confines del mundo, el otro a una muerte segura. —Sus ojos centellearon.

A pesar del gélido aire que se respiraba en la estancia una gota de sudor me recorrió el espinazo. Estaba contra la espada y la pared.

—Pero yo no sé navegar, señor.

Waterfall suspiró cansado, deslizó la mano debajo de la

almohada y tomó una campanilla que comenzó a agitar. Claus entró en la estancia.

—¿Señor?

—Carcelero, avise a la Guardia Civil de que un ladrón ha entrado en la mansión y que usted lo ha conseguido abatir antes de que me atacase —dijo con una frialdad pasmosa. Claus y yo nos quedamos mirándonos, incrédulos.

—Quiere… ¿quiere que lo mate? —En la cara de Claus se descolgó una mueca de sorpresa.

—¿Ahora está sordo, carcelero imbécil?

—Lo siento —musitó Claus con ojos tristes. Se alzó la chaqueta para tomar el revólver que llevaba prendido en los riñones y me encañonó.

—¡No, por favor! ¡Iré! ¡Juro que lo haré, pero no me mate!

—Entonces, ¿contamos con usted? —siseó el viejo.

—S… Sí, señor Waterfall.

—Carcelero, baje el arma. —Claus, sin embargo, se quedó paralizado con el brazo extendido hacia mí—. ¿No me oye, maldito sordo? ¡Le ordeno que… —Lo interrumpió un violento acceso de tos— baj…! —Waterfall se ahogaba en sus fluidos.

—¡Señor!

Claus, en un hábil movimiento, se volvió a engarzar el arma y voló en auxilio de su amo. Lo incorporó y el viejo se zafó golpeándolo con las manos.

—¡Suélteme, maldito majagranzas! —protestó y tomó de nuevo el cristal para darle otro beso.

Me fijé en un detalle extraño: la pieza metálica con la que jugueteaba entre sus dedos se había quedado adherida al cristal de la copa.

—Se nos acaba el tiempo. El maldito Turing y su maldito caos… —bisbiseó de manera tan débil que me costó entenderle—. Carcelero, me apetece un poco de alegría.

Claus se levantó, caminó hacia la estantería, y accionó el mecanismo de una pequeña cajita de música con forma de piano. Su delicado tintinear comenzó a pellizcar el silencio de la estancia.

Waterfall me miró.

—Bienvenido a bordo, señor Daniel. Ahora usted tiene una deuda con mi empresa, y las empresas tienen como último fin generar beneficios. Como usted aún mantiene una pizca de esa inocencia infantil que tan pronto se corrompe quiero… quiero que sea mi notario. Quiero que cuando regrese, en pago, me narre de manera completamente objetiva los pormenores del viaje. Inútil —miró a Claus—, dame tu arma. —La tomó sin vacilar—. Asegúrate de que nuestro último tripulante embarque mañana. Es de suma importancia que lo haga… su vida corre peligro. —Me apuntó con el arma a la cabeza y sentí que se me paraba el corazón. Volvió a girarla y apuntó a la estantería, afinó la mirada y con tres paseos del gatillo hizo añicos la cajita de música. El aire olía a pólvora y locura.

—Vámonos —dijo Claus tomándome por la pechera.

—¡Buen viaje, señor Daniel! ¡Buen viaje! —Waterfall reía entre toses mientras su mayordomo me sacaba de la estancia casi a rastras.

V
La mala posada

Durante el camino de ida hacia Vigo Claus dio muestras de inquietud. Se movía a un lado y a otro en el banco del *brougham* como si su tapizado fueran ascuas y estas le abrasasen el trasero; miraba por la ventanilla, resoplaba nervioso, sacaba su reloj, le lanzaba un furtivo vistazo y lo volvía a guardar. Así una y otra vez. Yo lo miraba con disimulo, sintiendo mi garganta seca y los nervios colapsados. Tras un rato deslizándose por el banco, por fin encontró acomodo en mitad de la banqueta. Inspiró con fuerza y espiró suavemente por la nariz; se abrió de piernas y apoyó los codos en las rodillas para comenzar a masajearse la cabeza, Me miró.

—¿Qué? —reparó cansado.

—No he dicho nada.

—Pero lo está pensando. Está pensando en si realmente le iba a disparar.

—¿Iba a hacerlo?

—Maldita sea, sabe perfectamente que sí.

—¿De verdad iba a dispararme? —dije falsamente indignado, pues estaba convencido de que lo haría—. ¿Y ahora? ¿Qué me va a pasar?

—¿No ha oído al señor Doble Uve? Tiene que embarcar.

Lancé un vistazo por la ventanilla, el coche avanzaba despacio entre la gente.

—¿Y si me niego? Podía asestarle un puñetazo, saltar de la

berlina y perderme entre la gente. Estamos cerca de Portugal, no me costaría mucho desaparecer un tiempo, lo justo hasta que todo se calmase para más tarde poder volver al lado de mis padres. Usted tendría una excusa ante el señor Waterfall. —Me mojé los labios y, despacio, vi mi mano acercándose a la clavija de la portezuela.

—No haga tonterías —murmuró Claus—; sabe que puedo impedírselo.

—No se ofenda, señor, pero un hombre de su edad no es tan ágil como un joven.

—¿Agilidad? —Resopló enojado—. ¡Suelte la maldita clavija! —bramó y, en un relampaguear, había apoyado el cañón de una Philadelphia Deringer entre mis ojos—. Suéltela, sabe bien que dispararé. —Mostré las palmas de mis manos y volví a acomodarme en la banqueta—. No vuelva a hacer eso, por favor. —Empujó con la mano izquierda el automatismo que llevaba oculto en la manga derecha hasta hacer sonar el «clac» de su enganche.

—Buen invento. ¿De qué conoce a mi padre?

—¿A quién?

—A mi padre.

Balbuceó distrayendo la mirada, durante un segundo llegué a pensar que realmente no sabía nada de mi padre.

—Coincidí con él en el ejército.

—Mi padre jamás ha servido en el ejército.

—¿Qué porras importa eso ahora? —Se violentó.

—Disculpe. —Bajé la mirada—. No pretendía…

—El señor Uve Doble ha puesto muchas esperanzas en usted. Se está arriesgando a que las autoridades le acusen de encubrir a un fugado y ese delito comparte pena con el encubierto: garrote.

—No soy…

—Un asesino —me cortó—; sí, ya, pero usted apretó el gatillo. —Hizo una pausa—. Oiga, mire muchacho, este no es mi trabajo ¿vale? Yo no nací para esto.

—Entonces, ¿por qué le sirve?

—Dudo que esté familiarizado con el término *obediencia debida*. —Miró por la ventanilla—. ¡Cochero, deténgase! Hemos llegado.

«Sooo, bonitos», escuché. Las ruedas chirriaron contra el empedrado y nos detuvimos bruscamente. Saqué la cabeza por la ventanilla para ver dónde estábamos. Nos habíamos detenido en una calleja del centro de Vigo, cerca del puerto. Fuera, en una casa con las paredes desconchadas por la humedad, había una puerta carcomida y mal pintada flanqueada por varias de las que Cervantes llamaba mujeres del partido. Sobre el dintel de la puerta, en letras de sangre: «Casa Foska».

—¿Una taberna? ¿Qué hacemos en una taberna?

—Prostíbulo, señor Daniel, prostíbulo. Y el más infecto de todo Vigo, me permito decir. Aquí las autoridades no le buscarán, y si algún guardia se lo encuentra preferirá hacer la vista gorda antes que ganar una medalla perdiendo la reputación.

—Pero…

—Tienen una cama caliente, un techo con goteras y algo de sopa en cuencos desportillados. Es mucho más de lo que tenía esta mañana.

Tomó mi maleta y la tiró a la calle. Las señoras, al oír el jaleo, se arremolinaron en torno a la puerta del coche y comenzaron a extender sus brazos acariciándome la cara y lanzándome piropos y besos.

—Además parecen cariñosas.

—Señoras, yo no, no… —Yo trataba de zafarme de sus garras, pero me sujetaban como un pulpo a su merienda. Claus me invitó a bajar de un fuerte empujón.

—¡Cochero, azote a esos caballos! —gritó—. ¡Muelle trece, señor Daniel! ¡Mañana al alba en el muelle trece, no se le ocurra faltar a la cita o lo lamentará! —voceó mientras se alejaba.

VI
Amores ciegos

La vida de las mujeres de la calle no es fácil, como tampoco lo es para ninguno de nosotros, pero ellas tienen la infame desgracia de tener que comer, e incluso mantener a sus familias, a costa de alquilar sus cuerpos a desconocidos. La gente tiende a juzgar con pasmosa soberbia a quienes no conocen. Hacen juicios temerarios sobre vidas que ignoran solo por el hecho de haber nacido en la parte menos mala de la existencia. Siempre había oído que aquellas mujeres eran unas frescas, unas vividoras de la noche que embrujaban a los maridos con sus artes amatorias. Pero cuando me giré hacia aquel pequeño tumulto de besos y carantoñas vi algo más que amor de bolsillo.

—¡Tú estás muy tierno! —Bromeaba extrañada una de carrillos esponjosos y rosáceos por la excesiva cantidad de colorete que se había espolvoreado.

—*Cantos anos tes, ¿parruliño?* —preguntaba otra, de cara seca y blanca, pelos alborotados como espinos y manos venosas que me buscaban la cara tratando de entregarme un beso en los labios mientras yo me estiraba hacia atrás abrazándome a la maleta, usándola como si fuera el último bastión de piedra en Gibraltar.

—¡Demasiado pocos! —Reñí y me zarandeé, buscando abrir espacio, y ellas estallaron en carcajadas.

—¡El angelito está nervioso! —proclamó otra ahuecándose la pechera para mostrar más el canal de los senos.

—No quiero tratos con ninguna.

—¡Tranquilo!, seguro que podemos llegar a un acuerdo. —Trataba de embaucarme otra, empujándome por la espalda, mientras que con la otra mano intentaba palpar mi bolsillo, o eso creo que palpaba.

—¿Tienes cuartos? —se interesó otra al oír sonar mis monedas.

—¡Tiene! —afirmó la que estaba cacheándome desde la retaguardia. Metió la mano en el bolsillo y tiró de él hacia fuera, rasgando el forro interior. Las monedas se desperdigaron por la calle haciendo cantar a los adoquines. Las mujeres se lanzaron a por ellas como lobas. Aproveché el barullo para deslizarme entre sus muslos y entrar en la casa.

Una vez superé el umbral, tiré la maleta al interior y cerré la puerta de un golpe. Las mujeres trataron de entrar pero, apoyando la espalda y haciendo fuerza con las piernas, logré mantener la posición y, de un desesperado manotazo, pasé el grueso cerrojo de hierro por el ojal del marco. Ellas seguían gritando, insultando y pateando la madera. «¡Váyanse, déjenme en paz!», les gritaba. Mentaron a mi madre, a mi padre y a toda mi ascendencia hasta casi Adán y Eva. Después de un buen rato se acabaron cansando y, poco a poco, sus voces fueron fundiéndose con el murmullo de la calle.

Me giré y agucé un ojo por uno de los nudos que la madera había perdido. Una de las mujeres lo debió ver y me lanzó un escupitajo que no llegó a alcanzarme. Respiré aliviado y volví a girarme; pegué la espalda a la puerta y fui deslizándome por ella hasta sentarme en el suelo. Observé la estancia en la que me encontraba.

El portal de la casa había sido transformado, intentando imitar la recepción de una posada. Cinco pasos de largo y tres de ancho, calculé que medía. Al fondo, a la derecha, había un pequeño mostrador amparado por la oscuridad; a su lado una estrecha escalera de madera que se perdía en su camino al piso de arriba. En la pared de la izquierda, asentado a media altura sobre una peana de forja oxidada, había un candelabro de bronce de tres brazos que, con la triste llama de sus velas, intentaba asustar la oscuridad que allí

reinaba. Las paredes estaban llenas de numerosos cuadros, pequeños y medianos, fotografías y algún documento enmarcado. Me puse en pie y caminé hacia la claridad. Ayudándome de la luz del velador fui ojeando las imágenes.

Casi todas eran de escenas náuticas. Ocupaba un lugar prominente la acuarela de una barca ballenera encallada en la arena de una bajamar; parecía el primer dibujo de un aprendiz de pintor, el fruto de esas pinceladas más cargadas de entusiasmo que de pericia. La rodeaban platos de barro cocido con retratos de los que supuse clientes especiales de la casa: hombres de gesto tosco unos, de mirada risueña otros y todos enfundados en gabardinas enceradas sujetando eternamente alguno de los útiles con los que se hacían a la mar: arpones romos, cabos tiesos y nudos apretados. A su lado, en marco de roble con visos de carcoma, pidiendo lucirse con orgullosa altivez, plasmado en óleo de calidad y buen lienzo, se exhibía un clíper escocés con las velas infladas. En él los pequeños hombres aparecían luchando contra los cabos y la mar picada. Seguí el recorrido naval con los ojos hasta parar ante un acta de botadura: «London-NY». Intuí que aquella acta era la del barco allí inmortalizado.

Un clic sonó a mi espalda.

—No se mueva —me amenazó una voz de mujer.

Miré el reflejo en el cristal que cubría el acta; detrás de mí, amparada por el mostrador y resguardada en la sombra de la esquina, había una muchacha.

—Solo vengo a dormir. Mañana zarpo y… Bueno, preferiría no dormir en la calle. Tengo dinero, no soy un gorrón, ni un mendigo.

—No me quedan habitaciones libres —cortó seca.

—Por favor. —Rogué—. No pido una habitación; con un establo o una carbonera me sobra y, si no puede disponer de eso, con el suelo de algún rincón voy servido. Solo necesito un techo para poder torear la noche. Nada más.

—¿Ni comida, ni ropa…? —Vaciló.

—Nada más.

—Dice que tiene dinero, póngalo encima de la madera. —

Tamborileó con las uñas en el mostrador. Rebusqué en mis bolsillos hasta dar con los billetes que habían escapado a la rapiña de las mujeres de fuera y me dispuse a dárselo—. ¡No se gire! Le apunto a los riñones y a esta distancia le garantizo que no fallo. He dicho que lo ponga en la madera, no he dicho que se tenga que girar.

Estiré el brazo, dejé el dinero en el mostrador y volví a fijar la mirada en el cristal del cuadro. La muchacha era un poco mayor que yo, puede que cuatro o cinco años. La madera atestiguó la contundencia del arma con un sonoro clon. Por el reflejo vi cómo palpó por el mostrador hasta sentir el tacto de los billetes; los tomó y comenzó a arrugarlos contra su oreja.

—¿Eres ciega? —pregunté extrañado y algo tontamente. Como si los ciegos no pudieran llevar armas.

—A los rufianes los veo venir —se limitó a decir—. Caballerete, aquí hay mucho dinero. Podrías pagarte una habitación en el mismísimo Palacio Real y no en esta manfla de mala muerte… ¿De quién huyes?

—De nadie. —Escuché cómo exhalaba, cansada.

—Ya…

—Por favor, solo es una noche. Antes de que amanezca habré zarpado y no quedará en su casa ni el aroma de mi presencia.

—¿Solo una noche?

—Solo una, señorita.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—Yo no voy armado, y usted tiene una quitapenas que solo con ver el negro de sus cañones ya impone respeto.

—Joder, por la caridad entra la peste —refunfuñó—. Gírese, despacio. —Obedecí.

Era una muchacha linda; de cara aniñada, pelo cobrizo, piel blanca y pecas en ramilletes por las mejillas y la nariz. Una capota, descolorida y rematada con un deshilachado lazo bermellón, le cubría la cabeza. Su rostro era angelical, solo descompuesto por unos párpados violáceos y hundidos que atestiguaban la ausencia de globos oculares.

—Toma. —Se quedó con un billete y me devolvió el resto—.

Me quedo la vuelta, por las molestias causadas.

De un cajón que había bajo el mostrador sacó un tintero, una pluma y un libro; lo abrió y, con el índice, me indicó que firmase.

—¿Cómo te llamas?

—Daniel.

—Daniel… ¿Qué más?

—Solo Daniel. —Tomé la pluma, junto con una gota de tinta, y me bauticé como Daniel Nemo.

—Está bien… A falta de dos marinos llenaré la habitación con un grumete.

—¿Perdón?

—La habitación que vas a ocupar, dos hombres la tenían reservada desde hace meses. —Bostezó cansada—. Pero dadas las horas que son, y que ellos no han aparecido, supongo que ya no les *veré* el pelo —dijo con retintín.

—Tenga. —Le acerqué la pluma y ella, al sentir el roce de mi mano, se apresuró a tomarla, —*Meu Deus*, Qué piel tan suave. —Comenzó a acariciarme la palma y el dorso—. No tiene durezas, las uñas están cortadas en vez de mordidas, el vello es prácticamente inexistente… —Se admiraba durante la exploración—. Esta mano solo conoce el tacto del papel. ¿Eres abogado? —cotilleó con un punto de anhelo en su voz—. No contestes… —Acercó mi mano a su nariz y aspiró profundamente—. Ámbar gris, tinta y… tabaco. —Inspiró de nuevo y salió de dudas—. No es fumador habitual, pero a su mano la fragancia de una mezcla inglesa quemada no le es novedosa. —Acercó su boca a mis nudillos y los acarició delicadamente con la punta de su lengua—. Sí, es de buena cuna. —Sus mejillas se tiñeron de un intenso color escarlata.

—Pare ya, por favor. —Aparté rápidamente la mano. Me sentía turbado como nunca en mi vida.

—Y aún no conoce mujer —se respondió de nuevo a sí misma como si en su cuerpo habitasen dos amigas—. Por la noche refresca. Si no tienes compañía podría ser yo quien te calentase la cama.

—No. Solo… solo quiero dormir.

—¡Ah! Qué indiscreta soy. Se me debe notar que no tengo

estudios. Estás prometido ¿verdad?

—No.

—Entonces tienes novia.

—No.

—¿No serás…?

—¿Qué? ¡No!

—Oh, ¿de verdad? Qué extraño. Si es por el dinero no te preocupes, no te cobraría nada. Pareces una buena persona —siseó como una bruja que tiene listo el caldero para cocer.

—No, por favor. No insista.

—¿Es por la grimana? No tengas miedo, solo se llevó mis ojos. Ya estoy limpia —dijo apenada, forzando una sonrisa que dejó ver una dentadura picada y con varios huecos. Durante unos instantes me quedé en silencio, observándola como quien observa el cadáver de un cómico—. ¿Me estás mirando con pena?

—¿Qué? No, yo…

—Sabandija —en un pestañeo su voz bajó de la dulzura de las nubes a los avinagrados espinos—, conozco muy bien esos silencios. Todos me miráis igual. —Sollozó tapándose la cara con las manos.

—Es que eres muy linda y me sorprende ver a una muchacha como tú en este… lugar.

—¡No! Te lo prohíbo. No vayas por ese camino…

Acercó la mano a la culata del arma y reculé un paso. Las lágrimas le arrastraban el polvo del maquillaje por los carrillos.

—Primero te compadeces de mí, luego me mientes… ¡No quiero tu compasión ni tus mentiras! —Explotó encañonándome.

Soltó su mano izquierda del arma y palpó bajo el mostrador; tomó una llave y me la tiró.

—Por la escalera, la primera puerta a tu derecha. Desfilando como los penitentes, ¡vamos! —Azuzó el arma contra mí.

—De acuerdo, tranquila.

Levanté las palmas. No sé por qué hice eso, pues ella no me podía ver, pero lo hice. ítem más creo recordar que, involuntariamente, agité un poco una de mis manos dudando de si en verdad era ciega. Recogí la llave del suelo y tomé mi maleta

enfilando, pasito a pasito, la escalera. Puse un pie en el primer escalón y este crujió bajo mi peso; di otro paso y sonó otro crujido y di otro paso más antes de detenerme para controlarla por el rabillo del ojo. Las bocas de la escopeta me seguían vigilando, independientes en su movimiento respecto del cuerpo que sostenía el arma. La joven gobernanta seguía con su nariz apuntando hacia la pared de cuadros.

—¡No te detengas! —gritó rabiosa.

Llegué al final de la escalera y me agaché para sortear la viga de madera que cruzaba el pasillo. Aquella casa parecía haber sido antaño un granero o establo, pues las habitaciones no eran otra cosa que divisiones de barro y mimbre en el plano de una gran buhardilla. Al fondo del largo pasillo había un pequeño tragaluz; a los laterales, cuatro puertas: dos a la izquierda y dos a la derecha. Cogí el llavín y me dirigí hasta la habitación que me correspondía; al llegar oí un débil roncar que provenía de la puerta que estaba justo enfrente. Comencé a maniobrar con la herrumbrosa llave en la testaruda cerradura, rogando que el inquilino de aquella forzada vecindad no me diera problemas. Tras bregar un rato el resbalón claudicó y la puerta se abrió con un tétrico chirriar de bisagras que bien hubiera servido para inspirar la mejor pesadilla del señor Poe.

—Está bien —murmuré abatido por la desolación que mis ojos contemplaban.

En el suelo, a la izquierda, había tres toneles: dos pequeños que hacían las veces de taburetes y otro, más grande y rematado por una plancha de madera redonda mal clavada que servía de improvisada mesa. Sobre ella un candil y, para mi sorpresa, una biblia. El techo servía de cimiento para las sedosas moradas de no menos de cien peludas patilargas, que al verme entrar agitaron sus redes a modo de saludo. En la pared, un boquete —pues no existe palabra más piadosa que pueda definir al agujero que proveía de luz natural a aquella madriguera— por el que apenas cabía un puño. La infame gatera no daba abasto para ventilar un aire espeso que apestaba a sudor, orín y lujuria mal interpretada. A la derecha, una litera de palos de pino con dos sacos rellenos de paja como colchones. Toqué

la de abajo y la sentí húmeda al tacto; asqueado me limpié los dedos en la chaqueta y me aupé a la de arriba; esta otra me recibió con un nauseabundo bofetón a leche pasada. Dirimí que era más sano dormir apestado que amanecer con lumbago, así que opté por trepar y quedarme en la de arriba.

Me quité los lentes y los dejé en la almohada, a la altura de la sien, y me dispuse a dormir sin desvestirme ni quitarme los zapatos. Me abracé y, sin saber cómo, empecé a llorar y el llanto me acunó hasta quedarme dormido.

VII
Los jugadores

Nix llegó cabalgando a lomos de un corcel con piel de estrellas y, detrás de él, su hijo Hipno montado en una cuadriga tirada por diez osos blancos. El primero se enzarzó en brutal lucha contra mis lágrimas, pero se terminó imponiendo y, tras reducir mi congoja a la extenuación, Morfeo tomó el timón de mi sueño. En el onírico viaje, mientras mi mente vagaba por campos de gelatina y hielo, percibí un olor alcohólico; leve al principio pero fue ganando intensidad hasta que invadió mis narices con fuerza y comenzó a llamar a las puertas de mi cerebro. Golpeaba tan fuerte que acabé abriendo los ojos y vi a un hombre de nariz ancha y recta, piel morena y ojos de serpiente que me escrutaban con curiosidad.

—¡Aaah! —grité dando un respingo.

El individuo comenzó a reír de manera atronadora; me cogió de los hombros y empezó a zarandearme como si fuera un pelele. Yo gritaba con todas mis fuerzas, aterrado, y él me respondía con gritos tan bárbaros que congelarían el valor del mismo Sansón. Abría la boca de par en par, dejando ver unos dientes amarillos y bisuntos pero, al igual que los lobos, eso poco importa cuando te dan la dentellada. Sus ojos de áspid, negros hasta casi no tener blanco, se escondían debajo del imponente hueso de su frente. La piel de sus pómulos, labios, mentón y párpados estaba tatuada por un zigzag de líneas oblicuas y, entre ellas, marcadas a fuego, las siluetas de osos, águilas, lobos y jaguares. De los lóbulos de sus orejas le colgaban

ristras de huesecillos y plumas. En la cabeza no tenía pelo, ni siquiera un sombreado que atestiguase que alguna vez prosperó algo en aquella bola. Un tabardo cobrizo, con cuello de astracán y salpicada de abundantes y largos flecos de piel le abrigaba el torso.

—Taloq, deja en paz al muchacho —ordenó una voz suave que se impuso sobre los gritos que ambos intercambiábamos.

El ser se refrenó contrariado; apretó los labios como si le hubieran quitado la comida, y me soltó. De improviso se dio la vuelta y, cuando parecía que ya había pasado todo, se abalanzó sobre mí con una agilidad felina; me inmovilizó los brazos con sus piernas y me sujetó la cabeza con la misma fuerza que puede tener una prensa de vino. Temblaba y trataba de zafarme pero tal era la corpulencia de aquel hombre que apenas podía agitarme. Apuntó sus dedos a mi ojo derecho —lo cerré con ganas pero me lo abrió— y comenzó a escrutarlo como el aspirante a galeno que estudia anatomía. Luego murmuró unas palabras ininteligibles y me acabó liberando para, de otro movimiento, saltar de la litera.

—¡Ja, ja, ja! Eso son supercherías… —dijo el otro hombre.

Me estiré la camisa y saqué medio cuerpo del colchón, dejando mis piernas colgando en el aire.

—Pero… pero… ¿Quiénes son ustedes? Esta es mi habitación, ¡la he pagado!

El hombre, que estaba agachado de espaldas, se irguió, se giró hacia mí y me miró con candor de padre.

Era un tipo elegante. Vestía pantalón, chaqueta y chaleco de seda, todo en un profundo e impoluto negro fúlgido. En sus pies, un par de botas cuyas puntas estaban rematadas en plata y de plata eran las espuelas que ornaban los tacones. De un botón en el lateral del chaleco le colgaba una delicada leontina de oro; bajo el chaleco llevaba una camisa también de seda pero esta, en marcado contraste, en blanco perlado. Rematando el atuendo, una corbata corta le ceñía la tela al cuello. Parecía que se había escapado de una buena fiesta, de su boda o de su entierro, pues la única suciedad que osaba mancillar tanta pulcritud era la de las cascarrias de las suelas.

—Taloq dice que tienes ojos de lobo, que quizás eres familia

suya. —Esbozó una tenue mueca de sonrisa que le iluminó la cara. Al oírlo el salvaje comenzó a protestar furioso.

—¡Vale, vale! Ya sé qué tú eres el único hijo del lobo, pero tendrás primos ¿no?

Sonrió de nuevo y esto enojó más al salvaje que tomó el cuchillo que llevaba prendido de la cintura, amenazando con su filo, pero sin llegar a rozar, el cuello de su compañero. El hombre, inmutable, permanecía impávido como una estatua de Miguel Ángel. En lugar de asustarse dio una tranquila calada al cigarro que llevaba en la mano y espiró el humo sobre Taloq. Este se maravilló, abrió las palmas y comenzó a empujar la nube contra su cuerpo al tiempo que ejecutaba un pequeño baile de capnomancia.

—Le encanta hacer eso. Cada vez que fumo me pide que le tire el humo. Por lo visto el dios del aire se enfada si desprecian a su hijo. —Me miró, sujetó el cigarro entre los dientes, y estiró su mano para saludarme—. Soy el capitán Solomon, supongo que tú eres Daniel, ¿verdad?

Me quedé mirándole sin saber qué palabra tenía que articular. Solomon era un hombre que imponía respeto, pero no por sus facciones, angulosas y varoniles, pulcramente rasuradas; ni por la mirada firme de sus ojos de lapislázuli; ni por sus ropas impecables; ni por su pelo azabache salpicado de canas en las sienes y perfectamente alineado en una minúscula coleta en el cogote; tampoco por su trato afable o su voz cálida. No. Era de esa rara casta de hombres que no tenían que imponerse de ninguna artificiosa manera, pues su sola presencia irradiaba responsabilidad.

—Muchacho, ¿estás bien?

—Sí… Sí, señor —balbuceé intentando salir de mi marasmo.

—Parece que hubieras visto un fantasma. Reconozco que la cara de Taloq no es la mejor manera de despertarse —el interpelado gruñó—; pero es una manera. Di, ¿eres Daniel?

—Sí, señor.

—No me llames señor, suena demasiado… ¿formal? Llámame Solomon, o capitán si quieres guardar las formas. Demonios, llámame cómo quieras, pero no me llames nunca señor. Mi séptima

mujer, cada vez que se enfadaba y eso era constantemente —arqueó las cejas—, se dirigía a mí en tono chulesco llamándome *señorito*. ¿Has estado casado, Daniel? —Negué con la cabeza—. ¡Qué cosas digo! Si tú aún eres un niño. Bueno, si estás aquí no eres tan pequeño. Nunca te cases, Daniel. ¿Me has entendido? Nunca te cases. —Me señaló con el dedo y me ayudó a bajar de la litera—. Ya os conocéis así que esto será un mero formalismo; guardiamarina Daniel, le presento a mi segundo: Taloq. —El silvestre se giró y gruñó.

—¿Es peligroso?

—¿Él? Ja, ja, Taloq —le tocó con el codo en el hombro—; pregunta si estás domesticado. —Comenzaron a reír—. Aquí donde lo ves es un genuino Ojibwe. Un cazador. No es peligroso, pero no lo provoques o te desollará vivo, y sin necesidad de empuñar el cuchillo.

—¿Habla nuestro idioma?

—Lo entiende perfectamente, otra cosa es que quiera hablarlo. Nos conocemos desde hace cuarenta años y, por esa boca de tiburón que se gasta, jamás le ha salido una palabra cristiana. Un momento, creo que una vez dijiste algo en nuestro idioma… —Taloq lo miró extrañado—. Ya sabes, aquella vez que el *tomahawk* te golpeó en el dedo gordo, entonces sí acertaste a decir algo… —Explotaron en carcajadas—. ¡Pero no recuerdo qué! —decía enjugándose con la puñeta los lagrimones que la risa le provocaba.

Cuando se hartó de reír tomó el reloj por la cadena y miró la hora.

—¡Ah, es tarde! Tendremos que correr. ¿Tienes preparado tu equipaje? —Mostré la maleta—. ¿Solo eso? Piensas embarcarte y solo tienes… —abrió mi maleta—; una mala chaqueta, dos zapatos y unas camisas. —Me olfateó—. Y una peste a nutria muerta que estremece a los buitres.

—Es lo que le dio tiempo de meter a mi madre.

—A tu madre… Mmm… Ya, el *incidente*.

—¿Se lo ha contado Claus? —pregunté alicaído, alcé los ojos y vi que me miraba con ternura—. Capitán… ¿Solomon?

—¡Sí! —Sus ojos se estremecieron—. Ese Claus es un tipo singular. Nunca le des la espalda.

—¿Se encuentra bien? ¿He dicho algo que no debería…?

—No, tranquilo. Es que me has recordado a alguien, solo eso. —Hizo un amago de atusarme el pelo.

—Tic, tac, tic, tac… —Intervino Taloq.

—Es cierto, llegaremos tarde. Recoge tus cosas, muchacho. En el barco tenemos ropa, malo será que algo no te valga.

VIII
La noche del puerto

Abandonamos aquel lupanar a matacaballo. Aún no era de día y una densa niebla había caído sobre la ciudad cegando todo. Amarrados a una argolla de la fachada había dos caballos negros. Taloq, de un ágil salto, subió a uno y el capitán, más ortodoxo, se ayudó del estribo para acomodarse en su montura. «Tú vendrás conmigo» dijo lanzándome el brazo y aupándome a la grupa con un tirón seco. El martillear de los cascos en los adoquines resonaba en las calles, haciendo que los personajes que vivían al cobijo de las sombras abandonasen momentáneamente su protección para echarnos un ojo. Hombres sin alma se arremolinaban en corrillos y, amparados entre las viguetas que sujetaban las pérgolas de los portales de las tabernas, mercadeaban con la carne de las mujeres que tenían en arriendo; los compradores, al oírnos, se disolvían alzando el cuello de sus gabanes. En las esquinas más sombrías los pasantes de la muerte trapicheaban con armas u otros negocios nefandos. Según nos acercábamos al puerto comenzamos a cruzarnos con marinos más o menos temulentos que cantaban tonadillas alegres sobre barcos, monstruos, dinero y mujeres. Presenciamos un conato de riña a navajazos y fuimos testigos fugaces de las peleas de gallos y las apuestas que se hacían en los callejones.

—¡Taloq! —gritó el capitán—. Dársena número trece. —Tiró de las riendas del caballo y encaramos el muelle de madera. Otro suave tirón y el animal atemperó su avance—. Tranquilo bonito,

tranquilo —decía mientras le acariciaba el cuello, pero el corcel tenía algo que objetar y relinchó a modo de queja—. Sí, a mí tampoco me gusta la niebla —respondió el capitán.

Avanzamos acompañados por el crujir de las maderas del puerto bajo las patas de las bestias. El muelle estaba vacío, aún era demasiado pronto para que arribasen los pesqueros. Más tarde, aquel mismo lugar, sería como cada mañana: un bullicio de gente descargando, salando, comprando y vendiendo pescado. Al final del muelle la llama de una linterna empezó a ganarle la batalla a la bruma. Al amparo de esa luz, esperando al lado de un pantalán que se perdía en la mar, había dos hombres fumando y charlando de manera animada.

Uno era un hombre alto, corpulento, tenía una gran nariz bulbosa, ojos descendidos de los que colgaban unas bolsas casi violáceas, barba canosa y rala y una cicatriz en la sien izquierda. A su espalda cargaba con un macuto marrón que casi llegaba al suelo. El otro hombre era un poco mayor, regordete y achaparrado; se abrigaba con una vieja capa de cuero y no separaba el cigarro de la comisura de sus labios. Al escuchar los resoplidos del caballo del capitán salieron de su conversación y el hombre de la nariz cebollera se dirigió a nosotros:

—Mira quién viene por aquí —le dio un toque en el antebrazo al otro—: el indio mudo y el capitán pistolero —dijo con amigable desprecio y un fuerte acento francés.

—Yo también me alegro de verte, Lupi —espetó sarcástico el capitán—. ¿Ya te lavas las manos antes de cocinar o quieres seguir intentando matarnos de disentería?

—Eso no fue culpa mía, capitán —respondió dolido, como si las palabras de Solomon le hubieran herido en las entrañas—. Fue culpa de su amigo, le estafaron cuando compró los víveres.

Taloq, en su jerga indígena, protestó airadamente.

—Él insiste en que la carne estaba en perfecto estado —terció el capitán.

—Yo también cogí la disentería. ¿Acaso voy a comer yo carne cediza o que sé que me puede sentar mal?

—A saber… Los franceses tenéis un gusto extraño para la cocina —replicó el capitán bajando del caballo.

—Buenos días, capitán —saludó solemne el otro hombre.

—Buenos días, contramaestre Belmonte.

—¿Quién es el pichón? —se apresuró Lupi a preguntar.

—Es mi nuevo guardiamarina.

—Mi capitán, me permito recordarle que ya tenemos el cupo lleno —indicó Belmonte alabeando las cejas.

—Él viene conmigo. Guardiamarina Daniel, le presento a mi contramaestre, el señor Belmonte.

El contramaestre avanzó la mano transmitiéndome sus respetos:

—Un placer, guardiamarina Daniel.

—El gusto es mío.

—Si tienes algún problema con la tripulación, o necesitas lo que sea, acude al señor Belmonte. Él lo solucionará —me informó el capitán.

—¿Es su primera vez, jovencito? —me consultó Belmonte.

—¿Qué embarco? Sí, señor, es mi primera vez.

—¿Me acepta unos consejos? Llevo en este oficio desde antes de tener su edad. —Le pegó una calada a la colilla hasta que la brasa le calentó los callos del índice y el corazón—. Durante las tormentas manténgase alejado de los palos y corra a refugiarse en el camarote. Si se siente indispuesto vomite por la borda, no en la cubierta. ¿Entendido?

—Entendido, señor. —Asentí.

—Y este de aquí es Lupi, nuestro cocinero —me anunció el capitán.

Avancé la mano para saludarle pero, en lugar de corresponder, Lupi se recolocó el macuto al hombro, me escudriñó altivo, carraspeó y escupió al agua.

—Pareces bien nutrido —dijo desdeñoso—; estás educado, tienes las uñas limpias, los dientes en su sitio… Mi capitán, esto no es un maldito buque escuela. —Remató dejando caer el cigarro para aplastarlo con saña con el tacón de su bota—. ¿Qué será lo próximo: negros a bordo? Joder, ya tenemos un mestizo.

—Controle su lengua o se la coseré a un mamparo —le advirtió el capitán.

—Aún estamos en tierra; cuando zarpemos, mi lengua y mi culo serán suyos, hasta ese momento me permitiré alguna licencia. Mira, cachorro —Lupi se dirigió a mí—, no te acerques por mi cocina o te serviré como entrante. *Capisci?* —Se restregó la lengua por los dientes.

—Sí, señor, como usted diga, señor. —Bajé la mirada.

—No le trates de señor o se lo creerá. Hechas las presentaciones —dijo Solomon frotándose las manos para desentumecerlas— es hora de prepararse para zarpar. Contramaestre Belmonte, ¿quién queda por venir?

—Prácticamente todos, mi capitán. La tripulación de primera y los especialistas duermen en sus camarotes a la espera de recibir sus órdenes. Quedan… —se rascó la nuca con el meñique y sonrió— quedan los de siempre. Usted, mejor que nadie, conoce las costumbres de los hombres al arribar a puerto.

—¿Han cargado los víveres?

—Ayer dejamos todo listo: agua, despensa, salazones, aceite, municiones, carbón, vino… Solo faltan la marinería y sus amigos.

Solomon tomó su reloj de bolsillo, le echó un vistazo y pensó en voz alta:

—Queda una hora para que salga el sol. Vamos a darles cuartel, ya sabe cómo son de peculiares nuestros *invitados*. Me pregunto… ¿Tienes hambre, Daniel?

—Me rugen las tripas, capitán —respondí, sintiendo el vacío en mi estómago.

—Lupi, prepáranos dos bocadillos de panceta. —Taloq gruñó —. Mejor que sean tres. Y trae café. ¿Le gusta el café, guardiamarina Daniel? —Me miró.

—En casa el café solo lo puede beber mi padre.

—¡Oh, por favor! Un sí o un no, guardiamarina Daniel.

—Entonces sí, capitán.

—Lupi, ya ha oído.

—¡Eso! Los esclavos a sufrir para que los señoritos estén bien

alimentados —refunfuñó.

—¡Vamos, cocinero de ratas! —dijo afable Belmonte ofreciéndole pasar primero por la escala, él pasó después y, siguiéndole de cerca, Taloq.

Los hombres avanzaron por la pasarela desapareciendo, a los pocos pasos, entre la oscuridad. Solomon inspiró hondo.

—Huele a buena mar, huele a aventura, a vientos clementes. —Se regocijó.

—Bonito amuleto, capitán. —Aprecié el diminuto y delicado frasquito encapsulado que prendía de una sobria cadena barbada que llevaba ceñida al cuello.

—¿Qué? —dijo distraído, y le señalé el colgante—. Ah… —volvió a esconderla en la camisa—. Con la cabalgada se ha salido. Vamos, guardiamarina Daniel. —Me abrió paso.

Dudé. Le lancé una mirada al capitán y repitió el gesto. Con algo de temor comencé a andar por aquella pasarela a punto de troncharse y que, cubierta de verdín, resbalaba como un jabón. Al otro lado solo había oscuridad, una oscuridad profunda y tenebrosa. Pero, con cuidado, seguía avanzando. Adelantaba un pie que atestiguase que antes de que le siguiera el otro había algo en lo que asentarse con seguridad. De pronto el mar emitió un quejido y una fortísima ventolera me empujó contra el pasamanos amenazando con tirarme al agua. La mano del capitán me tomó por la pechera.

—¡La mar no quiere indecisos, guardiamarina Daniel! —Me reprendió con cordialidad, ayudándome a ponerme erguido—. La mar quiere hombres intrépidos. ¡Mire qué belleza!

Señaló a la oscuridad. El ventarrón arrastraba la boira descubriendo la que durante largo tiempo sería nuestra casa. El fulgor de la luna se abrió paso entre las volutas de bruma, regando de luz el navío y nosotros nos regalamos la vista ante tan majestuoso espectáculo.

—Bienvenido al Prometeo, guardiamarina Daniel —El capitán estaba orgulloso y tenía motivos para sentirse así, pues aquel navío era realmente fabuloso.

IX
Disquisiciones náuticas

En este punto de mi exposición tengo que hacer una liviana digresión —quizás no sea la palabra más adecuada pues el Prometeo tuvo un papel determinante en nuestra travesía, ya que fue nuestro navío, casa y testigo mudo de vivencias— para reseñar, a grandes pinceladas, el bastimento en el que recorrimos medio orbe.

El Prometeo era un yate tipo clíper, tan en boga en aquellos años. Tenía una eslora —que, para quien no lo sepa, es la distancia comprendida entre el mascarón de la parte delantera y el asta en la que ondea el pabellón en la parte trasera—, de ochenta y siete yardas exactas. Su manga, esto es: la distancia comprendida entre las barandillas en su parte más ancha, era de doce yardas, también exactas. A diferencia de los clípers que entonces surcaban los océanos este tenía solo dos palos: el palo mayor, sobre la medianía del buque, y el trinquete; un palo un poco más pequeño y situado a proa, así llamada la parte delantera por la cual los barcos cortan el agua. Para terminar con este básico galimatías náutico es inexcusable aclarar que la popa es la parte trasera de las naos y que, si nos situásemos dándole la espalda a la popa y la cara a la proa, nuestra izquierda sería el babor y nuestra derecha el estribor; que a las partes en las que los costados de la nave comienzan a estrecharse hacia la proa se las llaman amuras y que a las cuerdas las llaman cabos.

Digo que es necesaria esta pequeña introducción al *ars navigandi* pues las gentes de la mar tienen un vocabulario exclusivo para el

idioma propio de su oficio. Tengo que añadir que podría escribir un diccionario llenando su papel de miles de estos términos, pero para la historia que me compete narrar, que no es otra que la mía, con que conozcan lo necesario me basta y me sobra.

Nuestro clíper era un navío de propulsión mixta; pues podía surcar la mar con el aliento de Eolo y también con la potencia de su ingeniosa caldera. Esta máquina aprovechaba la combustión del carbón para transformar el agua en vapor, el cual a su vez empujaba los pistones que, mediante un cardán, hacían girar la hélice de bronce sumergida en la popa. Esta maña le permitía alcanzar fascinantes velocidades de hasta veinte nudos —veinte millas náuticas por hora—, siempre que aquel día Satanás estuviera atizando la caldera para asar el averno, tuviéramos el fresquito a barlovento y, sobre todo, la pericia marinera del capitán Solomon a las cabillas de la rueda del timón.

Cargado hasta arriba de suministros, carbón, agua, enseres, mercancías, gallinas, tripulación y pasajeros podía desplazar hasta mil quinientas toneladas.

El suelo de la cubierta, así como las planchas que forraban el casco, eran de teca de La Habana. Sus cuadernas y el costillar —el esqueleto de la nave— eran de hierro forjado en caliente en Coatbridge (Escocia) y unidos con pernos más duros que el invierno burgalés.

Se percibía que el señor Waterfall no había escatimado ni un real en la construcción de su recreo náutico. Bajo el palo de proa —el bauprés— lucía un robusto mascarón en roble americano: una talla de Prometeo sujetando una antorcha en dirección a la mar. El casco y las barandillas habían sido pintados en negro brillante, y las cubiertas fueron barnizadas para que la teca resaltara la belleza natural de la firma de sus vetas. La parte alta de las cabinas, y en las que estaban los ojos de buey, tragaluces y respiraderos, así como los palos y la chimenea, habían sido lacadas en un blanco exquisito que hacía un armonioso contraste. En la popa de la nave, labrado directamente en la madera, su nombre y las letras de este resaltadas con pan de oro. Rematando el conjunto naval estaban las dos duras

barcas balleneras que servían para llegar a tierra cuando no había puerto propicio para el amarre.

La nave era un prodigio de la técnica; era la prueba palpable de la virtud del hombre sobre los desafíos de la mar; era una oda a la belleza, y la tripulación, orgullosa, cuando era preguntada por el nombre de los barcos en los que había servido, respondía llenándose la boca con una sola palabra: Prometeo.

X
Mentes preclaras

Inmediatamente después de poner un pie en el Prometeo, el capitán Solomon me tomó del hombro.

—¿Adónde vas, chico?

—A buscar mi camarote, capitán. —Estiré el brazo señalando la espalda de Taloq.

—No, de eso nada. —Cogió mi equipaje—. ¡Taloq!, nuestro joven guardiamarina es desde ahora el compañero de camarote del profesor Abú. —Le lanzó mi maleta, la cazó al vuelo y asintió con un gruñido—. Contramaestre Belmonte, que proporcionen a este joven recado de escribir.

—¿Qué es eso, capitán?

—Papel, pluma y tinta.

—Sí, mi capitán.

—Usted aquí, a mi vera.

Me agarró de la solapa y me llevó a su lado, justo a un lateral aledaño a la pasarela que unía el barco con el muelle.

—Tenga. —Belmonte me entregó lo pedido.

—Una de las obligaciones de todo buen capitán es dar la bienvenida a los pasajeros.

Sobre una de las trampillas de cubierta había varias sillas plegables de madera sujetas con manijas de latón. Liberó los pasadores y tomó dos sillas.

—Tenga —desplegó una a mi espalda—; siéntese, tampoco es

cuestión de cansarse antes de empezar a navegar. —Desplegó la suya, se sentó y le sobrevino un profundo bostezo—. Otro así y me quedo sin mandíbula —bromeó—. ¡Lupi, deja de sorber calandraca! ¿Viene ya ese maldito café?

—¡Ya va, ya va! —rechistó este haciendo equilibrios con una bandeja de plata en las manos, porque la bruma había regado la cubierta con una fina capa de agua y el frío de la madrugada viguesa la convirtió en un peligro resbaladizo. El cocinero estuvo a un tris de irse al suelo no menos de cinco veces con la bandeja, las tazas, la cafetera y el refrigerio. Pero con agibílibus y terribles retahilas de blasfemias en múltiples lenguas logró llegar a nuestro lado. Dejó la bandeja en el tejadillo de la cabina y le sirvió una taza de espeso café al capitán.

—Café solo, sin azúcar y abrasando para el capitán…

—Gracias, Lupi. —Tomó la taza con las dos manos para captar su calor, se la acercó a los labios y le dio un sorbo—. ¡Mmm! Me encanta el café que prepara Lupi. No tiene ni idea de cocinar, pero su café… su café es auténtica medicina. Esto espabila a un muerto.

—*Gracias*, capitán. Disfrute. Sepa que este café que tanto le gusta es de los últimos granos que quedaban del viaje a Colombia —rezongó y se retiró.

—No se preocupe, Lupi, seguro que pronto volvemos a ver aquellas costas. —Solomon se deleitaba con pequeños sorbos. Dejó su taza, tomó la cafetera y me sirvió—. Acerque las manos, esto le espabilará.

—¿Y quiénes son los pasajeros? —consulté acercando mis manos.

—¿Qué le ha contado Claus?

—Prácticamente nada. Con quien más he podido hablar es con el señor Waterfall.

—¿Habló con Waterfall? ¿Ha conocido a ese maldito viejo? —Se sorprendió.

—Así es… —Aspiré el aroma del café.

—¿Y qué le ha contado?

—Me puso una pistola en la cabeza y dijo que o me enrolaba o

me mataba. —Me encogí de hombros—. Y aquí estoy.

—¿Y sobre la empresa? ¿Le ha dicho algo sobre la empresa?

—A grandes rasgos. Que había reunido a un grupo de gente experta para cartografiar e ilustrar… o algo así; la verdad es que no me quedó muy claro. —Saboreé otro sorbo de café y continué hablando—. Su propósito me parece noble: compendiar el conocimiento para ayudar a la humanidad. Sí, dijo algo así.

Solomon soltó una carcajada.

—¿Eso le dijo? Ja, ja, ja… Ayudar a la humanidad… Maldito viejo. Al único que Waterfall ayuda es al propio Waterfall.

Unas voces atropelladas llegaron a nuestros oídos; el capitán dejó la taza y se puso en pie. Por el muelle se aproximaba un pelotón de hombres. Todos vestían de igual manera; chaquetones encerados, gorros negros de lana en la cabeza o prendidos del cinturón y botas altas. Unos llevaban el petate al hombro y otros, con desgana, lo arrastraban por el suelo tirando del nudo que los cerraba. Eran cerca de veinte y tenían entre diecinueve y cincuenta años. Había caras curtidas de mirar a lo lejos; gestos alegres se mezclaban con otros cansados; unos charlaban animadamente de partidas y recuerdos de mujeres mientras sus interlocutores escuchaban, pacientes, mirando a la nada; bocas tuertas, cigarros en unas y humeantes pipas de maíz en otras. El tipo que encabezaba la comitiva, un hombre de aspecto vikingo, rudo y de brutales facciones, tomó la palabra:

—¡Ah del barco!

—Déjese de formalismos, Gregorio. —El capitán le indicó que cruzase la pasarela hacia él.

—No, mi capitán. Usted bien sabe que no.

Solomon me dio el perfil y murmuró:

—Marineros supersticiosos, la tisis de la marinería. —Se volvió a girar hacia ellos—. *Stella Maris!* —gritó con ganas.

El hombre cabeceó como quitándose la desgana; se santiguó tres veces; ludió con vigor la suela de su bota derecha contra los tablones del muelle; arrugó el gesto, y, tras meditar unos segundos, adelantó el pie derecho hasta pisar la pasarela. Caminó hacia el capitán con paso firme, pero tranquilo, mientras el resto de los marineros

permanecían quietos, con la cabeza alta y los brazos pegados al cuerpo, tiesos como velas. Estando a dos pasos del capitán se detuvo y le saludó con aire marcial. El capitán le devolvió el saludo.

—Capitán Solomon, la marinería del Prometeo pide permiso para subir a bordo.

—Permiso concedido, señor piloto Gregorio.

—Es un honor estar bajo su mando.

—El honor es mío.

—¡Marineros! —gritó a los hombres echándose a un lado—; pueden ir a sus puestos. —Al oírlo taconearon una vez en las maderas y, repitiendo el protocolo de Gregorio, fueron subiendo. Uno por uno se detenían delante del capitán, le saludaban y él daba su beneplácito acompañado de una palmada en el hombro, de una sonrisa o de ambas y, diligentes, se distribuían por el navío.

—Me gusta —apreció—. Es una suerte que haya podido recuperar a toda la tripulación.

—Ya sabe cómo somos los hijos de la mar, mi capitán. Es pisar tierra y salir desperdigados como la metralla de una granada. Bastó que fuera deseo suyo repetir con los mismos hombres para que para mí fuera una orden.

—Se lo agradezco.

—¿Han llegado ya los pasajeros?

—No, aún no. —Recayó en mi presencia—. Por cierto, Gregorio, le presento al nuevo guardiamarina. Se llama Daniel.

—Un honor. —Asintió con un gesto—. Mi capitán, si usía no reclama nada más voy con los hombres.

—Sí, una cosa más. Que varios hombres estén al tanto para cuando lleguen los invitados ayudarles a subir sus cosas a bordo.

—Sí, mi capitán.

En el lapso de tiempo que tardamos en darle tres mordiscos a la panceta que nos había servido Lupi, un carruaje tirado por cuatro caballos bayos se detuvo en el muelle. En el pescante iban dos hombres. Uno de ellos trepó hasta el techo y comenzó a desatar los nudos que sujetaban los bultos que allí iban, mientras el otro se apresuró a abrir la puerta de los pasajeros.

La cabeza de un hombre, envuelta en un turbante color mostaza rematado en la frente con una gran turquesa, asomó por la ventanilla. Miró a ambos lados y bajó haciendo chapotear sus babuchas en el charco sobre el que se detuvo la diligencia. Tenía una gran barba negra, espesa y alborotada que le llegaba hasta la barriga y mirada dura, pero envuelta en una aureola de sabiduría. Vestía una casaca del color de los arándanos con dragonas de plata y ceñida con un maure bermellón del que prendía la vaina, ancha y plana, de un alfanje.

—Pongan extremo cuidado con los bultos —advirtió a los porteadores.

—¡Profesor Abú! —El capitán llamó su atención; el profesor nos miró y esbozó una mueca de satisfacción.

—*Al-lahu-àkbar!* ¡Buenos días, capitán! —Caminó enérgico hacia nosotros y ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

—Ya pensaba que no vendría.

—¿Y perderme el viaje de mi vida? ¡De eso nada! ¿Quién es nuestro joven amigo? —Reparó en mi presencia.

—Se llama Daniel, es mi guardiamarina.

Se llevó la mano derecha al pecho y me hizo una reverencia.

—Bienvenido a bordo, yo soy Abú Abbás Ibn Al-Baitar Ibn Hayan Ibn Idrisi…

Me quedé mirándolo sin saber cómo dirigirme a él. Al percibir mi pasmo sonrió y salió al quite:

—Pero todos me llaman Abú o profesor, lo que usted estime más oportuno.

—¿Profesor? —Solomon tomó la palabra— No. No sea falsamente humilde, no es su estilo. Un profesor es el que enseña a los párvulos. —Le lanzó el brazo por encima del hombro—. Abú es el último de la estirpe de los arquitectos y matemáticos que sirvieron a Solimán el Magnífico. Tiene ante usted al que posiblemente sea el mejor algebrista y químico de nuestra era… y a un espadachin envidiable. Señor Abú, creo que sería buena idea que ustedes dos compartieran camarote. Si ello, claro está, no le supone incomodidad.

—Ninguna. Siempre y cuando el caballero Daniel sea amigo de las abluciones. —Me miró y las arrugas de sus carrillos de café se plegaron como el fuelle de un acordeón.

—Dos veces al día, profesor. Una por la mañana, con agua fría, para despejar el cuerpo y entonar la mente; y otra por la noche, con jabón y agua tibia, para acomodar el sueño —me apresuré a responder.

—Muy bien, detesto los malos olores. Veo que conoce el término *abluciones*, ¿le gusta ilustrarse?

—Me gusta leer. —Señalé mis gafas.

—Excelente, creó que podremos entendernos.

—El muchacho está un poco verde de la vida y de la mar. Yo tengo que capitanear la *expedición* —el capitán guiñó un ojo— y llevarlos a todos a buen puerto… Entonces, ¿puedo dejar en sus manos la enseñanza de mi guardiamarina?

—Hace mucho tiempo que dejé la docencia y la añoro. Me place esta nueva oportunidad de tener un discípulo.

—Dicho queda.

El profesor se giró hacia el cario.

—Voy a necesitar que alguien ayude a mis porteadores, creo que llevo demasiado equipaje.

—Sin problema, ¡ustedes! —el capitán llamó la atención de dos marineros que deambulaban cerca—. Ayuden a descargar los baúles del señor Abú.

—Con cuidado, por favor, algunas de esas maletas contienen productos químicos sumamente volátiles; un golpe y Vigo contará con su propia caldera volcánica —advirtió.

—Sí, señor, descuide —dijo uno al pasar a nuestro lado.

—¿Cómo ve la situación, profesor?

—Nos espera un viaje formidable, estoy satisfecho; mi salud es óptima y mis ganas por conocer nunca flaquean. ¿Qué más puedo pedir, amigo Solomon?

—¿Un harén? —Sonrió con picardía. El profesor se ruborizó y miró al suelo.

—A mis años, capitán, me conformo con volver a ver la luz del

sol cada día, *In šā' Allāh*. Aunque, todo sea dicho, cada vez duermo menos. Mi ansia por la sabiduría ya me priva de…

—¡Cuidado! —dijo uno de los hombres intentando sujetar el resto de bultos que quedaban en el techo—; ¡Están resbalando!

En ese momento se partió la cuerda que los sujetaba.

—¡¡A cubierto!! —gritó Abú.

Solomon se lanzó al suelo, arrastrándome con él. Mientras caía tuve tiempo de ver, en un fogonazo, cómo Abú desenvainaba su alfanje mientras rotaba sobre sí mismo. Unos instantes de silencio, que no debieron de durar más de unos pocos segundos pero que se hicieron eternos, siguieron al grito del profesor.

—¿Estás bien? —me preguntaba el capitán.

Yo solo sentía el peso de su cuerpo sobre mi espalda, mientras mantenía los ojos cerrados pensando, como el niño que aún era, que quizás así todo lo malo que ocurriese pasaría sin herirme. Unos brazos me zarandearon.

—¡Demonios, guardiamarina! ¿Estás bien? ¡Contesta!

—¡Sí, estoy bien! —Tardé en reaccionar, me revolví en la cubierta y me coloqué las gafas. El capitán se puso en pie, se ajustó el chaleco y la corbata y me ofreció su mano para ayudarme a incorporarme—. ¿Qué ha pasado?

—Que casi terminamos nuestro viaje antes de empezarlo —contestó mirando al muelle.

El profesor había lanzado su alfanje clavándolo hasta la mitad en la madera del carro y al mismo tiempo ensartando providencialmente la red que sujetaba la carga, evitando que cayera. Esta se cimbreaba con macabra dulzura a un escaso palmo del suelo. Abú abroncaba a los hombres con brasas en la garganta. Su bondad y toda su amabilidad habían desaparecido de un plumazo:

—¡Semicapro hijo de perros apestosos! —Golpeaba a uno en la cabeza a puñetazos—. ¡Hemos estado a punto de morir! ¿No saben leer? ¿Es que no saben leer, inoperantes comedores de estiércol? —Señaló unas palabras pintadas en las maderas de varias cajas—. ¡Usted! —Tomó a otro del pescuezo y lo arrastró hasta hacerle tocar con la punta de la nariz en las letras—. ¡Ni-tro-gli-ce-ri-na! —leyó

enfatizando cada sílaba—. ¿Saben qué es eso? ¡Mastuerzos!

Siguió una invectiva en persa, tras la que soltó al marinero con desprecio, amparó una de las cajas con un brazo, la posó en el suelo y, con delicadeza, desclavó su arma. Volvió a ceñirse el hierro a la cintura y tomó tan delicada carga para subir al barco.

—Capitán, espero que el resto de hombres esté más despejado que estos botarates. —Inspiró aire profundamente y se atemperó—. Disculpen el espectáculo… Lo siento, lo siento mucho.

—No tiene que disculparse, profesor. Yo hubiese hecho lo mismo. —Aseguró el capitán.

—Hay algunas cosas que es mejor no delegar en nadie. —Miró la caja—. Si me disculpan —indicó pidiendo paso—; antes de zarpar voy a meditar en la soledad de mi camarote y a suplicar a Alá que se apiade de nosotros.

—Por favor. —Indicó el capitán con la cabeza.

—Es un honor poder tutelarlo, señor Daniel —dijo pasando a mi lado.

Me aparté asintiendo con la cabeza. Los hombres del muelle, aún con el susto en el cuerpo, terminaban de descargar los bártulos del profesor. Otro coche, un correo del tipo francés con la carrocería en negro y verde, llegó y se detuvo. El conductor bajó de un salto y fue raudo a abrirles la puerta a los viajeros, pero una mano salió del interior declinando la ayuda.

La portezuela se terminó de abrir y un hombre barbitaheño de porte altivo se bajó; tendría unos cuarenta años, buena planta, ojos pequeños y nariz recta. Vestía de impecable negro sin ser ropa de luto, pues era la moda de aquellos años y en su mano izquierda, enguantada en napa, sujetaba un bombín y un bastón.

—Querida…

El hombre, con un refinado ademán, extendió su mano derecha para ayudar a bajar a la mujer más bella que mis ojos han podido admirar. Su vestido era de seda nívea y pedrería de cristal. Tras la redecilla violeta que caía del sombrero se escondía el rostro de una mujer cuya hermosura desataría la envidia de Afrodita, salvo que fuese la propia encarnación mortal de la diosa. Tenía los ojos zarcos

pero no de un azul al uso sino de un azul rutilante; más intenso que el azul del cobalto y más vibrante que el del lapislázuli. Su cabello era el residuo espumoso y delicado que se forma cuando la mar choca contra los acantilados; blondo y largo, salvaje e indómito, domesticado con una coleta que le llegaba hasta la parte alta de la cintura. Su nariz era grácil, respingona, y su semblante estaba bañado por una piel blanquísima que no delataba la más mínima mácula. Bajó del carruaje como bajó Gabriel a la tierra y, con una sonrisa resplandeciente custodiada por unos labios que eran brasa pura, nos embargó el alma a todos los indignos miserables que en aquella madrugada teníamos la dicha de contemplar su advenimiento.

—Tome nota, guardiamarina Daniel, tome buena nota de lo que voy a decirle y no lo olvide nunca, pues es una lección de vida. —Solomon, sin poder apartar la mirada o tan siquiera parpadear ante la visión de tan hermosa criatura, empezó a murmurar—. Por algún azar del destino, por alguna cábala del universo, las mejores mujeres acaban siempre con los hombres que las tasan en menor ley. Y que me desuellen vivo si algún día comprendo tan extraña paradoja. —Parpadeó, volviendo a la cotidianidad del momento—. ¡Anatoli! ¿Necesitan ayuda? —Alzó la voz.

—¡Muchas gracias, capitán!, pero ya me las apaño yo solo —respondió el hombre. Hablaba perfectamente el idioma pero su voz tenía una nota peculiar. Era un *erreo* del norte que me costó situar en el mapa, pese a presumir de mi buen oído y mi mejor conocimiento de la geografía.

Cruzaron la pasarela en dirección a nosotros.

—Buenos días, capitán. Tenemos una hermosa mañana. —Miró al cielo buscando una brisa.

—Buenos días, señor Anatoli —respondió Solomon estrechándole con firmeza la mano. Luego hizo una reverencia a la mujer, extendió la palma hacia arriba y ella posó su mano, cubierta por un guantecito de seda, en la palma del capitán. El capitán, con los labios, acarició el aire que cubría sus nudillos—;… y señora. —Suspiró—. Su presencia en este muelle es como ver crecer una rosa

entre espinos; hace que me pregunte cómo habrá medrado tan delicada flor entre tan malas hierbas pero, aún con todo, no dejo de darle gracias a Dios por tan mundano milagro.

Ella sonrió, se levantó la redecilla que le cubría el rostro y sus ojos brillaron.

—Capitán Solomon, qué considerado.

—Aun a riesgo de parecer fatigoso, ante tan bellas perlas que tiene por ojos no puedo contenerme, así que se lo preguntaré otra vez: ¿cuántas palabras conoce para decir amor?

—No existe palabra que haga justicia al amor, capitán. —Hizo una pausa—. Pero si me viera en la tesitura de tener que elegir una sola palabra que describiera tan bello sentimiento, sin duda la seleccionada sería aquella que nos regalan los franceses: *amour* — dejó escapar entre sus labios. Miré a Solomon y vi que se había perdido en sus ojos.

—Capitán, no quiero importunarle, pero cuando haya terminado de adamar a mi joven mujer quizás, si lo cree conveniente, podría prestarme atención para centrarnos en nuestros asuntos. —Hizo valer su conyugal condición.

—Es un hombre afortunado, señor Anatoli.

—Sí, lo sé —rubricó con desdén.

Silbó al cochero y le indicó que trajera cierto baúl; que resultó ser uno pequeño, pesado, pintado de azul marino y reforzado con flejes de hierro.

—Déjelo en el suelo y siga descargando los bultos. Este es el último, ¿han cargado el resto?

—El resto está en la caja fuerte del camarote principal. Mi camarote —respondió Solomon, mostrando un llavín que sacó del bolsillito relojero.

Anatoli se agachó al lado del baúl y con otra diminuta llave manipuló en la cerradura.

—Sesenta libras de oro ruso que se suman a las cien ya adelantadas por su majestad imperial quien, por cierto, le manda sus más afectuosos saludos y sus mejores deseos.

—¿Le gustó el ron que le envié? —inquirió Solomon mordaz.

Se agachó, tomó uno de los lingotes y sopló las virutas de serrín que lo amparaban para apreciar mejor el águila bicéfala en él estampada; lo sopesó y volvió a dejarlo junto al resto de sus hermanos.

—Obviamente no es a usted a quien le manda saludos, sino a nuestro filántropo, el señor Waterfall. El zar, mi Zar, también me pide que le transmita que tiene todas las esperanzas depositadas en esta operación.

—Mi cometido es llevarles allí donde ustedes han indicado y tiene mi palabra de que así lo haré —respondió solemne.

—Entonces tengo su palabra. Dígales a sus hombres que ayuden a traer el resto de nuestro equipaje. —Le lanzó el llavín al capitán, que lo cogió al vuelo. Tragó saliva, miró a su mujer y estiró el cuello —. Los empedrados de esta tierra están urdidos para torturar a los viajeros. Deseo instalarme en nuestro camarote, refrescarme y descansar.

—Por favor. —El capitán le abrió paso y él, arrogante y soberbio, avanzó dejando atrás a su mujer—. Señor Anatoli, ¿y el artefacto? —Se detuvo, introdujo su mano en la chaqueta como si hubiera sentido un pálpito en su pecho y respondió:

—A buen recaudo, capitán, descuide —certificó secamente y siguió su camino.

—Va a ser un viaje muy largo. —Suspiró la señora—. Al menos, cuando el pesar nos acose podremos consolarnos pensando que en la inocencia de la juventud hay alguna esperanza para los que ocupamos este mundo.

Al pasar a mi lado me acarició el mentón y además de la sedosidad de su mitón sentí en mi estómago un hervidero de mariposas.

—Nunca confíes en un ruso —musitó el capitán—; el frío de aquella tundra les hiela hasta el alma. Toma nota, guardiamarina: embarcan el señor Víctor Anatoli Khals y su señora, Elizabeth Anatoliya. —Hizo una pausa y me miró—. ¿Estás tomando nota, muchacho?

—No, mi capitán, ignoraba que…

—¡Guardiamarina Daniel, por favor…!

—¡Es una patochada propia de cácasenos! —vociferaba un hombre desde el muelle.

—¿Necios? —respondía otro con cariz indignado—. ¿Aún sostienes la idea de que la teoría de la biología evolutiva es una andrómina? ¡No me lo puedo creer! Y más viniendo de un hombre que ha visto lo que ha visto.

—Por ello, mi querido Lawrence, porque he visto lo que he visto, sostengo que esa *teoría*, sin ayuda externa, es sencillamente insostenible. ¿Y usted presume de ser escocés? No sé por qué la llama teoría, porque es un conocimiento especulativo, una hipótesis, no está demostrada y jamás se podrá demostrar. —Se detuvo y torció el gesto—. Deme fuego.

Sacó una pipa del interior de la gabardina y el escocés buscó un fósforo en sus bolsillos, pero no encontró nada. Vi que un tercer hombre de piel negra les seguía de cerca cargando con las maletas, sacos y bultos de ambos aguantando con estoica resignación el sobreesfuerzo de tener que escuchar tal debate. Una torrentera de sudor le empapaba la frente y sus carrillos se inflaban con resoplidos, pero sus labios no balbuceaban la más mínima queja.

—Koopha, dele fuego al soldado —le ordenó Lawrence.

Este miró impotente sus brazos saturados y dudó. Alzó la rodilla derecha intentando apoyar sobre esta la caja de un sombrero y así liberar la mano izquierda, pero era imposible; la caja resbalaba y si aflojaba la presión que hacía con su brazo izquierdo, la maleta de cuero que llevaba bajo el sobaco se caería al suelo. Fruto de la desesperación empezó a maniobrar con el cuello, intentando morder el asa de la maleta con sus enormes y blancos dientes, hasta que dio la batalla por pérdida.

—Mi *señó* no… no puedo *dale lunbre* sin *tirá* algo.

El fumador miró al negro con interés, como quien observa las evoluciones de una libélula en un jardín, y caminó hacia él.

—Señor Koopha —dijo con flema—, deténgase. Esta situación que nos brinda la Providencia es idónea para dirimir la cuestión que al señor Lawrence y a mí nos distancia. Verá, este es el problema: mi

buen amigo y mejor cirujano defiende, erróneamente, que la hipótesis del señor Darwin, recogida en el mamotreto conocido como *El origen de las especies*, y que a grandes rasgos no es otra que la lunática idea de que todos los hombres provenimos de un simio, ancestro común a todos, es la única explicación verdadera para la variedad de especies que pueblan la tierra que Dios separó de las aguas. Que mi amigo me desdiga si no estoy al corriente, pero creo que en todos los años que ha ejercido como cirujano jamás ha tenido que extirpar de un hombre la cola de un mono. —Carcajeó—. Bien, volviendo con el tema que nos atañe… En uno de los postulados de esta *teoría* el señor Darwin sostiene que los individuos menos adaptados al medio tienen menos probabilidades de sobrevivir y por ende menos éxito a la hora de reproducirse. Por simple decantación llegamos a la conclusión de que los individuos más preparados tienen más garantías de supervivencia y, a más posibilidades de reproducirse, es más viable que puedan transmitir estos rasgos hereditarios a las generaciones venideras. ¿Lo ha entendido, señor Koopha?

—El *buen serdo*, mi señor —respondió Koopha embargado en un torrente de sudor.

—¿Perdón?

—*Chí*, es *mu sensillo*. En mi aldea *selecionamo* los mejores *serdos pha* que se reproduzcan y salgan *serdos ma* grandes.

—Sí, bueno. —Se llevó la boquilla de la pipa a los labios con una mueca de indiferencia—. Es una forma mundana de verlo. El caso… —batió con su índice el cielo— el caso, mi querido porteador, es que yo sostengo la verdad por siglos refrendada: el hombre, así como todas las criaturas que pueblan el orbe, son obra del Hacedor. Y aquí llega mi particular postulado: fue él quien bajó de los cielos y con la punta de su dedo seleccionó a la criatura que gobernaría su reino. —Hizo una pausa y estiró el mentón—. Hay otra posibilidad, puede que mi querido amigo escocés y yo estemos errados, pero esa posibi…

—¡Por Dios, Jakob! ¿Dónde quieres llegar? —Se desesperó Lawrence.

—Paciencia, mi pelirrojo amigo, paciencia. Ya verás dónde quiero llegar. —Saboreó la pipa, su juego o su soberbia, no lo sé—. Mi pipa no está encendida; el señor Lawrence no tiene fósforos; usted sí tiene fósforos pero se encuentra en una situación comprometida. En sus brazos porta gran cantidad de material médico harto costoso. Si lo deja caer, toda esa fortuna se perderá y el señor Lawrence no podrá curarnos de las dolencias que puedan acecharnos en la travesía. Por tanto usted, con su torpeza, retrasaría una expedición largamente planeada. Y si deposita los bultos en el suelo, la humedad del pontón estropeará mis ropas. Me duele reconocer que no son tan necesarias para la supervivencia como lo es el filo de un escalpelo, pero son más caras que este… —Se abrió la gabardina y desenfundó el revólver que, sujeto por cinchas de cuero, le colgaba del costado izquierdo. Lo miró y comenzó a voltearlo en sus manos.

—Jakob, vuelve a enfundar el arma —aconsejó Lawrence.

—No te desesperes, mi querido amigo, cálmate. Señor Koopha —lo miró—; tengo un gran aprecio por mis ropas, así como el señor Lawrence tiene en alta estima a sus bisturíes. —Le apuntó con el arma a la rodilla.

—¿Qué demonios haces, Jakob?

—Demostrar mi teoría. —Estiró su brazo y guiñó el ojo izquierdo afinando la puntería sobre su objetivo en la pierna del trajinante—. Después de tantos años compartiendo vivencias con mi amigo he aprendido algo de anatomía. Ahora, señor Koopha, le estoy apuntando a, exactamente, una pulgada por encima de la rótula. Si aprieto el gatillo de mi arma la bala saldrá despedida con ángulo descendiente destrozándole, de un solo disparo, el fémur y la tibia. No morirá pero, créame pues soy un fabuloso tirador, tampoco volverá a caminar.

—*Señó, pho favo*… —suplicó el hombre.

—Señor Koopha, usted es contingente pero los útiles médicos son imprescindibles. Si el señor Darwin tiene razón, un tercer brazo le brotará del pecho y podrá darme lumbre. Si, por el contrario, está equivocado usted intentará coger las cerillas que lleva en su chaleco

e, irremediablemente, alguna de las maletas acabará perdida. Entonces será voluntad divina que mi pistola le aleccione y que este puerto se convierta en un patíbulo.

—¿Qué locura es esta? ¡Jakob, baja tu pistola! —ordenaba furioso el escocés.

—Tiene tres segundos para decidirse, señor Koopha: tres… dos… —Podía ver cómo el índice de Jakob pasaba del descanso a acariciar el gatillo del arma.

—Uno —zanjó Solomon prendiendo un fósforo y acercándole el fuego a la cazoleta de la pipa.

—Capitán, es un placer volver a verle. —Se alegró Jakob, con comedida sorpresa, aspirando de la pipa para que la mezcla prendiese.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, padre Jakob. ¿Qué están haciendo? Y, sobre todo, ¿qué hace apuntando a un hombre desarmado?

—Acercar posturas entre lo divino y lo humano.

—Pues parece que hoy la *voluntad divina* es que sea yo quien le facilite un fósforo. ¿Cuáles son sus maletas, señor Jakob?

Jakob esbozó una mueca de sarcasmo.

—Es evidente: las que lucen en oro la bella grafía de mis iniciales.

El capitán caminó hacia Koopha.

—¿Estas? —Señaló una y Jakob asintió. Sin mediar palabra tomó las maletas y las lanzó al agua.

—¡Mi ropa! ¡Está loco! —gritaba Jakob desesperado.

—No se preocupe, padre. Mis hombres, que pueden descender de simios o de la ramera de Babilonia, le facilitarán bicheros para que las pueda rescatar. —Se quedó pensativo—. ¡Je! Los pescadores de hombres son ahora pescadores de maletas. Que disfrute de la tarea, señor Jakob; cuando termine puede subir a la nave.

—Era una seda carísima —se lamentaba viendo cómo sus bultos flotaban entre las inmundicias del puerto.

—¡Doctor Lawrence! —Solomon caminó hacia el escocés.

—Capitán Solomon. —Se llevó los dedos a la sien en señal de

saludo.

—¿Cómo se encuentra, doctor?

—Un poco violentado por el censurable y vergonzoso comportamiento de nuestro común amigo. —Miró a Jakob, que trataba de rescatar las maletas ora con el bichero ora con un garfio atado a una cuerda—. Pero bien, gracias.

—Me alegra tenerte con nosotros. Respiro aliviado al saber que no parto sin cirujano. Ya conoces el dicho: en esta vida siempre hay que tener cerca a un buen cirujano y a un cura transigente.

—¿Y por qué a un cura?

—¡Por si el médico yerra! —El capitán soltó una gran carcajada, acompañada por la risa de Lawrence.

—Lo que puede ser el descubrimiento más importante de esta centuria, o incluso de la historia de la humanidad… No podía faltar. —Se le ensombreció el rostro—. Además, después de lo ocurrido en Mánchester no me quedaba otra opción, necesito tiempo. Quizás los aires marinos me sienten bien. Confío en que su misericordioso oleaje se lleve el dolor o, al menos, lo atenúe. —Esbozó una sonrisa de resignación.

—No me creo ninguna de esas patrañas. Eres mi amigo y mis amigos son los mejores amigos. —Lawrence asintió—. ¿Es cierto el rumor de que has renunciado al dinero de Waterfall?

Un resoplido escapó de los labios del escocés.

—Las noticias vuelan. Era demasiado dinero para mí.

—Pues para mí no.

—Me he quedado una fracción suficiente para garantizarme seguridad económica para el resto de mis días y poder experimentar en libertad. Lo demás lo he donado al orfanato de San Andrés. Ese dinero está mejor en sus bolsillos que en los míos. Quizás así compre algo de clemencia.

—Tienes el mejor corazón de todos los que llenamos ese maldito barco.

—No sé si tendré el mejor corazón, pero seguro que no es el más joven. —Fijó sus ojos en mí—. ¿Quién es tu nuevo amigo?

—Doctor Lawrence, le presento a mi nuevo guardiamarina, el

señor Daniel.

—Un placer, doctor. —Le estreché la mano.

—Da bien la mano —apreció—. La sujeta con firmeza, sin caer en una competición por ver quién aprieta más fuerte. Eso denota carácter y determinación. Creo que ya sé por qué lo has elegido como tu guardiamarina: porque se parece a ti.

—Es imposible engañarte.

—¿Cuántos quedan por llegar?

—Solo uno. —Miró su reloj—. Y mucho me temo que no vendrá hasta que haya secado todas las barricas de la última taberna de Vigo:

—Turing. —El capitán asintió con una mueca—. Me pregunto cómo puede beber tanto y no perder el sentido. Es clínicamente inexplicable. Los escoceses tenemos fama de bebedores, pero lo de ese inglés es digno de estudio.

Quedamos todos en silencio viendo cómo subían las últimas cajas al buque. Un sonido de herraduras al galope fue haciéndose cada vez más intenso. Entre la bruma apareció un jinete a lomos de un alazán con ojos de fuego, abriéndose paso entre los jirones de bruma que el viento no quería para sí. Cabalgaba con ansia, como si huyera. A quince escasas yardas de nosotros tiró fuerte de las riendas, frenando en seco al animal.

—¡Soooo!

El caballo se encabritó, rasgando el cielo con las manos hasta volver a caer sobre ellas con furia, haciendo temblar las maderas.

—Quieto, bonito, quieto. Sí, tú eres mejor que todos los hombres, ya lo creo. —El corcel agitó la cabeza—. ¿No confías en mi, bestia? ¿Quieres que te dé mi palabra? Pues te la doy; te juro que es verdad… —le hablaba, atusándole las crines y palmeándole el cuello. El animal, en su consciencia equina, entendía que no había motivos para recelar pues pronto se relajó—. Siento si me he excedido clavándote las espuelas; como le dije a tu dueño, tenía mucha prisa. Y yo solo miento cuando me desenvuelvo entre cartas…

El jinete percibió nuestra presencia y de soslayo nos lanzó un ojo

que soltó un destello de diamante.

—Es hora de despedirnos, amigo.

Sacó el pie del estribo izquierdo, pivotó y con agilidad saltó a las maderas. Nos miró con infinito desprecio; se giró y tomó la funda de cuero que llevaba anudada en las alforjas. Luego abrió estas y sacó una botella de licor; mordió el tapón, lo escupió con energía y le pegó un trago largo. Tras saciarse acercó la botella al hocico del caballo y le deslizó un sorbo.

—Toma, esto te sentará bien.

El jinete era un hombre de gesto descarriado por la locura, mirada astuta y presencia brutal e intimidatoria. Tenía el tabique de las narices hundido, seguramente por algún puñetazo; los pómulos secos, de puro hueso; los ojos muy juntos, grandes y negros. Negros eran sus cabellos: cortos, tupidos y ensortijados en caracoles apelmazados. Dos gruesas patillas le cerraban la cara y bajo la isla de sus narices, un bigote de ganchos atraidorados. El tipo era casi tan alto como yo —y puedo presumir de tener buena percha— pero pesaría dos veces más y la envergadura de sus brazos, anchos como tocones de castaño, infundía respeto cuando no miedo. Vestía un dolmán azul, cerrado en el pecho por tiras de cuero y oro. Se abrigaba el cuello con lo que había sido el pellejo de un oso pardo. Completaban su bélico atuendo unas gruesas botas de montar que le llegaban hasta la rodilla, unas calzas también de aire ecuestre y un sable de caballería ceñido a la cintura.

Al ver que, por mucho que inclinase la botella, le golpease el culo con la palma o la agitase con vehemencia ya no salía ni aire, le sobrevino un arranque de furia que le llevó a estrellar el vidrio contra el suelo. Miró al caballo y le arreó un soberbio bofetón en la grupa.

—¡Vuelve a tu cuadra! —gritó entre carcajadas.

Se giró y nos miró como si estuviera perturbado. Había cólera en sus ojos y una sonrisa mezquina en su boca.

—Desconozco si en el Prometeo tendremos suficiente alcohol para apagar tu sed —apreció el capitán.

—No hay alcohol que apague mi sed. ¡Ni el aguardiente, ni el tequila, ni el formol o la bencina…! *From France we do get brandy,*

from Jamaica comes rum… —Canturreaba—. No, capitán, ya nada apaga mi sed. —Miró a Lawrence y sus narices bufaron y lo señaló con el índice—. ¿Qué hace ese ahí? ¡¿Qué hace ese maldito escocés ahí?!

—Oh, venga ya, Turing. Es… es nuestro cirujano —respondió el capitán con un punto de sorna en el timbre de su voz.

Me tomó por los hombros y, suavemente, como protegiéndose de la inminente embestida de un toro de lidia, me puso delante de él a modo de parapeto.

—¿Cirujano? ¡Maldito matasanos, hijo de hiena sin padre! —gritaba sin separar los dientes.

—Yo también me alegro de verte, Turing —respondió Lawrence con envidiable frialdad—. ¿Qué tal tus dídimos?

—¿Mis di… mis compañones? Por tu culpa… —Lanzó su mano al sable y desenvainó amenazante—. Padezco de estangurria y cada vez que cabalgo a una hembra… ¡me suenan como sonajeros!

—Recibiste una perdigonada a quemarropa en el bajo vientre. Te salvé el intestino grueso, la vejiga, eso que tú llamas pene y los dos testículos. Me hubiera ahorrado mucho trabajo si directamente hubiera amputado.

Turing cimbreó el sable en el aire para decapitar a Lawrence pero detuvo el tajo en seco a media pulgada de su yugular. El cirujano, con mercurio por sangre, permanecía impávido. Turing lo tomó del cuello y lo atrajo hacia sí.

—¿Sabes qué es lo peor?… ¡Que a ellas les gusta el ruido! —Comenzó a reír como un loco hasta que pareció recobrar el juicio de golpe—. Si este maldito escocés está aquí —se ahuecó la casaca para respirar mejor— eso significa que ese cura entremetido, chismero y fariseo no anda lejos, ¿verdad?

—Por desgracia tienes razón. ¿Qué quieres de este hombre?

—¡Hola, hola, pero si además es pescador de baúles! ¿Qué tal su Dios, señor Jakob, responde a sus plegarias? —dijo Turing contoneándose por el licor.

—Que no haya acuse no significa que no haya destinatario. —Guardó silencio, pensativo—. ¿Y sus fantasmas, caballero, le dejan

dormir?

Turing no respondió, le mantuvo la mirada, lo apuntó con el sable sin ánimo aparente de ataque, envainó y, como un fantasma, pasó entre nosotros, cruzó la escalerilla y subió al buque.

—¿Y su equipaje? —me dirigí a Solomon.

—Viaja ligero. Señores, con Turing ya estamos al completo y yo tengo un barco que capitanear. Si hacen el favor de ir subiendo a bordo…

XI
Mar abierto

—¿Está todo listo, contramaestre Belmonte? —preguntó el capitán.

Yo en aquel momento no tenía nada que hacer ni había recibido órdenes, así que me senté en el tejadillo de los camarotes de la marinería, cerca de la popa, para presenciar el desatraque del Prometeo.

—¡Todo el mundo en sus puestos! ¡Carga trincada, tripulantes en sus camarotes! Sí, mi capitán, todo está listo —respondió Belmonte con energía.

—Muy bien.

El capitán Solomon dio unos pasos por la cubierta sosteniendo en sus manos una delicada tacita de porcelana blanca con dibujos de pagodas en cian. Le dio un sorbo, miró las velas recogidas del palo mayor y vio algo que le llamó la atención; dejó la taza en la madera de la cubierta y, despacio, caminó hasta el timón. El sol de la mañana empezaba a despuntar con fuerza por el horizonte y haces de rayos de luz amarillenta regaban en horizontal la cubierta del barco cruzando entre los radios del timón. El capitán extendió la mano y suavemente la acercó a uno de los rayos, como queriéndolo coger. A pesar de ser intangible, lo acariciaba con ternura y, por un segundo, la luz se curvó al capricho de su tacto. Una sonrisa jovial se dibujó en el rostro del hombre, como si de alguna manera se supiera capaz de dominar los elementos que Dios creó.

—Contramaestre Belmonte.

—¿Sí, mi capitán?

—Es hora de zarpar.

—¡Sí, mi capitán! ¡Atención tripulantes! ¡Hombres de proa, hombres de popa, suelten amarras!

—¡Fogonero, que arda el infierno! —gritó el capitán a la trompeta de bronce que nacía en la cubierta y hacía llegar la voz a la sala de máquinas.

Bajo mis posaderas sentí una vibración que pronto tornó en traqueteo. Miré a la chimenea y esta, tras un gruñido, comenzó a vomitar un humo negro que me pegó de lleno, tiznándome la cara. No escapó al ojo del capitán y una carcajada salió de su boca.

—¡Encargados de pasarela, retírenla! ¡Y limpien la trompeta, tiene adarce! —ordenó entre risas.

Los marineros de proa corrieron prestos a soltar las amarras que, anudadas a las bitas, sujetaban el Prometeo al pantalán. Tuvieron que tirar de ellas con ganas, pues estaban pasmadas como la mojama. Cuando lograron aflojar los nudos, acompañándose de un grito de hartazgo, las tiraron al agua.

Solomon dirigía la maniobra con firmeza.

—Tenga cuidado con los dedos, Diego. Si no le conociera diría que es la primera vez que sirve en un barco —reprendía a uno—. ¿Qué pasa en esa proa? —preguntaba a otros—. ¿Por qué no estamos cabalgando sobre borreguillos?

—Es esta maldita maroma, capitán —respondió uno de los que tiraban del obstinado esparto.

—Si no se apuran en aflojarla el barco la arrancará —apuntó el contramaestre.

—¡Córtenla! —ordenó Solomon.

Koopha, que acababa de subir a la cubierta, escuchó la orden. Retrocedió un par de pasos para coger carrerilla y, de un gatuno salto, cruzó al muelle. Allí forcejeó con la maroma rechinando los dientes y marcando todos los músculos de sus fornidos brazos hasta que logró soltarla y, de otro salto felino, regresó a la cubierta.

—Buen trabajo, Koopha.

—*Grasias*, capitán —respondió orgulloso de su gesta.

—Un momento, usted no es tripulante y esta es mi cubierta. ¿Qué hace fuera del camarote?

—El *sheñó* Lawrence me dijo *quhe* subiera y *quhe ayhudase* en lo que dispusiera.

—Pues vuelva al camarote y dígale al señor Lawrence que el capitán dice que la cubierta, durante la labor de desatraque, es terreno vedado a todo hombre que no esté matriculado como tripulante. Gracias por su servicio pero haga el favor de volver abajo, ¿entendido, señor Koopha?

—Sí, *sheñó* —respondió apesadumbrado volviendo al interior del barco.

—Y ustedes, ¿qué miran? —dijo a los marineros—. Les pagan por trabajar, no por pegar la oreja. Esto es una guerra y la cubierta es un campo de batalla; no hay balas ni espadas, pero les garantizo que la de la guadaña pasea a sus anchas. —Me miró—. Sepa, guardiamarina Daniel, que una escotilla mal sellada puede anegar la nave, o que un gancho o un cuadernal pueden machacar una mano… ¡Demonios! Ni de los cabos podemos fiarnos. Los cabos se parten, se aflojan y se tensan. ¡Y pobre de aquel al que una maroma le enganche las rodillas! He visto a hombres partidos en dos por una de estas cuerdas del demonio, ¡zas! Como si fueran briznas de paja seca. ¿Por qué cree que a los que mandamos en un barco nos llaman capitán o comandante? No nos llaman así por casualidad. ¡Ah, no muchachos! ¡Yo soy su capitán, esta cubierta es mi Waterloo y ustedes son mi infantería! ¿Lo ha entendido usted, Diego?

—¡Sí, mi capitán!

—¡Y los demás, ¿lo han entendido?! ¡Con brío!

—¡Sí, mi capitán! —respondieron con una voz.

—¡Contramaestre Belmonte!

—¡A sus órdenes, mi capitán! —respondió sin dejar de vigilar el correcto desarrollo de la operación.

—¿Usted tiene madre?

—¡No lo sé, mi capitán!

—Supondré que tiene madre.

—Quizás esté aventurándose mucho, mi capitán —dudó con

socarronería.

—¡Es cierto! Quizás… quizás le parió un cachalote, un león marino, o nació del huevo de un albatros…

—Lo que es cierto —Belmonte interrumpió a Solomon—, mi capitán, es que no ladro. Tú, muchacho —señaló a uno de los marineros—; más brazo a esa soga ¡vamos, vamos, vamos! —Se acercó a tirar con él.

—No, señor Belmonte, no ladra, pero morder sí muerde. ¡Vamos, corsarios, quiero abandonar de una vez el infernal presidio de la tierra firme, quiero ser libre! ¡Piloto! ¿Dónde está mi maldito piloto?

—Detrás de usted, mi capitán —respondió un joven.

—¡Mandilón! No vuelva a acercarse a mí por la espalda, ninguno de los hombres que han tratado de sorprenderme por la espalda han conocido la luz de un nuevo día. ¡Máquinas! ¿Qué pasa con mi propulsión? —gritó a la trompeta—. Se me está acabando la paciencia. ¡Presión, presión al máximo, quiero ver la hélice batiendo el agua hasta dejarla a punto de nieve!

El Prometeo dio un tirón brusco y la chimenea expulsó otro nubarrón denso y negro. Parecía que se aclaraba la garganta para cantar al compás del océano. El buque comenzó a avanzar.

—¡Esto es otra cosa! —Aplaudía satisfecho—. Piloto, manos en las cabillas. Como vea que las suelta, le juro que lo crucifico a la rueda, ¿entendido?

—Entendido, mi capitán —respondió alegre, sabiéndose capaz de cumplir la encomienda.

—Eres buen piloto, Marco, por eso estás en esta nave y no pescando sardinas en una chalupa destartalada. —Le palmeó el dorso con una mano y entonces se dio cuenta de que el amuleto, que siempre llevaba al cuello, se había vuelto a salir. Lo besó y volvió a esconderlo—. Vuelve, hijo mío, vuelve. —Leí en sus labios.

—Gracias por sus palabras, mi capitán.

—De nada. De patrones justos es reconocer la pericia de sus subordinados. No hay gloria en una capitanía cruel.

—¿Puedo hacerle una pregunta, capitán?

—Adelante, contramaestre Belmonte.

—¿Fue usted pastor?

—¡Ja, ja, ja! No, no fui pastor, pero sí soy oveja. Un apunte, piloto, recuerda que nuestra carga es tremendamente valiosa.

—Soy consciente, mi capitán.

—¡Todo despejado! —gritó Belmonte.

—Piloto, ahora viene lo más difícil, ¡no me mire a mí!, mire al horizonte. —Le sujetó la cabeza—. ¿Qué ve?

—La fragata Audaz por la amura de babor.

—¿A cuánto está de nosotros?

—A un furlong, mi capitán, quizás menos.

—¿Y por la amura de estribor?

—Pesqueros.

—¿Y más allá de los pesqueros?

—La ría, o lo poco que me deja ver la bruma de ella, y el faro de las Cíes.

—Muy bien, piloto. Guardiamarina Daniel, estamos en un puerto bien protegido y su canal central seguro que está más despejado y limpio que el de su casa, ¡ja, ja, ja! Y es perfecto para salir rápidamente y sin mayor problema aun con niebla. ¡Más presión a esa caldera, necesitamos potencia a la hélice! —gritó a la trompeta y el Prometeo aceleró su avance—. Eso está mejor. Bien, esto ya coge velocidad, como los trompos de los niños.

—Cuidado con los de la Armada, solo maniobran bien en mar abierta, se nota que no pagan ellos las reparaciones de los cascos, marineros de guerra… ¡Oh, sí! Todo mi respeto a esos buenos muchachos que dan la vida por las gentes de este y de todos los pedregales de todos los reyes… Cuánta sinrazón. —Se cuadró, alzó el mentón, y les saludó marcialmente—. Guardiamarina Daniel, ¿sabe por qué los militares se saludan con este gesto?

—No, mi capitán.

—Todo viene de las cruzadas, muchacho. —Me miró serio—. ¿Sabe qué fueron las cruzadas?

—Sí, mi capitán, por supuesto.

—Me gusta, un chico instruido. Resulta, guardiamarina Daniel,

que cuando dos caballeros se encontraban en los caminos con sus petos, sus lanzas, sus espadas, ya sabe… ¡porras!, con todos esos artilugios de matar —hizo un gesto como sosteniendo una pica imaginaria—, a lomos de sus caballos… —carraspeó—; y con sus… ¿cómo se llamaba eso? —Chascó lo dedos—. ¡Ah, mi memoria! Ya sabe… Eso que se ponían sobre la cabeza. —Se quedó mirándome unos instantes dibujándose con las manos algo sobre la cabeza.

—¿Yelmo?

Me señaló.

—¡Yelmo! Exacto, guardiamarina Daniel. ¡Qué listo es usted! El caso es que cuando dos caballeros se encontraban, en señal de respeto se levantaban la visera de su yelmo mostrando su cara. Era una especie de ritual, de costumbre, si prefiere llamarlo así. Los dos hombres se mostraban la cara como señal de que no eran una amenaza. Por eso quedó el gesto de saludo… ¡Piloto!

Solomon se lanzó a por el timón guiñando el barco bruscamente. Nos llegaron unos gritos desesperados y el capitán corrió a asomarse por la amurallada.

—¡Mira por dónde vas, *pailán*!

—*Que dis, ho?! Cres que todo o porto é teu*? —protestaba el pescador, arrufaldado, caído boca arriba en la bañera de su pequeña barca y con la red arrebujada entre las piernas.

—¿Será posible, maldito pescador de catarros?, ¡despojo de la mar! ¡Estabas faenando en pleno canal, da gracias de que he visto tu cascarón a tiempo o ahora estarías alimentando a las sardinas con tus bofes! —Resoplaba el capitán disgustado—. ¿Ve, guardiamarina? No hemos abandonado la *inseguridad* del puerto y casi matamos a ese inútil. La mar es muy peligrosa. ¡Sí!… además el muy gallito de él no se amedrentaba. Podíamos haberlo matado… ¡Fogonero! —volvió a gritar a la trompeta—. Mantenga la presión.

El Prometeo alcanzó una velocidad estable y enfilamos la salida con la vista puesta en el cabo Bico y su faro.

—Esto ya casi está —pensó Solomon en voz alta—. Contramaestre Belmonte, quiero a los hombres en los palos.

—Sí, mi capitán. ¡Señores, ahora empieza la navegación! ¡Todos

a los palos!

Los marineros, como un solo hombre, dejaron todo lo que tenían entre manos y con gran agilidad treparon por las cuerdas hasta las antenas.

—Contramaestre, un momento. —El capitán se escupió en la palma de la mano y la extendió—. El viento viene algo rebelde. Que los hombres estén preparados… A mi señal que suelten trapo ¿entendido?

—Entendido, mi capitán.

—Si una ráfaga de este mal viento nos alcanza cuando estamos soltando trapo podríamos tener un grave problema. —Me lanzó un vistazo.

—¡Contramaestre Belmonte, prevenidos!

Belmonte afirmó con la cabeza. El ala de su sombrero se agitaba nerviosa y trataba de evitar que saliese volando sujetándose la copa con las manos.

—¡Atención en los palos! —gritó.

Una fuerte ráfaga de viento nos entró por la proa, frenando el avance del Prometeo.

—¡No Eolo, no te confundas de hombre, yo soy tu amigo! —dijo el capitán dando dos giros opuestos, rápidos y completos a la rueda. La maniobra debió de gustar a los coros de los Anemoi y estos nos dejaron superar la línea imaginaria que nacía en el cabo—. ¡Ahora, marineros, soltad trapo!

—¡Soltad trapo, a toda vela! —ordenó Belmonte haciendo un cuenco con sus manos alrededor de la boca para que lo oyeran mejor.

Los hombres soltaron los nudos de las barbetas que ataban las velas a las botavaras. Los trapos cayeron a plomo para llenarse, inmediatamente, de vigoroso viento. El Prometeo ganó una velocidad fantástica y tan grande fue el impulso que caí de espaldas sobre un rosco de cuerdas que había en la cubierta.

—¡Ja, ja, ja! —Reía el capitán—. ¡Bienvenido a la mar, guardiamarina! —Miró al piloto y le indicó que tomase el gobierno de la nave—. Arriba, señor Daniel, los oficiales de una nave siempre

tienen que estar en pie en cubierta. —Me ayudó a salir del rosco de cuerdas—. Venga conmigo, quiero que vea algo. —Caminamos hacia la proa—. ¿No es admirable? —dijo henchido de orgullo.

Ante nosotros la mar se mostraba en toda su inmensidad. El cielo comenzaba a clarearse pasando de los naranjas a amarillos y blancos. Algunas gaviotas revoloteaban entre los palos y quise entender que, en el idioma de los graznidos, nos lanzaban bienaventuranzas. A nuestros pies la quilla del Prometeo cortaba un piélago benigno de olas chicas, mientras los delfines jugaban a intentar coger la antorcha que nuestro particular mascarón brindaba eternamente a la mar.

—Ciertamente, capitán, es maravilloso —dije embaucado por tan sobrecogedora y vasta belleza.

XII
Extraña melancolía

Sin darme cuenta la mar me embrujó y el capitán me dejó solo con ella y con mis pensamientos para entregarse a sus obligaciones. Me senté en el tejadillo de los camarotes de proa. Miraba a la nada y observaba el todo. La brisa, fresca y amarga, me pegaba en la cara trayendo a mi nariz, pero sobre todo a mi imaginación, el pensamiento de que quizás aquel mismo viento que ahora revolvía mis cabellos no había visto a otro hombre desde que inició su viaje en las costas de Norteamérica. Pensaba que quizás alguien, al otro lado del Atlántico, se había despedido de ese mismo remolino con la nostalgia de quien se despide de un buen amigo al que sabe que no va a volver a ver. Aspiré fuerte y sentí la brusquedad del salitre resecando mi garganta, las chispas del mar humedeciendo mis labios y el frío de una eternidad de agua entumeciendo mis manos. Cerré los ojos y me dejé acunar por el balanceo de la nave mientras mis párpados eran heridos por la intensidad de los rayos del astro rey. Una tela me abrazó por los hombros sacándome de mi embelesamiento. Giré la cara y alcé los ojos; la resplandeciente señora Anatoli me miraba con una dulce y cariñosa sonrisa mientras abrazaba con las manos un vaso de loza.

—*Il fait froid, mon p'tit marin* —suspiraron sus labios de sangre mientras yo, alelado, la miraba—. ¿Hablas francés?

—¿Qué? —Volví en mí.

—Que si conoces el idioma del amor. —Su gesto se alegró.

—¿Qué? ¿Francés? Eh, no. Lo siento.

—Una verdadera lástima.

—¿Qué hace aquí? Hace un frío que espanta.

—Por eso he subido. —Me acercó el vaso, miré el fluido que contenía y arrugué la nariz al aspirar su fuerte olor—. Es grog, lleva ron, agua, azúcar y limón. Los marineros es lo único que beben. Tómalo antes de que se enfríe, ayuda a reconfortar el pecho.

—Gracias, y gracias también por la manta. No me había dado cuenta del frío que hace en esta cubierta hasta que usted me la puso —susurré intimidado por su arrebatadora belleza.

—De nada. Te vi desde los cristales del salón. —Señaló el ventanuco que había antes del palo mayor—. Yo también debo darte las gracias. —La miré confundido—. Eras la mejor excusa para escaparme del torbellino de virilidad que se hacina en este cascarón. ¿Me haces un hueco?

—Por supuesto.

Me aparté un poco y ella se sentó a mi lado. Se cubrió con uno de los extremos de la manta y me abrazó por los hombros. Sentí morir de gozo, pues hasta entonces ninguna niña, muchacha o mujer que no fuera mi madre me había abrazado. Parece que el viento quiso recompensar los nostálgicos pensamientos que unos instantes antes le había dedicado a esta y me regaló una vaharada del perfume con el que la señora Anatoliya se adornaba: jazmín, naranja, rosales recién podados y ámbar gris, que me evocaron recuerdos de libros, de viajes, de selva indómita y de exaltada, a la vez que casta, feminidad. Sentí mi corazón desbocado y las mejillas a punto de arder. Traté de disimular quedándome quieto como una estatua, pero creo que ella se debió de dar cuenta.

—No te inquietes, me gustaría evitarme una pulmonía —dijo acurrucándose—. Tienes un corazón fuerte, late con energía. —Compartimos silencio mirando los confines del agua—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado? No tienes traza de bribón, de científico, matemático, cazador ni, desde luego, marinero.

—Es, bueno, es… complejo.

—Mmmm… me encantan las historias complejas, sobre todo las

largas. Cuando son buenas nunca quieres que tengan final… Pero veo que no estás muy convencido de contarme la tuya. —Sonrió—. Espero que al menos me puedas hacer una pequeña sinopsis.

Me quedé pensando.

—Creo que… —carraspeé—; sería la historia de un chico que, como en las novelas, está en el momento equivocado en el lugar más inoportuno. —Sonrió de nuevo y yo vi el cielo en sus labios.

—¿De verdad crees que estabas en tal situación?

—Sí, así lo creo.

—¿Y crees que hubiera cambiado algo si no llegas a estar en ese sitio en aquel momento?

—Estoy convencido. —Dudé—. ¿Sabe usted algo…?

—Sé muchas cosas, Daniel. Quizás te hubieras salvado de aquella pero, ¿y si tu destino era estar aquí?

—Disculpe mi torpeza, pero no comprendo.

—¿Y si el destino, pertinaz, hubiera estado invariablemente ligado a que tú estuvieras ahora aquí, conmigo, en la cubierta de este barco?

—Eso suena muy bonito. —La miré.

—Gracias, Daniel.

—Si es como dice, entonces ¿qué sentido tiene todo? Si no podemos escapar de nuestro destino, si nuestra historia ya está escrita, nada de lo que hagamos podrá variarla. Y si ahora me da un arrebato de locura y me tiro por la borda…

—Shhh… —Me cerró los labios con su índice—. Entonces te perderías un buen baile. Deja el vaso en la madera. —Se puso en pie y me invitó a levantarme con un gesto—. Así, no tengas miedo. —Tomó mi mano derecha y con ella se envolvió la cintura—. Y el otro brazo aquí. —Lo tomó y se lo puso en el hombro izquierdo—. Muévete, *s'il vous plait*. ¿No oyes la música? Es la *Wiener Philharmoniker* tocando para nosotros el *An der schönen blauen Donau*. Es maravilloso, ¿lo oyes, Daniel? ¡Suéltate, deja que la música guíe tus pasos! —Reía y yo animé mi espasmódico, pobre y ridículo cimbrear de novato temeroso con la osadía de levantar un pie que acertó a pisarla—. ¡Pero no me pises! —me reprendió entre

risas y volvió a sentarse en el tejadillo, masajeándose el pie.

—¡Lo siento! No quería…

—Ja, ja, ja, no te preocupes, Daniel. Estoy acostumbrada a los pisotones de Víctor. Él, en vez de bailar, parece que está pisando uvas. —Inspiró con nostalgia y un punto de melancolía—. Pobre Víctor, cuánto vas a llorar. —Pensó en voz alta—. ¿Sabes? En el internado de Viena era la mejor bailarina.

—^¿Estudió en un internado?

—Por favor, trátame de tú. No soy tan mayor; puede que apenas tenga cinco años más que tú.

—Disculpe. —Me miró censora—. Es decir, quería decir que…

—No te preocupes. —Sonrió—. Así es, en el Real Internado Femenino de Viena; desde los cinco hasta los diecisiete años. Creo que en todo ese tiempo escasamente pasé, entre veranos y navidades, un año en palacio.

—¿Has dicho palacio?

Se quitó el guante de seda y dibujó una delicada filigrana con la mano.

—Permítame presentarme, señor: soy Elizabeth Wandergot Holf, tercera hija del duque de Sinn y segunda hija de mi madre: Margarita Solensby Holf, de la casa de los Wilhelm Alexander. —Entornó los ojos—. Para ser exactos, de una de sus ramas menores. —Se quedó con la mano extendida—. Tienes que besarla.

—¿Qué?

—La mano. Cuando una mujer te ofrezca la mano, como yo acabo de hacer, tú tienes que besarla. Pero no la beses como si besases una rana, solo el roce de los labios. —La miré, me humedecí los labios e hice como me dijo—. Exacto, así.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por favor.

—¿Cuál es el destino, pertinaz e invariable, que te ha llevado a estar ahora aquí, conmigo, en la cubierta de este barco?

Un nuevo suspiro escapó de sus labios.

—Uno intangible: el amor. El otro un don divino. —Me quedé mirándola sin comprender—. Tengo la extraña cualidad de hablar y

escribir todos los idiomas con los que Yahveh, tras observar la Torre de Babel, dividió a los hombres. —Se miró las manos—. Y uno inevitable.

—Eso es asombroso —dije desde el corazón.

Cabeceó un poco.

—Supongo que sí, mi nuevo amigo Daniel. —Se conformó.

—¿Elizabeth? —Víctor la llamó y nos giramos—. ¿Qué haces aquí? Te llevo buscando un buen rato —dijo recio.

—Cariño —al verlo se alegró—, estaba aquí, con el guardiamarina Daniel.

—¿Está tratando de robarme a mi esposa, guardiamarina? —señaló con un tono frío y seco que me estremeció el alma, Sus ojos me miraban implacables y su boca se mantenía entreabierta, dejando ver sus colmillos. Era un semblante extraño, mezcla de celos y desconfianza pero sin una pizca de agresividad o maldad.

—No, yo… Ella me trajo un vaso de grog y…

—¡Víctor, no asustes a mi nuevo amigo! —le censuró. Él sonrió con sinceridad y le regaló un beso—. ¡Por Dios! ¿Nunca cambiarás? ¿Sabes lo dichoso que eres, Daniel? Acabas de presenciar el punto álgido del escaso *humor* de mi marido. Si a eso se le puede llamar humor. Quizás su sangre imperial —dijo en tono jocoso—, esa sangre fría despojada de todo atisbo de humanidad, no le permite exhibir un humor más ¿cálido?

—Cariño —respondió él—, lo único que inflama mi sangre es tu presencia, ya lo sabes.

—Por eso me enamoré de ti —respondió ella atusándole la barba con los nudillos.

—Llevo un rato escuchando su conversación, señor Daniel; ¿sabe que mi amada esposa peca de modestia? Entre sus logros, por mencionar algunos, está ayudar a Karl Brugsch a fundar la *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*; su traducción de la piedra de Rosetta, o su inestimable ayuda al equipo de Oppert, Hincks, Talbot y Rawlinson. Sin su ayuda jamás hubieran logrado descifrar la escritura cuneiforme.

—Como ve, Daniel, mi marido me tiene idealizada. Víctor,

todos esos logros no fueron míos, ya lo sabes; yo solo colaboré. La historia jamás recordará el nombre de una lingüista.

—Por eso estamos aquí, para que la humanidad recuerde nuestros nombres —apuntó tajante—. Hablando de recordar, el capitán me ha dicho que cenaremos dentro de una hora en su camarote.

—¿Dentro de una hora? —dijo Elizabeth contrariada—. En una hora no me da tiempo a estar presentable.

—Si solo tardases una hora en espolvorearte la cara me consideraría dichoso.

—No seas bobo. —Se calzó la zapatilla y pidió la mano de su marido para levantarse—. Ha sido un placer compartir este rato contigo, Daniel. Muchas gracias por el baile. Nos veremos en la cena.

—Allí estaré sin falta.

—Pues antes acicálese un poco y cámbiese de ropa, si no quiere producirme arcadas… Y si tiene un mínimo de respeto a los demás comensales —dijo Víctor, quitándome una brizna de paja seca de la camisa.

—Sí, señor.

—Querida… —Tomó la mano de su esposa y bajaron juntos a los camarotes.

XIII
Los inventos del profesor

Después de rematar de dos sorbos el grog yo también bajé al interior del barco. Nunca había entrado en los camarotes de un velero y, por los comentarios de algunos marineros y amigos de mi padre, me había hecho la idea de que estos eran espacios angostos atestados de humedad, ratas, insectos y podredumbre. Pero el Prometeo no era un barco al uso, era el barco de uno de los hombres más ricos del planeta y si el exterior exhibía discreta sobriedad el interior, por el contrario, rebosaba opulencia.

Bajé las escaleras situadas en la medianía de la cubierta y al llegar al primer sollado me topé con un aviso en la pared, grabado en letras rojas sobre una plancha de cedro. Una flecha señalaba a la proa y bajo esta se podía leer «camarotes principales». La otra flecha señalaba a la popa e indicaba los camarotes de la marinería. Miré a mi siniestra y vi un largo pasillo iluminado por una sucesión de farolillos de aceite de ballena. Al fondo había una puerta y en su dintel otro letrero grabado: «principal». Las paredes y el techo estaban forrados de roble y, a ambos lados del pasillo, una serie de puertas numeradas. El suelo estaba cubierto por una esponjosa moqueta de lana roja con estampados de rosales; caminar por ella era como pasear por las nubes. Encaré el pasillo y a mis oídos comenzó a llegar el sonido de la vida que se desempeñaba en el interior de las habitaciones.

Desde la primera puerta de la izquierda me llegaba la nostalgia

de un violín, al que intentaba animar una gaita escocesa en alegre contrapunto. El ritmo de tambor iba a cargo de los puños de Turing que, desde la habitación contigua, golpeaba la pared para que dejasen de martirizarle con aquel «ruido de los pedos del diablo». Por mi derecha me llegaban las picaras risas de la señora Elizabeth. Por el faldón de su puerta escapaba un fino hilo de humo perfumado. Me detuve un segundo, turbado y sonrojado al mismo tiempo, pensando en que quizás estaban amándose y que yo, sin quererlo, era testigo auditivo de su intimidad.

—Daniel. —El profesor Abú, ayudándose con un gesto, me indicaba que fuera hacia él.

Estaba en el camarote que lindaba a la izquierda de la puerta del camarote principal. Solo asomaba la cabeza, la mano y su gran barba negra.

—Es de mal gusto espiar a los amantes —murmuró con una mueca de viejo granujilla en ojos y boca.

Abrió la puerta del todo y fui hacia él.

—¡Oh, disculpe! —dije tapándome los ojos tras cerrar la puerta y ver que estaba casi desnudo, salvo por un paño de lino anudado a la cintura que le hacía las veces de taparrabos.

—Madure y pierda el pudor —dijo molesto—. ¿Es que acaso aún no conoce los atributos que diferencian a los hombres de las mujeres? ¡Juventud! Es un adulto para espiar las conversaciones ajenas pero no lo es para actuar como un hombre. Estos son los tiempos que nos depara el futuro…

—No quería invadir su intimidad.

—Pues acostúmbrese, porque este viaje va a ser largo y vamos a compartir estancia, y yo no pienso dejar pasar un día sin mis preceptivas abluciones —afirmó rotundo, y se desanudó el taparrabos dejando sus partes pudendas visibles.

En un principio me incomodé, pues jamás había visto a nadie desnudo y tuve que hacer un esfuerzo por sobreponerme. Me sorprendió que su cuerpo estuviera rociado de cicatrices de tajos, piel abrasada y cauterizada, y lo que debían ser agujeros de bala. También me llamó la atención que, para ser un hombre de edad

avanzada, sus músculos estaban tonificados, esbeltos y marcados.

—Esto… Bonito camarote. —Distraje la mirada.

—No es el palacio de Persépolis pero estoy cómodo. Nuestro anfitrión y mecenas —sonrió—^ no ha dudado en proveernos debidamente.

El camarote medía unas cuarenta yardas cuadradas y estaba iluminado por una araña de cristal corta y varias lámparas de aceite encastradas en sólidos pebeteros de bronce. Las paredes de la habitación, al igual que las del pasillo, estaban recubiertas con madera de primera calidad, pero en vez de roble habían empleado dalbergia roja. Por este motivo, y según me enteré después, el camarote que compartiríamos era conocido entre la tripulación como «la habitación de Corinto». En un costado de la alcoba había dos amplias camas con dosel y, sobre sus cabeceros, sendos ojos de buey por los que se veía cómo salpicaba la mar. En la pared de la izquierda, a los pies de las camas, el profesor había montado su particular laboratorio, repleto de tubos de ensayo, serpentines de cristal y líquidos que burbujeaban al calor de la llama de un reluciente mechero Bunsen. A la derecha se abría una puerta que daba a una pieza aledaña, de la que salía gran cantidad de vapor.

—¿Qué es? —La señalé curioso y me dirigí hacia ella.

—¡Quieto! —Abú me detuvo con la mano—. Un momento. —Se agachó y, con suma delicadeza, comenzó a enrollar una pequeña alfombra—. Estaba terminando mis rezos cuando he oído su respiración en el pasillo. —Alcé una ceja, sorprendido—. Esta es mi alfombra de oración; es de pura seda china y una deshonra para mis tradiciones si la pisoteara. Ya puede pasar.

—Gracias, profesor.

La estancia tendría una superficie de un tercio de la principal. El suelo y las paredes estaban alicatados en ocre y naranja y, en una esquina, había una especie de asiento de loza. Me quedé mirándolo.

—Profesor, ¿es un…?

—Lo es —respondió orgulloso el profesor.

—Un inodoro —dije fascinado—. Había oído hablar de ellos y vi algún grabado en el periódico, pero nunca había visto uno.

—Este es un diseño propio. —Se pavoneó—. Tomé los bocetos de Cumming y, trabajando sobre su base, decidí mejorarlos. Ahora no desprende olores, no se atasca y le he añadido una pequeña cisterna para que, al terminar de evacuar, las deposiciones sean eyectadas a la mar. —Se acercó, pulsó una clavija metálica que había en la pared, y un chorro de agua inundó el interior del asiento, arrastrando la suciedad.

—Esto sí es un lujo. En la casa de mis padres aún tenemos que ir a hacer… *lo nuestro* al gallinero o a la cuadra.

—Si eso le parece un lujo, mire esto otro. —Caminó hacia la esquina opuesta, giró una llave que había encastrada en la pared, y, de una especie de pera metálica y agujereada que colgaba de una tubería del techo, comenzó a llover agua vaporosa.

—¿Pero qué…? —Acerqué la mano—. ¡Está caliente!

—Es otro invento mío. Aprovecho el sistema de circulación de vapor del motor del barco para calentar el agua dulce de un depósito. Luego una bomba impulsa el agua hasta aquí y solo tengo que girar la palanca para tener una lluvia de agua caliente y limpia a mi disposición.

—Es realmente fascinante. ¿Cómo se le ocurren estas cosas?

Cabeceó henchido de orgullo antes de responder.

—Necesidad, Daniel. La necesidad es la razón precursora de todas mis creaciones. Si tengo un problema, como en este caso una personal y acuciante obsesión por mi higiene corporal, no me limito a frustrarme lamentando no poder solucionarla. Tampoco me gusta esperar a que venga otro a solventar mis obstáculos. Me detengo, observo, pienso *et voilá*. —Señaló su creación—. Y ahora, si me disculpa, es momento de satisfacer esa necesidad. Tardaré un rato en asearme. Me gusta ser concienzudo. Si necesita distraerse, en el arcón negro, y solo en el negro —especificó con severidad—, llevo mi biblioteca nómada; puede servirse de ella siempre que lo desee. Pero le advierto: no toque nada más. Cuando yo termine usted entrará y se aseará. Apesta a mador rancio. —Bufó arrugando las narices—. ¿Cuánto tiempo hace que no se asea?

—Creo que la última vez que me bañé entero fue a principios de

verano.

—Por las sandalias del Profeta… —balbuceó—. Y no solo necesita una buena limpieza, sino también ropa nueva. Ehhh… espere en el camarote, ya me ocuparé de usted cuando salga.

El profesor me sacó a empujones y se encerró con llave. Durante cuarenta y cinco minutos el chapotear del agua cayendo, y el canturrear del profesor, desplazaron el silencio del camarote. En ese tiempo saldé una deuda con mi curiosidad; con cuidado de no romper nada, o truncar el esmerado orden con el que Abú tenía ordenados sus baúles, indagué en las pertenencias de mi compañero de camarote. Había varios arcones repletos de armas y munición; en otros, guardaba rifles largos de factura norteamericana, suiza, alemana y rusa. Algunas de las armas tenían instalados sobre sus monturas una especie de catalejos para acertar a endosar la bala allá donde la vista del tirador no llegaba. También tenía multitud de armas cortas como pistolas, cuchillos, navajas, guanteletes de acero y armas camufladas en bastones. En otro de los cofres había ropa: pecheras bordadas, pantalones de pana en infinidad de vistosos colores, casacas de hilo con chorreras rígidas y dragonas en oro, golillas, corbatas, lazos y camisas de bella manufactura. En una pequeña valija de cuero fuerte, y que pesaba tres veces más de lo que abultaba, transportaba frascos de cristal. Dichos frascos atesoraban en su interior tierras raras. «Radio» acerté a leer en la etiqueta de una botellita que parecía brillar con fulgor verde turquesa.

—¡Le dije que no tocara nada! —Me arrancó el maletín de las manos y lo cerró con furia—. ¿Ha tocado eso? —me gritaba zarandeándome por los hombros sin que yo acertara a responder.

—¡Responda! ¿Ha tocado esto?

—Sí.

—Desnúdese, ¡vamos! —Me quité la ropa y se la acerqué—. ¡No, no me la dé! —Se apartó como si mis ropas fueran la mismísima mortaja de la Muerte—. Tírela por el ojo de buey y pase al cuarto de lluvia caliente.

Estuve bajo el agua hasta desgastar la pastilla de jabón. Abú me indicaba cómo, dónde y con qué intensidad me tenía que frotar.

Hizo especial hincapié en que me limpiase manos y brazos. Cortó el agua cuando la piel de las palmas empezó a sangrarme.

—Póngase esto. —Me deslizó unos pantalones, corbata, calcetines, camisa, chaqueta y zapatos nuevos—. Es muy importante, señor Daniel… —se quitó la toalla que le envolvía la barba y la tiró al suelo con cólera, paseó varias veces por la estancia, se masajeó la cabeza, bufó algunas imprecaciones en un idioma extraño y volvió a mi lado—. Si quiere que convivamos bajo este mismo techo siga de manera taxativa todo lo que le diga. —Se aquietó, pero mantenía un poso de ira en sus gestos—. Ese frasco que ha tocado es la muestra de una nueva substancia. Llevo años trabajando en colaboración con el matrimonio francés que ha logrado aislarla.

—Espero no haber estropeado su trabajo —dije apesadumbrado —. Si le he causado algún dispendio o merma le prometo que en cuanto gane dinero le resarciré lo que mis manos y mi curiosidad hayan podido arruinar —afirmé solemne.

—No lo entiende, no es el valor numerario de esa tierra lo que me preocupa sino su salud, Daniel. Ese elemento desprende algún tipo de energía maligna que mata todo lo que toca. No me mire con esa cara, no le estoy contando un cuento para niños. Su melancólico resplandor verduzco es capaz de atravesar las paredes de hierro de una caja fuerte y velar las placas de colodión que están a más de quince yardas. La única manera que he encontrado de contener esa fuerza es confinando el elemento en un maletín con placas de plomo. —Se sentó sobre sus piernas en el suelo—. No vuelva a hacerme esto.

Unos golpes rítmicos comenzaron a sonar en la pared que separaba nuestro camarote del que ocupaba el matrimonio. El golpeteo empezó a ser acompañado con gemidos ahogados de hombre y jadeos de mujer.

—Ya están otra vez —se lamentó Abú—. Esta expedición va a ser muy larga. Venga, vístase. Tengo ganas de cenar.

XIV
Mentes, vidas, necios y amigos

—Buenas noches, amigos —nos saludó cortés el capitán al vernos entrar en el camarote principal.

Solomon estaba en una de las sillas que rodeaban la gran mesa circular de madera de olivo que presidía la estancia. Reposaba sus antebrazos en el borde y sus piernas se estiraban bajo el tablero, como engullidas por las profundidades. A su izquierda estaban Lawrence, Jakob y Turing. Sobre la mesa había dos menorás de aceite con todos sus brazos encendidos. Ante cada silla había un mantel individual en hilo de damasco en rojo vivo y sobre este una vajilla de blanca porcelana escoltada, en protocolario orden, por una cubertería de plata.

El camarote principal era una estancia amplia y diáfana que ocupaba toda la proa del navío. Un mamparo lo dividía en el llamado salón regente y el dormitorio. Un tercio de las paredes del salón estaban forradas con estanterías atestadas de libros ceñidos con cadenetas de oro que evitaban que se fueran al suelo con el escorar del barco. Completaban la decoración dos cuadros de temática ecuestre y otro de la campiña francesa, que destacaba, singular, sobre los demás por sus intensos tonos azulados y que firmaba un joven pintor apellidado Monet. El resto del espacio se lo repartían un magnífico piano Steingraeber & Söhne de pared, un arpa, un arcón de madera con banqueta y una vitrina armera rebosante de rifles de caza. Más allá de la mesa, a la espalda del capitán, estaba la puerta

de caoba que daba acceso al dormitorio.

Solomon hizo amago de levantarse pero Abú adelantó las manos reteniéndolo.

—No, por favor. No se levante. Señores; disculpen la demora. —Me cedió una silla y tomamos asiento a la derecha del capitán.

—¿Qué tal se está aclimatando a la estancia marinera, señor Daniel? Parece un poco consternado —advirtió el doctor Lawrence —. ¿Siente malestar, náuseas, zozobra…?

—Todo bien —lancé un furtivo vistazo a Abú—; gracias por preocuparse.

—¿Está todo a su gusto? —sondeó Solomon suspicaz. Mi gesto no se le había escapado.

—Hemos tenido un pequeño contratiempo, nada grave, pero contratiempo al fin y al cabo —se adelantó a contestar Abú.

—¿Es necesario dejar constancia en la bitácora?

—En absoluto.

—Buenas noches, señores —dijo Lupi con voz avinagrada entrando por la puerta. En una bandeja de plata traía tres botellas de vino. Turing, al verlas, se inclinó ligeramente ansioso—. Capitán, el vino que usted me ordenó que sirviera.

Le mostró las botellas, escogió una y observó la etiqueta.

—Grand Constance 1821, un gran año y un gran vino. ¿Cuántas cajas quedan, Lupi?

—Bastantes, hasta que se acaben —respondió oseo—. Hay algo… —murmuró prudente tentando la situación—. Hay algo que me gustaría comentarle, capitán.

—Hable. —Solomon observaba los viñedos de la etiqueta.

—Quizás en privado.

—Estamos entre amigos. Pierda cuidado.

Lupi nos miró y dudó, pero acabó hablando:

—Es en referencia al negro —manifestó agitado.

—¿Qué pasa con el *negro*?

—¿No le va a poner cadenas? Está merodeando por la nave como si fuera su choza de la selva.

—No voy a ponerle grillos a ningún hombre. —Solomon

mantenía la vista en la etiqueta del vino, pero ya no la miraba.

—Usted me prometió que no habría teñidos entre la tripulación.

—Jamás le he prometido tal cosa. Es más; jamás le he prometido nada —respondió enervado—. Un consejo: muérdase la lengua. Quizás tengamos suerte y no le crezca otra. —Se humedeció la boca —. Le contaré un secreto —el capitán se giró hacia mí—, guardiamarina Daniel, cuando tenía su edad, más o menos, era el encargado de proveer de vino a Napoleón en su *retiro* de Santa Elena —dijo con un timbre de orgullo—. Este mismo vino.

—¿Conoció a Napoleón? —Me admiré.

—¿Conocerlo? Éramos íntimos amigos. Él siempre me decía: «muchacho, aléjate de las mujeres, son una batalla perdida de antemano». Para mi desgracia no comprendí el peso de sus palabras hasta mi tercera mujer. —Sonrió y dejó la botella en la bandeja—. Excelente vino, sírvalo.

—Esta ya me la serviré yo —dijo Turing adjudicándose una botella para él solo.

Lupi desmenuzó el lacre que sellaba el cuello del vidrio y sirvió al capitán y a Lawrence.

—Lupi —avisó el profesor—, sírvame vino y al muchacho también. Para él ración doble, tiene que hacerse un hombre.

—Usted nunca bebe —apuntó el cocinero.

—Hoy, dada la admirable compañía que tengo en torno a esta mesa, me veo obligado a hacer una excepción.

Lupi me llenó la copa hasta rebosar y Abú me apremió a que bebiese. Más tarde me explicó la razón de su comportamiento. Por lo visto, durante sus experimentos con animales y la tierra llamada Radio, había observado que el vino ayudaba a depurar los organismos expuestos a su verduzca energía.

—Lo compadezco, capitán —dijo Jakob con un gesto de arrogancia.

—¿Por qué me compadece? —se interesó el capitán sin perder la sonrisa.

—Por haber tenido un mentor tan nefasto como Napoleón. Su gran pecado fue la soberbia, la más terrible de todas las vilezas que

asolan la divina virtud de los hombres. ¿Qué fue un gran estratega? Sí, no lo discuto, pero desde luego que…

—¿Y no se ha planteado que quizás me curase de ese pecado en carne ajena? —replicó Solomon sin dejar que terminase su disertación.

—Me sorprendería.

—Era un maldito genio —farfulló Turing sin poder evitar que unas gotas de vino se perdiesen entre su barba—. Lamento que mi abuela no hubiera alumbrado mucho antes a mi madre pues, de haberlo hecho, habría sido mi mano empuñando mi sable la que le hubiera separado su napoleónica cabeza de su bonapartido cuerpo.

El matrimonio hizo acto de presencia. La señora Elizabeth tenía las mejillas rubicundas y el señor Víctor parecía desorientado, pero ambos se mostraban resplandecientes, alegres y risueños, al menos durante un rato, porque después de un protocolario saludo a los comensales, y nada más tomar asiento, el señor Víctor recuperó su ademán frío y serio.

—Mi estimada amiga Elizabeth —dijo Lawrence—, como ya sabes, hace tiempo que estoy estudiando la adaptación del cuerpo humano al medio acuático. En especial a cómo la mar interactúa con la psique humana. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—No veo por qué no —respondió ella.

—¿Crees que el balanceo de la nave influye en la libido?

—Esa pregunta es de muy mal gusto —se apresuró Víctor a responder.

—No, cariño, no te alteres. —Posó la mano en su antebrazo—. No hay preguntas embarazosas sino mentes necias; y esto es por la ciencia. Querido doctor Lawrence —dijo haciendo hincapié en su condición de galeno y sin que la voz le temblase—, con la mano en el corazón y delante de estos señores, le puedo afirmar rotundamente que la mar tiene un efecto muy positivo sobre la libido. Al menos sobre la femenina. Después de pronunciar estas palabras ella mantenía su blanca sonrisa. La respuesta lastró nuestras lenguas y no supimos cómo reaccionar más que con un incómodo silencio.

—De hecho —continuó— me atrevería a darle un consejo. Le animo a que, en cuanto tenga ocasión, invite a una travesía a su amiga Piercy. No me cabe ninguna duda de que les vendrá bien a ambos.

—¡Ja, ja, ja! —Estalló Turing en estridentes carcajadas—. ¡Encaja esa, matasanos! —Golpeaba con la palma en la madera.

El capitán trató de contener la risotada y guardar la compostura, al igual que Jakob y Abú, pero ante el estrépito de Turing sus defensas acabaron cediendo y todos arrancaron a reír. El señor Víctor no sabía dónde esconderse, le molestaban esos comentarios tan atrevidos de su mujer. Pero ella, sin retraimiento, celebraba la aguda saeta entrechocando su copa con la de Solomon.

—Eso ha sido un golpe bajo, Elizabeth —se quejaba Lawrence.

—Tú te lo has buscado, Benjamin —le decía Jakob al vaso.

Todos reían. Incluso al señor Víctor se le escapó un levísimo rictus de sonrisa por la comisura del labio. Yo me quedé en silencio, sin participar del jolgorio, pues no comprendía la razón de sus risas. Al ver que no les acompañaba, Turing se dirigió a mí sin parar de reír:

—La señorita Piercy estaba siendo cortejada por nuestro buen doctor, pero un día, cuando llegó a casa… —Sus risotadas eran de bárbaro: estruendosas y profundas—. El caso es que un día llegó a casa y se la encontró en brazos de su zapatero, ¡en brazos de su maldito zapatero!

—Muchas gracias, Turing. Ciclán entrometido —dijo Lawrence desbordando sarcasmo y reprobación—. Quería a esa mujer, me pasé años galanteándola; la agasajé con rosas, bombones suizos, paseábamos juntos todos los días… —Se justificaba pulsando con el índice un nudo de la madera.

—Quizás tenías que haber desgastado otra cosa con ella y no tanta… suela —le aguijoneó Jakob y el volumen de las carcajadas de los invitados subió un peldaño. Al final el muro de indignación que Lawrence había levantado se derrumbó y acabó sumándose a las risas de los demás.

La aparición de Lupi puso el punto final a la guasa.

—Les recomiendo que acaben con las risas. No me gustaría que la cena, que tantas horas me ha llevado prepararles, se les atragantara y les causase la muerte —proclamó arisco.

Solomon, con lágrimas en los ojos, le ordenó:

—Sí, sí, es cierto. —Se secó las lágrimas con el pañuelo—. Sirva la cena.

Al rato entraron tres hombres que llevaban, en carritos tapados, los alimentos.

—De primero he preparado sopa de caracoles en salsa verde con embutidos —decía Lupi cansado, como si hubiera dado de comer a tanta gente a lo largo de su vida que para él servir una cena más solo fuera un trámite—. De segundo, aves; codornices mechadas con crema de Roquefort y de postre: *mousse* de limón y pasas tras la que llegarán los cafés, tés y *digestifs*. Espero que les guste.

—Cocinero… —Abú alzó la mano.

—Su ensalada con nueces, piñones y almendras —respondió Lupi señalando a un cuarto camarero que dejó en el tapete de Abú un cuenco de porcelana con la ensalada—. Me quedó cristalino que usted no come carne. Ni lo entiendo ni lo comparto y que me mortifiquen si algún día llego a comprender por qué un hombre no come carne. Pero ahí la tiene. Tal y como pidió, ensalada, y mañana, tal y como pidió, tendrá sus verduras cocidas, y pasado, y al otro… Con tanto verde le van a salir raíces —firmó con una voz tan dura y áspera que, en comparación, el cardo sería tan suave como pétalos de rosa.

—No espero que lo comprenda —se limitó a decir el profesor.

—Tiene una pinta fantástica. —Aspiré el aroma de las codornices—. Muchas gracias por su empeño, Lupi.

No debía de escuchar a menudo palabras amables —de igual manera que su boca nunca las emitía—; pues mi comentario pareció haberlo golpeado. Se limitó a asentir con la cabeza, lanzarle una mirada altiva a los demás y salir del camarote.

—*Benedice, Domine, nos et haec tua dona quae de tua largitate sumus sumpturi. Per Christum Dominum nostrum. Amen. Ad cenam vitae aeternae perducat nos, Rex aeternae gloriae. Amen* —rezó Jakob a

su plato, con los ojos cerrados y las manos en jaula.

—Dos hombres espirituales en la misma mesa, amigos, y ambos hijos de cielos enfrentados. Que ironías tiene la vida —musitó Elizabeth.

—Nuestros cielos no están enfrentados; son los hombres los que amparan y alimentan el conflicto —replicó Abú.

—¿Y no serán sus dioses el mismo? —comentó Turing señalando a Abú y a Jakob con una pieza de carne ensartada en el tenedor—. Quizás todo se resuma a una broma sin gracia de la misma entidad.

—«*Después tomó la mitad de la sangre y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomó luego el libro de la alianza y lo leyó en presencia del pueblo, el cual dijo: "cumpliremos todo lo que ha dicho el Señor y obedeceremos*"». Éxodo —dijo Jakob llevándose a la boca una cucharada de la guarnición de guisantes.

—«Y *acordaos de cuando dimos a Moisés el Libro y el Discernimiento, para que pudierais ser guiados rectamente*». El Sagrado Corán —contrarrestó Abú.

—Señor Jakob —tomé la palabra—; comprendo que el profesor Abú profesa la fe islámica, pero me sorprende su desenvoltura con las Sagradas Escrituras, ¿es usted sacerdote? —Jakob bajó la mirada al plato.

—Es muy observador nuestro joven amigo —señaló Lawrence.

—Disculpe si le he importunado.

—Para nada —respondió Jakob—. En otro tiempo serví en la honorable, y siempre fiel *Cohors Pedestris Helvetiorum a Sacra Custodia Pontificis*.

—¿En la Guardia Suiza? ¿Protegía al Santo Padre? —admiré gratamente sorprendido.

—Así es —se limitó a decir.

—Llegó a ser capitán —intervino Víctor.

—Así es. —Hablaba sin distraer la vista de su plato mientras, de manera metódica, separaba la carne en briznas y clasificaba la guarnición por familias de verduras—. Mi padre, Antonio Bornuilli, era un humilde relojero de Ginebra. Un hombre sencillo que pasaba

todo el día enfrascado entre barriletes y muelles de escape. —Viéndole ordenar su plato llegué a imaginar que el afán de relojero de su padre había venido de otra época a poseer el cuerpo de su hijo para que este se alimentase en perfecto orden—. Padre era profundamente católico y un hombre un tanto peculiar. Mi destino corría parejo a la tradición relojera de nuestra familia, pero padre, una mañana de invierno, se dio cuenta de algo que cambió mi vida: me tomó la mano, la escrutó con detenimiento y se percató de que tenía la tabaquera anatómica demasiado pronunciada. —Se señaló la depresión que los tendones forman entre el índice y el pulgar—. «Malas manos para ser relojero, excelentes para un tirador»; dijo exasperado. Así que, desposeído de la tradición, resolvió que sería un buen guardián del heredero de la cátedra de Pedro. —Lo miré en silencio y me devolvió la mirada—. Se está preguntando cómo un guardia Suizo acaba en esta mesa, ¿verdad? —Asentí en silencio—. La fe es un regalo de Dios. Tener fe es una gracia y hace tiempo que no encuentro la mía —firmó contrito.

—Su padre, al menos, le pudo costear el ingreso al cuerpo suizo —apuntó Víctor—. Yo solo he conocido la vida en el orfanato. Ni padre ni madre. Empecé a trabajar a los cinco años y, cuando llegué a la pubertad, dedicaba los descansos a limpiarle la ropa a mis compañeros de clase. Todo para poder costearme los estudios en la Universidad Imperial de Moscú. —Saboreó un jugoso bocado.

—Pero después te ha ido bien, cariño —repuso Elizabeth, y él cabeceó dándole la razón—. El Zar se fijó en ti. Me atrevería a decir que se enamoró. Podría haberse fijado, en otro de los cientos de alumnos. Pero se fijó en ti.

—No, Elizabeth, se fijó en sus intereses. Era el mejor alumno del centro; doctorado en biología, en botánica… Si alguien se fijó en mí esa fuiste tú y aquí estás, arrastrada por este pobre diablo. Tú sí que vives enamorada de mí —dijo con dulce entonación—. No obstante soy realista y dudo mucho de que ahora estuvieras a mi lado si la pluma de la realeza no me hubiera tocado.

—Pero usted —me dirigí a Elizabeth— me dijo que el señor Víctor tenía sangre imperial.

—Y así es —respondió ella.

—Y el señor Víctor acaba de decir que es huérfano.

Elizabeth dejó los cubiertos en el mantel.

—Es una bella historia. Cuando el Zar quiso reclutar a Víctor para su personal *Comisión de las Ciencias* uno de los consejeros se opuso. —Alzó una ceja; el acento de sus palabras denotaba orgullo —. El consejero decía que el emperador no podía relacionarse con nadie que no fuera de la nobleza. Al escuchar aquello se enojó, pues dados su linaje belígero y su volubilidad aristocrática, no soporta que le contradigan. Delante de todos los presentes desenvainó su sable, cogió la mano de Víctor y le hizo un corte. —Víctor levantó la palma mostrando la cicatriz—. Luego tomó su propia mano y se practicó otro corte similar y, con ella sangrando, apretó la mano del que sería mi marido.

Continuó Víctor:

—«*Este hombre ahora tiene sangre imperial. Que nadie ose desdecir su palabra pues estará desdiciendo la mía*». Dijo el Zar. Literalmente. Con fuego en las palabras.

—Creo que Lupi ha vertido en estos manjares alguna pócima que nos hace sincerarnos —manifestó Lawrence con un punto jocoso—. Voy a ponerla a prueba, pues hace tiempo que una pregunta me escuece en las entrañas. Señor Turing, ¿cómo decidió pasar del campo de batalla a las matemáticas?

—¿Piensas que soy uno de esos ratones con los que te diviertes en tu laboratorio, Lawrence? —rechistó Turing pelando a mordiscos la carne adherida a una ternilla.

—Pensé que quizás te gustaría compartir con nosotros alguna de tus gestas como húsar de los números.

—Mis gestas son mías. Si alguien quiere entretenimiento que pague a un maldito cómico —zanjó, bajando el bolo de carne con un largo beso a la copa de vino.

—¿Y usted, capitán? ¿Cuál es su historia? —me animé a preguntarle.

—¿La mía? —dijo arrastrando con la lengua el aceite que le impregnaba el labio inferior—. No es tan instruida como la de los

demás. Se podría resumir con una sola palabra: supervivencia. Nací en la mar, a bordo de una goleta que hacía la ruta de la seda y en la que viajaban mis padres buscando fortuna. Mi madre murió en el parto. La fortuna no acudió a la cita y mi padre —un humilde comerciante— y yo vivimos en Madrid, muy lejos de la costa. Cuando yo tendría unos cinco años tuvo a bien arrastrarme con él a los muelles de Bilbao. Allí los hombres pueden ganarse el pan con dignidad y duro trabajo. Los años pasaron, me hice mayor y me embarqué en un bergantín. Desde entonces apenas he pisado tierra y la poca que piso es inglesa. Tampoco la añoro. ¡Demonios! —Se revolvió en la silla, incómodo—. Cuando estoy en tierra, o incluso cuando pienso en ella, un desasosiego me hace hervir la sangre.

—Eso no es todo; el capitán ha omitido la mejor parte —apuntó Elizabeth acercándose la copa de vino a los labios—. También me consta que ha sido un gomoso lascivo que gustaba de embelesar mujeres como si fueran trofeos que coleccionar —bisbiseó sensual.

—Y un malparido tahúr —añadió Turing con desprecio.

—Y buen conocedor de la hospitalidad dispensada en los presidios turcos —agregó Lawrence con ironía—. Pero también un marino encomiable y… un osado contrabandista —remató.

—¿Es que no tengo un solo amigo en esta mesa? —protestó burlón el capitán.

—Es un excelente marino, no cabe duda. De táctica demasiado osada, quizás temeraria, pero sin duda le acompañaría al fin del mundo si él capitanease el barco —añadió Abú.

—Gracias, amigo —dijo el capitán—. Dos contra uno. La opinión de Lawrence se me antoja agridulce por eso no la tendré en consideración. Si alguien quiere decir algo a mi favor que lo diga ahora, pues no encontrará un momento mejor para salvarme la honra.

Dirigimos las miradas a Jakob quien, hasta ese momento, se había mantenido al margen. Permanecía indiferente, aparentemente distraído, pero concentrado en su plato. Levantó la mirada, se dio cuenta de que esperaban su intervención y dijo:

—Está visto que no me van a dejar cenar… Y un tirador casi tan

excelente como yo…

—Señora Elizabeth, permítame hacerle una pequeña corrección —sugirió el capitán—. No hable en pasado, aún puedo seducir a muchas mujeres. —Sonrió—. Por eso me dejó mi quinta esposa.

Los hombres, en especial aquellos con los que el capitán compartía una estrecha amistad, dejaron caer unas carcajadas. Durante un rato la mesa enmudeció, dejando que el tímido entrechocar de los cubiertos cortando la carne y el masticar de las bocas acaparase el tiempo. En un momento de la cena el señor Víctor giró la cabeza hacia la puerta principal y se dio cuenta de que estaba entreabierta.

—Daniel, ¿sería tan amable de cerrar la puerta? —Asentí, me levanté, cerré y volví a tomar asiento—. Gracias. Dejando de lado nuestras mundanas vidas y centrándonos en la empresa que nos ocupa me gustaría saber, capitán, qué ruta vamos a seguir.

—A la península de Cabo Verde, señor Víctor, concretamente al puerto de Dakar —respondió el capitán. Víctor dudó.

—¿Cabo Verde? ¿Por qué allí? Podíamos continuar… El barco está capacitado para rápidas y largas travesías. Es una demora innecesaria.

—Señor Víctor… —dejó el capitán en suspenso—. El Prometeo está navegando al límite de su capacidad y la maquinaria es nueva. No voy a forzar el motor y arriesgarme a partir una biela al principio de nuestro periplo. Por otra parte es cierto que su capacidad para embarcar carbón es considerable, pero aun así es limitada. Se hace necesaria una escala para recargar y no navegar al albur de los vientos.

—Nos retrasará —añadió Víctor.

—Asumo personalmente los retrasos. Usted comanda la expedición pero yo capitaneo el barco y soy el responsable de su seguridad, de la ruta a seguir, de las escalas y de cuanto acontezca. ¿Comprendido, señor Víctor?

—Comprendido.

—Cálmese, disfrute del viaje. Llegaremos.

—Una pregunta más; ¿cuánto tardaremos en llegar?

—A la velocidad actual, cinco días —respondió Abú.

Dimos buena cuenta de los caracoles, las codornices y la *mousse*. Cuatro botellas de vino atemperaron la sed de los comensales y las sucesivas conversaciones abarcaron diversos temas: desde la política colonialista francesa a cómo elaborar una bebida de ginebra con tónica. Se divagó acerca del ruido de tambores de una guerra franco-prusiana que ya se intuía cercana; debatieron acerca de la posibilidad —o necesidad— de un nuevo Napoleón; comentaron los avances en el estudio del fluido eléctrico y presencié otra contienda verbal más entre darwinistas y la marckistas. En aquella velada, teñida con el humo del tabaco y animada con vasitos de licores, se trató hasta el devenir de las tierras españolas de ultramar. Los amigos comentaban ávidos, exponiendo sus razones, llegando a golpear la mesa con el puño cuando se dejaban llevar por la pasión de sus argumentos.

—Está muy callado, señor Daniel —advirtió Lawrence dándole caladas a un cigarro—. Parece que lo único que le entretiene es limpiar los vidrios de sus gafas. ¿Sufre de añoranza? Puede intervenir en la conversación cuando quiera. Quizás su punto de vista sea interesante.

—Estaba escuchando su charla con los señores Turing, Víctor y nuestro capitán —respondí, engarzándome las patillas de las gafas en las orejas.

—¿Y llega a alguna conclusión?

—Reconozco, con humildad, que no. Sus conocimientos sobrepasan en mucho lo poco que yo sé. Si me pronuncio me mostraré como un osado ignorante, así que es mejor que me limite a escuchar y aprender.

—Tiene usted mucho tiento, guardiamarina —apreció el capitán.

—Gracias.

—Ojalá, cuando crezca, no pierda esa cautela. Denota inteligencia.

—Puedo… Muchas gracias, capitán, pero… —Me sentí nervioso, una cuestión me llagaba el alma—. ¿Puedo hacerles una pregunta?

—No veo por qué no. —Los asistentes a la mesa debieron de sentirse intrigados pues dejaron de lado sus conversaciones para prestarme toda su atención. Yo, un joven imberbe de un pueblo con ínfulas de ciudad, era el centro de atención de las que posiblemente eran las mentes más preparadas de todo el planeta.

—Verán… —Un gallo escapó de mi garganta y una leve risa recorrió sus bocas. Carraspeé, tragué saliva y comencé mi disertación —. Perdón. A mi padre le gusta mucho la caza y yo suelo acompañarle en sus salidas. Él siempre me dice que para llenar el zurrón de liebres no hay que aventurarse a lo loco en el bosque, que es mejor escuchar a la naturaleza y obrar con precaución, y esta noche no sé…

—¿Me está comparando con un conejo, guardiamarina? —protestó Turing, haciendo bailar con los dedos el vasito vacío de licor.

—No, señor, a lo que me refiero… es que… —dudaba.

—Adelante, Daniel. —Me animó Elizabeth.

—Usted, señor Turing —empecé a recorrer sus caras con la mirada según los iba nombrando—, es matemático y sirvió en las brigadas de húsares británicas; el profesor Abú es químico, algebrista y, sin duda, un envidiable espadachín; nuestro capitán es un aventurero; la señora Elizabeth una sobresaliente lingüista y su marido, el señor Víctor, un eminente biólogo y botánico; nuestro doctor, el señor Lawrence, por lo que se desprende de los testimonios de todos ustedes como pacientes suyos que han sido en alguna ocasión, un renombrado cirujano; el señor Jakob… Bueno, el señor Jakob es teólogo y antiguo guardia pontificio… —Me quedé pensando.

—Hijo, ¿adónde quiere llegar? —me apremió el último que nombré.

—El señor Waterfall me dijo que este sería un viaje expedicionario, o así lo entendí yo. No me dejó claro cuál era la meta y veo que entre toda su sabiduría, entre todas sus habilidades… no hay un solo cartógrafo. Bueno, no sé, les parecerá una tontería. —Se hizo un silencio tenso. Era como si el alma en

pena de un difunto verdugo hubiera utilizado la mesa a modo de cadalso en el que ajusticiarnos las vidas. Abú y el capitán distrajeron la mirada buscando la complicidad de sus ojos; no necesitaron palabras para entenderse pero capté que ocultaban algo. Los otros bajaron la cabeza a su plato, o cegaron sus labios con el tacto del vino. Solo Elizabeth me miraba; esbozó una tenue sonrisa, me miró con compasión y dijo:

—El lugar al que vamos aún no está en las cartas de navegación. —Un anhelo romántico sonó en su voz y el silencio volvió a reinar en la estancia.

—¡Ahhhh! —Lawrence estiró los brazos, con los dedos enlazados, hasta chascar los nudillos—. No es bueno irse a dormir con el estómago tan lleno. Antes es preciso bajar un poco la cena y, para eso, no hay nada mejor que la música. Daniel, ¿sabe que a Bach le gustaba firmar sus Obras con la secuencia de si bemol, la, do y si? Esa secuencia de notas, en notación alemana, forma su nombre. ¿Y qué me dice de Mozart?

—Mozart era un genio —intervino Víctor—; pero ¿hasta qué punto? Nadie en la familia de Wolfgang tenía el apellido Mozart; ni María Anna, ni Leopold, ni Anna María. Ellos se apellidaban Lüger. Creo que detrás de Mozart había un grupo de personas componiendo su música. Las palabras *mützen Art* significan, en alemán, «arte de muchos».

—Eso es un bulo apestoso —zanjó Lawrence—. Y aunque fuese verdad, nada de lo que digáis hará que cambie de opinión sobre mi amado Mozart. —Miró a Jakob y empezó a canturrear una melodía —. *Rally all the clans, Englishmen advance, blood of Bannockburn…* —tarareaba intercalando silbidos.

—¡Oh, por favor! Ya estamos otra vez… —se desesperó Turing.

—*Join the Scottish revolution…* —continuaba Jakob.

—*Freedom must be won by blood…* —se unió el capitán.

Lawrence, sin dejar de tararear, se levantó, caminó hacia el arcón que había al lado del arpa, lo abrió y sacó una gaita escocesa en tartán negro y verde. Se colocó el roncón por el hombro izquierdo, abrazó el fuelle y buscó con la boca el puntero. Un par de soplidos

llenaron de aire las entrañas de la gaita y al tercero Escocia entera se adueñó del camarote.

La señora Elizabeth, tan dada a tomar la iniciativa, se puso en pie y tiró de Víctor hasta robarle un baile.

Turing y Jakob canturreaban sin muchas ganas. Pero lo hacían a coro, acompañando el ritmo de la música con el tamborilear de sus nudillos en la madera. Yo me sumé llevando el compás con mis palmas. De vez en cuando lanzaba un vistazo al capitán; el profesor había acercado su silla y, mientras este le hablaba a la oreja, él atendía a sus palabras con atención y la mirada distraída en la improvisada danza. Con el ruido de música, las risas, los cánticos y el taconear no pude captar su conversación, pero tampoco me importó mucho. Era feliz, ¿qué digo? ¡Era dichoso! Incluso la señora Elizabeth le pidió permiso a su marido para que pudiera compartir unos pasos con ella. Me sentí el muchacho más afortunado del mundo.

Aquella cena fue la primera de muchas en el salón principal. A diferencia de los desayunos, que nos eran servidos en los camarotes y las comidas que, si el tiempo lo permitía, se ofrecían bajo una carpa desmontable en la cubierta, las cenas acabaron siendo siempre allí. Nuestro particular equipo compartía los avances en la investigación, sus observaciones, las conclusiones de sus trabajos y, cuando acaecía algún fracaso, se consolaban y trataban de buscar una solución. El capitán nos informaba puntualmente de la ruta, el tiempo, las incidencias o las curiosidades del día. El resto del rato lo ocupábamos discutiendo de política y cavilando sobre el porvenir de las naciones; tratando temas banales, místicos o trascendentales; hipótesis sobre lo divino y lo humano o, simplemente bebiendo, pescando, fumando, cantando, bromeando, leyendo y saboreando lo que Lupi preparaba en los fogones del Prometeo.

XV
Un nombre en el firmamento

La copa de vino que tomé durante aquella primera cena me embriagó. Sus vapores alcohólicos, a los que jamás me he acostumbrado, me ofuscaron los sentidos, facilitando que la primera cabezada en el Prometeo fuera profunda y reparadora. Solo recuerdo un puñado de cosas de aquella modorra: una es el tacto de las sábanas, limpias y suaves; el mullido colchón que abrazaba y amparaba mi cuerpo, el vaivén del barco acunándome y los profundos y cavernosos ronquidos del profesor Abú. También recuerdo que pensé que esos ronquidos, más propios de león, no me dejarían pegar ojo en toda la noche. Pero me dormí y descansé.

Al filo del alba empecé a escuchar unos golpecitos en el exterior. Eran pequeños toques, amortiguados por el agua. Entre estos toques se escapaba una especie de ruido similar al que hacían los niños jugando con las carracas. Abrí los ojos, me puse de pie en la cama y me empiné para mirar por el ojo de buey. En el exterior, a unas quince yardas y rompiendo la iridiscencia del agua con sus hocicos, dos delfines mantenían una animada charla en la cresta de las olas que el Prometeo le arrancaba a la mar. Miré a mi espalda, pensando en despertar a Abú para compartir el momento con él pero, al verlo tan profundamente dormido, decidí dejarlo descansar. Seguí mirando por el ventanuco circular; uno de los delfines era sensiblemente más grande que el otro. Creo que serían una madre y su delfín hijo. Ambos tenían el lomo moteado de azogue y orujo,

con la misma curiosa disposición de sus manchas que la de un espejo que se ha hecho añicos pero mantiene su forma.

«¿Qué es esa cosa que flota y huele a grasa y humo? ¡Hace mucho ruido!, imagino que le preguntaría el pequeño delfín a su madre, y que esta le contestaría que esa cosa es lo que los humanos utilizan para conocer la mar. Seguro que aquella delfina también le explicó a su retoño que los que viajábamos en el barco no habíamos sido bendecidos con el regalo de las aletas y las branquias. ítem más —apostaría toda mi fortuna— diría que, a ojos de aquellos animales, nosotros éramos los inválidos adaptados al medio acuático por medio de prótesis artificiales. Sí, probablemente nos miraban con compasión; con la misma mirada que nosotros regalamos a los pobres tullidos que, valiéndose de muletas o carritos para desplazarse, limosnean a la puerta de las iglesias. ¿Y si quizás los delfines son tan simpáticos con nuestros barcos, regalándonos cabriolas, saltos y rizos, porque es su forma de darnos limosna? Dulce condescendencia. ¡Qué dádiva tan nutritiva para la vista y el espíritu!»

Poco a poco los delfines fueron alejándose. Yo quería seguir presenciando el diálogo, así. que bajé de la cama con todo el cuidado de no hacer ruido; abrí la puerta y, descalzo, subí a la cubierta. «Hola, bonitos ¿dónde estáis?», les decía desde la borda, y empecé a palmear el casco con la mano intentando llamar su atención. De pronto, a unas yardas de mí, emergió el hocico de la madre, olisqueó el aire, y retraída, fue acercándose. «No tengas miedo, no voy a hacerte daño», le susurraba. Se acercó y parecía husmearme la mano. Aún me huelen a la cena de ayer, ¿verdad?, pensé. Entonces vi algo por el rabillo del ojo izquierdo; en el horizonte, hacia la proa del Prometeo, tintineaba un débil destello. Agucé la vista y me pareció reconocer la figura de otro clíper, pero estaba demasiado lejos. Parpadeé y la exánime silueta y su destello desaparecieron. Volví a centrarme en mi nueva amiga, pero había decidido alejarse a mejores aguas, mientras agitaba su aleta dorsal a modo de despedida.

Me puse en pie y di un respingo de inquietud; Taloq estaba a mi lado. Miraba el agua en la dirección en la que me pareció ver la

etérea chispa. Permanecía serio, como siempre, e impasible e invariable, como siempre. Me quedé mirando su perfil; este se recortaba en negro sobre un fondo alboreado. Sus grandes narices, corvas y afiladas, parecían una prolongación del foque.

—No le había visto —dije y él no me respondió. Pensé que quizás estaba concentrado vigilando la furtiva luz—. Es por la proa, un poco a babor del bauprés. —Señalé con la mano.

—*Athawen tat khun, itam cugua, Daniel*.

Dejó caer las palabras y se me heló la sangre. Taloq tenía una voz poderosa, grave y gutural que haría temblar hasta los cimientos de Keops. Por un segundo pensé que era la reencarnación de Unk Cegi. Pero eso no fue lo que más me conmocionó. Tras pronunciar esas palabras, volvió a hablar.

—Escribirá su nombre en las estrellas, Daniel.

Se alzó el cuello de la pelliza y, en el mismo silencio que vino, se fue.

XVI
El regicida de Dakar

Pasaron los soles y las lunas que Abú había pronosticado y cerca del mediodía avistamos la costa de Cabo Verde. Las olas de la mar por fin comenzaron a prestarle terreno a la tierra. Esta, al menos en la primera impresión que percibí, era parecida a la del sur de España, con árboles duros, secos y de troncos retorcidos cuyas ramas languidecían, muertas de sed, bajo un sol que arañaba intentando hacer jirones con nuestros pellejos. El aire que venía del continente dejaba un regusto acibarado en el paladar y, cuando escupía, el esputo salía tiznado de pardo.

Lanchas de pescadores comenzaron a cruzarse en nuestro rumbo. Dábamos pitidos de silbato para que se apartasen pero sus capitanes ignoraban nuestras advertencias, zigzagueaban en nuestra proa y lanzaban sus redes como si no existiera más océano en todo el globo que el que estaba a la vera de nuestro casco. Jakob espoleaba a Koopha para que les gritase que se apartasen y el pobre se desgañitaba, acompañando sus voces con brazadas al aire. Los capitanes de los esquifes respondían con aspavientos y palabras ásperas. Un disparo al aire de Turing hizo que entendieran lo que las palabras no les hacían comprender.

Cuanto más nos acercábamos al puerto más aumentaba el tumulto de cascarones que allí se citaban. Era sorprendente ver a navíos de todos los pabellones convivir en ese alocado maremágnum, como sorprendente era ver que en aquella Babel,

como diría Elizabeth, todos se entendían. Pero lo más insólito era que turcos, holandeses, ingleses, franceses, árabes, españoles y portugueses cohabitaran en relativa paz y armonía. Quizás lo de paz y armonía sea un poco exagerado, pues en el lapso de tiempo que pasó desde que entramos por la bocana hasta que amarramos vi fogonazos en una gresca entre marineros y cómo uno de ellos caía al agua sujetándose las tripas para terminar sus días nadando, boca abajo, en salmuera de sangre. Solomon no le dio más importancia; parecía que esos ajustes de cuentas, entre pillos y hombres de la mar, eran sucesos cotidianos. No obstante me admiró el hecho de que, por encima de las guerras provocadas por los desmedidos orgullos y ambiciones de[1] los reyes de sus respectivos pueblos, aquellos hombres permanecían aglutinados por un bien común que no es otro que el legítimo y divino ánimo de prosperar. En aquella anarquía, motivados por el anhelo de riquezas, los hombres convivían en libertad y relativa concordia.

Los ingleses llenaban sus bodegas con sacos de especias, marfil y pieles. Aún me llega el olor de aquel clavo. Los bereberes y los nómadas, dueños y señores del desierto, imponían la ley mientras trocaban lagartos, serpientes y ladrillos de sal de roca por maderas, armas y herramientas. Los criados llevaban caballos del desierto; esbeltos, pequeños, de crines castañas y cuerpos delicados, pero autenticas balas en vuelo cuando los azuzaban jinetes expertos. Un comprador —creo que quizás era portugués o italiano, o eso me pareció por sus amaneradas formas— examinaba la mercancía; le rascaba al caballo detrás de las orejas en busca de parásitos que le debilitaran la sangre; luego palpaba las patas y las manos y, por último, miraba dientes, ojos y encías. Esa era la parte sencilla, pues lo complicado venía si el caballo pasaba la inspección. Entonces tocaba regatear el precio. Los embozados de las arenas gustaban de inflar el valor de sus bestias hasta cotas superlativas para luego enzarzarse en discusiones interminables con los compradores. Si el cliente no era avispado podía pagar diez veces más por la criatura o ser esquilmado hasta los huesos con sibilina astucia.

Nos aproximamos a tierra y nuestros marineros comenzaron a

voltear en el aire cuerdas que eran lanzadas a los negros que había en el muelle. Estos se peleaban por atrapar el cabo, porque los que amarrasen los navíos tendrían derecho a una especie de quintalada. Los cabos hacían las veces de guías, ya que estaban empalmados a las más gruesas maromas. Tras pescarlos tiraban con saña de ellos hasta dejar bien sujeto el Prometeo a los bolardos del puerto.

En el muelle destacaba la figura de un beduino ataviado con una impoluta túnica blanca, alfanje prendido de la cintura, sandalias en los pies y *kufiya* enroscada alrededor del cuello y la cabeza. El hombre era alto y permanecía con los brazos cruzados, serio, impasible. Se bajó la doblez que le cubría media cara dejando ver un rostro angosto, de ojos afilados, piel morena y nariz de ángulos suaves. A su espalda un batallón de siervos custodiaba con espingardas carros con víveres, toneles de agua dulce y carbón.

—¡Vamos, gañanes! —Belmonte azuzaba a los marineros para que se dieran prisa tendiendo la pasarela mientras Solomon presenciaba la escena desde la cubierta.

—No les recomiendo que bajen —se dirigió a nosotros el capitán—. Este puerto no es seguro. Deambulan asesinos, ladrones y la peor gentuza de África. —Observó que la pasarela ya estaba afianzada y la cruzó—. *As-saldmu 'alaykum* —le dijo al beduino.

—*Wa-'alaykumu s-salãm*, ¿es usted el capitán Solomon?

—Lo soy. —Respondió, levantándose el ala del sombrero para que le viera mejor—. ¿Y quién es usted?

—Soy Abdelouahab, mayordomo real de Haidar as-Saffah, tercer hijo de Hakim as-Saffah. Mi amo me envía para supervisar la estiba de las provisiones que ustedes habían contratado.

—¿Haidar le lleva los asuntos a Hakim? ¿Desde cuándo ese viejo perro de las arenas delega sus tratos? Eso no es propio de mi amigo.

—Me temo, señor, que está desinformado. Su amigo, el Rey Hakim, murió hace más de tres meses.

—Santo Dios, cuánto lo siento. —Arrugó la cara, apenado—. ¿Y cómo…? Es decir, Hakim era un hombre fuerte.

—Asesinato —indicó tajante—. Un tuareg de la tribu de los Lenzogal logró infiltrarse de noche en su tienda y obligó al Rey a

beber espíritu de sal. Los gritos de Hakim alertaron a mi amo y este, valerosamente, pudo dar muerte al infame asesino. Por desgracia no pudimos salvar la vida de su padre.

—Ya… —respondió el capitán sin mucho convencimiento.

—No se preocupen de nada. Todo lo que habían pedido está aquí; agua, carbón, carne, leche de burra… —Señaló los carros.

—Muy bien. —Resopló el capitán—. Ordene que lo suban al barco. Lo siento mucho por mi amigo, pero el tiempo apremia y viajamos con retraso. No podemos demorarnos más. Quería pedirle un favor; transmítale a Haidar mi más sentido pésame. Su padre era un hombre bueno y justo. Cuando este viaje termine no dude que volveré a visitar su tumba.

—Descuide, así se lo haré saber.

El capitán hizo una reverencia, cruzó de nuevo la pasarela y se dirigió a Belmonte:

—Prepare a los hombres y encárguese de la estiba. No quiero que falte ni una piedra de carbón, ¿entendido?

—Sí, capitán.

—Otra cosa, Belmonte —bajó la voz—, dígale a la sala de máquinas que no ahoguen la llama de la caldera.

Los hombres intercambiaron una mirada fría como el hielo.

—Entendido, mi capitán —respondió con pausado aplomo.

El capitán escrutó la cubierta y posó sus ojos en mí.

—¡Guardiamarina Daniel, a mi presencia! —gritó con furia, y acudí a su voz.

—¿Sí, mi capitán? —dije extrañado. Me lanzó un brazo por encima del hombro y me zarandeó al tiempo que señalaba las velas.

—¡¿Ve ese cabo suelto?! ¡Le dije que su labor era anudarlo! —gritó con tales voces que todo el Prometeo lo escuchó.

Turing estaba cerca, con la oreja afinada y el ceño fruncido.

—Pero, mi capitán n…

—Cállese, Daniel. —Me apretó el brazo y bajó la voz—. Disimule. —Señalaba las velas mientras me hablaba a la oreja—. El beduino del muelle nos está vigilando.

—¡Oh, sí! ¡En buen problema está metido, guardiamarina! —

gritó Turing señalando el velamen—. ¿Qué cree que traman, capitán?

—No lo sé, pero se sospecha que Haidar también mató a sus hermanos. Ni su propio padre se fiaba de él. ¡En cuanto salgamos del puerto le voy a inflar el culo a patadas, guardiamarina! —gritaba zarandeándome—. Quiero que baje y advierta de esto al resto de la tripulación. Hágalo con mucho disimulo, que parezca que le he castigado a servir en las máquinas, dígales que no salgan de sus camarotes. Turing, usted acompáñelo, abra la santabárbara y arme a Jakob y al profesor. Los quiero en cubierta con los gatillos prestos bajo la ropa, que nuestros *amigos* no vean las armas. Los beduinos no pueden sospechar de nuestras intenciones o nos abrasarán a disparos. ¿¡Entendido, guardiamarina!?

—¡Sí, mi capitán! ¡Lo siento, mi capitán! —Lancé un vistazo de soslayo al muelle; el beduino no nos quitaba ojo.

—¡Muchacho, sentirlo no le servirá de nada! —gritaba Turing arrastrándome cogido por la pechera—. ¡Va a cargar carbón hasta que su pellejo se tiña de negrura!

Mientras los pajes del beduino, con la ayuda de nuestros marineros, estibaban las provisiones en las bodegas del Prometeo, Turing y yo, tal y como el capitán nos había indicado, pusimos sobre aviso a los tripulantes. Jakob abrió la santabárbara y se engarzó un revólver en los riñones, bajo la chaqueta; el profesor tomó una cimitarra y acomodó un rifle de caza y un puñal corvo entre los pliegues de su túnica; Turing, con mucho disimulo, se ciñó su propio rifle a la pierna derecha y comenzó a pasear por la cubierta ofreciéndole a los beduinos el perfil izquierdo.

Pasaron unas dos horas hasta que el último saco de sal y la última palada de carbón fueron acomodados en nuestras bodegas. El capitán, después de supervisar que no faltaba nada y que todo estaba en su sitio, volvió a bajar a tierra para despedirse de Abdelouahab:

—Estimado amigo, dígale a Haidar que todo está en perfecto estado. Su padre se sentiría orgulloso de él. —Estiró su mano y Abdelouahab la miró con extrañeza—. Sí, disculpe, nunca recuerdo que es de mala educación en su reino. —Recogió la palma—.

Gracias por su hospitalidad. —El capitán hizo una reverencia de respeto y encaminó la pasarela.

—Capitán —dijo Abdelouahab—; pensaba que en su mano tendría billetes del Banco de Inglaterra…

—¿Perdón? —Solomon se giró extrañado.

—La hospitalidad de los beduinos es gratuita, capitán, pero los suministros que han embarcado… tienen un precio. —Una sonrisa taimada se dibujó en su boca.

—Disculpe, pero creo que se está equivocando. Hace más de medio año que esta partida fue debidamente abonada al rey Hakim as-Saffah. Lo sé porque yo mismo giré el pagaré y este fue cobrado con diligencia.

—Me temo, capitán Solomon, que los costes de entonces no representan el valor de lo que ahora han embarcado. Mi amo Haidar reclama un pago extra.

Los hombres se mantuvieron la mirada durante unos instantes. Los escoltas del mayordomo apretaron las culatas de sus espingardas contra los hombros, apoyaron sus mejillas contra las carrilleras y enfilaron con sus miras el cuerpo del capitán. Este resopló hastiado y habló:

—Comprendo. Quiere un peaje extra. —Sacó del bolsillo interior de su chaqueta una chequera y un lapicero—. En otro momento habría discutido esta felonía, pero para su suerte el tiempo juega en nuestra contra. Dígame; ¿a cuánto asciende la mordida?

—Mil guineas.

—¿Qué? ¡Eso es un maldito robo! —protestó Turing al oírlo. A zancadas, haciendo temblar las maderas con el ímpetu de sus pisadas, bajó del Prometeo y se lanzó arrufaldado a por el beduino. Detrás de él, como un resorte, fuimos el profesor, Jakob y yo—. ¡Repítalo! ¡Repítame a la cara lo que acaba de decir! —Lo desafiaba mientras el capitán le frenaba poniéndose entre ambos, tratando de contener a Turing.

—Mil guineas —siseó el beduino sin que una sola doblez de su pañuelo se inmutara.

—Mire, siento decepcionarle pero no vamos a pagar esa

cantidad; sería el triple del valor de lo embarcado —argumentaba el capitán—. Si quiere le puedo extender un cheque por cien libras. Con ello su rey tendrá suficiente para costearse cuatro caballos de pura raza. Es una oferta generosa.

—Mi Rey no es como los despojos de mercaderes que trapichean en este infecto puerto. El precio no está sujeto a negociaciones, devoluciones ni enmiendas. Además, visto el desprecio que hacen a nuestra hospitalidad, ahora exigimos el pago en oro.

—No —se limitó a decir el capitán.

—Entonces no saldrán vivos de este puerto.

Gritó una orden y sus lacayos subieron un punto la amenaza de sus armas.

—Quiero hablar con Haidar en persona.

—Eso no es posible. Solo puede negociar conmigo.

—Antes me fijé en que vigilaba el barco. ¿Sabe? Soy un tipo bastante desconfiado. Creo que porque ya he vivido un poco y conozco a la gente de su calaña. Ahora mismo uno de mis mejores hombres está apuntándole a la cabeza. —El beduino dudó y miró por encima del hombro del capitán—. Es un hombre peculiar: mataron a su familia al principio de la guerra de las colonias americanas y terminó perdiendo todo apego a esta existencia. Le di orden de que al primer disparo que escuchase le pegase un tiro entre los ojos. —Retó sin inmutarse—. Decídase. A mi hombre le escasea la paciencia.

—Está mintiendo.

Turing amartilló su arma.

—¿Quiere salir de dudas? —apostó el capitán.

Unos segundos eternos.

—De acuerdo. Suban al carro. —Señaló con la cabeza.

—Quedaos aquí —nos ordenó el capitán.

—No, ellos también vienen. —Indicó el beduino azotando el aire con la mano.

—El muchacho no. Es solo un crío —protestó Solomon.

—¡El muchacho el primero! Si es un hombre para inmiscuirse

en conversaciones de hombres también lo es para asumir su responsabilidad. ¡Suban!

Solomon nos miró con pesar, refunfuñó algo sobre la madre del beduino, y subimos al carruaje. Después de dar mil giros por las desconchadas y ruinosas esquinas de Dakar, llegamos a un descampado. Era un pequeño oasis en las afueras, al cobijo del barullo de la ciudad; estaba rodeado de palmeras y lindaba con el desierto. Parecía que había una especie de reunión pues por todas partes había tiendas de campaña. Los sirvientes dormían al raso, cantaban, bailaban y apostaban en torno a hogueras; hacían carreras de caballos contra dromedarios; disparaban a dianas y, los menos, dejaban sus entretenimientos para deslizamos alguna mirada de apatía. Sin darme cuenta el día avanzó y la oscuridad de la noche desértica comenzó a envolvernos.

—¡Bajad! —nos ordenó el beduino desde el pescante del carro.

Nos detuvimos cerca de una gran carpa de la que salía luz, música, risas y cantos. Dos fornidos guardias custodiaban el único acceso. Saltamos del carro. Bajo nuestros pies una gruesa alfombra aislaba la fina arena del resto de las estancias.

—No quiero problemas. Voy a intentar negociar un precio justo. Confío en que atienda a razones —murmuró el capitán.

—¿Y si no lo hace? —presagió Jakob.

—Entonces… que sea lo que Dios quiera. Daniel, no haga nada, ¿entendido? Manténgase cerca de mí. Seguramente todo esto acabe antes de que empiece.

Sobrepasamos a los centinelas y accedimos al interior. Bajo la cúpula de tela había una especie de trono formado con almohadas. En él, recostado, había un apuesto joven que fumaba en narguile mientras observaba embelesado el baile de una sensual cortesana. Esta se contoneaba como una serpiente mientras iba despojándose de los pañuelos que la vestían. No era la única mujer de aquella tienda; tiradas por el suelo, entre sedas y plumas rojas, semidesnudas, habría otras veinte concubinas. En el perímetro interior, guardando celosamente la seguridad del fratricida, otros tantos guardias armados con espadas y rifles.

El beduino que nos precedía alzó una súplica a su dios y tras postrarse ante el rey comenzó a relatarle lo sucedido. El rey escuchaba distrayendo la mirada en la bailarina, pero algo debió de decirle su mayordomo que le hizo girar la cabeza interesado; entonces pude verle mejor el semblante. Era un hombre joven, no mucho mayor que yo, de rasgos afilados, piel bronceada e, intuí, cuidada con bálsamos. A un gesto de su mano los músicos y la bailarina se retiraron. El hombre se puso en pie y el mayordomo se dirigió a nosotros:

—Su majestad Haidar as-Saffah Tercero, el Rey de las dunas.

—Ya nos conocemos —dijo el capitán acompañando sus palabras de una leve reverencia—. Cómo pasa el tiempo, Haidar. La última vez que te vi eras un pequeño que apenas podía levantar el alfanje de su padre.

—Ojalá pudiera decir que guardo algún recuerdo suyo, capitán Solomon. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es. Os presento mis más sentidas condolencias, vuestro padre era un buen amigo mío.

El gesto de Haidar, ante las palabras del capitán era pétreo. Creo que si Solomon le hubiera dicho que un caballo acaba de aplastar con sus pies a una rata la reacción habría sido la misma.

—Una desgracia que se suma a la suerte de mis hermanos mayores. —El nuevo rey alzó las cejas y mal disimuló un rictus de sonrisa—. Capitán, usted no ha venido a darme sus condolencias. Uno de mis siervos me informa de que se niega a pagar el peaje por mis suministros.

—Así es, majestad.

—¿Por qué?

—Como ya le expliqué a vuestro siervo, el trato estaba cerrado de antemano con vuestro difunto padre. Por añadidura, el suplemento que se me reclama se me antoja excesivamente alto. No me niego a pagar, siempre que lo exigido se ajuste a la realidad.

—Le explicaré algo, capitán. Llegué al trono hace poco tiempo y si muestro debilidad ante mis hombres estaré mostrando debilidad ante mis enemigos… —Observó a su alrededor, sopesando la

reacción que sus palabras provocaban en sus adláteres—. No obstante el vulgo, cuando se refería a la figura de mi padre, lo hacía con el sobrenombre de El Justo. En mi humildad, y para igualar la grandeza de mi padre, le voy a proponer un trato, no sin antes añadir que no me place perder el tiempo en estas minucias propias de mercaderes.

—Vuestra majestad dirá.

Haidar sacó de la manga de su túnica una baraja.

—¿Conoce estos naipes?

—Por supuesto, es la típica baraja que usan los ingleses.

—Así es. ¿Es usted jugador, capitán Solomon? —Chascó los dedos y cinco sirvientes se apresuraron a apartar los cojines para asentar las patas de una mesa.

—Podéis apostar que me encanta el juego. —Sonrió Solomon.

—Entonces, como buen jugador, conocerá este desafío; si saco la carta más alta me tienen que pagar el importe demandado, si la saca usted podrán irse libremente de mi puerto. Y yo mismo soltaré las amarras de su barco —añadió blandamente.

—Me parece justo —dijo el capitán alargando el gesto.

—Tú —me señaló Haidar—, ven y baraja las cartas.

Miré al capitán y este asintió con un gesto de confianza. Haidar dejó los naipes en la mesa, caminé hasta su lado, los tomé y empecé a mezclarlos.

—Ya es suficiente. —Me indicó el beduino—. Ahora preséntalos boca abajo y ábrelos en media luna.

Así lo hice.

—A la carta más alta, capitán.

—A la carta más alta, majestad —respondió Solomon sin perder su mejor sonrisa.

Haidar acercó su mano y, sin atisbo de duda, tomó una de las cartas que más al extremo se encontraba. La miró, sonrió y la mostró al público:

—Rey de Tréboles… —dijo satisfecho—. Alá misericordioso está de mi lado.

—¡Es una temeridad! —bramó Turing—. Capitán, las

probabilidades de sacar una carta más alta son…

—¡Déjeme jugar! —protestó.

—Es imposible, Solomon. —Se desesperó Turing.

El capitán acercó lentamente la mano.

—Mmmh no sé, no sé… —masculló dubitativo—. Je, je, je… Todas tienen una pinta excelente.

Nos estábamos jugando la vida y la empresa, pero parecía que Solomon estaba disfrutando como un niño.

—No sé… Mmmmh, sí. Creo que me quedaré con esta. —Posó el índice—. ¡No! —Apartó la mano—. Mejor me quedo con esta otra. ¿O quizás?… —Miró la que estaba al lado—. Esa no me dice nada…

—¿Quiere decidirse de una vez? —explotó el rey.

—¡Calmaos, majestad! —dijo con una sonrisa—. Me recordáis a mi sexta mujer; ¿no serán familia? —musitó. Tomó la carta, la miró y nos la mostró—. As de Corazones… ¿Eso gana a un Rey de Tréboles? —Bromeó, y nuestros amigos carcajearon.

—Je, je, je… —Reí inocente al contemplar la suerte de Solomon.

—¿Qué te hace tanta gracia, sabandija? —dijo Haidar con desprecio en su mirada.

—Ha sacado… —comencé a decir, pero no tardé en darme cuenta de que habría sido mejor estar callado.

—¡Guardias! —Haidar sacó el arma que escondía bajo las ropas, me tomó por el cuello y apoyó el cañón en mi clavícula. Los centinelas tomaron sus armas y nos enfilaron.

—Pero, ¿qué estás haciendo? —dijo Solomon sin protocolos—. Suelta al muchacho.

—No.

—El trato era…

—¡Ya sé cuál era el trato! ¡Pero por Alá que soy el Rey y mi voluntad es divina! ¡Se hace mi deseo!

—Majestad, soltad al muchacho. Por favor —suplicó el capitán.

—He dicho que no… —respondió con profunda ira.

—Desistid, por favor. Puede pasar algo horrible.

—Vienen a mi puerto, se aprovisionan con mis mercancías y, no contentos con eso, me discuten el precio y se ríen en mi cara. —Resoplaba nervioso, oía cómo le rechinaban los dientes—. Esta es mi tierra, yo soy su dios, y solo yo decido quién vive y quién muere.

—Solomon: doce, tres, nueve, diez y once. ¿Podrá? —advirtió Jakob.

—¿Qué está diciendo? ¡¿A qué se refiere?! —dijo Haidar nervioso y, sañudo, apretó el arma contra mí. Notaba la boca del cañón, fría, clavándose en mi piel.

—¡Jakob, aquí nadie va a hacer nada! —resopló el capitán.

—Diez, cuatro, uno y dos —murmuró Turing—. ¡Ja! Te quedan el ocho, siete, seis y cinco, Abú. Los más fáciles.

—No son disparos limpios —protestó este.

—¡De qué están hablando! —vociferó Haidar.

—Majestad, no me gusta la violencia. Os suplico que soltéis a mi guardiamarina y nos iremos sin causaros más molestias —dijo solemne el capitán.

Haidar dejó escapar una carcajada de soberbia y locura. Miró a sus esbirros, asegurándose de que nos tenían encañonados. Un chasquido de dedos y estábamos muertos.

Pero eso no entraba en los planes de Solomon.

Una agitación extraña, una fuerza desconocida y arrolladora, tomó la tienda. Las teteras de plata comenzaron a entrechocar entre sí; las llamas de los candiles se estremecían y la figura de Solomon había empezado a flamear, mientras el aire que la envolvía se retorcía generando volutas de fuego y azotando con violencia el gabán de cuero que le llegaba a los tacones.

—¿No me ha oído? ¡Yo decido quién vive y quién muere!

—¡¡No!! —cortó Solomon.

Y la tormenta se desató. Vi el relámpago e inmediatamente el trueno del disparo retumbó en mis oídos. No sentí dolor. Solo sentí que mis piernas ya no me querían sostener y caí a plomo al suelo, pero antes de que mi cuerpo chocase contra la alfombra, antes de que todo a mi alrededor se volviera tinieblas, vi algo:

La figura del capitán vibró envuelta en llamaradas. Vibró como

una hoja cuando es soplada con violencia, que vemos moverse pero a una velocidad tan inconcebible que no distinguimos sus formas. En ese ínfimo aletear de tiempo, durante el penoso trayecto de mis huesos hasta el suelo, en un instante tan efímero, Solomon desenfundó, apuntó, disparó, mató a cinco de los guardianes y volvió a enfundar.

Turing, envuelto en la misma diabólica aura y armado solo con un puñal, segó el cuello de cinco guardias más sin que estos tuvieran oportunidad de defenderse, de apuntarle con sus armas, o, tan siquiera, saber que ya estaban muertos. Mi cabeza chocó contra el suelo a la par que la de Haidar. Su cara ya no reflejaba soberbia, sino horror; y de un agujero humeante, justo entre las cejas, manaba un chorro de sangre. Dirigí un último vistazo a Jakob; este corría hacia mí dejando atrás los cuerpos de dos pobres diablos… Y la oscuridad lo envolvió todo.

Apenas recuerdo pasajes de lo que ocurrió después, y aún pueden no ser más que sueños o delirios, pero son nítidos como el amanecer en las playas de las Molucas.

Recuerdo abrir los ojos y ver la negrura del cielo sin fin de la noche del desierto. Un cielo limpio, perfecto, salpicado de estrellas que parecía envolver todo; era un cielo compasivo y amable. Al menos lo fue durante un instante. Aquella tranquilidad pronto se mudó asustada por las voces de Turing blasfemando contra las yeguas madres de los caballos que tiraban de la carreta, y el restallar del corbacho que azotaba sus grupas. Después vinieron los gritos y los disparos. Oía cómo gemía el aire al ser perturbado por las balas que nos asaeteaban. Traté de darle un sentido a lo que me rodeaba; a mi izquierda vi las fachadas de las casas recortadas contra el cielo y a mi derecha a Solomon; con los brazos extendidos, disparando con un revólver en cada mano, la mirada acerada y los dientes apretados… y entonces, entonces… ¡Ja!, maldito Solomon. ¡Qué buen jugador eras! Tirado en el suelo de la carreta vi un enjambre de naipes volando a nuestro alrededor; todos eran ases de corazones y todos brotaban de la puñeta izquierda del capitán.

—Socorro… —intenté murmurar, pero una bocanada de sangre

manó de mi boca tiñéndome, con un velo bermellón, los ojos. Traté de limpiarme pero mis manos no respondían.

—¡No te muevas, hijo! —gritaba el capitán—. ¡Por Dios, Turing, azote a esos malditos caballos! —Se agachó y con la palma de la mano me enjugó la sangre de los ojos.

—¡Los estoy desollando a latigazos!

Jakob saltó a nuestro lado; con un fusil de palanca abatía a los beduinos que disparaban sobre nosotros desde las azoteas.

—*¡Aunque camine por el valle de la muerte no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo!* —recitaba tras cada disparo. Una bala, un muerto—. ¡Estamos en desventaja!

—Me muero, capitán. —Sollocé, viendo llegar mi hora.

—No lo permitiré, hijo —respondió él y, por algún extraño motivo, pensé que se refería a su verdadero hijo.

—¡¡Bomba!! —vociferó Abú sin dejar de disparar y el capitán se lanzó sobre mí.

Una explosión. La negrura. El silencio.

Empecé a oír los lloros y lamentos de una mujer. Reconocí la voz, era la de la señora Elizabeth:

—Daniel, por favor, no te mueras, Daniel —repetía azorada—. Escúchame, Daniel, quédate aquí, con nosotros.

No podía abrir los ojos, solo escuchaba voces y ruidos de pasos y carreras.

—¿Qué ha pasado? —gritaba Víctor.

—A la mesa de la enfermería. ¡Rápido! —gritaba Lawrence—. Dios mío…

—Haidar nos tendió una trampa —intervino Solomon—. ¡Aparta, Taloq! No es el momento. —Escuché un rezo lejano que vinculé con la voz del lugarteniente del capitán.

—¡Capitán, se están reagrupando! —avisó Turing—. ¡Por la proa, por la proa!

—¡Corten amarras! Víctor, quédese con Lawrence. Subo a cubierta. ¡Jakob, venga conmigo!

—Víctor, acércame la morfina —decía Lawrence.

—¿Esta?

—¡No! ¡Eso es sulfonamida! ¡El frasco verde, el verde! —Indicaba exasperado.

—Lawrence… con la sangre que ha perdido si le das una gota de más no despertará. Lawrence, Lawrence… ¡Maldita sea, Lawrence, diga algo!

—¡Cállate! Estoy concentrado. ¡Lo sé!, pero no voy a operarlo con una brizna de consciencia. Asumo las consecuencias. Apartaos.

Silencio. Y la oscuridad se volvió aún más oscura.

Oigo un ruido, no lo reconozco pero sé que ya lo he escuchado antes; es un eco de repiqueteo de carraca. Lo oigo lejos, pero es inconfundible: son mis amigos delfines. Oigo también el manso romper contra el casco de alguna ola solitaria y el indolente tic-tac de un reloj de péndulo. Todo está en calma. No escucho tiros, gritos, voces o lamentos. Tampoco oigo el zapatear de los marineros en la cubierta, ni las órdenes de Belmonte, ni el ruido de las máquinas. Inspiro fuerte y noto en mis narices el aroma acre del yodo bregando contra la peste que deja la sangre seca. Trato de abrir los ojos, pero no puedo. Intento mover la mano derecha, quiero moverla y arañarme la cara, pero es imposible. No siento que mi mano me toque. La desesperación se apodera de mi y empiezo a patalear y a gritar, pero ni mis piernas patean ni de mi garganta sale un grito. Siento que lloro pero no aprecio que mis lágrimas corran por las mejillas.

Estaba en mí, pero no me encontraba. ¿Existía? No sabía si estaba vivo o en el purgatorio. Solo oía silencio, silencio, un silencio atronador rasgado por el canto de mis amigos cetáceos.

Dos hombres abrieron una puerta, entraron y volvieron a cerrar con un chirriar de bisagras. Por sus voces reconocí que eran Solomon y el doctor Lawrence.

—Me preocupas —dice Lawrence con gravedad.

—¿Qué? Bah. Es solo un raspón. Pero ahora que me fijo… Media pulgada más a la derecha y me vuelan la cabeza ja, ja, ja. —Ríe sin ganas.

—Ya sé que eres un bastardo con suerte, pero no me refería a eso. ¿Quieres un trago? Tengo aquí *whisky* de mi tierra. —Escucho

el entrechocar de los vidrios.

—¿Lo guardas entre las drogas?

—¿Con Turing en el barco? Es el lugar más seguro. Ese húsar lo único que no se bebe es el aceite de ricino.

Risas de resignación.

—Vale, te acepto un trago. Lo necesito. —Oigo el descorchar de una botella; el verter de un líquido; un brindis sin deseos de fortuna y los gaznates de dos hombres libando—. Es bueno, entiendo que lo escondas en la enfermería. ¿A qué te referías, doctor?

—Me preocupas tú. Sé que tus heridas sanarán, pero… ¿cómo anda tu espíritu?

—Ay, doctor. Mi espíritu está de maravilla.

—No me engañas, Solomon. A mí no. Podrás engañar a los demás escondido bajo tu traje, tu sombrero, tus chanzas, tu gabán y tu sonrisa. Pero no. A mí no me puedes engañar. Puedo oler tu alma. He visto morir a mucha gente, demasiada y sé reconocer el dolor. —Lawrence hace una pausa—. Tienes que dejarles ir de una vez.

—¡Lawrence, no me… jodas! Te tenía por un respetable cirujano y ahora me vienes con esa idiotez. ¿Te vas a volver chamán? ¿Le digo a Taloq que te dé lecciones sobre espíritus, jaguares y nubes?

—¡Llevas días sin comer! El que tú no comas no va a hacer que Daniel despierte. —Sentí un escalofrío al oír mi nombre.

Los hombres se quedaron en silencio. Escuché el rascar de un fósforo y el dulce y embriagador aroma del tabaco quemado llenó la estancia.

—Maldito muchacho… —rabió Solomon—. No pude imaginarlo, no pensaba que la situación se complicaría… Pensaba que se solucionaría con un poco de dinero. Como siempre. Pero ese… ¡bastardo de Haidar! —Varios enseres caen al suelo entrechocando y rompiéndose.

—Lo hecho, hecho está. Es una suerte que pudiéramos escapar del puerto.

—Sí, una gran suerte —responde irónico—. Supongo que no me has traído solo para verme desesperar.

—Necesitas saber cómo se encuentra. Hay que tomar una decisión.

—Habla.

—La bala le entró por la clavícula y recorrió en zigzag la columna. Le ha partido la médula espinal por tres sitios y la metralla le ha dilacerado un pulmón, el bazo y el estómago… —Exhaló—. Hidropesía en el mesenterio. Esos beduinos tienen la costumbre de hacerle muescas a las balas, los muy hijos de lobas. Ha perdido mucha sangre… y la hemorragia no se detiene. He podido extraerle la mayor parte de los fragmentos de plomo, pero no he logrado extraer toda la bala. Mis manos, aunque magistrales con el escalpelo, aún no obran milagros —completó abatido.

—Amigo, no he entendido la mitad de lo que me has dicho.

—Si Daniel pasa de esta noche no volverá a moverse de la cama. Está impedido de hombros para abajo.

¡¡No!! ¡¡No, Dios mío, no!! ¡No, Señor, por favor, no me hagas esto, Dios mío! Gritaba en mi ergástula al oír aquello. Gritaba, suplicaba y me desesperaba hasta hacerme trizas la garganta, pero nadie me escuchaba. Los hombres seguían a mi lado, a su conversación:

—Entonces; ¿está vivo o muerto?

—Se encuentra en una tierra que la ciencia médica aún no ha explorado. Es un estado más allá de la consciencia, es como una pausa de la vida.

—Entonces hay una solución.

—Por eso te he llamado. Necesito el consenso de todos antes de aplicarle *el artefacto*.

—Lo sé.

Sentí sus pasos acercándose hacia mí.

—Mira esto, Solomon: ha llenado otro cubilete de sangre. Las hemorragias internas no cesan. En cuestión de horas lo podemos perder… Santo Dios, no me extraña que le hayas cogido cariño, es clavado a como era tu hijo.

—A como *es* mi hijo.

—¿Aún llevas al cuello el escapulario con sus mechones de pelo?

—Nunca me separo de él, nunca me separo de ellos. —Pasan unos segundos—, ¿No has dicho que estaba en otro mundo?

—En pausa, sí. ¿Por qué?

—Está llorando.

—Eso es imposible.

—No, son lágrimas.

—Será un reflejo muscular…

—No, doctor, te equivocas. ¡Ja, ja, ja! ¡Te equivocas! ¡Daniel!; ¿estás ahí? Tranquilo, muchacho, enseguida vamos a por ti.

¡Socorro! ¡Por Dios, capitán, sálveme! Gritaba desde mi consciencia.

—No puede ser —dice Lawrence anonadado—. Parece que está consciente. Quizás dentro de su cuerpo nos esté escuchando.

—¡Es un bastardo con agallas! ¡Prepara el instrumental, voy a poner sobre aviso a los demás!

—¡Corre! La pérdida de sangre se agudiza; ¡corre!

Y de nuevo la oscuridad y el silencio.

—Daniel… —Escucho de nuevo la voz del doctor—. Despierta, Daniel. Sé que me escuchas.

Comencé a sentir una extraña desazón que me recorría la cabeza; los pulmones me ardían y la sangre que me quedaba galopaba a borbotones por mis venas. Esta agitación me obligó a abrir los ojos.

—¿Lawrence? —balbuceé, empezando a enfocar la figura del doctor recortada contra el techo.

—No malgastes energías —respondió él—; las necesitarás. Daniel, te he administrado un suero experimental del profesor. Tienes que estar consciente para lo que viene ahora. Te recomendaría que estuvieses quieto pero, con tus heridas, es imposible que te muevas. —Su tono era cercano, despreocupado, cálido. Me recordó a mi madre cuando me curaba los raspones después de alguna de las muchas caídas que, jugando, me di en la Plaza del Obradoiro.

—Hola, aprendiz —intervino Abú. Su larga barba se me metió

en los ojos y, salvo pestañear, no podía hacer nada por quitármela. Por suerte se dio cuenta y se la recogió dentro de la camisa—. Lo siento, qué torpe soy. El doctor te ha administrado una sustancia que te mantendrá despierto y consciente. La extraigo de los riñones de los bueyes. Sé que no es algo muy ortodoxo, pero tengo esperanza en ella.

—¿Cómo está mi guardiamarina? —La cara sonriente de Solomon se sumó a las nubes de caras que cubrían mi particular cielo—. ¡Madre mía, muchacho! Esos chacales del desierto te han dejado como un eccehomo. En otras circunstancias solo servirías como carnaza para la pesca, pero no te preocupes, estás en las mejores manos. ¿Procedemos, doctor?

Lawrence se agachó, sondeó mis ojos y dijo:

—Por el estado de las pupilas parece que su droga ha funcionado. Felicidades, profesor. Sí, procedamos. —Abú y Solomon salieron de mi borroso campo de visión—. Daniel, no necesitas saber mucho acerca de lo que vamos a hacer. Pero es necesario que seas consciente de que vas a experimentar el dolor más fuerte, intenso y horrible que hayas sentido en toda tu vida. Tienes que aguantar. Y un consejo: no te resistas, deja que la *medicina* haga su trabajo. —Lawrence también salió de mi vista. Me quedé solo, observando el reflejo del reloj en la superficie pulida de la lámpara que colgaba del techo.

—Capitán, ¿la llave de Víctor? —dijo Abú.

—Sí, tenga —respondió Solomon. Escuché ruidos de cerrojos y pasadores.

—Un momento, antes de abrir el cofre; ¿quién quiere hacer los honores? —preguntó Lawrence.

—Últimamente he pasado demasiado tiempo en contacto con el artefacto, temo padecer una sobredosis —se excusó Abú.

—Solomon —dice Lawrence—, tienes que hacerlo tú. Al igual que el profesor, yo llevo ya demasiado en contacto con *eso*.

—¿Yo? —Noté un timbre nervioso en la voz de Solomon—. Bueno, si insistís… —Resopló y palmeó—. ¿Estáis preparados? Maldita sea… Una, dos… A la de tres, ¿vale?… ¡Tres!

Estaba desconcertado, no sabía qué hacían y comenzaba a ponerme nervioso. De pronto la cara del capitán se asoma de nuevo sobre mí. Me mira con los ojos abiertos de par en par y yo le miro a él. Entonces, delicadamente, pone algo sobre mi cara, una especie de máscara negra.

—Suerte. ¡Vámonos, rápido!

No entendía nada. Estaba en la camilla, tumbado, semidesnudo, con el cuerpo destrozado, sin poder moverme y, lo único que se les ocurría era ponerme una máscara de carnaval y salir corriendo. No pasaba nada. Miré el reflejo de la lámpara y, extrañado, vi que las manecillas del reloj no avanzaban. Se habían quedado congeladas en las ocho horas quince minutos y cincuenta y cinco segundos exactamente.

Entonces la cara me empezó a arder. No se había iniciado ningún fuego, no había chispas, llamas ni humo pero empecé a sentir un calor inextinguible. Ese calor, esa especie de fuego, empezó a propagarse rápidamente por el resto de mi cuerpo. Notaba cómo, desde los dedos de mis pies hasta la punta de los pelos de mi cabeza, ardía en una llama urente.

—¡Soco… socor… socorr! —trataba de gritar.

Percibía mi piel cuarteándose y desgajándose en fragmentos para luego fundirse y empezar a burbujear. El pecho, los pulmones y mi corazón eran ascuas puras. En un intento angustioso y desesperado de refrescar mis vísceras comencé a dar boqueadas, pero era como respirar hollín.

—¡Matadme! —grité en el cénit de mi angustia. Cerré los párpados, reducidos ya a lascas translúcidas, y el fuego, tal y como vino, desapareció.

En un instante pasé de arder en el infierno a flotar en la nada. No sabía dónde estaba, puesto que no había arriba o abajo, no había ni estrellas, ni luna, ni cama, ni mar. ¡No había nada! Traté de mirarme los brazos y las piernas, pero no tenía cuerpo. Solo era un ente incorpóreo flotando en un mar de oscuridad. Entonces, entre las tinieblas, algo empezó a reclamar una existencia.

Una figura comenzó a perfilarse y empecé a distinguir sus

formas. De la nada aparecieron dos oquedades y, debajo de estas, otras dos más pequeñas y alargadas. Me di cuenta de que era un cráneo humano. Seguí observando y seguí bajando. Un vago recuerdo a dientes, costillas, vértebras, cúbitos, radios y fémures comenzó a concretarse. Dentro de ese cascarón humano empezaron a brotar los órganos que rellenarían los huecos; estómago, corazón, hígado, pulmones… Cuando todos ocuparon sus respectivos lugares, una capa roja y fibrosa empezó a extenderse sobre todo aquello; eran los músculos y a su vez, sobre ellos, comenzaron a crecer la piel y el pelo. Un rostro amaneció en el cuerpo y entonces vi que aquel ser humano que se conformaba en el vacío era yo.

Me quedé observando aquel reflejo, flotando en el silencio más profundo y terrorífico, sin dolores, sin penas y sin miedos, hasta que volvió la oscuridad y con ella la inconsciencia.

XVII
Levántate y anda

Un rayo de luz llamó a mis párpados y abrí los ojos. Reconocí el trabajo de taracea que había sobre mi cabeza, era el techo del camarote que compartía con el profesor. Alcé un poco la cabeza, me fui incorporando lentamente y al final me puse en pie. «Puedo andar» me dije esperanzado. Me miré. Estaba tan desnudo como un recién nacido. Corrí a la habitación de las abluciones, necesitaba mirarme en el gran espejo ante el que Abú se acicalaba la barba. Comencé a recorrerme el cuerpo con las manos. En la clavícula tenía un hematoma que se difuminaba a ojos vista y al tocarlo vino a mi mente la cara de aquel maldito asesino, que nunca he podido borrar de mis recuerdos. Continué con la exploración. El resto del cuerpo lo tenía lleno de cortes y marcas violáceas y, al igual que el hematoma de la clavícula, comenzaron a desvanecerse hasta quedar reducidas a pequeñas cicatrices que, como la sonrisa del reyezuelo, jamás me abandonarían. Me di cuenta de algo más; ya no necesitaba gafas. Me miré la cara en el espejo y me asusté; la tenía llena de sangre reseca. Abrí la llave del agua y, haciendo un cuenco con las manos, me lavé con ahínco.

No comprendía lo que estaba pasando y una desazón comenzó a inundarme el pecho. Llegué a plantearme que me había muerto y que aquel camarote pertenecía al nuevo barco de Caronte. Me mordí un brazo y me dolió, así que indudablemente estaba vivo. Apresurado y confundido me anudé una sábana a la cintura y salí

corriendo del camarote.

—Estoy vivo —murmuraba al principio—. Estoy vivo —dije un poco más alto al cruzarme con uno de los marineros encargados del velamen. El hombre me miró, asintió y sonrió alegre—. ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! —gritaba, reía y lloraba a la vez. Corrí por las escaleras buscando la luz del sol; conquisté la cubierta principal, la reclamé como mía y me abrí de brazos queriendo apresar la brisa de la mañana—. ¡Estoy vivo! —grité a los cuatro vientos. Vi a la señora Elizabeth; ella, en silencio, me miraba embelesada y risueña. Me dirigí hacia ella y la tomé con fuerza entre mis brazos para fundirnos en un molinete de risas y aleluyas.

La dejé en el suelo y admiré la belleza de su mirada.

—¡Estoy vivo! —resollé con lágrimas en los ojos, y ella, con dulzura, me apartó el aladar, tomó mi cara con las manos, y me dijo:

—Bienvenido al primer día, Daniel.

XVIII
Heródoto

—Estoy maravillado —decía el doctor Lawrence auscultándome el pecho con un estetoscopio—. El pulmón ya no está desgarrado y los ojos han recuperado su tono normal. No hay daños cerebrales por la falta de oxígeno. Daniel, suba el brazo izquierdo y cierre el puño. —Lo hice—. Muy bien, ahora flexione las piernas. —Lo volví a hacer —. Excelente, ahora todo a la vez.

—Lawrence, deja en paz al muchacho. Está bien, ¿no ves el apetito que tiene? —comentó Jakob—. Parece, incluso, que ha saltado de la edad del pavo a la juventud.

Después de volar entre los brazos de Elizabeth los hombres me obligaron a bajar al camarote principal. A pesar de faltar muchas horas para la comida, Lupi me sirvió un almuerzo digno de reyes; huevos pasados por agua, pomelos, panceta frita, zumo de naranja y algo de careta de cerdo que había sobrado de la noche anterior. Aquella refacción me estaba sabiendo a gloria y no tanto por los alimentos en sí, que estaban deliciosos, sino por el simple hecho de poder estar comiéndolos.

—Ha recuperado la movilidad en pies y manos… —Lawrence tomó la vela de un candelabro y me la acercó a la mano.

—¡Ay! —Golpeé el candelabro tirándolo al suelo.

—… Y también la sensibilidad —remató.

—¿Cómo se encuentra, discípulo mío? —dijo Abú desde el otro lado de la mesa.

Ni él, ni Turing me quitaban ojo. Bueno, a decir verdad Turing de vez en cuando distraía la mirada a la zurrapa del vino que tenía en su copa.

—No soy madre, pero las mujeres tenemos un don natural para estas cosas. —La señora Elizabeth se acercó y me acarició la cabeza —. Se encuentra bien. —Remató entregándome un beso en la coronilla.

—Víctor —dijo el capitán—, la llave. —Se la lanzó y la cogió al vuelo.

—¿Qué tal se encuentra usted, capitán? Ha estado mucho tiempo expuesto al artefacto —indagó Víctor.

—Podría remolcar el Prometeo con una maroma en los dientes y la fuerza de mis brazos. Puede que no duerma en varios días —respondió mirándose las manos.

—¿Qué recuerda? —me preguntó Abú.

—Nada —respondí negando con la cabeza y la boca llena de tocino.

—¿Nada? —insistió.

—Señor Daniel —dijo Lawrence—; ¿no recuerda nada? Quizás formas, visiones… ¿algo?

—No doctor —respondí bebiéndome la yema de un huevo.

—¿Sabes cuánto tiempo llevabas dormido? —Turing se dirigió a mí.

—No, señor, pero me siento como si nunca, hasta ahora, hubiera dormido bien.

—Llevabas diez días postrado en la cama. —Dio un beso a la copa.

—Diez días… —Me asombré—. Pues juraría que todo ocurrió esta misma noche.

—Es uno de los efectos colaterales de la *medicina* —señaló el profesor—, el tiempo se vuelve elástico.

—Guardiamarina Daniel —Jakob tomó la palabra—; es muy importante que me responda: ¿en este tiempo ha tenido algún sueño, ha oído alguna voz…? Trate de concentrarse, por favor.

—¿De qué tipo?

—Trompetas de ángeles. El cura te pregunta si has visto el Cielo —intercedió Turing.

—Lo siento, señor Jakob, pero no he visto el Cielo. O creo que no lo he visto. —Se interesó acercándose—. Solo me veía a mí mismo flotando.

—¿Dónde?

—En la nada. Pero —dudé— quizás había estrellas. No… no lo sé. Fue muy confuso. —Jakob miró a Turing con un gesto de suficiencia—. No quiero parecer impertinente —continué mi parlamento al tiempo que tragaba un bocado— pero no cejan de hacerme preguntas, de examinarme y… mirarme como un bicho raro… Y yo aún no tengo una respuesta sobre lo que me ha pasado. Hace diez días solo tenía dos opciones: una, la mejor, morirme; la otra: vivir el resto de mis días postrado en una cama. —Lawrence alzó una ceja y miró al capitán. Su reacción no me paso inadvertida —. Sí, doctor, escuché toda la conversación. Y ahora estoy aquí; sentado a la mesa, compuesto, libando néctares y ambrosías lleno de vigor. ¿Quiere alguien explicarme qué ha pasado? ¿Cómo han logrado sanarme?

El capitán alzó la mirada hacia Víctor, me giré para verle y este asintió con los ojos.

—Como usted ya advirtió al principio de nuestro viaje —dijo el capitán—, esta no es una expedición cartográfica corriente, guardiamarina Daniel.

—Entonces, ¿qué es?

—Es la búsqueda de la inmortalidad —añadió Víctor solemne.

El camarote se quedó en silencio. Los presentes se mantenían serios, pero un sentimiento de incredulidad prendió en mi cabeza:

—Eso es imposible. Obvio decir lo que ya saben: el mito de la fuente de la eterna juventud es un libro de Heródoto.

—Estimado discípulo —habló Abú—, todos los mitos, todas las leyendas, nacen de una verdad.

—No… nnn… —balbuceé, no podía hablar, me sentía débil. El camarote comenzó a darme vueltas, los oídos a pitarme y las luces empezaron a parpadear. Acabé desmayándome sobre la mesa.

XIX
La máscara de Prometeo

—Daniel, ¿cómo se encuentra? —Oía al profesor desde la lejanía.

—Sí, soy yo —murmuré fatigado. Me sentía extenuado, igual que si hubiera estado jugando durante días a saltar a la comba—. ¿Dónde estoy?

—Le hemos traído al camarote. Ha sufrido un vahído. —Al percibir un olor ácido subiéndome por la nariz abrí los ojos—. No se preocupe, son sales medicinales. Ayudan a despejarse.

—¿Qué me ha pasado? —Me incorporé en la cama. El profesor estaba sentado en el borde.

—Se ha desmayado, pero no se preocupe, es normal. La exposición a la máscara de Prometeo fatiga a los hombres más fuertes. En unos días recuperará toda su energía. Por eso cuando se despertó no podía dejar de comer. —Sonrió—. Su cuerpo necesita reponerse.

—¿Lo he soñado? —dije mirándome las manos.

—¿El qué?

—Víctor dijo que estamos buscando la fuente de la inmortalidad. Pero es una idea absurda.

—En realidad ya tenemos dicha fuente.

—¿Qué dice?

—¿Cuántos años cree que tengo, Daniel?

—No lo sé… ¿Sesenta?

—Tengo ciento cincuenta y dos años.

—Es imposible —respondí algo nervioso.

—¿Por qué es imposible?

—No puede ser. Dios no nos creó para vivir tanto.

—Dios… —Se quedó pensativo, asintiendo varias veces—. Dios nos está dando la llave para abrir la última puerta vedada a la humanidad.

—¿A través de la inmortalidad?

—Y del conocimiento —aseveró Jakob desde el umbral de la puerta.

—Señor Jakob. —Le lancé un saludo e hice ademán de levantarme.

—Reposa. —Se acercó hasta la cama y se sentó a mis pies—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Mejor, más calmado.

—Me han dicho que conoces a nuestro *bienaventurado* mecenas.

—Al señor Waterfall. Sí, lo conocí hace unas semanas.

—Por lo que intuyo desconoces la razón que te ha llevado a esta… situación. —Jakob tomó aire—. Waterfall es un hombre maldito, un ser despreciable e inmisericorde. Está tan falto de alma como desbordado de dinero. Y siempre ha sido y será así —recalcó apesadumbrado—. Hace unos sesenta años, mientras Waterfall sondeaba el terreno de una nueva mina de oro en el corazón de África, encontró algo que valía más que aquello que iba a buscar.

—Aquel día yo estaba con él —intercedió Abú—. Llegó a sus oídos mi fama como químico y me contrató para que trabajase a su lado. Quería que desarrollase algún proceso para separar más rápidamente el metal de la ganga. —Entornó los ojos haciendo memoria—. Fue en el pozo número siete a las diez de la mañana, exactamente. Una de las paredes del pozo se derrumbó. Por suerte no había nadie cerca. Cuando bajé a evaluar los daños vi una veta que había quedado al descubierto. En ella, incrustada, había una lasca oscura del tamaño de una moneda. Me llamó la atención y la tomé para examinarla. Al principio no le dije nada a Waterfall, no veía razón para que se inmiscuyera. —Abú se levantó y caminó hacia el escritorio, giró la silla y se sentó—. Era una lámina de color

plomizo, muy delgada, no pesaba absolutamente nada y tenía forma de triángulo de Reuleaux abombado. —Un recuerdo centelleó en mi mente: Waterfall postrado en su cama jugueteando con un fragmento idéntico al que describía el profesor—. Durante meses sometí a la pieza a diversos análisis. No sé aún cómo clasificar aquello de lo que está compuesta —dijo disgustado—. Le apliqué descargas de energía eléctrica, pero no las transmitía por su cuerpo; la bañé en todo tipo de ácidos y bases, líquidos que pueden descomponer el acero y ella se mantenía inmutable. Por último, en mi desesperación, intenté fundirla y lo único que logré es que las paredes de la muela se resquebrajaban mientras la pieza continuaba fría. —Abú, fascinado por el recuerdo de las cualidades del material, perdió la mirada en uno de los cuadros náuticos que adornaban el camarote.

—Profesor —Jakob le llamó la atención y, tras estremecerse, Abú siguió con el relato:

—Sí, perdón —dijo volviendo a su ser—. Una noche Waterfall se acercó al laboratorio; quería conocer el progreso de mis investigaciones. —Se atusó la barba—. Estaba iracundo, más que de costumbre. Era extraño; a pesar de todo el oro que extraíamos no estaba conforme. —Suspiró—. Ese hombre es un metomentodo; empezó a toquetear mis probetas y vasos hasta que un matraz que contenía una solución caústica aún caliente, le estalló en la mano, haciéndole varios cortes. Me arranqué un jirón de la bata para tratar de contener la hemorragia sin percatarme de que, en el bolsillo de ese trapo, llevaba la extraña pieza. Nos dimos cuenta de su potencial cuando, al quitarle el trapo para vendar debidamente la herida, vimos que la carne que había debajo lucía más joven y sana que la del resto de su cuerpo. —Cerró los ojos y abrió las palmas—. La ciencia es una parte de investigación por nueve de suerte. —Sonrió.

—Desde entonces —terció Jakob— Waterfall no se separa de la pieza.

—Al poco tiempo —continuó el profesor—, tanto Waterfall como yo comenzamos a tener visiones, sueños extraños, premoniciones. No tardamos en darnos cuenta de que esos

resplandores de la mente eran el futuro inmediato. Waterfall explotó esas alucinaciones de la mejor manera que sabía: comenzó a comprar acciones de Bolsa adelantándose a las quiebras y sabiendo de antemano cuál era la empresa que mejores rendimientos le procuraría. Por mi parte comencé a ver fórmulas y ecuaciones. —Esbozó una mueca de amarga alegría—. Al principio nada tenía sentido pero, con el tiempo, acabé penetrando en el funcionamiento de la materia. Mis hallazgos científicos comenzaron a ser tan notorios y consecutivos que, para no despertar sospechas, comencé a remitir epístolas anónimas a otros científicos. En ellas, de manera anónima —subrayó sus palabras acotando el aire con las manos—, les indicaba el camino que tenían que seguir en sus investigaciones. Regalé unos méritos que yo ya no podía asumir. —Respiró hondo, como cansado, y sonrió—. Llevo con Waterfall desde el principio de todo esto. No comparto su forma de actuar, pero el afán de conocimiento es mi debilidad.

—Es una historia fantástica, en verdad, pero ¿qué tiene que ver la vida eterna con las visiones y la sabiduría? —inquirí, y Jakob me dio la respuesta:

—Las personas expuestas al influjo de esa pieza, señor Daniel, no solo ven retrasado su envejecimiento. Las visiones van acompañadas de una mejora de todas sus cualidades.

Continuó Abú:

—Al inteligente lo vuelve sabio, al pensador lo convierte en un erudito… Por no mencionar las mejoras físicas: rapidez, instinto, fuerza, precisión…

—La humanidad necesita compartir este hallazgo.

—No es tan sencillo, Daniel —me respondió Jakob—. La exposición al artefacto genera adicción. Al cuerpo y a la mente le gusta aquello que sea lo que irradie. Con el tiempo el organismo tolera y acepta sus beneficios hasta que ya no surten ningún efecto.

—Hay otra desventaja —le relevó Abú—; el material también potencia los vicios de los individuos: sus miedos, temores, manías o maldades…

—Un momento, profesor —interrumpió Jakob—; eso aún no lo

hemos demostrado. Existen indicios pero solo son hipótesis. No podemos culpar a la máscara de ello. ¿Qué fue antes: el huevo o la gallina? ¿Los sujetos se vuelven codiciosos porque la máscara los incita a la codicia, o lo hacen porque la codicia ya anidaba en su corazón?

El profesor respondió encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿la máscara que me pusieron cuando estaba en la enfermería está hecha de ese… material? Si es inquebrantable, ¿cómo la forjaron?

—Esa explicación pide viajar —dijo Abú.

Se giró en la silla y tomó uno de los rulos de cuero que tenía entre su equipaje, al lado del escritorio. Desenroscó la tapa y sacó un pergamino.

—Por favor, Jakob, ayúdeme a desenrollarlo.

Entre los dos hombres extendieron el papel sobre la cama: era un planisferio.

—Con los años las visiones de Waterfall y las mías fueron convergiendo en una sola; los dos comenzamos a ver distintos lugares y, entre ellos, un paraje rodeado de árboles secos, montañas agrestes y cielos astríferos. Gracias a la posición de esas estrellas pude calcular dónde estaba aquel páramo.

—Y los lugares en los que encontrar los demás fragmentos —añadió Jakob, y el profesor carraspeó con desaprobación—. O casi todos.

Abú hizo una pausa y me miró.

—Hay algo en esas lascas, Daniel. Es como si anhelaran estar juntas. —Volvió a centrarse en el planisferio—. El caso es que descubrí que el sitio de las visiones era un salar en el corazón de África; una landa que David Livingston llama Sua Pan. —Señaló el lugar en el mapa—. Allí, bajo cientos de metros de sal, encontramos el fragmento que te aplicamos. La máscara de Prometeo.

—Decidimos bautizarla como la máscara de Prometeo por el evidente paralelismo entre el mito del titán y los beneficios que pueden derivar para la humanidad —apuntó Jakob.

—Tras desenterrar la máscara —continuó el profesor— vimos

que estaba incompleta. Le faltaba la mitad del rostro. La lasca que hallé en la mina encaja con una de las partes restantes.

Le dio la vuelta al planisferio. En el reverso, con trazo grueso, estaba dibujada la máscara y el fragmento y la posición de este en el rompecabezas.

—¿Ve? La pieza encaja a la perfección con el resto de la máscara. Suponemos que hay otro tanto más de fragmentos.

—¿Qué pasó cuando encontraron la máscara? Quiero decir, si con un fragmento tan pequeño recibieron semejantes atributos, con un trozo tan grande… —deduje.

—Eso era lo que en un principio pensábamos que ocurriría. Pero la máscara es caprichosa, parece tener voluntad propia. Si no fuera imposible diría que ese, aparentemente inanimado, objeto posee algún tipo de consciencia. Tanto la pieza como la máscara deciden a quién y cuándo ayudar o qué dones o defectos conceder y potenciar. Usted ha tenido suerte, la máscara ha decidido ayudarle.

—No como a Turing. —Bromeó Jakob—. A él le sanó las heridas del último perdigonazo pero le dejó los… —Rio— Llenos de plomo.

Abú miró su reloj y dijo:

—Es tarde. Ya basta de preguntas por hoy, necesitas descansar.

—Pero yo quiero seguir aprendiendo.

—Por hoy es suficiente.

—No, por favor.

—Es necesario que descanse —zanjó Jakob. Y abandonaron la estancia, dejándome la cabeza llena de historias y suposiciones.

XX
Más allá del cielo

—¡Y aquí llega mi guardiamarina! —dijo ledo Solomon al verme aparecer por la cubierta.

—Buenos días, capitán. —Hice ademán de hacerle el saludo militar, pero se adelantó, me tomó la mano, y me la estrechó con efusividad. Creo que estuvo tentado de darme un abrazo.

—¿Cómo se encuentra mi guardiamarina?

—Mejor que nunca, capitán.

—Me alegro, ¡cuánto me alegro! —Sus ojos reflejaban sinceridad y su sonrisa optimismo—. ¿Quieres tomar un café? —Señaló la pequeña mesita auxiliar de la cubierta en la que estaba el juego de café.

—Nunca me oirá decir que no a uno, capitán.

—Solomon, cuando estés conmigo dirígete a mí por mi nombre. Salvo que delante haya subordinados. Entonces, y solo entonces, me tratas de capitán —me comentó a la oreja—. Es por mantener la disciplina de la nave, ya sabes. —Guiñó con complicidad un ojo.

—No soy ni mejor ni peor que cualquiera de los que viajamos en el barco.

Me miró orgulloso y asintió.

—Gran verdad, pero contigo tengo disculpa. Te salvé la vida y soy el capitán así que aquí puedo hacer lo que quiera. Sí. Este es mi país y yo soy su soberano.

«Y jamás lo olvidaré», pensé. Solomon sonrió, tomó la cafetera y

comenzó a verter café en la taza hasta casi desbordarla. Añadió cinco terrones de azúcar y una gota desbordó rebelde.

—Cuando tomes el café sin azúcar serás un hombre de verdad, Daniel. El profesor me ha comentado que ha estado hablando contigo. ¿Te ha contado todo?

—En parte. Ya me ha explicado lo de la máscara, las sanaciones y las visiones. Pero tengo muchas dudas. Dios mío, es una locura.

—Eso me alegra. —El capitán frunció el ceño—. No hay hombre más estúpido que aquel que no alberga dudas, y en este barco no caben los estúpidos. —Caminó hacia la proa, con la taza en la mano, escudriñando el horizonte—. Pregúntame lo que quieras, quizás yo no tenga los conocimientos del profesor, pero seguro que puedo aclararte alguna duda.

—¿Qué tipo de brujería es esa… máscara?

—No es ninguna brujería; es ciencia. O eso creemos.

—¿Y quién la hizo?

El capitán miró al cielo buscando el lucero del alba, que aún no se había escondido.

—Creemos que la máscara es un regalo.

—¿De Dios?

—Dios no tiene nada que ver en esto —señaló Víctor a nuestra espalda.

—Buenos días, Víctor —dijo el capitán.

—Buenos días, señor Víctor —dije yo.

—Buenos días, capitán y tropa, buenos días… —Se acercó a la mesita y comenzó a servirse un café.

—Es pronto para comenzar con sus experimentos —apreció el capitán.

—Oí a nuestro común amigo subir las escaleras y me preguntaba cómo estaría. Ya veo que se encuentra bien. —Caminó hacia nosotros y le pegó un sorbo al café. La intensidad del brebaje no le debió de gustar pues, asqueado, arrugó el gesto y dio libremente el resto a la mar—. Como le decía, Daniel, Dios no tiene nada que ver con la máscara.

—¿Y qué hombre la ha concebido? —me dirigí a Víctor

esperando una aclaración y me respondió con una breve sacudida de sarcasmo:

—¿Quién dice que la máscara sea obra de la mano del hombre? Su pregunta es buena pero inexacta. —Me escrutó con su fría mirada, sonrió y dejó la taza en el suelo—. Para comprender mejor a qué nos enfrentamos, antes debe conocer varios conceptos. ¿Sabe cómo funcionan los ciclos de la Tierra?

—Más o menos —respondí con indecisión.

—¿Ve esta taza, guardiamarina Daniel? —Asentí—. Si dejase ahí la taza, en la cubierta, abandonada a su suerte y nadie perturbase su estado, los años irían pasando y el polvo que se desplaza con la ayuda del viento la iría enterrando. Poco a poco, sin prisas. De pronto un día estaría totalmente sepultada por sedimentos y, evidentemente, oculta a la vista. Quizás para eso hagan falta cien años, doscientos, pero la Tierra tiene otro tiempo. Es paciente y no se detiene. Imagine que los siglos siguen pasando, y pasando, y pasa un milenio, y dos, y tres y… han pasado millones de años… ¿Durante ese tiempo cuánta tierra se habrá acumulado encima de la taza?

—Supongo que mucha. —Calculé.

—Así es. Decenas de palmos. Cuanto más profundizamos en la tierra más atrás viajamos en el tiempo. —Pensó—. ¿Está al corriente de las teorías evolucionistas del señor Darwin?

—Algo he oído.

—Entre los eruditos que viajamos en este barco hay dos facciones. Uno de los bandos confía en la idea de Darwin de que los hombres descendemos de un ancestro común; un tipo de primate que danzaba por los árboles comiendo frutas y copulando como la bestia que era. El otro bando se decanta por la idea del edén bíblico. Bien, son dos posturas opuestas e irreconciliables: lo divino y lo natural. Pero pronto nuestros razonamientos nos llevaron a un nexo común; ¿qué ocurrió para que el primate bajase de los árboles?, o, si se decanta por la otra opción, ¿qué llevó a Dios a rozar el dedo del hombre e insuflarle la sabiduría?

—¿La voluntad divina?

—Olvídese de Dios, no está en el confesionario de su pueblo, Daniel —se inclinó hacia mí, posó su mano en mi hombro y añadió con vehemencia en sus palabras—; la máscara no es de este planeta.

Miré al capitán desbordando incredulidad. Este asentía.

—¿Me está diciendo que alguien vino de otro planeta y dejó la máscara en la Tierra? —Negué con la cabeza. Me costaba asimilar aquellas palabras. Víctor estaba dinamitando los pilares de mi fe.

—Hace millones de años —continuó con el mismo ardoroso tono—, cuando el hombre aún era una bestia inmunda, esa máscara llegó a nosotros. Entonces comenzó la era del ser humano: el fuego, las herramientas de hueso, el pedernal; más tarde la metalurgia, la navegación… Somos lo que somos y estamos donde estamos porque ellos —miró al cielo— nos permitieron llegar a serlo.

—Pero… ¿Y cómo sabe eso? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—La máscara nos lo ha dicho —intercedió el capitán—. A su manera, claro. Ese chisme, sea lo que sea y venga de donde venga, nos muestra fragmentos de un daguerrotipo incompleto. Y, como supongo que le habrá comentado el profesor Abú, no permite que ninguno podamos ver la imagen en su conjunto.

—Cuando Waterfall se presentó ante el zar para reclutarme, pude palpar por primera vez ese artefacto —intercedió Víctor—. Un fogonazo que casi me tira al suelo azotó mi mente. Entonces empecé a ver el origen, la cuna de nuestra existencia. Vi cómo la máscara caía del cielo envuelta en llamas; rompiéndose en pedazos antes de estrellarse contra la tierra.

—Se diseminó… —apuntó el capitán.

—El fragmento más grande se encuentra en este barco; el resto está esparcido por medio mundo. Nuestra misión es recuperarlos y volver a Londres, con Waterfall, y unirlos a su pedazo —recogió la taza—; y, como hizo Prometeo, iluminar a la humanidad.

—¿Y qué pasará cuando juntemos todos los pedazos?

—Eso solo lo sabe Dios —reflexionó prudente el capitán.

Durante unos instantes nos quedamos en silencio dejando volar la imaginación sobre lo que pasaría si llegaba aquel momento.

—Daniel —dijo Víctor.

Dejó caer la taza y el platillo y, de manera automática, en un parpadeo, los cogí al vuelo.

—Veo que sus reflejos han mejorado y que ya no necesita gafas.

—Se ha dado cuenta —dije risueño.

—Capitán, creo que es el momento de instruir a nuestro común amigo.

—Yo también lo creo —rubricó el capitán.

XXI
Agogé

Aquella misma tarde comenzó mi instrucción. El capitán ordenó arriar velas, detener las máquinas y despejar la cubierta. En la proa nos quedamos Abú, Jakob, el capitán y yo. El profesor trajo consigo una de sus maletas, la dejó en el sollado y la abrió; el interior estaba repleto de armas.

—No recuerdo, ¿le gusta la caza, guardiamarina? —dijo el capitán tomando un rifle.

—Sí, mi capitán; me encantan las perdices y la carne de venado.

—Yo me refería a cazar la comida.

—No, señor. He acompañado a mi padre muchas veces, pero nada más.

Dejó el rifle en mis manos.

—Pues ahora tiene la oportunidad de aprender a manejar un arma. —Tomó un pequeño tonel de madera y lo lanzó por la borda tan fuerte como pudo. El tonel alcanzó una distancia de unos quince pies. Me quedé mirando el arma. Titubeé.

—¿Qué le pasa, muchacho? —pregunto Jakob al verme indeciso —. Si duda de dispararle a un tonel, ¿cómo se defenderá cuando vengan a atacarlo?

—Dele tiempo —siseó Abú.

—El tiempo juega en nuestra contra, profesor —replicó el capitán y se acercó con su rifle—. Esto, Daniel, es un Purdey. Es un rifle exprés de dos cañones superpuestos que dispara una bala a dos

mil pies por segundo. Solo tiene que alinear el punto de la boca con la regleta y apretar el gatillo. Es fácil, ¿verdad?

—Parece sencillo. —Resoplé nervioso. El arma temblaba en mis manos. El recuerdo de Misael pesaba.

—Guardiamarina —Jakob tomó la palabra—, no quiero someterlo a más presión pero, como usted mismo ha podido comprobar en sus propias carnes, en esta peculiar expedición todos dependemos de todos para protegernos. Yo cuido de la espalda del profesor, el capitán de la mía y así. Ahora encare ese rifle y demuestre de qué está hecho.

Miré a Abú y este, sin quitarme ojo, se cruzó de piernas sentándose en la cubierta.

—Vamos, muchacho —dijo el capitán mientras me ayudaba a sujetar el arma—. La mano izquierda en el guardamanos, ¿comprende? —Asentí—. Sujete con firmeza pero sin excesiva presión, o puede mover el cañón. Ahora apoye el carrillo derecho contra la culata y deje que la cantonera repose en su hombro. Muy bien. La mano derecha en la empuñadura y el índice en el gatillo, pero solo cuando se disponga a disparar, ¿entendido? No queremos un accidente.

—Entendido, capitán.

—Ahora encare el punto y la regleta hasta que se cubra el objetivo. —Cerré el ojo izquierdo y apunté—. Y, por último, con la yema del índice, no con la falange, acaricie el gatillo.

Inspiré hondo, espiré despacio y disparé. El retroceso del rifle me tiró a la cubierta y la bala impactó en el agua, generando un surtidor y espuma. Los hombres intercambiaron miradas.

—Pero, ¿qué ha pasado? —dijo Jakob—. La máscara tenía que haber actuado ya sobre él.

—Debemos tener paciencia —medió Abú—; el artefacto es antojadizo. Y cada naturaleza tiene sus propios tiempos.

—Creo que antes de correr es necesario gatear —reflexionó el capitán en voz alta.

Tomó el rifle de mis manos, abrió la recámara y extrajo la vaina vacía y la bala que no había disparado.

—Atienda, Daniel, quedan quince días hasta que divisemos la costa de Madagascar. Quiero que para entonces esté tan familiarizado con el arma que pueda montarla y desmontarla con los ojos cerrados. Señores —dijo a los demás—, tenemos asuntos que atender.

Solomon me frotó la cabeza con cariño y fue con el resto hacia las escaleras de la medianía para abandonar la cubierta.

—No se preocupe, discípulo. Yo le enseñaré —signó Abú.

Los marineros volvieron a sus respectivos puestos y el Prometeo recobró la marcha.

XXII
Barcos de papel

—Siempre me resulta reconfortante ver leer a un joven —observó Lawrence caminando hacia mí con las manos metidas en los bolsillos, mientras la brisa del mediodía azotaba sus pelirrojos cabellos. Si la memoria no me falla habían pasado un par de días de la práctica con el rifle.

—Buenos días, doctor Lawrence. —Me puse en pie.

—No te levantes, Daniel. —Me amparó con las manos—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

—Por favor, la cubierta es de todos. —Sonreí y me cambié a la tumbona aledaña cediéndole la mía al doctor Lawrence.

—Muchas gracias. —Se tumbó estirándose del todo. Se quitó los zapatos sin usar las manos, cerró los ojos y cruzó los dedos detrás de la nuca—. Hace un día magnífico. ¿Sabes?, mientras estabas convaleciente cruzamos el ecuador. Me encanta este calorcito. En Drumbeg, mi pueblo natal, al norte del norte, no tenemos este sol. Allí el cielo es siempre gris. Hay quien dice que la lluvia es arte, pero con tanta agua acabas desarrollando escamas —hablaba relajándose al sol.

—Aún no le he dado las gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? —Abrió un ojo.

—Por salvarme la vida.

Se carcajeó.

—Yo solo hago mi trabajo. Hago aquello para lo que nací. Ojalá

pudiera salvar más vidas… —confesó resignado—. Además yo no hice nada, fue la máscara la que te sanó. Si nuestra aventura prospera, y así lo deseo, tendré que buscarme otro trabajo. ¿Quién va a necesitar médicos o cirujanos si con la simple imposición de la máscara todos sus males serán solventados? Dios mío, es un sueño difícil de imaginar. Ya estoy viendo los titulares de los diarios: «hallada la cura a todas las enfermedades» —dijo estirando un brazo.

—Sería maravilloso, doctor Lawrence.

—Llámame Benjamin. Lo de doctor me hace pensar que estoy en la clínica. Y lo de Lawrence me hace pensar que me hago viejo.

—De acuerdo.

—En verdad sí que lo sería. Sería el mayor descubrimiento de la historia de la humanidad. No sé… Supongo que me haría ganadero. La gente seguirá necesitando comer, ¿no? —Hizo una larga pausa —. ¿Qué tal te sientes?

—Me encuentro de maravilla. Como nunca. Y es sorprendente, todo lo que leo se me queda grabado a fuego. —Me señalé la frente.

—Bienvenido a la honorable sociedad de los hombres que nunca olvidan. Al principio es abrumador y un poco caótico, pero le acabas cogiendo el gusto. Recibiste una sesión muy potente. Nunca le habíamos impuesto el artefacto a un cuerpo tan dañado como el tuyo. —Observó los cabos que colgaban de las antenas—. Hemos venido observando que, con el tiempo, el efecto de la máscara se diluye haciendo necesaria una nueva exposición. De la misma manera una sobreexposición hace que el cuerpo se acostumbre y no surta efecto. La virtud está en la dosis, como el veneno —sonrió—; pero creo que no vas a necesitar recibir más sesiones en todo lo que nos queda de viaje. A todo esto, ¿qué lees? —Se incorporó y miró con interés la verduzca solapa del libro que tenía entre las manos.

—Palabras, palabras, palabras… Es *Enquiridión sobre guerra y táctica*, me lo ha facilitado el profesor Abú.

—¡Ah! Por lo que veo el profesor te acaba de suscribir al curso de introducción en el arte de matar. Qué nefasto saber; yo tratando de salvar vidas y él enseñando a quitarlas. Si quieres lecturas más reconfortantes puedo prestarte alguno de los libros o manuscritos

que tengo en mi camarote.

—¿Es escritor?

—No, pero me carteo con unos cuantos.

—El profesor dice que es necesario que aprenda a defenderme. —Miré los otros volúmenes que, en el suelo, esperaban lectura y Benjamin sonrió sarcástico—. Dice que estaremos expuestos a peligros…

—Sí, ya conozco el discurso. —Sacudió la mano con desgana y volvió a recostarse—. A mí también me obligó a leerlos. Insisto, Daniel, cuando termine de hacerse un asesino avíseme y le prestaré mi colección sobre anatomía, botánica o tratados sobre los adelantos de la humanidad. Puede que quizás también logre salvarle el buen juicio. Además, algunos tienen ilustraciones y muy bellas, me permito añadir.

Me recosté y alcé el libro para seguir leyendo.

—Su trabajo ¿es vocacional? —me interesé.

—La medicina siempre es vocacional. O te gusta o la detestas. O vales o no vales. —Se masajeó los ojos.

—¿Dónde tiene la clínica?

—Tenía. En pasado.

—¿Ya no atiende a pacientes? —Dándome sombra con el libro le miré de soslayo.

—Hace un par de años que no paso consulta, Daniel —murmuró afligido.

—¿Es por lo que comentaba con el capitán Solomon sobre lo que le pasó en Manchester?

Me miró extrañado.

—Sí. —Se interesó—. ¿Nos escuchó en el muelle de Vigo?

Afirmé con la cabeza.

—Lo siento, no es asunto mío. —Volví a concentrarme en la lectura, pues no deseaba incomodar al doctor.

—No te preocupes, tienes orejas y funcionan. Me vi obligado a cerrar la consulta y alejarme de la ciudad. Fue un suceso muy desafortunado.

—¿Perdió algún paciente? —Ante su sinceridad decidí tomar

partido y le consulté por aquello que más obvio se me antojó.

—Me acusaron de conducta indecente, abusos y mala praxis. —Me miró atribulado—. Fue de un día para otro. Una noche te vas a la cama y eres el cirujano más reputado de Mánchester; al día siguiente te despiertas y ves tu buen nombre difamado y ultrajado en las cabeceras de los periódicos. Entonces los que creías que eran tus amigos te abandonan; las personalidades influyentes a las que pasabas consulta no te abren las puertas de sus casas y cuando caminas por la calle la gente te señala con el dedo y cuchichea a tus espaldas. Es entonces cuando sabes que has pasado a ser un paria. —Se sentó en la tumbona y me dio su versión de lo ocurrido—. Una joven que jamás había visto me acusaba de haber abusado de ella en mi consulta. Sin pruebas y sin testigos. Pero ya me habían señalado, juzgado y sentenciado. Sin yo saber absolutamente nada —añadió abatido—. Igual que a Walter Raleigh —rubricó.

—Lo siento —dije sincero.

—Te disculpas mucho. —Sonrió—. No podías saberlo. Además, el barco es pequeño, te hubieras acabado enterando. Prefiero que lo sepas por mí.

Nos quedamos mirando el horizonte del agua en silencio.

—Quizás, igual que el corso, tenga que escribir un libro.

—Hazme un favor. Acércame ese viejo, sucio, mugriento y sanguinario libro que tienes a tu derecha. —Miré y señalé uno—. No, ese no, el otro, el que está debajo.

—¿Este? —Se lo acerqué.

—Sí, este. «*Cañones ligeros estriados para mejor ofensiva de infanterías beligerantes*» —leyó el título y sopesó el volumen—. Rezuma inquina. Qué manera más canalla de darle fin a un noble árbol. ¿A qué artillero de pacotilla se le ocurriría escribir semejante tratado?, y, lo que es peor; ¿quién será el sandio editor que publicó esta basura? ¿Es que no tienen visión de negocio? Hay libros que atesoran tanta ignominia en sus páginas como insensatez en sus lomos. —Se puso en pie—. ¡Abú! —gritó a la toldilla, por donde el profesor paseaba midiendo la velocidad del viento—; tantos disparos le han dejado sordo. ¡Profesor! —gritó con más fuerza, y Abú se giró

hacia nosotros—. ¡Mire lo que hago con esta bazofia, profesor!

El doctor encaró la borda y, rasgando una tras otra las páginas del tratado de artillería, regaló a la mar barcos de papel.

XXIII
Polvo eres

Una profunda quietud campaba a sus anchas por la cubierta del Prometeo y yo estaba en mitad de aquel piso. Me sentía en paz, en un remanso de calma. Ignoraba la razón pero aquel estado tan relajado se me empezó a antojar artificial y el desasosiego comenzó a apoderarse de mí. Recuerdo que estaba en la cubierta, que había subido por las escaleras de la medianía y que no me había cruzado con ningún marinero. Tampoco había visto a ningún otro miembro de la expedición. Alcé la vista a los pendones de las vergas y estos amanecían mustios, flojos. Ningún viento quería jugar hoy con ellos. Las velas estaban recogidas y el cielo era un tornado de cúmulos algodonados, grises y estáticos, adornados con rayos congelados en su máxima y enérgica extensión. Brillaban en un azul tan intenso que rozaban el espectro del blanco. Me extrañó, pero no le di más importancia. Traté de recordar lo que, inmediatamente antes, había hecho. Pero no lo recordaba. ¿Había desayunado? ¿Cómo me había levantado de la cama? ¿Me había vestido? No recordaba nada de eso y, lo que más me inquietaba, era que tampoco me importaba.

Deambulé un poco por la cubierta, sin rumbo fijo, dejándome llevar por el capricho de mis pies. Me acerqué a la popa, miré la chimenea, muda. Vi vacío el puesto del piloto y me apeteció ponerme al timón del Prometeo. Acaricié sus radios de madera y le di un par de golpes a babor y estribor imitando, con los resoplidos de mi boca y la imaginación de mi cabeza, los enviones de una

fortísima ventisca. Hasta que me aburrí. A modo de despedida le di un último golpe.

—¿Capitán? —grité y nadie me respondió—. ¡Señora Elizabeth, doctor Lawrence, profesor Abú! ¿Hay alguien? —El eco de mis palabras se perdía en el vacío.

Me asomé a la popa inspirado por el desagradable sentimiento de que habían abandonado el barco dejándome solo, pero las lanchas balleneras seguían amarradas al Prometeo. Flotando despreocupadas. Entonces me fijé en la mar y sentí cómo mis pupilas se dilataban ante el inefable espectáculo que presenciaban. El agua, las lágrimas de Dios, el acuoso y salino flujo vital del mundo, no era sino un océano de sangre. Retrocedí horrorizado, tropecé con algo y caí de bruces contra una cubierta tapizada con los cadáveres desmembrados de la tripulación. Por mi boca salió todo el pavor de los vivos. Gateé como pude entre los restos, tiñendo mi piel con la sangre que aún supuraban los muertos. Una convulsión nació en mi estómago y alumbró en mi boca con tal magnitud que me tumbó otra vez. Postrado de hinojos en un rosco de cuerdas mal amontonadas, vacié, entre arcadas interminables, hasta la última gota de mi bilis.

Cuando mi cuerpo se acomodó a la visión de la barbarie sentí un pálpito y fijé la mirada en la proa. Inmutables, dándome la espalda, estaban mis expedicionarios amigos. Me puse en pie y corrí hacia ellos como si el diablo estuviese amenazándome con su tridente.

—¡Capitán, capitán Solomon! —gritaba durante mi carrera—. ¡Hay que salir de aquí, capitán!

Pero Solomon no me respondía. Permanecía erguido, con el gesto serio, estático y con los ojos abiertos como ventanas. Sus ojos ya no lucían el característico brillo esperanzado de la mirada del marino. Se habían transmutado en dos piedras mates y secas.

—¿Solomon? —musité al tiempo que acercaba la mano al rebelde amuleto con mechones de oro que, vivaracho, insistía en asomar por la apertura de su camisa para, quizás, ser testigo de cargo de todo evento que Dios dispusiere.

Apenas rocé con la punta del índice el colgante y el capitán se

desmoronó como un castillo de cenizas.

—¡Solomon! —Grité con todas mis fuerzas—. ¡No, Solomon, no! —Corrí por la cubierta yendo de amigo en amigo y estos, al sentir de alguna manera mi presencia, explotaban arrojando meteoros de escoria. Entre aquellos rostros vi el de una muchachita que nunca, jamás, había visto antes. Era de mi edad y vestía con piel de leopardo; su tez era morena, sus labios bezudos y el pelo, hirsuto y enroscado en caracolillos. Le lancé un vistazo furtivo sin detenerme un segundo más, pero me llamó la atención que ella fuera la única que no se desgajase en polvo gris. Los demás; Lawrence, Abú, Lupi, Taloq, Waterfall, su criado… Todos, uno detrás de otro, se desvanecían en siniestra sucesión…— Señora Elizabeth —acerté a decir intentando alcanzar su angelical rostro y, entonces, su cuerpo estalló en penachos grises. Sentía en mi boca el sabor aceitoso y amargo de las pavesas, pero estas no me quemaban la lengua; lo que sí inflamaban era mi desesperanza.

Logré llegar hasta la proa, me agarré a la borda y alcé la mirada; una isla negra se erguía en mitad del océano de sangre. Su tierra era carbón puro; los desmochados cocoteros, que delimitaban la línea de su negra playa, se doblaban por el peso de las calaveras que nacían en sus capiteles. Por todas partes había huesos, tibias y peronés como si un leviatán hubiera regurgitado su digestión más atroz. Y, presidiendo la infamia, un volcán de cuyo cráter manaban ríos sin fin de piedra fundida. Una de las laderas, en la que había dos titánicas puertas, se derrumbó generando una ola de sangre que, despiadada, avanzaba hacia mí. Traté de escapar, pero no podía. Estaba encadenado al guardamozo, sobrecogido, paralizado por el pánico. Lo último que vi fue esa pared líquida golpeándome y entonces…

—¡Daniel! —Escuché la voz de Abú y abrí los ojos. Sentía la piel húmeda y mi corazón latía como si escapase de las garras de un león—. Solo era una pesadilla —repetía el profesor.

—¿Una pesadilla? —acerté a decir con el aliento entrecortado—; parecía real.

—Son los presagios de la máscara.

—Pero los he visto, los he tocado, he sentido el frío y el calor…

—La máscara da el poder de ver con perfecta nitidez el futuro. ¿Qué has visto?

—Muerte, profesor, he visto la muerte de todos nosotros.

Abú se sentó en la cama, tomó recado de escribir y comenzó a interrogarme sobre los detalles de mi sueño, haciendo anotaciones tras cada pregunta. Le conté lo que había visto, dónde estaba, con quién. Le conté hasta el más mínimo detalle. Él miraba, asentía y, de cuando en cuando, respondía con un «no puede ser».

XXIV
Ciñe amistad y nunca navegarás solo

—¡Izad el aparejo, chavales! —El contramaestre Belmonte, desde el puesto del piloto, se desgañitaba organizando las operaciones en la cubierta del Prometeo. Yo estaba agazapado a su lado, en un recoveco entre la brújula, el timón y las piernas del piloto portugués. Belmonte me miró, lanzó una mano, y tiró de mí por la camisa hasta ponerme en pie—. ¡No, muchacho! Recuerde las palabras del capitán. ¡Aquí, así!, como ellos. —Señaló a los marineros del sobresollado—. ¡Como todos!

Belmonte se aferraba, con la mano izquierda, al agarradero del timonel mientras, con la derecha, hacía señas a los marineros como si fuera un director de orquesta y los hombres los profesores. La marinería no podía hacer mucho más que tratar de mantenerse verticales y no salir despedidos por la borda en otro azote del viento. Rodaban por la cubierta chascándose los huesos contra los palos y averdugándose las caras contra las defensas.

Después de varios días navegando con una mar apacible habíamos llegado a la parte más meridional de África y una tormenta fabulosa salió a darnos la bienvenida. El Prometeo cabeceaba con violencia y el mascarón ensartaba las olas con su antorcha para desaparecer momentáneamente bajo el agua y, triunfante, volver a emerger hacia el cielo bruno. Escalábamos olas como castillos para, al ganar sus cumbres, dar un pantocazo que retumbaba en nuestros corazones. De vez en cuando la corriente, el

viento o la desdicha hacían que el cabeceo se hermanase con un temeroso balanceo que engañaba los sentidos y truncaba nuestra esperanza en la existencia de un Dios misericordioso. Y Dios fue nombrado por la boca del capitán:

—¡Por Dios!, ¡esta tormenta se está cebando con nosotros! —maldecía desde las escaleras de la medianía. Belmonte asintió.

—¡Sí, capitán! Parece que está enfadada con nosotros —respondió, alzando el mentón.

—Contramaestre. —El capitán avanzó un paso, pero el Prometeo volvió a cabecear con violencia traicionando a su pie y haciendo que rodase por la cubierta hasta parar, en seco, contra la borda—. *Porca miseria*! —decía dolorido.

—¿Está bien, capitán? ¿Quiere que le ayude?

—¡No, maldita sea, no estoy nada bien, Belmonte! Me acabo de cascar la entrepierna contra este infame candelero —se quejaba frotándose el interior de los muslos.

—Este cabo es traicionero, mi capitán. Un día tenemos el clima a nuestro favor y otro… ¡otro se las cobra todas juntas! ¡Pero esto no es nada nuevo para usted! —La lluvia le pegaba en la cabeza inundando la copa de su sombrero y haciendo que esta, de cuando en cuando, se doblase bajo el peso y se derramase sobre su cara. Una ola solitaria, más grande que las demás, arrasó la cubierta segándonos a todos salvo a Belmonte que, afianzado al asidero, parecía desafiar los elementos. Me dio la sensación de que la mar tenía alguna cuenta pendiente con él y que en el siguiente golpe de agua se la cobraría.

Solomon se recompuso y, gateando por la cubierta, llegó a nuestro lado.

—Como le decía antes, Belmonte, esta tormenta me recuerda a mi séptima mujer. ¡Oh sí, aquella mujer era un auténtico infierno! —Escupía el agua que se le metía en la boca—. ¡Mire qué cielo! ¡Nickar ha desatado toda su furia sobre nosotros! ¡Tempestad del demonio! —Los hombres de la cubierta no habían logrado ponerse verticales y otra fuerte manga de agua les volvió a tumbar—. ¡Entren, vamos, todos al interior! —Indicaba trayéndolos con el

brazo.

—¡Vamos, el capitán os dispensa de morir en este glorioso día! —azuzaba Belmonte a los marinos. Estos, ayudándose de gritos, insultos y empujones, fueron cayendo, más que descolgándose, por el hueco de las escaleras.

—Eso también le atañe a usted, piloto.

—¡Capitán! —Este se irguió orgulloso y aferró con más fuerza la rueda del timón.

—¡Marinero!, su capitán le ha dado una orden. Abandone su puesto —bramó Belmonte.

—Yo me quedo —dije mirando al capitán y a Belmonte.

—¿Esto es un motín de sardinas? ¡Muertos no me sirven ni para cebar anzuelos! —Solomon sujetó del brazo al piloto y este se zafó de su mano.

—¡Solo abandonaré mi puesto si mi capitán me lo ordena otra vez! ¡Solo mi capitán! —impuso altivo.

—¡Míreme a la cara! —El capitán enfrentó su rostro al del piloto—. Marinero, es una orden: abandone su puesto, insensato. No hay un ápice de gloria en el cuerpo de un ahogado.

El joven, enfurruñado, cabeceó, maldijo, se tiró al suelo y, agarrándose a los tablones de la cubierta, gateó hasta las escaleras mientras el agua y el viento lo zarandeaban.

—¡Maquinista!, ¿está vivo? ¡Más potencia a la hélice! —gritó Solomon a la trompetilla del puesto—. Pero, ¿qué hace usted aquí todavía, guardiamarina? —dijo, al verme encajonado en el hueco.

—¡No soy menos que un piloto! —respondí envalentonado.

Rieron con ganas.

—Baje a la bodega e informe a todos de que, hasta que amaine el temporal, nos guareceremos en False Bay. Belmonte, acompañe al zagal.

—¡Oh, no, mi capitán! ¡No! ¡No será cierto que yo abandone esta cubierta! ¡No mientras mantenga un hálito de vida en mis pulmones! ¡Jamás le regalaré a nadie, en esta vida o en la otra, el placer de poder decir que Lourenzo Belmonte, el Tritón, como me conocen en todas las tabernas desde Hong Kong a Cartagena de

Indias, abandonó a su capitán en la peor de las tempestades! ¡No será cierto, mi capitán!

—¿Usted también se amotina, contramaestre? ¿Acaso es Fletcher Christian? ¿O acaso soy yo William Bligh? ¿Tengo su misma cara de perro comido por la sarna? ¿Es el Prometeo la Bounty? ¡Responda! ¿Es todo eso así?

—Ja, ja, ja —reía Belmonte—; ¡Por los clavos de Cristo! ¡No, mi capitán! Ni este es aquel cascarón, ni yo soy aquel infame, ni usted es tan malnacido, ¡ja, ja, ja!

—¿Entonces va a desobedecer mi orden, contramaestre Belmonte?

—¡Tendrá que arrancarme los brazos de cuajo antes de que me vea abandonar la cubierta!

—¡Qué perro más fiel sería usted, Belmonte! ¿No hay manera de que baje?

—Me temo que no, mi capitán —repuso firme.

—Pues entonces acompañe a mi guardiamarina al interior y venga raudo a contraguiñar este buen roble. Eso sí podrá hacerlo, ¿verdad?

—¡Así lo haré, mi capitán!

Belmonte se agachó, me tomó por los sobacos y, ayudándose de la suela de sus zapatos en mis costillas, fue llevándome entre revolcones de agua al interior del navío.

XXV
La tempestad

—¡Koopha! —dije bajando por las escaleras. El Prometeo se inclinó y uno de mis pies quedó en el aire, suspendido. Otra ola volvió a enderezarlo; di un traspié y acabé a los pies de Koopha.

—*Sheñó* Daniel, *¿esthá* bien? —se interesó tirando de mí por los hombros. Entre él y el marinero neerlandés que lo acompañaba me ayudaron a enderezarme.

—Sí, sí. Gracias Koopha, gracias señor Angus. —Me coloqué, con mucha dignidad, el desaliño de mis ropas.

—Chico; ¿has estado fregando la cubierta con el pecho? —apreció jocoso Angus, con la pipa de maíz apagada en la boca.

—Un respeto, marinero. Le recuerdo que soy guardiamarina —dije jactancioso.

En todos los ratos que había pasado con el capitán este siempre me recordaba que la disciplina en los barcos era fundamental y que un buen oficial no podía permitir que los marineros se le insubordinasen. Decía que un grumete se debe a su cabo, este a su sargento, este a su teniente y, por último, todos a su capitán. En un barco no puede haber dos capitanes y, en una marinería, no puede haber marineros que manden más que tenientes. La cuestión de los rangos no atiende a razones de conocimientos. Hay capitanes incompetentes que no saben que es una la orza o la pendura y marineros que podrían capitanear, desde su experiencia vital, flotas enteras con igual tino que almirantes. No. El concepto de respeto

entre empleos atiende a motivos de responsabilidad. Si una nave se va a pique será el capitán el que responda con sus bienes o su vida por el naufragio, aunque el suceso haya acaecido por inoperancia de uno o varios marineros. Al mantener esa línea invisible y ascendente se guardan los grados de responsabilidad.

Angus gruñó y alzó la frente.

—El capitán me ha dicho que avise a todos de que vamos a refugiarnos en False Bay hasta que amaine el temporal —informé.

—*Via* bién, *tha* bién. Koopha *nesesita* descansar *loh* pies.

—Chico… —dijo Angus. Lo miré, se dio cuenta de su desliz y torció la boca—. Perdón, mi guardiamarina, ¿sabe si tomaremos tierra?

—Lo ignoro, marinero. ¿Adónde se dirigían?

—Hemos terminado de achicar este sollado, pero no deja de entrar agua por la escotilla. Trabajo en vano —lamentó con desazonada voz—. Ahora íbamos a ayudar a Lupi a preparar la cena.

—¿Dónde están los tripulantes?

—En sus camarotes.

—Está bien. Les encargo que avisen al resto de marineros de nuestro nuevo rumbo, yo avisaré a los tripulantes. ¿Entendido?

—Sí, *sheño* Daniel. —Koopha se despidió llevándose varias veces los nudillos a la frente.

—Y cuide sus modales, Angus.

—Así lo haré, señor.

Retomé mi ruta por el pasillo y, al ver la puerta del camarote del señor Jakob y el doctor Lawrence entreabierta, llamé antes de entrar.

—Pase —dijo el señor Jakob y entré.

Estaba tumbado boca arriba en la cama, descalzo, con los quevedos en la punta de las narices y un libro en las manos.

—Señor Daniel, qué sorpresa. ¿Ya se ha cansado de jugar a marineros?

—¿Y el doctor?

—¡Aquí! —respondió una voz ahogada desde la habitación de la lluvia caliente. Me dirigí hacia el apartado y Jakob me advirtió:

—Yo no entraría ahí. Si, claro está, no quiere ver cómo sale el

besugo del mediodía por la boca de mi amigo. Es un espectáculo nauseabundo. El doctor tiene buena tolerancia a los viajes marítimos, pero cuando la mar muestra su lado menos amable, es incapaz de contener la comida en el estómago. ¿Qué desea, guardiamarina? —Pasó desdeñoso una página de su libro.

—El capitán me ordena que les anuncie que vamos a protegernos del temporal en el Cabo de Buena Esperanza.

—¿Eso es todo?

—Mmm… creo que sí. ¡Ah! Me ha venido el olor de los fogones; creo que esta noche cenaremos calamares.

—¡No! ¡Más pescado no, por el amor de Dios! —se lamentó el doctor desde el otro cuarto, y oí como una nueva arcada le doblegaba.

Jakob ahogó una carcajada.

—Nos damos por enterados. Vaya a avisar a los demás.

—Sí, señor.

—Y, por favor, cierre la puerta. Desearía terminar mis lecturas.

Salí y crucé al camarote del matrimonio. La puerta estaba cerrada. Aguanté la respiración y oí un lejano jadear proveniente de su interior. Vinieron a mi mente las palabras del doctor Abú sobre la intimidad de los casados y decidí volver sobre mis pasos para entrar, de nuevo, en el camarote de Jakob y Lawrence.

—¿Qué ocurre ahora, Daniel?

—Disculpe, señor Jakob, será solo un momento. —Tomé una cuartilla del escritorio y garabateé el mensaje en ella—. Muchas gracias, señor Jakob. —Salí del camarote y deslicé el papel por debajo de la puerta de los que se amaban.

Di dos pasos más, llamé a la puerta de nuestro camarote para anunciar mi entrada, giré la manija y pasé al interior; El ambiente estaba embonado; la humedad y el calor impregnaban todo. De la habitación de la lluvia me llegaba el canturreo arábigo del profesor.

—¿Profesor Abú? —dije desde el camarote.

—Me estoy aseando, Daniel. Tendrá que esperar su turno —respondió él.

Pensé que ya me había bañado lo suficiente en la cubierta.

—Solo vengo a decirle que nos vamos a refugiar cerca de la costa. El capitán me ordenó que les informase.

—Muchas gracias.

—Voy a terminar de avisar a los demás.

—Turing está con Taloq en el camarote principal. Los vi entrar hace rato.

—Gracias, profesor.

—Cierre al salir, por favor.

De nuestro camarote me dirigí directamente al salón principal. Empujé la puerta y, sobre la mesa, me encontré a Turing desmayado. Estaba con los brazos extendidos y en la mano derecha sujetaba, malamente, una pluma. Taloq rodeó la mesa y se acercó a mí. Me mostró el casco vacío de una botella de licor fuerte, señaló con las narices a Turing y gesticuló con la mano haciéndome entender que, nuestro bebedor amigo, había superado los límites alcohólicos que su cuerpo podía soportar. Asentí y susurré:

—Comprendo. —Me acerqué a Taloq y le bisbiseé a la oreja la noticia. Asintió y, sin hacer más ruido que el que hacían las cuadernas retorciéndose por el temporal, salió de la estancia y cerró la puerta. Un gañido escapó de la boca de Turing; canturreó algo ininteligible y se acomodó, utilizando su brazo izquierdo como almohada.

Viendo que ya solo me quedaba él por avisar, y que servirían la cena más pronto que tarde, decidí quedarme a hacerle compañía. Con cuidado de no molestarlo, acerqué una silla a la mesa y me senté. En una de las oquedades labradas en la madera, cuya función era que las copas no se cayesen con el cabecear del barco, había un vaso con algo de vino. Lo tomé y, sin miramientos, le di dos pellizcos con los labios. Jugaba con el poso del vaso hasta que me fijé en el papel sobre el que Turing había garabateado y que, durante su inconsciencia alcohólica, había alejado involuntariamente a escaso medio palmo de su mano. Pensé, viendo su postura, que quizás no quería aquel papel, pero que tampoco deseaba alejarlo. Estiré el cuello y me llamó la atención la caligrafía del húsar. Las letras eran toscas y cada palabra estaba encabezada, fuera necesaria o no, con

barrocas letras mayúsculas pictóricamente decoradas con filigranas y tirabuzones. Pero los trazos eran limpios, precisos y exactos y, sin necesidad de renglones, reglas u otra ayuda, cada línea era perfectamente paralela a la anterior. La forma había llamado mi atención y saber quién era el autor hizo que se inflamase mi curiosidad por descubrir qué diantres había escrito. Me acerqué el pliego y comencé a leer:

A la atención del Dr. Fletcher Turing Cockermouth CMG FRS

Magdalene College

Magdalene St.

Cambridge.

Amado y respetado padre, como le relataba en mi anterior misiva, la expedición sufragada por el fructuoso bolsillo de nuestro mecenas, el caballero Waterfall, sigue adelante… una vez más. Confío en que esta sea la última vez que me embarque en mi vida y, que de una vez por todas, podamos encontrar aquello de lo que tanto le he hablado y que tan grandes milagros ha obrado en mi consciencia.

¡Ah! No sé si aún podrá leer estas letras. Sabe Dios que he intentado convencer a mis compañeros para que le sometieran a una leve exposición a tan maravilloso artefacto, pero me responden con negativas. Temo, querido padre, que tendrá que convivir con su dolorosa ceguera durante más tiempo del deseado. Pero descuide pues le juro, por toda la cúpula celestial y por mi palabra, que la próxima negativa será respondida con mi acero.

Ya sé lo que estará pensando, casi huelo el aliento de sus palabras; nunca debí embarcarme en esta expedición. Nunca debí abandonar mis investigaciones, y más estando tan cerca de demostrar la hipótesis de Riemann pero, créame, no podía aguantar más. Y no me arrepiento. Si llego a pasar una sola noche más imbuido en el silencio de mi habitación me hubiera descerrajado un disparo en el cielo de la boca. La

proposición de Waterfall llegó en el mejor momento. Puedo decir y digo que ese endemoniado viejo me salvó la vida.

Padre, apelo a su sabiduría…

Entonces me di cuenta de que algo había salpicado el papel. Bajé la vista y una diminuta gota de sangre había mancillado el pliego, expandiéndose en él como si fuera aceite.

—Solo los espías y las rameras fisgonas leen la correspondencia ajena —dijo Turing. Levanté los ojos y le vi con el brazo extendido, empuñando su sable, acariciando con el filo de este mi garganta.

—Lo siento.

—¡Silencio! No tiene falda ni coletas así que, por lo tanto, es usted un espía. —Me miraba con los ojos fuera de las órbitas—. No obstante —balanceó la cabeza examinándome—; tampoco tiene cariz de soplón, ni callos por el empuñado continuo de un arma, ni suficiente pelo para haber servido en batallón o regimiento y menos aún para haber yacido con hembra. Pero ha logrado engañarnos a todos. ¡Incluso a mí! —Apretó un poco más su hierro contra mi cuello y, entonces, pude apreciar el tacto frío, sedoso y mortal de un filo tan amolado que podría pugnar en anchura contra el canto de un papel de arroz—. Puede que solo sea un niñato entrometido. O puede que ni siquiera exista. ¡Bah! Eso lo elucidaré más adelante y, también en ese momento, cuando le haya separado la cabeza del tronco, decidiré qué hacer con sus infames restos. Quizás los tire por la borda, no sé… Ni las alimañas del mar merecen padecer esa felonía. Haga lo que haga después con usted es cosa mía y, como también es cosa mía, no quiero privarle de vivir el tiempo que le queda sin hacerle copartícipe de mis agonías. ¡Lea en voz alta, quiero escucharle! —Titubeé— ¡¿No me ha oído?!, ¡he dicho que lea! —Golpeó la mesa con el puño y la energía de su golpe fue tan grande que oí aflojarse los clavos que unían sus maderas. Tragué saliva y, sin dejar de sentir el acero lindando por mi gaznate, continué la lectura:

—Padre, apelo a su sabiduría pues mi juicio está ofuscado y no logra encontrar una salida: ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo vivir con mi conciencia? Ni el licor logra ya acallar los gritos que me perturban noche y día. ¡Es desesperante! No hay momento en el que no fantasee con bailar de puntillas el último vals mientras elesparto atenaza y tira de mi cuello; deseo visitar una posada en la que solo sirvan tragos de veneno o sopeso plomadas planteándome si su masa será suficiente para reventar mis sesos. La conciencia no me deja vivir. ¡Qué le cuento! Usted ya lo sabe. Sabe que veo la cara de aquellas mujeres suplicando misericordia; las veo sujetar a sus hijos en brazos, que lloran desconsolados, y veo mi mano empuñando el sable, ensartando sus corazones, y siento su sangre salpicándome la cara; y veo a mi pistola, vaciando sus pechos; y a mi caballo, triturando con las herraduras sus huesos. En las noches que hay luna veo sus almas saliendo de sus cuerpos y viniendo hacia mí, a reclamar justicia o venganza y deseo que llegue el día, pero el sol no trae nada nuevo…

—El viaje hasta Kadikoi había sido un desastre —me interrumpió Turing—. Los hombres nos encontrábamos cansados y hambrientos. Las casacas estaban heladas, la pólvora mojada y nuestros ánimos violentamente excitados. Pero la guerra tenía que continuar, y yo era uno de los capitanes. Durante los días anteriores no dejaban de llegar informes confusos a nuestro campamento. Los exploradores que enviamos habían visto a las tropas del enemigo moverse a pocas millas de nuestra posición. Aparecían y desaparecían, como espíritus. La locura hizo que llegásemos a escuchar sus alientos; pero nadie supo precisar su número; o si realmente estaban cerca. Algunos, unos, nos hablaban de cientos, otros de miles de jinetes. —Turing hizo un amago de asco—. Pero no eran fantasmas, solo conocían su terreno y sabían moverse en él. —Chascó la lengua y negó con la cabeza. Regoldó y con la mirada buscó alguna botella de vino. Pero no había nada—. Fue la noche del veinticuatro de octubre de mil ochocientos cincuenta y cuatro. La noche anterior a la batalla. Uno de nuestros hombres aseveró que

había visto moverse, entre la oscuridad de los desfiladeros, a una sección de avituallamiento. Sin hesitar ensillé mi caballo y mandé formar una compañía con mis mejores hombres. —Miré sus ojos y estos estaban inundados de pena—. En la guerra cualquier daño infligido al enemigo es un daño decisivo y apropiarnos de sus municiones y víveres era, en nuestro estado, una tentación difícil de obviar. Los encontramos en mitad de una noche sin luna; desenvainamos nuestros sables y… cargamos sin piedad. No escuchábamos sus gritos, ni sus súplicas. Solo matábamos. Cuando no quedaba nadie implorando alafia; cuando gritábamos eufóricos ante nuestra salvaje hazaña con las caras teñidas de sangre… alguien revisó sus mercancías. —Me miró a los ojos—. Por ningún sitio había armas, pólvora, balas u órdenes. Solo era un grupo de refugiados, campesinos, que huían de la barbarie y, nosotros, les habíamos llevado a la muerte…

—Turing, baja el sable —dijo Jakob desde la puerta.

—¿Se da cuenta, guardiamarina Daniel? —continuó—. ¡Se da cuenta, Daniel! ¡Solo eran mujeres y niños! ¡Mujeres y niños! —Gritaba con toda su furia, tan cerca de mi cara, que podía verle el galillo—. ¡No había sables, ni cañones! ¡Los matamos a todos! ¡Dios mío! —La cara se le desencajó de dolor—. Por las noches, Daniel, por las noches vuelvo a oír sus gritos…

—¡Turing, tira el sable! —repitió Jakob, y reforzó la advertencia apuntándole con su revólver.

—¡Vas a dispararme! —Sonrió alegre como si fuera lo mejor que le había pasado en años—. ¡Hazlo! ¡Hazlo, maldita sea, hazlo! Si no disparas voy a cortarle el cuello. ¡Lo haré, te juro que lo haré!

—No fue culpa tuya, amigo. —Jakob caminó hacia nosotros pero sus palabras, lejos de apaciguar, incendiaron la boca de Turing:

—Qué sabrás tú, meapilas. Poncio de pacotilla. ¿Quién te ha nombrado redentor de mi martirio? ¿Acaso puedes expiar mis pecados? Ya no tienes potestad para perdonar, la perdiste el día que el Nono te excomulgó. ¡Y eras pariente suyo! —El semblante de Jakob titubeó.

—Sabes que eso no es cierto. Para, por favor —suplicó Jakob en

un balbuceo. El cañón de su arma comenzó a amedrentarse y a inclinarse para terminar amenazando al sollado—. No sigas por ahí.

—¿Disfrutaste con el niño? —siseó Turing y, en la comisura de su boca, se materializó un guiño inmisericorde. Sus palabras, como halcones, habían divisado una presa—. ¿Cuántos años tenía?

¿Ocho, nueve? ¿Qué le hiciste? ¿Fue solo ese o, como dicen, hubo más? ¿Olía a santidad? Y, sobre todo, ¿valió la pena?

—Sabes que eso nunca pasó. Es una abominación. Yo sería incapaz… —Negaba con la cabeza, paralizado.

—¡Fuiste condenado!

—¡No!

—¡Presentaron testigos!

—¡Era una farsa! ¡Por Dios, era una farsa! —Jakob se derrumbó, cayó de rodillas y comenzó a llorar.

Entonces noté el peso muerto de Turing arrastrándome, nos golpeamos contra la mesa, me zafé de su brazo armado y le vi caer, desmayado, en el suelo.

—Buen disparo, Taloq —apreció el profesor desde la puerta. Giré la cara y vi al indio sujetar en sus manos una cerbatana. Abú caminó hacia mí—. ¿Cómo te encuentras, Daniel? —dijo al tiempo que me examinaba la caricia que el filo de Turing me había hecho en el cuello—. Necesitará un poco de agua de colonia para ese corte y para el sudor. Le tengo dicho que no es buena idea afeitarse con este temporal. Pueden pasar cosas así. —Nos miró—. ¿Entendido? —Volvió a mirarnos e hizo hincapié—; ¿entendido?

—Entendido —dijo Jakob rendido en el suelo.

—Cuando baje el capitán diga que le preste un frasco perfumado que tiene, es uno con aroma a mentol. —Se agachó para examinar a Turing, le palpó en el cuello buscando el flujo de sangre de su arteria, respiró aliviado y le quitó el venablo que tenía clavado en la sotabarba—. Avispa de mar o, como he sugerido, *Chironex australis* —me mostró el dardo—; es el animal con el veneno más poderoso del mundo. Una miserable gota puede matar a mil hombres. La descubrió el señor Víctor y, con la ayuda del doctor Lawrence, logramos calcular la cantidad exacta para aturdir sin matar. Turing

se despertará dentro de diez o, quizás, doce horas. Va a tener el dolor de cabeza más insoportable de su vida. —Se atusó la barba—. Pronto servirán la cena. Ayúdenme a llevarlo a su camarote antes de que alguien lo vea.

Me acerqué a Jakob, estiré mi mano y le ayudé a levantarse. Me miró y se justificó una vez más:

—Todo fue una farsa.

No encontré respuesta. Me limité a asentir y a mirar al suelo. Entre los cuatro cogimos a Turing de pies y brazos y lo arrastramos hasta su camarote. Nadie supo nada de lo ocurrido aquella noche, pero todos añoramos las chanzas y burlas de nuestro húsar.

XXVI
La ley de la mar

A la mañana siguiente las voces del marinero turco, al que aquella noche le tocaba guardia, nos despertaron.

—¡Barco a la deriva! —gritaba, y tañía la campana.

Abrí los ojos y me incorporé en la cama como si en el espinazo tuviera un resorte.

—Tenemos compañía —dijo el profesor enfundándose las pantuflas. Me faltó tiempo para imitarle y salir detrás de él. En cuestión de segundos el Prometeo cobró vida y el pasillo se atestó con el ir y venir atropellado de los marineros.

«¡Todos a sus puestos!», gritaba Belmonte. «¡Vamos, galeotes!, ¡vamos, bastardos!», vociferaban los marineros insuflándose ánimos. Algunos acababan de despertarse y salían a toda prisa de sus catres, tropezando con las escaleras entre toques de silbato, barullo y empujones. Las porras, las pistolas, los fusiles y las espadas empezaron a correr de mano en mano. Le pregunté a un marinero italiano que para qué eran las armas y me contestó:

—¿Y si son piratas?

—¿Qué está pasando? —La señora Elizabeth, amparándose con la puerta de su camarote, se asomó al pasillo.

—Vuelva a su cuarto, cierre la puerta y no salga, Elizabeth —dije en un arrebato de responsabilidad.

—¿Pero, qué ocurre?

—Han divisado un barco, puede que sean piratas.

Asintió y se encerró con llave.

Me sumé al jaleo y subí a la cubierta.

—Por la amura de babor, mi capitán, a larga ocho y deriva cinco. —Señalaba un marinero.

—Es un clíper —apreció el capitán acomodando el ojo al catalejo.

—¿Piratas? —preguntó el doctor Lawrence.

—Hum, no creo. Enarbolan pabellón inglés. Se llama… ¿Atlas?

—Diga, capitán, ¿son piratas? —curioseó ávido uno de los marineros.

—No, no son piratas. —Volvió a mirar por el instrumento—. La tormenta les ha partido varios palos. Creo que solo son unos incautos comerciantes. Demasiado ambiciosos para saber cuándo tienen que rendirse ante la mar. Contramaestre, ponga rumbo hacia los náufragos.

—Eso nos va a retrasar —advirtió Lawrence.

—Es la ley de la mar, mi querido amigo. Créeme que no te gustaría verte en esa situación y que los que pudieran ayudarte desatendieran tu auxilio. A mí desde luego que no me gustaría verme en esa. —Miró a las antenas—. Señor Belmonte.

—¿Sí, mi capitán?

—De todas formas seremos precavidos; que los hombres tengan las armas prestas a la mano.

—A sus órdenes, mi capitán. —El contramaestre Belmonte comenzó a proferir órdenes a la marinería.

El capitán recayó en mi presencia y me dijo:

—¿Qué hace aún con el camisón puesto, guardiamarina? Vamos, vístase como manda la ocasión. Le quiero a mi lado cuando abordemos al Atlas. —Se giró para continuar oteando con el catalejo.

—Sí, capitán —respondí y me di la vuelta.

Por las escaleras subía, con andares patizambos y sujetándose al pasamanos, Turing. Tenía los ojos inflamados, ojeras violáceas y sacaba la lengua como los peces cuando están fuera del agua. Al llegar a su lado nos señaló amenazante.

—Sarraceno hijo de camello —amenazó al profesor con un murmullo desgarrado.

Abú, en lugar de enojarse, le tiró el brazo por debajo del sobaco y le sirvió de muleta.

—Vamos abajo, amigo. Le daré algo contra sus dolores —dijo reconduciendo al húsar al interior del barco. Este suspiró y se dejó hacer.

XXVII
Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará

Me vestí y subí de nuevo a cubierta. Los marineros habían recogido las velas, el piloto apuntó la proa hacia el Atlas y, desde la sala de máquinas, se transmitía una fuerza suave a la hélice que nos permitía navegar con cautelosa lentitud. Del temporal del día anterior ya solo quedaba un poco más de humedad de lo habitual y alguna nube alta que se mezclaba con el humo que la chimenea, con rítmico redoble, escupía en pomposas bocanadas. La quilla cortaba un agua mansa y espejada y algún pez volador rompía la tensión superficial regalándonos el brillo iridiscente de sus alas. Giré la vista y vi, muy a lo lejos, la delgada línea marrón de la costa de África.

—Es una vista hermosa —apuntó Jakob melancólico—. A un lado —señaló con la mano derecha— África, el desierto, la selva y nuestra casa; y al otro, templos infinitos de hielo. —Sonrió—. Si me pongo en esta posición es como si tuviera todo el continente sobre la cabeza. —Bromeó sin ganas.

—¿Cómo se encuentra?

Jakob guiñó la boca, cabeceó y habló:

—Poco a poco…

—Guardiamarina, venga a mi presencia —ordenó el capitán.

—¡Ya voy, capitán! —Me quedé a la espera de que Jakob terminara de responderme. Me había interesado sinceramente por él y siempre he considerado que dejar a una persona con la palabra en

la boca es una de las peores muestras de mala educación que puede existir. Pero el señor Jakob no quiso hablar más. Me despachó con una palmada en el hombro y se sentó en la cubierta a observar la costa.

—¡Vamos, guardiamarina! ¿Quiere que anote su indisciplina en el cuaderno de bitácora? —bromeó el capitán.

—No, capitán. Buenos días, señor Víctor. —Este estaba al lado del capitán, parecía contrariado y en su mano derecha sujetaba un revólver.

—Buenos días, buenos días —respondió como si mi presencia le molestase, y continuó hablando con el capitán—. Llevamos muchos días de retraso. No podemos permitirnos más pérdidas de tiempo.

—Señor Víctor, lo que buscamos lleva en la tierra miles, puede que millones de años. —Abrió el corchete que aseguraba el arma de su pistolera—. Creo que podrá esperar un poco más. ¡Por Dios! ¡Hombre al agua, hombre al agua! —gritó súbitamente.

Sin necesidad de ordenarlo dos de los marineros que estaban cerca, creo recordar que ambos eran los hermanos de Italia, se tiraron al agua de cabeza para rescatar al náufrago. Nadaron hacia él, lo tomaron por las ropas y lo trajeron al costado del Prometeo.

—¡Rápido, un cabo! —decía Belmonte, dirigiendo el rescate desde cubierta. Corrí hasta la borda y alguien lanzó una cuerda, se la pasaron por la cintura y, tirando con ganas, izaron el cuerpo al barco para terminar dejándolo a mis pies. Ya no pudimos hacer nada más por aquel pobre diablo.

Era un hombre corpulento, de nariz regordeta, bigote rubio de ganchos y puntas de azafrán y cabeza monda salvo por las dos gruesas y rucias patillas que le colgaban de los carrillos. Tenía la cara abotagada, del color de la pasta del añil, y las manos pálidas. Sus labios estaban entreabiertos, al igual que sus ojos y se habían vuelto de un insano color cardenalicio. Vestía el uniforme de capitán, de la marina neerlandesa —lo supe por las insignias de las solapas, inconfundibles—. Un puñado de marineros, entre los que se encontraba el doctor Lawrence, se apelotonaron a nuestro alrededor. El doctor se agachó, le bajó el cuello de la camisa y le palpó la

yugular. Unos segundos después alzó la cabeza y confirmó su muerte.

—¡Apartad! —Belmonte se acercó abriéndose paso a codazos. Detrás de él venía el capitán.

—¡Niels Kooijman! —dijo Solomon asombrado al ver el cadáver. Se quitó la gorra, se santiguó y se agachó ante él.

—¿Lo conoce, capitán?

—Sí, contramaestre, lo conozco. Es, o era, el capitán Niels Kooijman, una leyenda del estrecho de Malaca. ¿Qué demonios haces tan lejos de tu ruta, mi viejo amigo? —Solomon le registró los bolsillos del chaleco pero, salvo por un rulo de libras atadas con una goma en uno y un reloj de oro en el otro, no portaba nada más—. Él no va a contarnos qué ha pasado. Belmonte, el megáfono. —Se lo pasó y el capitán se puso en pie—. ¡Stella Maris! ¡Atlas, le habla el capitán del Prometeo! —Silencio—. ¡Maldita sea, respondan, bastardos! —Silencio. Solo cuando estuvimos más cerca de su popa pudimos deducir qué había pasado.

El palo mayor se había esfumado dejando un tocón astillado. Sus cabos desaparecían por la borda de estribor. Habían sido cortados a machetazos, quizás en un intento desesperado de la tripulación por evitar que el velamen hiciera las veces de ancla. Los palos de trinquete y mesana seguían en su sitio, pero se les intuían graves daños. El mastelero del perico colgaba amenazante, sujeto solo por un puñado de fibras de madera. No había ni rastro del bauprés ni de la mitad del velamen.

—Fue una dura batalla —apuntó Belmonte a modo de epitafio.

—Fíjese —señaló el capitán—, se ha roto incluso el tamborete. Hicimos bien en refugiarnos. ¡Ah del Atlas! —gritó de nuevo. Ya estábamos tan cerca que prescindió del altoparlante. De pronto algo se movió en la cubierta y los marineros, prestos, apuntaron sus armas—. ¿Quién va?

—¡No disparen! —dijo una voz que me resultaba lejanamente familiar. El hombre comenzó a apartar los restos de cuerdas, maderas y utensilios que cegaban las escaleras de la medianía.

El capitán se llevó la mano a la frente para cubrirse del sol y

exclamó confuso:

—¡Claus! ¿Es usted?

—¡Sí, soy yo capitán Solomon! ¡No disparen!

—Pero… ¡¿Qué?! ¿Qué está haciendo aquí?

Claus lo ignoró. Su prioridad era ayudar a salir de la oscuridad del interior del barco a otro hombre: Waterfall.

—Buenos días, capitán Solomon —saludó Waterfall con una sonrisa ponzoñosa—, ¿sería tan amable de dar cobijo a este viejo inope en su propio velero?

XXVIII
Un poder infinito

El señor Waterfall ordenó salvar sus pertenencias del Atlas. La tormenta había abierto varias vías de agua en el casco y la nave se volvió irrecuperable. Fue acomodado en el salón principal, donde en adelante habitaría con su mayordomo. El capitán y Taloq se reubicaron en el camarote de Turing. Este no recibió a la nueva compañía de buen grado, pero tampoco le quedaba otra. Después de ayudar a los marineros a descargar los últimos bultos me recluí a descansar un poco en mi camarote.

—¿Qué está haciendo, profesor? —dije al entrar y verlo encaramado sobre una silla y pegando la oreja al techo.

—Entre y cierre —ordenó serio. Entré y cerré la puerta—. El capitán se ha reunido con Waterfall en el camarote principal. —Acercó de nuevo la oreja—. Cuando reformé el Prometeo para dotarlo de lujos y comodidades, me vi obligado a diseñar corredores de ventilación para evitar condensaciones. Más tarde me di cuenta de que estos mismos conductos también transmitían el sonido. Venga, acérquese. —Tomé una silla y la coloqué junto a la pared—. ¡Shhhhh! —Me indicó con los dedos que guardase silencio y pegué la oreja al techo.

—¿Esto está bien, profesor? —Dudé de la virtud de nuestras intenciones, y más siendo Abú quien me había instado a ser discreto.

—Es nuestro futuro, así que es obligatorio. —Abrió los ojos, se

apretó la barba al pecho y volvió a acomodar la oreja al respiradero.

Al principio las voces se escuchaban lejanas y distorsionadas pero enseguida, cuando adopté la postura correcta y pude concentrarme en escuchar, empecé a oír la conversación entre Waterfall y el capitán con toda claridad:

—¡Esto es intolerable! —Bramaba Solomon colérico paseando arriba y abajo, como atestiguaba el taconear de sus zapatos—. Renuncio. No estoy dispuesto a capitanear ni un segundo más esta expedición.

El anciano Waterfall rio sarcástico y habló:

—No puede renunciar, firmó un contrato cuyo incumplimiento le resultaría harto gravoso. Además… —dejó en suspenso.

—¡Esto no es lo que habíamos acordado! Firmé que capitanearía la expedición hasta lograr todos los fragmentos de la máscara y, que una vez los tuviera, regresaría a España y se la entregaría en persona. ¡Eso fue lo que firmé! —El capitán blasfemó.

—Cálmese. No existe negocio o empresa que sea completamente estable. ¿Piensa que vivimos en una balsa de aceite? En todas las aventuras económicas en las que me he embarcado siempre he supervisado, personalmente, hasta el más mínimo detalle. Por eso yo nado en oro y usted en el agua, capitán. ¿Cree que iba a dejar que partiesen otra vez con mi velero? Tras invertir toda esa suma de dinero. ¿Realmente piensa que me quedaría, de nuevo, esperando otros tres años postrado en la cama, recluido e impotente? Y ante todo, ¿cree realmente que estaba dispuesto a esperar a verle aparecer, de nuevo, con las manos vacías? ¡No, y mil veces no! Ya confié una vez en usted. Y me falló.

—¡Estamos cerca!

—Me he cansado de esperar, señor Solomon. Se lo advertí. De ahora en adelante dirigiré personalmente la expedición. Además… mi tiempo se acaba. Hace años que la máscara no me surte efecto. Cada día que pasa envejezco por diez. No me queda mucho tiempo, no me queda mucho… —se lamentaba apagando la voz hasta que el silencio, roto solo por el tintineo de los cristales con licor, imperó.

Miré al profesor y él me miraba a mí. Solomon, al otro lado,

volvió a tomar la palabra:

—¿Es que acaso, en todos estos años, no le he servido con diligencia? Desconfía de mi gestión hasta el punto de embarcarse personalmente para perseguirnos. ¿Desde cuándo llevan detrás de nosotros?

—Desde el día que zarparon de Vigo. Les seguimos desde ese día y les seguiríamos siguiendo si no hubiera sido por el azote de los elementos. Reconozco que fue culpa mía el haber insistido. Niels no estaba seguro de que pudiéramos atravesar el cabo. Les perdimos la pista a medio día de navegación. —Suspiró—. Otro barco perdido, no era mi mejor clíper, pero…

—Me cuesta creer que convenciese a Niels para que capitanease su barco. Ese lobo no estaba tan loco.

—Todos tenemos un precio, Niels, yo… incluso usted.

—No, a mí no me ha comprado.

—Quizás no con dinero, pero el corazón le arde por recuperar a su hijo. ¿Añora al joven Paul? ¿Cuántos años tendría ahora?

—Le prohíbo que vuelva a mencionarlo. —El tono de la voz de Solomon empezaba a denotar un fuerte hartazgo.

—¡Paul, Paul, Paul! —gritó el viejo arrepticio.

Alguien, supongo que el capitán, estrelló un objeto de cristal contra el suelo.

—¡Le he dicho que…!

—¡Qué! ¿Me amenaza? —repuso Waterfall cínico, farfantón y soberbio—. ¿Va a pegarme? Solamente yo puedo devolverle la vida a su hijo.

Miré a Abú y él apretó los labios, frunció el ceño en una mueca de inmensa pena, cerró los ojos y asintió.

—Waterfall —dijo solemne el capitán—; no juegue conmigo. Lo único que quiero es recuperar a mi hijo.

Escuchamos cómo el capitán, sin mediar más palabra, abandonó el que había sido su camarote y entró en el de Turing. El profesor Abú saltó de la silla y, cruzando las piernas, se sentó en el suelo. Sin yo decirle nada me brindó una explicación:

—La desgracia, funesta y persistente, no abandona a Solomon.

—Respiró atribulado—. El amor de ese hombre es como el amor entre los albatros; una vez que se emparejan nunca se abandonan.

—El capitán presume de haber estado casado infinidad de veces —pensé, contrariado, en voz alta.

Abú sonrió con sinsabor.

—Mi joven amigo, me temo que la vida es un poco más complicada. —Le miré extrañado—. El tiempo le enseñará muchas cosas. —Hizo una jaula con los dedos y, mientras me hablaba, jugaba a encajarlos—. La mente humana es extraña y busca la mejor manera de evadir el dolor. Solomon solo ha estado casado una vez, hace muchísimo tiempo, con una hermosa y buena mujer que respondía al nombre de Shara. Pero la difteria consideró que era demasiado buena para él y se la quitó, dejándolo con un crío de tres meses de vida. —El profesor se levantó, caminó hacia la mesilla, tomó el rulo de cuero en el que guardaba su pipa y el tabaco y comenzó a preparar una fumada—. Su hijo se llamaba Paul —desmigajó unos pellizcos de tabaco en la cazoleta—; y nunca se separó de su lado. Podía haberlo internado y rehacer su vida o darlo en adopción, como hacen muchos, para desentenderse de sus obligaciones. Pero Solomon no es de esos. Él es el último hombre. —Apretó la mezcla de la pipa—. Acérqueme los fósforos, por favor. —Señaló a su chaqueta, los tomé del bolsillo y se los pasé—. Gracias. —Lo encendió y dio unas caladas a la pipa—. La cuestión es que nuestro capitán se volcó en su hijo. Le enseñó a navegar, a luchar, a pensar, a jugar, a perder y a ganar… y, cuando se encontraba en el cénit de su juventud, no mucho mayor que usted, la desgracia volvió a llamar a su puerta. Unos malnacidos los asaltaron cuando cobraban un transporte de madera en Budapest. Tirotearon a su hijo. Más de veinte veces. Él recibió siete balas. —Aspiró una gran bocanada y, con reminiscencias de dragón, la expulsó con rabia por las narices—. Fue una suerte que Waterfall y yo estuviéramos alojados en un hotel cercano. Pudimos llegar a tiempo de salvarle la vida al capitán con el fragmento de la máscara. Por desgracia no corrimos lo suficiente para poderle salvar la vida a Paul. —Tamborileó con los dedos en el cuero—. Así fue como conocimos a

Solomon.

Nos quedamos pensativos.

—Profesor, ¿sabía usted que Waterfall nos seguía?

—Lo sospechaba, tenía un pálpito, pero no tenía pruebas. Waterfall ha terminado cansado de nuestra escasez de resultados.

—El capitán ha sufrido mucho.

—Y lo peor es que sigue sufriendo. Se aferra al recuerdo de su mujer y de su hijo. No deja que sus espíritus partan en paz. Cuando… —detuvo su mano en el aire de tal manera que parecía que tocaba un recuerdo; esquivó la palabra que había dicho y corrigió—; después de que Solomon experimentase en sus carnes el poder de la máscara, se obsesionó influido por lo que Waterfall le contaba sobre ella. Le llenó la cabeza con sus hipótesis. Le decía que cuando completase el rompecabezas tendría tanto poder que podría devolverle la vida a su hijo.

—El mechón.

—Así es. El mechón de pelo del que el capitán no se separa. Es su amuleto. Waterfall cree que cuando la máscara esté completa su poder será tan inmenso que podrá resucitar a los muertos. Crear vida de la nada. —Hizo una pausa—. Y convertirse en Dios.

—Profesor, ¿qué pasará cuando completemos la máscara?, ¿de verdad tiene el poder de devolver la vida? —dije asombrado.

Abrió las manos y se encogió de hombros.

—Primero tenemos que completar el rompecabezas y esa es una meta difícil de alcanzar. Suponiendo que lo lográsemos… no lo sé. No sé qué pasará. La posibilidad de resucitar a los muertos es una conjetura patrimonio de Waterfall. Ninguno de los demás compartimos la idea. Pero creemos… —Mordió la boquilla de la pipa—. Turing sostiene otra hipótesis. Pero es una locura. —Cabeceó y se pasó la lengua por los labios—. Al estudiar los fragmentos de la máscara descubrí, entre otras muchas de sus bondades, que el material del que está hecha está… —pensó—, está ganando masa y contrayéndose. —Me quedé perplejo—. Es poco, casi imperceptible, pero el peso específico de su materia aumenta de manera exponencial y no tiene visos de detenerse. Hiring ha

trabajado en una ecuación y —sonrió— creo que sus cálculos están equivocados… Es, simplemente, imposible.

—¿El qué?

—Según Turing, si el aumento de masa no se detiene, cuando tengamos el último fragmento la máscara pesará más que un millón de soles. —Al oír aquello sonreí incrédulo mientras el profesor me miraba y asentía levemente—. ¿Me acepta un consejo de amigo?

—Por supuesto.

—Búsquese una buena mujer, compre una granja apartada de todo y tenga muchísimos hijos. Es el mejor tesoro que puede alcanzar un hombre —dijo solemne.

Se levantó con la pipa en la boca, me frotó la cabeza y salió del camarote dejándome con mis pensamientos y el romper de las olas al otro lado del casco.

XXIX
Corazón negro

No se ven, pero las corrientes del cabo de Buena Esperanza son vigorosas. Tardamos dos días en atravesar el vértice africano y necesitamos sacrificar buenas toneladas de carbón para que las palas de la hélice pudieran imponerse a la fuerza de la mar. Tras la lucha, el índico se abrió ante nosotros con su gama de turquesas, jades, aguamarinas y ocres. Si tuviese que elegir uno solo de los mares, sería este.

Era media mañana y quedaba una jornada para alcanzar la costa malgache. Me había sentado en la borda con las piernas fuera y mis pies volando sobre el agua. De forma inesperada, a unas veinte cuerdas de distancia, un pez vela rompió la superficie saltando varias veces su tamaño. Y no era una sardina; pesaría no menos de doscientas libras. Saltó de manera limpia y entró en el agua de la misma forma; sin apenas salpicar. Al verlo sonreí y, por unos instantes, mi corazón se acongojó suplicando que volviera a saltar para poder verlo mejor. El pez debió escuchar mi apetencia, o quizás le bullía en las venas la vanidosa remembranza de ser un gran semental —esa que todos los varones de todas las especies albergamos—. Sí, puede que esa pulsión le moviese, de alguna extraña manera, a exhibirse con el engreído y altivo pensamiento de «aquí estoy, este soy yo y este es mi territorio». Sea como fuese volvió a regalarme otro salto, pero este lo ejecutó en vertical, ganando más altura hasta detenerse, durante una fracción de

segundo, en el cénit. Allí se deleitó con las vistas de su hazaña para volver a entrar al agua en una turbulenta zambullida de cola. Entonces sí que pude verlo bien. Era un pez sensacional. Su pico, estilizado y negro, parecía la espada de un mosquetero; el lomo y su generosa vela eran de tono cerúleo y brillante, con la peculiaridad de que su escamada piel, dependiendo del ángulo en el que le alcanzase el sol, desprendía reflejos similares a los del queroseno mezclado con el agua. Su cuerpo era esbelto, pero presentaba marcas resultantes, quizás, de enfrentarse con otros machos más jóvenes, con cachalotes, pulpos o demás bestias que pululan por las fosas abisales. Eso me llevó a imaginarme que ese gran pez pudiera ser el viejo jefe de algún clan de peces de las llanuras oceánicas. Puede que por la noche, en el corazón de la mar, se juntase con su manada y comentara lo que había visto durante sus incursiones diurnas en el mundo de la superficie.

—*Salaud*! —se admiró Lupi a mi espalda—. ¡En otra época cuántos buenos leviatanes he podido llevar a la bodega!

—Es precioso —juzgué sin quitarle ojo al pez.

—Lo que daría por comer una *bolhabaissa* cocinada con la carne de ese animal. —Me dio un toque con el pie para que me echase a un lado y, tras quejarse de sus cansancios, se sentó.

—Menudo espectáculo, ¡qué bestia tan hermosa! Esto es mejor, y más barato, que ir al circo, en su caso, o de burdeles, en el mío. —Rompió a reír—. ¿Quiere que le cuente un secreto, guardiamarina Daniel? Da igual, voy a contárselo, no creo que me quiera usurpar el puesto entre los fogones. No es el mejor puesto, siempre cocinando, soportando calores y olores, pero bueno… tampoco es el peor. —Con un meneo de mano saludó a uno de los marineros de inferior rango que en esos momentos se machacaba los riñones baldeando la cubierta—. Sí, demonios, los hay peores. Usted parece un chico de fiar, aunque yo no me fío ni de mi sombra. —Miró hacia atrás para dar constancia de sus palabras. Se acercó a mi oreja y, con un aliento propio de parroquiano de taberna portuaria, comenzó a susurrarme —. ¿Sabe cuál es el secreto de la *bolhabaissa*? El secreto de una buena *bolhabaissa*, una de esas que se recuerdan toda la vida, es cocer bien

los pescados; rape, congrio, centolla, capón, *galinette*, cigalas y, si la faena ha sido buena, langosta y, si la faena ha sido proverbial, la carne de un bicho como ese que está saltando ¡presumiendo ante nuestras narices, *putain de con*! —le gritó al pez—; ante nuestras propias narices, guardiamarina. ¡Por los clavos de Cristo que sí! Ese animal le daría un sabor inigualable.

El viento salado, o la saliva secretada por sus ganas de catar el caldo que me describía, le molestaron en la garganta. Ronqueó fuerte y continuó.

—El caso, Daniel, ¿me permite llamarlo Daniel? —Di la callada por respuesta—. ¿Deja que el bueno de Lupi le llame por su nombre? —Le miré de reojo deseando que se cansara y se fuera a dormir la mona—. Sí, bueno, ya somos amigos, le llamaré Daniel. El caso es, Daniel, que se pone todo en una redecilla y se mete a cocer durante tres horas en un puchero, ¡grande, grande!, bien de agua. Hasta arriba. Sin prisa, que todo se cueza bien. Cuando todo esté cocido sacamos la carnaza y colamos el caldo. Piensa que ya se terminó ¿verdad?, ¡ja! Qué equivocado está. Ahora viene lo bueno, Daniel. —Se pasó la punta de la lengua por los labios—. Cuando este aguachirle esté frío repetimos la operación —decía vehemente —; ¡cociendo en ese caldo!, y digo bien, ¡cociendo en ese caldo!, otra redecilla de pescado nuevo; y cuando el caldo resultante de haber cocido dos veces pescado nuevo en él esté frío, repetimos el proceso una tercera y última vez.

—Tiene que quedar muy sabroso —aprecié, imaginando que, después de tanta cocción, resultaría un consomé tan espeso como el alquitrán y más salado que un galón de agua de mar.

—¿Sabroso? ¿Sabroso? ¡Oh, no sabe lo sabroso que está! ¡Demonios!, no puede ni imaginar lo sabroso que está. Es una extraña y virtuosa danza del mar en la boca. ¿Sabe? —Arrancó a reír agitado—. ¿Sabe cuándo lo probé por primera vez? Yo sí —su voz tornó a un tono gélido y perturbador—; yo sí… recuerdo perfectamente la mañana de aquel lejano veintiuno de enero de mil setecientos noventa y tres. Por aquel entonces mi barbilla no despegaba más de dos palmos del suelo, quizás tres. Era una de las

miles de bocas, hambrientas y desdentadas, que huérfanas deambulábamos por la Plaza de la Revolución. Entre la muchedumbre alborotada encontré abrigo debajo de un tablado y, al poco de refugiarme entre aquellas vigas carcomidas, algo comenzó a gotear de la techumbre. No vi qué era, pero vi cómo la gente se arremolinaba en torno a las grietas de las maderas y lamían aquella infame y triste sopa. ¡Lamían con ansia, Daniel, hasta clavarse las astillas en las encías! ¡Relamían y lengüeteaban los tablones con sus obscenas bocas como si aquella plaza fuera el infierno y aquella sopa fuera el maná de la Biblia! Hasta que, por fin, haciéndome un hueco, pude llegar a lamer yo también. Y me di cuanta, tras mucho lamer, que aquello no era sopa, no, no… ¡Era la sangre del mismísimo Luis XVI! ¡Ja, ja, ja!

Reía sin parar y a mí me estaban empezando a dar arcadas.

—¿Ha terminado ya, cocinero? —Solomon cortó en seco la risa de Lupi.

—¿Qué? ¿El qué? —Lupi parecía aturdido.

—¿Algún místico, quizás demonio, ha tergiversado nuestros grados? —Lupi le miraba sin entender—. Si tengo que recordarle quién soy es que hay algo que estoy haciendo rematadamente mal. ¡En pie, cocinero! —Lo tomó de la pechera y, únicamente con la fuerza de su brazo derecho, se lo llevó a la cara—. ¡¿Cómo tiene que dirigirse a mí?!

—¡Capitán, capitán! *Non, sil vous plait, mon capitaine, ne me frappe pas au visage, s'il vous plait*…! —decía el otro, protegiéndose la cabeza con los brazos.

—No voy a pegarle. ¿Se puede saber qué diantres estaba haciendo?

—Le contaba a Daniel —Solomon le arreó otro empellón a la camisa y Lupi corrigió—; ¡al guardiamarina Daniel!, ¡al guardiamarina Daniel! Le contaba… Era una historia absurda. Era por regalarnos la oreja y darnos algo de palique. ¡Por gastar el tiempo, mi capitán! Son viejas historias. —Vio a Koopha haciendo un rosco con un cabo—. Como las que cuenta ese maldito negro que tienen de ayudante —musitó—. Ese maldito y renegrido

africano que yo no quería que subiera.

Solomon bufó y lo dejó en el suelo.

—No vuelva a llenarle la cabeza a mi guardiamarina con sus absurdas historias. Si le gusta contar fábulas, hágase escritor y coma despojos. Seguro que no hay literato que gane el jornal que usted se embolsa sirviendo en la cocina de este barco.

—Eso es muy discutible, mi capitán —replicó arrogante el requerido cocinero.

—¿Pero qué está diciendo, ahogador de ratas? —Amagó con volverlo a coger de la pechera.

—¡No, no! *Pitié!* —Se revolvió el otro—. ¡Estoy harto! ¡Mire!, ¡mire detrás de usted, capitán, mire al tiznado! —Señalaba a Koopha—. ¡Mire a ese maldito negro dentudo! ¡Mire a ese renegrido y me entenderá! —Paró para tomar aire y pareció calmarse dentro de su vesania—. Mire a esa piedra de hulla de la que le hablo. Ese barril de brea con patas se pasa todo el día en cubierta, haciendo las veces de ayudante de todos. Trabajos livianos de llevar y traer. Ni se cansa, ni se esfuerza. ¡Por Júpiter! No lo veo sudar. Si es que su carbonífera piel suda. ¡Y cobra lo mismo que yo! ¡Eso no es justo, mi capitán! Y yo me estoy volviendo más negro que él haciéndoles las comidas a todos ustedes. ¡Tres veces al día! —Señalaba con tres dedos—. Tres para ustedes, tres por estómago y tres por cada marinero. Incluido ese odioso y vago negro. —De su boca salían despedidos espumarajos de odio. Se enjugó la baba de la comisura de los labios y remató—. Tendríamos que sacrificarlo por llenarse la barriga sin trabajar.

—Está loco, cocinero —se limitó a decir Solomon.

—¡No, mi capitán!

—Koopha, venga aquí —dijo Solomon, y el llamado se acercó.

—¿Sí, mi *cahpitán*?

—Cocinero, repita ahora lo que acaba de decir sobre los negros. —Lupi, al ver que el cuerpo de Koopha le daba sombra, se amedrentó y negó con la cabeza—. Francés tenía que ser: cobarde, pusilánime y afeminado —murmuró entre dientes. El bueno de Koopha presenciaba la escena sin entender nada—. Sepa, amigo

Koopha —posó la mano en su hombro—, que de ahora en adelante cenará con todos nosotros en el camarote principal. —A nuestro amigo se le iluminó la cara—. He podido mantener una instructiva charla con el cocinero y este me ha convencido de la tremenda injusticia de que usted cene con el resto de la marinería. Así que dígale al señor Lupi sus preferencias culinarias y él, encantado, se las preparará.

—No… —balbuceó Lupi desesperado.

—*Etho*… mi *cahpitán*.

—¿Sí, Koopha?

—No *quero depreciar* su *ofreciminto*, y le *agradehco* a Lupi lo que *joya* dicho de mí. —Sonrió afectuoso—. *Phero* en la *bohdega tenngo* buenos *amigo* y quisiera *seir señando* con ellos.

—¿Es su deseo?

—*Shí, cahpitán* —respondió alegre, tirando los hombros hacia atrás y sacando pecho.

—Pues que así sea. Puede continuar con su labor, marinero Koopha. —El capitán esperó a que nuestro negro amigo se fuera y espetó a Lupi—. Hay más *negrura* en su corazón que en la piel de ese hombre.

El capitán Solomon no castigó a Lupi; fue la propia tripulación del Prometeo la que, al enterarse de lo acontecido, decidió retirarle la palabra al cocinero. Este, abochornado, no volvió a levantar la mirada de la cubierta en todo nuestro periplo y los pocos diálogos que se veía obligado a entablar se ceñían a un vocabulario compuesto por dos únicas palabras: sí y no.

XXX
La pobreza de un rico

—¡Hagan algo!

Oí gritar a Waterfall en la lejanía. Sin duda eran la misma garganta y la misma boca que exhalaban un aliento marchito y lo convertían en palabras desesperadas e hirientes. Abrí los ojos y vi a Abú, profundamente dormido, en su cama. La luz de la luna que entraba por el ojo de buey iluminaba, tenebrosa, el sedoso camisón azul con el que dormía. De fondo se escuchaba el cortar del agua en el casco y el crepitar de la chimenea. Miré hacia arriba; la voz de Waterfall venía del conducto de ventilación que llevaba al camarote principal. Me levanté intrigado y, con cuidado de que nadie me escuchara, salí del camarote y cerré la puerta a mis espaldas.

Con sigilo gatuno caminé hasta la puerta de la sala principal, vi que no estaba cerrada y, sin cruzar el umbral, me asomé. Al otro lado de la sala, la puerta que daba acceso al dormitorio estaba abierta de par en par. El doctor Lawrence, Claus y el señor Víctor revoloteaban agitados en torno a una silla como las que tienen los barberos en sus establecimientos. En ella estaba tumbado Waterfall, el maldito. No le vi directamente, pues los cuerpos de los hombres le tapaban, pero reconocí sus blancas y delgadas canillas y sus esqueléticas manos clavando sus amarillentas uñas en el tapizado de los reposabrazos.

—¿Qué está pasando? —preguntaba Waterfall iracundo, haciendo temblar la estructura de la silla con la rabiosa impotencia

de sus consumidas extremidades.

—Señor, cálmese. Quizás… —intercedió Claus, tratando de sosegar a su amo.

—¡Cálmese usted! —replicó Waterfall con fuego en la voz—. Se lo ordeno: hagan algo y háganlo ya.

—Señor Waterfall —dijo Víctor—, la máscara ya no surte efecto en su cuerpo.

—¡Tonterías!

—¡Está agotada!

—¿Eso puede pasar? ¡Vuelva a ponérmela! Algún efecto hará. ¡Tiene que hacer algo!

—No surtirá efecto, pero como usted desee. —Víctor volvió a ponerle la máscara

—Mire —Lawrence tomó la palabra—, sabemos muy poco de la máscara pero, a pesar de su extraña y singular naturaleza, tenemos constancia, a ciencia cierta, de que tiene voluntad propia. Es antojadiza. Es ella la que decide qué dones y a quién entregárselos… o dejar de hacerlo.

—¡Por las pelotas de Moisés, eso es imposible! ¡Inténtelo de nuevo!

—¿Imposible? Después de todos los acontecimientos que usted mismo ha presenciado, sucesos que, a falta de un paradigma mejor, solo han sido documentados en los milagros de la Biblia… ¿de verdad osa decir que es imposible? —dijo Víctor con cruel causticidad, y Waterfall bramó enajenado.

—Señor Waterfall —dijo Lawrence—, me desconcierta. Creo que no comprende la gravedad de la coyuntura. Nos enfrentamos a un objeto que supera todos los conocimientos del ser humano. Eso, con total seguridad, no procede de este mundo. No sabemos cómo va a reaccionar o qué lo mueve a hacer lo que hace.

—¿Cuánto tiempo me queda, matasanos?

Escuché a Lawrence resoplar, cansado.

—Dos meses, puede que menos. Su cuerpo se degrada demasiado rápido.

—¡Necesito tiempo!

XXXI
La Réunion

—¡Tierra! —gritó el vigía—. ¡Tierra a la vista!

—¿Por dónde, señor Johnson? —interpeló el capitán tomando el catalejo.

—¡Por la proa, capitán! ¡A unas tres millas de nosotros!

—¿Es Reunión?

—¡Por Dios que sí! Ya veo el Pitón de la Fournaise, ¡y sus fumarolas! ¡Me jugaría la virginidad de mi hermana a que es Reunión, mi capitán! —gritaba exaltado.

—Ja, ja, ja. —El capitán aguzó la vista—. Su hermana puede mantener la decencia, señor Johnson. Es Reunión.

Al oír eso la tripulación de la cubierta estalló en fuegos artificiales de vítores, abrazos, silbidos y cánticos. Los marineros que estaban en su turno de descanso, y los accidentados que guardaban reposo, saltaron de las literas en calzones para ver el espectáculo, por lo que la señora Elizabeth tuvo que bajar pudorosamente a su camarote y perdérselo.

Dada mi inexperiencia naval se me ocurrió preguntarle a uno de los marineros —Da Silva, brasileño— el motivo por el que los hombres celebraban con muestras tan apasionadas de júbilo que arribásemos a tierra. Recuerdo con simpatía que el marinero Da Silva apenas chapurreaba un puñado de palabras en nuestro idioma, así que, como el alfarero moldea en el torno un trozo de barro y como hizo Dios a Adán, se limitó a contornear en el aire una silueta

—prestando especial atención a pechos y caderas— y decir una sola palabra: «*Mulleres*».

£l capitán, después de un rato compartiendo la alacridad de la tripulación, habló:

—Contramaestre Belmonte.

—¿Sí, mi capitán?

—Prepare a la tripulación para tomar tierra. —Recapacitó durante un instante—. Reunión no tiene puerto, así que fondearemos a media milla de la playa. Haga un sorteo entre los marineros; los cinco que pierdan serán quienes se queden en el Prometeo haciendo labores de guardia. Prefiero delegar esa ingrata labor en el azar antes que tener que señalar a los cinco que esta noche no caten mujer.

—Una decisión muy acertada, capitán.

—¡Caballeros! —gritó el capitán a la marinería pero, con la algarabía desatada, su voz pasó inadvertida.

—¡Marineros, hijos de hiena! ¡El capitán quiere hablarles! —Tarascó Belmonte el aire con sus bofes y hasta las sardinas se cuadraron. Solomon se desentumeció el oído con el índice y sonrió a Belmonte:

—Gracias, contramaestre.

—A sus órdenes, mi capitán —respondió sacando pecho.

—Marineros, sabe Dios que hasta ahora han servido a la empresa, aun a riesgo de sus vidas, con dedicación, aplomo y audacia. Este navío son mis dominios y yo soy su rey. —Acarició la madera—. Pero, en verdad les digo que no ansío para mí la fama, la soberbia ni el despotismo de un tirano… —Un murmullo comenzó a correr por las bocas de los hombres: «Licencia, licencia, licencia». Solomon esbozó una sonrisa.

—Silencio —dijo Belmonte exasperado.

—Durante lo que queda del día —continuó Solomon— y hasta la primera luz del alba de mañana, les licencio de sus obligaciones.

—*Lenge leve kaptein Solomon!* —atronó Otto, el gigante de Svalbard. Sus palabras prendieron el entusiasmo de los hombres y, al grito de tres hurras, ensalzaron la figura del capitán.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

—Guarden sus loas para cuando les devuelva a todos a buen puerto. Recuerden, señores, esto no es una dispensa absoluta. Mañana les quiero aquí, a todos, con la primera luz del alba. Estén todos o no, zarparemos.

Conforme nos acercábamos a la ensenada en la que Solomon decidió que fondearíamos, comenzamos a escuchar un tono grave similar al de las cornetas. Los lugareños habían avistado nuestro barco y, con rudimentarios instrumentos elaborados a partir de conchas y cornamentas, informaban de nuestra presencia. Pronto comenzamos a ver a hombrecillos salir de la selva y empujar canoas por la playa hasta meterlas en el agua. Al verlos luchar para superar el arrecife de coral me acordé de los bizarros pescadores cántabros quienes, con temporal, al grito de «¡Jesús y adentro!» rebasaban El Puntal para arribar a puerto.

Jamás olvidaré la apariencia de aquellas gentes. Lo primero en sorprenderme fueron ellos mismos. Cuando estaban en la playa los veía diminutos y, claro, pensé que estaban demasiado lejos como para apreciar debidamente su tamaño. Pero cuando llegaron a una distancia de tiro de piedra, me di cuenta de que en realidad eran diminutos, como niños de diez años, y me evocaron a los enanos con los que los reyes solían divertirse. Descarté la posibilidad de que hubieran nacido malformados pues todos, sin distinción, tenían una talla similar;'sus cabezas eran pequeñas —pero no deformes o grotescas—, así como también lo eran sus extremidades.

A pesar de su diminuto tamaño los aborígenes estaban bien formados; tenían músculos fibrosos y marcados y uña agilidad en brazos y piernas realmente encomiable. Lo habitual, entre los hombres, era que lucieran una cabeza afeitada o se dejasen un matojo de pelos en la coronilla. Tenían las caras tatuadas, igual que Taloq, y en brazos y piernas se habían dibujado, con líneas geométricas, distintos animales. Ellas eran de similar estatura; muy morenas y con el pelo apelmazado con barro. A diferencia de los tatuajes, que eran potestad exclusiva de los hombres, tanto ellos como ellas lucían collares de conchas al cuello, pendientes de

esmeraldas en las orejas y se atravesaban los labios y el tabique de la nariz con pequeños huesecillos.

Recuerdo que hubo algo que se me antojó muy cautivador, pero no desde un plano sensual, y es que todos iban desnudos. Sus cuerpos no estaban cubiertos por ningún tipo de taparrabos o falda que censurase sus partes pudendas. Simplemente andaban desnudos, sin temor a ser juzgados, medidos o a ser diana de burlas. Tengo que reconocer que aquella inocencia me robó una sonrisa y también logró que pensase en que quizás allí no había llegado la mano del hombre blanco. Este pensamiento me llevó a su vez a desear que ojalá la intromisión de Occidente nunca les hiciera mella y me recordó que, quizás, alguna vez aquel vergel y el edén de Dios no estuvieron muy distanciados.

Quienes sí apreciaron la desnudez con ojos de erotismo fueron los marineros. Cuando las barcas ya estaban en nuestro costado los hombres comenzaron a saltar al agua para intentar emparejarse. Los hombres reunonieses, como si fueran los dueños de las mujeres, negociaban con los muchachos el precio que tendrían que pagar por pasar la noche disfrutando del calor de sus cuerpos. Para ellos el precio a pagar nunca les parecía demasiado caro y tampoco lo discutían ni lo regateaban, tal era su necesidad. Después de llevar navegando unas semanas con ellos ya tenía constancia de que algunos de nuestros marineros eran padres de familia, con mujer y varios hijos, pero incluso estos sucumbieron a los embrujos de aquellas negras carnes.

Con parte de la tripulación disfrutando de su asueto y parte trabajando el doble y maldiciendo su suerte en varios idiomas, soltamos ancla, recogimos velas, saltamos a las lanchas y remamos hasta la playa.

—¡Atención! —Solomon se puso en pie en la proa de su ballenera—. Los malgaches de Reunión no son una tribu violenta, solo atacan para defenderse así que, por favor, mantengan sus armas enfundadas. No quiero problemas.

—Llevamos años tratando de convencerles para que nos vendan el fragmento de la máscara que desde tiempos inmemoriales obra en

su poder —me confesó el profesor Abú mientras acortábamos la distancia que nos separaba de la playa.

—Solo hay algo más difícil que negociar con ellos; entender su idioma —apuntó Jakob—. ¡Lawrence, te veo con la lengua fuera!

—¡Pues yo a ti no te veo remar! —le espetó el doctor, vivamente contrariado.

—Eso es porque mis manos son de tirador, no de galeote. —Reía.

Miré a la señora Elizabeth quien, entre las bravuconadas de los hombres, permanecía serena, distante. Parecía que realmente nada de aquello fuera con su persona o con sus circunstancias. Estaba erguida, igual que un solitario y bello tallo de amapola en mitad de un feraz trigal, y tan femenina, con sus labios pintados en carmesí, como el primer día que la vi.

—Señora Elizabeth —me animé a decirle algo, pero ella continuaba con la mirada perdida en la isla—, ¿se encuentra bien, señora Elizabeth? Parece triste. —Insistí al verla casi extenuada. Me miró, sonrió con una pena que no supe comprender y, con el brillo inminente del brotar de las lágrimas en los ojos, habló:

—Se me antoja emocionante poder charlar con esas personas —dijo con voz queda desde la sombra que le proporcionaba su pequeño parasol de papel pintado.

—Como las buenas mujeres, señor Daniel, mi esposa padece de monomanía. ¡Ataque, ataque, ataque! No se preocupe por ella. Estará mareada por el oleaje. ¡Pasada, pasada, pasada! Yo sigo diciendo, querida, que es absolutamente innecesario tu desembarco —intercedió Víctor, pronunciando con dificultad por el esfuerzo de la remada.

—¡*Lux et veritas*, señor Víctor! Su técnica de remo es impecable, pero lo veo algo depauperado —señaló Turing—. Creo que ha agotado sus energías en otras empresas más… carnales. Quizás tenga que pedirle un reconstituyente a nuestro buen doctor. ¡Remad, remad, marineros!

—No tengo pócimas mágicas en mi botiquín, Turing —respondió Lawrence con sorna—. ¿Por qué no ha permitido a la

señorita Elizabeth desembarcar hasta ahora, Víctor? ¿Teme acaso que se la roben? —Un bullicio jocoso recorrió la barca y Víctor nos miró malhumorado—. Si quiere que le aconseje sobre infidelidades no dude en preguntarme. Lamentablemente padezco de dilatada experiencia —remató guasón, y Víctor se sonrojó.

—Le diré algo, doctor Lawrence —respondió Víctor claramente irritado y desahogando su enfado aplicando aún más fuerza al remo —, sé lo que tengo en la cabeza, no como otros que se enteran tarde, mal o nunca. ¡Ataque, ataque, ataque! Por suerte sé que no soy macho cabrío; tampoco toro, jirafa, ciervo o rebeco. Tengo confianza plena en los actos de mi amada esposa. —Le dedicó una mirada y ella le regaló un gesto de complicidad—. Además, soy hombre correcto, moderno, polifacético, leído e instruido. ¡Pasada, pasada, pasada! Por desgracia queda mucho camino para que las mujeres puedan equipararse a los hombres, su lugar natural. Nunca por debajo de nosotros, nunca por encima. También… —Dio dos golpes de remo más, perdió el resuello y apoyó los antebrazos en el remo—. También le diré algo: gracias a todos esos conocimientos sé que estas tribus aún conservan acervos salvajes y mi deber como esposo es proteger a mi amada.

—Víctor, por favor, no quiero otra conversación sobre el feminismo —dijo Elizabeth disgustada—; ya soy mayorcita para defenderme sola.

—Pero… solo trato de protegerte. ¿Sabes qué hacen con…?

—¡Mi presencia es fundamental! —Cortó tajante—. Entre estos bárbaros no hay ninguno que hable la lengua de aquellos otros bárbaros. —Sus palabras hicieron que se alzaran las cejas de todos nosotros.

—Señor Víctor —Abú tomó la palabra—, no tema por la integridad de su esposa, ni por la nuestra. Como dice el capitán Solomon, estos aborígenes son una tribu pacífica; lo eran antes de que los franceses llegaran y lo siguen siendo. Tienen sus supersticiones, sus costumbres y visten a su moda. Salvo por eso solo son hombres, como nosotros. ¿Diría usted que yo soy violento?

—Con esa barba del demonio que gasta no dudaría en clavarle

mi sable en el corazón —saltó Turing burlón—. ¡Remad, remad!

—Por supuesto que no, profesor Abú —dijo Víctor—. Usted es un semejante. Está domesticado, si así prefiere que nos califiquemos.

—Pues entonces no tema y confíe en mí. Esta pequeña sociedad no es más violenta que la nuestra.

—Entonces ¿aquello qué es, profesor?

Abú se giró y miramos hacia los acantilados; de sus ojos colgaban cadáveres.

—Será la *extraña justicia* del lugar —se limitó a responder.

Cómo imaginar que uno de nosotros no vería la luz de un nuevo día.

XXXII
Hospitalidad

Desconcertados por la visión de los cuerpos descompuestos y después de calentar los brazos con un poco de remo, alcanzamos la playa. En ella, un nutrido grupo de nativos esperaba para darnos la bienvenida. Fue poner un pie en la arena y se acercaron raudos a ayudarnos; les lanzamos los cabos y empezaron a tirar de nuestras balleneras hasta que estas estuvieron bien aseguradas.

A los músicos de las tubas de cuerno se unieron otros tantos hombres con tambores. Esa peculiar orquesta comenzó a entonar las melodías de la tribu y corrillos de niños danzaban y cantaban para nuestro deleite. Unas hermosas chiquillas nos recibieron enjoyándonos con vistosos collares de flores engarzadas, al tiempo que nos cubrían de besos y abrazos.

Las que supuse eran sus madres —con celestinas intenciones— nos ofrecían frutos servidos en bandejas hechas con troncos vaciados de palmera. Estos manjares tenían nombres tan exóticos como *pitahaya, yaca* o *lichi*; otros eran de vistosas carnes, como el *mangostino*, el *rambután* o el melón con cuernos; y de dulzores sabrosos, intensos y embaucadores como el del fruto de *hala aka puhala* y el *durián*. También nos ofrecieron comer sardinas en espetones de madera, asadas junto con cangrejos, nécoras y langostas. Todo ello lo servían ya descaparazonado y listo para ser ingerido sin esfuerzo, igual que los conocidos como arroces *del senyoret* que tuve ocasión de disfrutar en un viaje con mi padre a

tierras valencianas.

—Esto es el paraíso, señor Daniel —me comentó el profesor Abú mientras una anciana le acercaba a la boca un puñado de pequeñas bayas rojas y verdes.

Estiré el cuello, desembarazándome cortésmente de la nativa que me besaba sin cesar y a lo lejos vi a los que debían de ser, por sus ostentosos tocados de plumas, huesos, piedras y altivo porte, los gerifaltes de la tribu. El capitán intercambió un gesto de amistad con ellos e intentó entablar conversación pero, por la forma en la que gesticulaba, deduje que la comunicación no era fluida.

—¡Señora Elizabeth! —gritó agobiado el capitán, buscándola con la mirada.

—¡Aquí! —respondió ella, rodeada por varias mujeres que, sorprendidas por la nívea blancura de su piel, le acariciaban la cara.

—¿Quería hablar con civilizaciones perdidas? Pues esta es su oportunidad. ¡Gánese el pan!

Elizabeth se abrió paso hasta donde estaba el capitán y escuchó a los líderes de la tribu.

—Es fantástico, Solomon. Hablan un dialecto arcaico de la lengua drávida, propia de Tamil Nadu. Los primeros hombres. —Aguzó el oído—. Aprecio subtonos de la familia indoaria y de bihari. Lástima. —Se encogió de hombros—. También percibo que los franceses están imponiendo su idioma.

—Es maravilloso —respondió, cansado e irónico, el capitán—, pero dígame: ¿puede hablar su idioma?

—Por supuesto. —Dejó caer una mirada de agravio—. Hasta el más torpe lingüista podría comprender esta lengua casi muerta. No es lo más complicado que puedo traducir; en una ocasión…

El capitán la interrumpió:

—Excelente pues, traduzca todo lo que le diga. —Miró a los jefes y con las manos les señaló la boca de Elizabeth y sus orejas—. Muy buenas tardes, amigos. ¿Dónde está Mood Arkaahl? Habíamos acordado intercambiar su joya por nuestro metal amarillo.

—¿Quién es Mood Arkaahl, profesor? —indagué en un susurro.

—Es el caudillo de esta arcaica civilización. Cuando desciframos

el mapa de las estrellas, uno de los lugares señalados era la isla de *La Réunion*. Imagine nuestra sorpresa cuando descubrimos que el fragmento estaba en poder de los aborígenes y que estos parecían venerarlo —me respondió al oído.

La señora Elizabeth seguía traduciendo bajo la atenta mirada de los nativos. Estos la escucharon, dialogaron entre ellos y señalaron una vereda que se perdía en la profundidad de la selva.

—Dicen —Elizabeth se volvió hacia Solomon y le tradujo las palabras de los jefes— que sienten mucho que Mood Arkaahl no haya podido venir. Presentan sus más profundos respetos y esperan que este contratiempo no trunque nuestro trato.

—Dígales que aceptamos sus disculpas, pero que tenemos un largo trecho que navegar y deseamos partir cuanto antes.

Elizabeth tradujo las palabras del capitán; los jefes respondieron y nuestra intérprete volvió a trasladarnos sus palabras:

—Dicen que… —se contrarió—; ¿que no nos permiten abandonar su isla? ¡Ah! —Se llevó la mano al pecho y sonrió aliviada —. Dicen que no nos permiten abandonar la isla sin antes disfrutar de su hospitalidad. Por lo visto esta noche tienen un… *abbal nat mogety*? —preguntó, y ellos asintieron—. Es una especie de ritual con banquete.

Tomó la palabra el que, por su ostentosa vestimenta de plumas, huesos y calaveras de monos, era el hechicero de la tribu.

—Dice que se trata de un banquete para el dios de la montaña… Un ritual para aplacar la furia de los dioses y para pedir salud para su dios en la tierra: Mood Arkaahl.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —interrumpió Waterfall con sobrado despotismo—. Dígales a estos salvajes que nos den lo que hemos venido a buscar y que se lleven su maldito oro. —Exigió, aferrándose al brazo de Claus—. Dígaselo, Solomon, o se lo diremos con la fuerza de nuestro plomo.

El capitán, airado, caminó hacia Waterfall y le comentó a la oreja:

—Dé gracias a Dios de que no comprendan nuestro idioma. Si lo llegan a entender, usted sería el único responsable de truncar años

de relaciones.

—Capitán, ¿si no lo entienden por qué me habla en voz baja?

—Waterfall, ya hemos superado el cupo de sangre que jamás teníamos que haber derramado en este viaje. —Apretó la mandíbula —. Lo haremos a mi manera o no lo haremos.

Víctor se acercó a ellos:

—Por favor, paciencia, señores. La tripulación no tiene orden de volver a embarcar hasta mañana y creo que todos necesitamos esparcimiento y aplacar nuestros ánimos. Soy el primero que se siente incómodo en esta roca y también soy el primero que desearía otra compañía, pero creo que la prudencia aconseja aceptar su asilo —medió cauteloso.

—¡Turing, Jakob, Abú! —gritó el capitán, y los hombres corrieron a su lado—. Busquen a mi contramaestre Belmonte y díganle que esta noche nosotros también acamparemos en la isla.

—¡Por fin un poco de tierra firme! —Celebró Turing.

—No podemos bajar la guardia. Disfrutaremos de la compañía de estas gentes pero no descuidaremos nuestras espaldas. ¿Entendido? —Los hombres asintieron.

El código de etiqueta de aquella noche exigía que solapásemos las armas bajo las ropas.

XXXIII
El holocausto

Aceptada su invitación, los aborígenes nos guiaron al lugar donde se llevaría a cabo el ritual. Escoltados por guerreros de la tribu caminamos a través de la selva hasta llegar a la falda del Pitón de la Fournaise. Durante el trayecto la noche nos alcanzó por culpa —cómo no— del capricho de Waterfall. Se negó de manera tajante a volver con su mayordomo al barco y exigió que dos de los lugareños le llevasen, a la sillita de la reina, hasta el lugar. Pero, como bien dice el refrán que no hay mal que por bien no venga, la noche nos permitió disfrutar de la sobrecogedora función que en el cráter se representaba. Durante el día solo se podían apreciar las columnas de humo, pero era durante la noche cuando aquel monte cobraba infernal vida.

La lava burbujeaba haciendo saltar por los aires trozos de roca fundida que brillaban como el mismo sol, mientras por las laderas rodaban peñascos ardientes, grandes como caballos, que se iban volviendo negros a medida que en su caída la gomosa y ardiente superficie que los cubría atrapaba rocas más frías. Ocasionalmente sentíamos en nuestros pies vibraciones que parecían venir de muy lejos. Hablando de pies, el calor que manaba del suelo era tan intenso que atravesó el grueso cuero de la suela de mis botas, produciéndome dolorosas ampollas.

Confieso que durante el ascenso, y a pesar del espectáculo pirotécnico que la naturaleza nos ofrecía, lo pasé realmente mal. En

más de una ocasión tuve que detenerme e hincar la rodilla en el suelo para, con esfuerzo, recuperar aire. Las fumarolas que surgían en el lugar inundaban el ambiente con gases sulfurosos tan fétidos que entraban por la nariz como las hordas de Atila entraron en Aquilea. Sentía mi pecho arder y respirar se convirtió en un tormento doloroso y agotador. Sin darme cuenta, un hilo de sangre brotó por la comisura de mis labios. El doctor Lawrence advirtió mi estado y corrió a auxiliarme; me enjugó la sangre con la puñeta de su camisa, me dio un trago de su cantimplora y me convidó a seguir adelante con el ánimo de unas sabias palabras: «Rendirse ante la adversidad es mostrarse de su parte».

Superada la selva, a media yarda del cráter, en una altiplanicie de suelo carbonizado y cuyos laterales estaban delimitados por lenguas de roca que antaño habían estado fundidas, nos encontramos con el campamento. Rodeada por sencillas chozas de adobe con tejados de basta paja destacaba la cabaña de su jefe. La edificación se sostenía sobre cuatro gruesas estacas de madera que hacían las veces de cimientos, levantando la estructura un par de palmos sobre el suelo, recordándome los hórreos de mi tierra. Dos fornidos guerreros con cara de pocos amigos escoltaban su única entrada.

—*Mirti akawe!* —dijo uno de los embajadores de la tribu, que vino a recibirnos y, después de hacer una reverencia a la puerta de la cabaña, desapareció en su oscuridad.

—Dice que esperemos aquí —tradujo la señora Elizabeth.

Un gran estrépito vino de lo alto del volcán y la tierra comenzó a temblar con una fuerza tal que parecía que de allí iba a salir el mismísimo ángel caído.

—¡¿Qué está pasando?! —chillaba Waterfall cayendo a tierra.

—¡¡Terremoto!! —gritó Solomon. Una fortísima vibración, mucho más intensa y sonora que la anterior, nos derribó.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos tirados en aquella superficie, que se fue cubriendo de escoria caliente, creo que no fueron más de dos minutos, pero a mí se me antojaron eternos. Sentía cómo el suelo crepitaba bajo mi cabeza y cómo las rocas, tensas y comprimidas, reventaban con violencia. Me cubrí la cabeza

con las manos, me acerqué las rodillas al pecho para hacerme un ovillo y estuve rezando cuantas oraciones conocía hasta que, repentinamente, todo cesó.

—¡El volcán! —Abú señalaba la cima—. ¡Ha entrado en erupción!

Dirigimos las miradas al cráter y nos quedamos atónitos observando cómo ríos de lava, acompañados por una cohorte de lenguas de fuego, avanzaban implacables por sus laderas hasta desembocar, entre explosiones de vapor, en la mar. Entonces la voz de un anciano de barba larga y canosa se alzó entre el griterío de los nativos.

—*¡Graammaklaaa! ¡Pilague, rudingue partus! ¡Partuuuus!* —vociferaba.

—¡Por Dios! ¿Qué dice? —bramó Turing intentando mantenerse en pie.

—Le ruega al dios del volcán que aplaque su ira, porque pronto satisfarán su hambre —respondía la señora Elizabeth, cobijada entre los brazos de su marido.

Parecía que el anciano tenía alguna extraña potestad sobre la montaña de fuego pues, tras repetir varias veces el cántico, y para nuestro asombro, los temblores aflojaron sensiblemente su intensidad. El anciano nos miró y caminó hacia donde estábamos.

—Es un honor volver a saludarle, Mood Arkaahl. —Solomon se incorporó y le dedicó una reverencia. El anciano concedió y, apoyándose la mano en el pecho, comenzó a hablar, y nuestra encantadora intérprete comenzó a prestarle su voz:

—Dice que… —tragó saliva y pensó— llegas tarde, hombre del mar, hace muchas lunas que esperábamos tu llegada.

—Ha sido contra mi voluntad, majestad. Le presento mis más sinceras disculpas. —Solomon amagó una nueva reverencia que fue detenida por la mano del anciano.

—No te fustigues, hombre del mar.

—¡Dejémonos de formalismos con los salvajes! —Waterfall tiró, con desprecio, a los pies del aborigen un puñado de monedas de oro. Este las miró sin interés, sacudiéndose con asco la que se le había

quedado sobre el empeine—. Que nos den lo nuestro. ¡Traduzca eso! —espoleó a Elizabeth.

—No hace falta, señor Waterfall. Creo que ya lo ha entendido —respondió ella.

El anciano volvió a hablar y Elizabeth a traducir:

—Los hombres de piel blanca pensáis que podéis comprar todo con vuestros metales, pero estáis equivocados. Hay cosas que el metal jamás podrá comprar…

El anciano hizo una pausa, se levantó la barba dejando ver el colgante de cuero que llevaba anudado al cuello y se lo arrancó de un tirón seco.

—Antes de que los ríos besaran el mar, antes de que el jaguar cazase en las praderas y antes de que los pájaros conquistaran el cielo, el dios de las estrellas le dio este amuleto a mis ancestros. Durante generaciones cuidó de nosotros y nos enseñó pero… ya no quiere proteger a mi tribu y tengo que dejarlo partir.

Se prosternó con dificultad ante Solomon, le tomó la mano y dejó en su palma el colgante volviendo a cerrarle el puño con fuerza.

—Ahora es vuestro. ¡Lleváoslo lejos de mi isla! Os podéis ir, pero ya no sois bien recibidos en este lugar. ¡Y también vuestros metales! Están malditos.

—¿Así? ¿Sin más? Imbécil.

Waterfall cogió el colgante de la mano del capitán; temblando de emoción abrió el cuero y extrajo una lasca que acercó a la luz de una de las antorchas.

—¡Es! ¡¡Es!! —Lo besó y despacio se lo frotó por la cara. Suspiró, sonrió codicioso y nos miró—. Claus, recoja las monedas. Ya tenemos lo que queríamos, ¡vámonos!

Se dio la vuelta y ayudándose de su bastón comenzó a caminar hacia la selva.

«Esto no tenía que ocurrir así…». Llegué a escuchar el remiso y desconcertado susurro que huyó de la boca de la señora Elizabeth. Entonces no comprendí a qué se refería.

Los indecisos pasos de Waterfall empezaron a ser acompasados por el toque profundo y pausado de un tambor. Vimos al otro lado

del altiplano, en un sendero empinado que se perdía en la cima del cráter, cómo diez guerreros de la tribu escoltaban a punta de lanza a un grupo de chicas. Elizabeth también las vio y le preguntó al anciano qué iba a pasar.

—*Rammha* —se limitó a decir.

—¿Sacrificio? —siseó Elizabeth, y miró a Solomon—. Santo Dios, van a sacrificarlas al volcán.

—Es su pagano ritual —intervino Jakob apesadumbrado—. Deben de creer que el holocausto aplacará la ira de su pagano señor. Están desesperados por salvar este paraíso.

Vi algo que me turbó y, de unas rápidas zancadas, me acerqué para ver mejor. Uno de los soldados se dio cuenta y corrió hacia mí gritándome, al tiempo que me cerraba el paso con su lanza.

—¡Vámonos, muchacho! Esto no es asunto nuestro —me decía Turing tomándome del hombro.

Emprendimos consternados el camino de regreso hacia el Prometeo. El calor que despedía el suelo y la intensa humedad del ambiente se aliaron, cubriendo el terreno con una fina capa de limo que resbalaba como el aceite. Claus pidió ayuda para que le asistiéramos en el descenso de Waterfall y, a su llamada, acudimos Turing, Solomon y yo.

—¡Vamos, inútiles, vamos! —vociferaba Waterfall—. Quiero llegar al barco y unir el fragmento a los demás. ¿Qué maravilla sucederá? —reía gozoso—. ¡Rápido! Ayúdeme a bajar. ¿No ve que soy un anciano? Inútil. —Increpaba a Turing, pegándole bastonazos en la espalda.

—Vuelva a tocarme con el palito y le juro que se lo hago comer —amenazó el azotado.

—Espera, Turing, que te ayudo. —Solomon adelantó el paso y cogió a Waterfall por el brazo izquierdo; me miró y me preguntó—. ¿Qué le pasa, guardiamarina? No tiene buena cara.

—Es una tontería, capitán —respondí dubitativo—. Temo que si se lo digo se rían de mi.

—Para nada, guardiamarina. Al contrario; si hace el favor de compartirla con todos se lo agradecería. Ahora nos vendría bien algo

de buen humor.

—Hace un momento, en el altiplano, he tenido lo que los franceses describen como un *déjá vu*.

—Ah, una paramnesia. —Se interesó el doctor Lawrence, que venía detrás, rebotando con el trasero en las piedras—. Algo he podido leer al respecto. Según dicen es el reconocimiento de alguna experiencia que sentimos como si ya la hubiéramos vivido anteriormente. Es muy común. ¿Qué ha sentido, Daniel?

—Me es difícil concretar, doctor.

—Haga el esfuerzo, ¿qué es lo que ha revivido? —Se interesó cortés.

—Insisto, es una tontería. Lo más probable es que sea una mala jugada del cerebro causada por las pestilencias que respiramos. Pero… entre las pobres almas que van a sacrificar al volcán… había una chica que ya había visto antes.

—¡Quietos! —Gritó Waterfall—. ¡Suélteme! —Se zafó de las manos de Turing y este resopló, matándolo cien veces con el pensamiento—. ¿Qué está diciendo, mocoso? —me interrogó, y vi en sus ojos la mirada de una víbora.

—Había una muchacha… ahí arri-arri-ba… —tartamudeé señalando la hilera de antorchas que ascendía el cono volcánico.

—¡¿Pero dónde la habías visto antes?! —explotó el anciano.

—En un sueño. Después de que Solomon me salvase la vida con la máscara.

—¿Cómo no me dijo eso antes? —se interesó el capitán.

—Lo comentó conmigo —dijo Abú, saliendo al quite.

—No pensé que fuera relevante, capitán —respondí compungido.

—Pero, concretamente, ¿qué vio? —Waterfall me tomó por los antebrazos y me zarandeó.

—Vi muchas cosas pero, sin duda, la vi a ella. Era una muchachita de pelo enroscado y tez negra.

—¡¿Está seguro?!

—¡Sí!… sí. La reconocería en cualquier parte. Era ella.

—¿Puede jurar lo que está diciendo, guardiamarina? —Solomon

se acercó—. ¿Cómo sabe que no se equivoca de persona?

—Lo sé, capitán —respondí mirándole a los ojos—. Simplemente lo sé.

—Lo creo.

—Esto lo cambia todo —dijo Waterfall—. Tenemos que recuperar a esa muchacha.

—¿Por qué es tan importante? —Cuestionó Claus—. Ya tenemos lo que veníamos a buscar, embarquemos y vayámonos. —Se hizo un silencio y nos miró—. ¡Es así! ¡Es lo mejor, lo más correcto! Lo siento por ella, pero…

—No se trata de lo correcto o lo incorrecto, de lo decente o lo indecente, señor Claus —dijo Turing solemne—. Se trata de completar la ecuación. Ninguno de nosotros hasta ahora, incluido usted, habíamos visto la nueva variable. Salvo Daniel. —Se frotó la cabeza—. Si no añadimos esta novedad a la constante, todo el viaje habrá sido en vano. Jamás completaremos la misión.

—Es la propia voluntad de la máscara —adujo Lawrence.

—Hablando no solucionaremos nada. ¡Taloq, las herramientas! —dijo el capitán, y Taloq extendió en el suelo la manta de cuero en la que traía las armas—. Señor Waterfall, usted, Claus y la señorita Elizabeth seguirán hasta el barco sin nosotros. Cuando lleguen díganle a Belmonte que, por orden mía, queda suspendido el recreo. Díganle, también, que mantenga encendida la caldera y al Prometeo presto por si tenemos que hacer una huida rápida. Quiero que una ballenera nos espere en la playa y que seis remeros, los más fuertes, estén esperando para llevarnos enseguida. ¿Entendido?

—Descuide, yo me encargaré —dijo Claus.

—No, yo no voy a ningún sitio —afirmó Elizabeth. Nos quedamos mirándola.

—¿Estás loca? —saltó Víctor.

—Siempre he hecho lo que me han mandado y nunca me he quejado. Siempre he sido una mujer sumisa. Hasta el día de hoy. Voy con ustedes —expuso con mucho temple.

Víctor no vaciló y, de un bofetón fuerte y seco que nos dolió e indignó a todos, le giró la cara a su mujer.

—Parece que hay problemas en el paraíso —señaló hiriente el mezquino de Waterfall.

—Víctor —dijo Lawrence—, acabas de…

—¡Cállate! Es mi mujer. ¡Mía! —Dio un par de pasos flanqueándola, buscando enfrentarse a Elizabeth. Ella, conmocionada, se masajeaba la mejilla—. Escucha, mujer, vas a ir al barco con estos hombres, vas a hacer lo que te hemos dicho y lo vas a hacer ahora y sin poner en duda mi autoridad. ¿Entendido?

—Te vas a arrepentir, Víctor —respondió digna y firme, pero sin estridencias.

—Vamos, señora —suplicó Claus, cogiéndola de la muñeca y tirando con delicadeza de ella—, ya lo resolverán luego. No hay tiempo que perder. —Elizabeth se resistió—. Por favor —insistió Claus, y ella se zafó de su mano.

—Te vas a arrepentir —murmuró Elizabeth.

Caminó en dirección al barco y, después de unos pasos, desapareció entre la espesura de la selva.

—¡No vuelvan sin la negra! —amenazaba Waterfall marchándose y llevando en su puño, fuertemente cogido, el fragmento de la máscara.

—No vuelvan sin la negra, no vuelvan sin la negra… —se burlaba Lawrence de Waterfall imitando su voz.

—Está bien, señores —dijo el capitán—, tomen las armas, tenemos trabajo. Taloq, demuestra tus cualidades de rastreador y búscanos un camino seguro a la cima.

XXXIV
Fuego, azufre y pérdida

A Taloq no le costó encontrar una vereda que nos llevase a la cumbre. Encabezando el pelotón de rescate nos guio entre riscos, desfiladeros y fumarolas humeantes hasta la cima del volcán.

El aire traía vaharadas de gases calientes que nos fustigaban la cara provocándonos pequeñas quemaduras; al mismo tiempo, sobre nuestras cabezas pendía una damocleciana columna de cenizas que se perdía en el oscuro abismo de la noche. Esta nube fatal, teñida del anaranjado intenso con el que el caldero del demonio iluminaba el cielo, descargaba rayos que rompían la noche y truenos que retumbaban como pedradas en nuestros oídos. Caía una lluvia grisácea que debilitaba las fibras de nuestras ropas hasta disolverlas. El suelo vibraba bajo nuestros pies; sentíamos la presión de las explosiones en nuestras carnes. Alzábamos la vista a la cumbre y entonces las veíamos: toneladas de escoria ardiente en todas direcciones. El ruido era tan intenso que, aun gritándonos a la oreja, nos costaba escucharnos.

—¡Apagad las antorchas! —ordenó Solomon a pocas yardas de alcanzar la cumbre. Taloq bajó reptando como una serpiente y, por señas, le dijo algo al capitán—. ¡Dice que están al otro lado! ¡Ya han empezado con el sacrificio! ¡Subamos! ¡Con cuidado!

—¡Despacio, despacio! —me indicaba Jakob ayudándome a subir.

A gatas fuimos ascendiendo los últimos repechos hasta

parapetarnos detrás de una gran formación rocosa.

—¡Allí están; al otro lado de la caldera! —señaló Abú.

Con mucho tiento asomé la cabeza y, entre las lágrimas que la ardiente acidez del aire me provocaba, vi a las jóvenes víctimas rodeadas por los guerreros. Estos, con cuchillos de sílex, les cortaban las ataduras; a continuación se acercaba el hechicero, quien gritaba algún conjuro funesto y, sin piedad, las arrojaba desde un saliente al ardiente abismo.

—¡¡Animales!! —estalló Turing, saliendo, a pecho descubierto, de la cobertura.

—¡Siéntese! —Solomon lo tomó por la casaca y lo tiró al suelo —. ¿Está loco? ¿Quiere que nos descubran?

—¡Es una iniquidad! ¡Los mataré, los mataré a todos! —Se revolvía en el suelo empuñando su sable.

—¡Daniel! ¿Aún está viva la muchacha que vio en el sueño? — Solomon quería cerciorarse—. ¡Porque no voy a apostar más vidas inútilmente!

Volví a asomarme y lo que presencié me llagó el alma: llevadas por la angustia algunas de las jóvenes se tiraban al suelo llorando, pataleando y pidiendo a gritos misericordia; otras intentaban huir de sus asesinos lanzándose de manera desesperada por la cara del volcán que daba a los acantilados. Creo que saltaban pensando que quizás, si encontraban un espacio de agua entre las rocas, podrían salvar la vida. Pero al final del barranco no había agua, solo riscos afilados como tridentes. Aquellas que intentaban escapar, pero que no corrían lo suficiente para llegar a saltar, eran cogidas por los pelos, arrastradas y degolladas. El salvaje hechicero tampoco dudó en lanzar sus cuerpos al infame caldero. Al dios de la montaña, llegado ese momento, ya le daba igual que estuvieran vivas o muertas.

Entonces, entre el fragor, la vi, la vi a ella: la muchacha de mi sueño. Sin duda era ella.

—¡Daniel! —Solomon me propinó una fuerte colleja.

—¡Está! ¡Está! —Se la señalé—. ¡Es aquella de allí! La del collar de aguamarinas.

—¡Pero…! ¿Qué demonios hace allí?

—Santo Dios —murmuré sin dar crédito a lo que veía.

Solomon fue reptando a toda prisa hasta donde estaban Jakob y Víctor.

—¿Qué pasa? —preguntó este último.

—¡Víctor, tranquilícese; no haga ninguna estupidez!

—Pero, ¿qué ocurre? ¡No le entiendo!

—Tienen a Elizabeth.

—¡Grite más alto, capitán! ¡No le oigo!

—¡¡Tienen a su mujer!!

La cara del señor Víctor se descompuso. Gateó hasta mi posición y observó; dos de los guerreros habían capturado a la señora Elizabeth y la arrastraban con las demás muchachas.

—Pero… ¡Elizabeth, ¿qué he hecho?! —se lamentaba.

—¡No hay tiempo para afligirse! —Abú tiró de la pernera de Víctor llevándolo con él.

¡Rápido, vengan todos! —Ordenó Solomon y nos apelotonamos en torno a él—. ¡Turing, Jakob, Abú, Lawrence y Koopha vayan por el flanco derecho; nosotros iremos por el izquierdo! ¡Rodearemos el cráter e intentaremos acabar con ellos antes de que puedan reaccionar! —Una fuerte explosión hizo que nos agazapásemos un poco más—. ¡Procuren evitar que los vean!, ¡no quiero que esos animales se pongan nerviosos y acaben tirando a todas las mujeres a la vez! ¡Víctor, Daniel, Taloq y yo nos encargaremos de los hombres, ustedes escapen con las mujeres! ¿Entendido? —Asentimos— ¡Mucha suerte, señores! ¡Que Dios les guíe!

Los hombres echaron a correr con las armas en sus manos.

—¡De eso nada! ¿Adónde creen que van? —nos dijo Solomon a Víctor y a mí, al vernos dispuestos a emprender la carrera—. ¡Ustedes dos irán a cincuenta yardas por detrás de Taloq!

—¡Es mi mujer! —Víctor tomó al capitán por las solapas.

—¡Y también es mi amiga y yo soy el capitán! ¡No permitiré que le pase nada! —Solomon se zafó de las manos de Víctor—. ¿Sabe usar eso que lleva en las manos, guardiamarina? —Me indicó el pequeño revólver que había tomado del rulo de cuero—. ¡Pues

espero que no necesite usarlo! Y si tiene que usarlo, muchacho… que no le vean dudar. —Se arrancó la capa, la tiró al suelo y empuñó las armas que llevaba ocultas en los riñones, arrancando a correr por la arista del volcán.

Taloq, con un puñal en una mano y el *tomahawk* en la otra, le siguió de cerca. Unos segundos después, cuando consideramos que habían ganado suficiente distancia, el señor Víctor y yo empezamos a seguirlos.

Recuerdo aquel momento y aún me emociono. Solomon y Taloq corrían como Hermes y Heracles, sin miedo, sin dudas; corrían con todo su cuerpo y con toda su alma. El suelo, que no era sino una inmensa alfombra de pavesas ardientes, se agitaba herido tras cada zancada, escupiendo rabiosas ascuas que, como avispas incendiarias, zumbaban a nuestro alrededor. El cielo estaba en llamas y la tierra se abría bajo nuestros pies ansiando devorarnos; pero en aquel momento nada de lo que nos pasase podía importarnos pues nuestros corazones latían al son de un único compás: salvar a nuestra amiga.

Giré la cabeza, miré al otro lado del cráter y vi a nuestros compañeros; avanzando entre los peñascos como lobos en busca de su presa. Volví a mirar al frente; Taloq había sobrepasado al capitán y se había lanzado a por dos de los centinelas que rodeaban a las mujeres. No les dio tiempo a reaccionar. Taloq, con un movimiento de su cuchillo y la ayuda de su *tomahawk*, le rebanó el cuello a uno y destripó al otro. Otros tres vigías nos vieron y empezaron a gritar y a lanzarnos dardos, piedras y flechas, pero antes de que estas se clavasen en la tierra el capitán ya los había cosido a balazos.

A pesar del ensordecedor ruido que salía de las entrañas de la tierra y a pesar de la oscuridad rasgada solo por el fuego del súcubo, esos cafres nos descubrieron y dieron voz de aviso. No sé cómo se las amañaron, ni de dónde salieron, pero una turba de ellos comenzó a subir por la ladera logrando responder a nuestro embate. Lo que iba a ser un rescate empezaba a convertirse en una batalla.

El doctor Lawrence, Abú y Jakob pegaron espalda contra espalda y, defendiendo una nación de una yarda cuadrada —la única

que en ese momento sus pies tenían en derecho—, guardaron la plaza con uñas, dientes y plomo. Koopha, por su parte, había prescindido de la espada para abatir, con la fuerza de sus brazos y la dureza de sus puños, a cuantos salvajes se iba encontrando. Turing, arrebatado por la cólera, gritaba y maldecía, blandiendo el sable y hundiendo la hoja hasta la guarda en las entrañas de los enemigos.

Víctor y yo poco más hacíamos que observar el espectáculo.

—¡No se queden mirando, llévense a las mujeres! —nos gritó Solomon mientras con las cachas de las pistolas destrozaba la mandíbula a uno.

A empujones y codazos logramos abrirnos camino entre la marabunta hasta llegar a ellas. Les cortamos las ataduras y las liberamos. Un poco más apartadas de las demás, cerca del risco desde el que las despeñaban, estaban abrazadas Elizabeth y la muchacha que, por mi onírica culpa, nos llevó a estar en aquella complicada situación.

—¡Víctor! —gritó Elizabeth al vernos.

—¡Aguanta! —respondió él.

—¡Vete, Víctor, vete!

No le dio tiempo a decir nada más. El malnacido hechicero de la tribu, con los ojos inyectados en insania, las empujó, arrojándolas al fuego.

—¡¡¡Elizabeth!!! —Víctor alzó su pistola y la vació de balas contra el cuerpo del hechicero. El aprendiz de este, al ver sin vida a su maestro, se abalanzó hacia él, enzarzándose ambos.

Mientras ellos luchaban corrí hacia el risco y vi a la señora Elizabeth y a la muchacha; se habían logrado agarrar a un saliente de escoria. Me tumbé y logré coger la mano de la muchacha, la más cercana a mí.

—¡Aguante, señora Elizabeth! ¡Aguante, por Dios!

—¡Vete, Daniel! ¡No lo conseguirás!

—¡Sí, sí podré! —Centré toda mi fuerza en cerrar mi mano derecha en torno a la muñeca de la muchacha. Ella, aterrorizada, gritaba y pataleaba agitándose y dificultándome el poder asirla con fuerza. El sudor empezó a hacer que nuestras manos resbalasen pero

por nada del mundo iba a dejarla caer. Con cuidado solté la mano izquierda y traté de alcanzar a la señora Elizabeth—. ¡Deme la mano! ¡Por amor de Dios, deme la mano! —Pero algo no iba bien. Elizabeth estaba a una pulgada de mi índice y ella permanecía aferrada a la piedra. Podía haber soltado una mano y, perfectamente, alcanzar la mía. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarme con el gesto más sereno que he visto en mi vida; su boca empezó a moverse y, en aquella locura, pude escuchar sus leves palabras:

—Escúchame, Daniel, escúchame atentamente; he podido ver todos los futuros que conciernen a este momento y en esa miríada de instantes solo hay dos opciones: o mueres tú o muero yo.

—No lo haga —hablé casi sin aliento.

—Debo hacerlo, Daniel, la clave corre por tus venas.

—¿Qué dice? No lo haga, por favor —dije más alto, sin esperanza de que atendiera mi súplica—. ¡Socorro! ¡Socorro! —grité, y vi de soslayo al señor Víctor correr hacia mí.

—Dile a Víctor que no se atormente.

Y, sin más, se soltó.

—¡¡No!!

—¡¡¡Elizabeth!!! —Víctor se desgarró la garganta en un terrorífico grito de dolor y cayó de rodillas en el borde del cráter, con los ojos desencajados, viendo cómo su amada desaparecía en una zambullida de piedra líquida.

La batalla con los salvajes no se extendió mucho más. Tan pronto como vieron a su hechicero convirtiendo con su sangre el polvo en barro, se dieron a la fuga.

Estaba al lado de Víctor cuando nuestros amigos vinieron a por nosotros. Intentaron convencerle de que era preciso volver al barco, pero amagó un intento de saltar a la lava, con su mujer, con su amada. Por suerte Jakob anticipó su movimiento y, de un disparo quirúrgico, le atravesó los tendones de la pierna. Solomon, misericordioso, lo desmayó de un culatazo en la nuca y Turing y Lawrence lo tomaron por brazos y piernas para comenzar a bajar de aquel infierno. En silencio.

En nuestro descenso a la playa encontramos a las demás

muchachas que habíamos liberado. La primera intención de Waterfall fue dejarlas en la isla o deshacerse de ellas en alta mar. Cuando Solomon escuchó aquella barbaridad, empuñó su arma y amenazó la sien del viejo garantizándole, delante de toda la tripulación, que si cometía tamaña vileza repintaría el sollado con sus sesos.

Para suerte de todos, cuando ya habíamos puesto veinte millas entre Reunión y nuestro barco, vimos el pabellón de una fragata de la *Marine Nationale* que abandonaba la isla. Y ellos también nos vieron. Hicieron dos disparos de advertencia tan ceñidos al tajamar que descascarillaron la pintura de la mano de Prometeo. Tremolamos bandera blanca y les dimos permiso para abordarnos. Para no levantar sospechas acerca de las verdaderas intenciones de nuestra empresa, les contamos que éramos un pacífico grupo de biólogos de la Royal Society que había venido a estudiar la fauna de Reunión. También argumentamos que ninguno de nosotros éramos militares, por si nos buscaban las cosquillas. El capitán Solomon habló en un aparte, de hombre a hombre, con su homólogo francés e intentó convencerle de que se llevasen a las muchachas a la tierra del queso y el vino. Ignoro qué le contaría nuestro buen capitán pero, por la cara de circunstancias del francés, creo que Solomon le coló un buen embuste; pero el galo era reticente y supersticioso. Hablaba con lamentos más que con palabras. Por nada del mundo quería más tripulantes en su barco y se santiguaba cada vez que escuchaba o pronunciaba la palabra *mujeres* pues, según decía, traerían mala suerte si subían a bordo. Por suerte, cuando palpó el oro que le ofrecimos, sus dudas se disiparon y superó sus temores.

Qué medicina tan maravillosa es el dinero.

XXXV
Excálibur

—Buenas noches —nos saludó el doctor Lawrence, entrando por la puerta del camarote principal.

—¿Cómo se encuentran? —consultó Solomon.

—La cría ha sufrido unas emociones demasiado intensas para su edad. Hemos decidido, en consenso, exponerla levemente a la influencia de la máscara. —Lawrence dejó el fragmento de la máscara en la mesa y lo deslizó hasta la mitad; tomó una silla y se sentó a mi lado—. Aparte de la angustia mental se encuentra físicamente bien. Ahora duerme como un ángel. Si no puede hablar no podrá decirnos cuál es su función en todo esto. —Se sirvió un trago—. A Víctor le he suturado la herida de la pierna. Él no ha necesitado exponerse a la máscara; aún conserva el don de la regeneración. Volverá a caminar dentro de unos días. —Vació el vaso de un trago y nos miró—. Dudo de que la máscara le sane el dolor interno. ¿Qué hacíais? —Solomon abrió las palmas indicando que no hacíamos nada—. Lo he dejado en su camarote.

—Lo sé. Al bajar le hemos oído llorar —apreció Solomon.

Lawrence tomó el fragmento, lo apoyó sobre una de sus esquinas y empezó a jugar, sin ganas, con él.

—Y todo por esto… ¿Vosotros sabíais algo? He hablado con los demás, ninguno sabía nada.

—La señora Elizabeth sí lo sabía —dije—. Lo sabía desde el principio y así me lo confirmó antes de caer. —Solomon asintió.

—Era consciente de que no podía cambiar el curso de los acontecimientos.

—¡Ah! Están aquí —dijo adusto Waterfall desde la puerta. Ayudado por Claus, caminó renqueante hasta la mesa y tomó la pieza de la máscara—. Le dije que cuando acabase de usarla la llevase a mi estancia. —Reprobó a Lawrence.

—Podía tener un poco de respeto, bestia sin escrúpulos —respondió el doctor—. Hemos perdido a nuestra amiga y en el camarote de al lado está su marido, llorando su muerte… —Se levantó amenazante.

—Lawrence, siéntate —ordenó Solomon, pero Lawrence lo ignoró.

—Cuando aceptó embarcarse fue informada, como todos, de los riesgos a los que se exponía. ¡Como todos! Recuérdelo; está aquí por su propia voluntad. ¡Al igual que lo estaba ella! —Le sobrevino un golpe de tos, se tapó la boca con la mano y se dio cuenta de que la había manchado de sangre.

—Señor… —Claus, como la sangre a la herida, reaccionó raudo limpiándole con un pañuelo.

—No tiene perdón de Dios —censuró Lawrence saliendo del camarote.

Se detuvo en la entrada y, sin darse la vuelta, añadió antes de irse:

—Claus, espero que aquello por lo que empeñó su alma a este demonio fuera realmente importante.

—¡Yo soy Dios! ¿Me ha oído? ¡Yo soy Dios! —aullaba Waterfall entre toses.

Se relajó, observó la silla de Lawrence, y con la mirada le insinuó a Claus que se la separase para tomar asiento. Se sentó y se enjugó los restos de sangre del labio con el dorso de la mano.

—Las piezas, ¡las piezas, ya! ¡Ya, ya, ya!

Claus metió la mano en el bolsillo de su pantalón, extrajo el basto relicario que nos había dado el jefe de la tribu y se lo pasó a Waterfall. Lo abrió y volcó el contenido en la mesa. Waterfall buscó en su bolsillito relojero y tomó el pedazo con el que yo le había visto

jugar en su casa y, como un niño malcriado, empezó a intentar hacerlos coincidir.

—¡Vamos, vamos! Esto no puede estar pasando… ¡Vamos!

Frustrado, giraba y apretaba los fragmentos porfiando para que algo sucediese. Pero no pasaba nada.

—Quizás su poder se haya acabado. Puede que este sea el final del viaje —apreció Solomon con desinterés.

—No. No puede ser. ¡No puede ser!

Tiró con furia los fragmentos sobre la mesa y uno de ellos rodó hasta mi lado.

—Todo en vano. —Suspiré y me crucé de brazos.

—Vuelva a hacer eso —me ordenó Waterfall.

—¿El qué?

—¡Lo que quiera que haya hecho! ¡Vuelva a hacerlo, imbécil!

Le miré sin comprender, me acerqué a la pieza y volví a susurrarle:

—Todo en vano.

Pero no pasó nada. Miré a Waterfall y me di cuenta de que faltaba algo; entonces se me ocurrió exhalarle el aliento. Soplé y la pieza se iluminó como un rescoldo para volver a apagarse.

—Repítalo —musitó Waterfall, y Solomon se acercó con interés.

Soplé con ganas sobre la pieza y esta empezó a brillar con fuerza, a trepidar y a emitir un silbido grave. Salió despedida como una bala, chocando contra el fragmento más grande e, instantáneamente, la otra pieza la imitó. Los tres fragmentos colisionaron con violencia, girando y despidiendo chispas y destellos de luz. para terminar fundiéndose en uno. Cuando dejó de girar escuchamos un crujir de maderas.

—¡Apartaos! —ordenó Solomon, desplazándome con su brazo.

Entonces la mesa, de patas de caoba maciza, se hizo astillas, aplastada bajo el increíble peso de la inconclusa máscara. Los cuadros y los demás objetos de la estancia comenzaron a inclinarse y tuvimos que hacer un esfuerzo para mantenernos en pie. Todo el Prometeo se estaba escorando bajo su peso. Cuando cesó nos

acercamos y la miramos. Ya había dejado de arder como el fuego. Los fragmentos formaban una unión perfecta, sin aristas ni rebabas, como si nunca se hubieran desgajado. La máscara despedía iridiscencias azuladas mientras, con oquedades rectangulares por ojos y boca cuadrada, nos miraba, impertérrita, con inquietante gesto. Por los surcos que pintaban su superficie serpenteaban pulsos de luz verde que fueron debilitándose hasta desaparecer. Ya solo faltaba por completar una parte de la mejilla derecha.

—Solomon —dijo Waterfall—, deme la máscara.

El capitán se agachó y trató de cogerla por un lateral, pero le resultó imposible levantarla.

—Qué extraño. —Solomon se agachó mejor, apartó los tablones tronchados de la mesa, y, con ambas manos y haciendo fuerza con todo su cuerpo, tiró de la máscara. Pero ella, pertinaz, no se movió ni el ancho de un cabello—. Es como si pesase cien toneladas —dijo contrariado—. Es imposible moverla.

—Que lo intente el muchacho.

Solomon se apartó y con un gesto de mano me invitó a que procediera. Me agaché, esperando tener que hacer una gran fuerza para levantarla pero, para sorpresa de todos, la levanté como si fuera una pluma. Waterfall estalló en carcajadas.

—¡A sus pies, rey Arturo! —Decía con pomposa ironía—. ¡Por fin sabemos cuál es su función en esta empresa!

XXXVI
El libre albedrío

Estaba tirado en la cama y, a pesar del cansancio que sentía en mi cuerpo, no podía dormir. Miré mi pecho y levanté la máscara; me la llevé a la cara y ya no pasaba nada. Jugaba con ella en mis manos, casi con la ilusión de un niño al que le regalan su juguete preferido. Waterfall había ordenado que, como si fuera un escapulario, me colgase la máscara al cuello con una cadena ceñida para que no pudiera salir por la cabeza. A Solomon, a Lawrence, a Jakob… en resumen a todos mis amigos, les pareció una ofensa hacerme cargar de esa guisa con la máscara. Pero, dado el cariz de la situación, acepté llevarla voluntariamente. Tomé la cadeneta y enhebré la máscara por uno de sus ojos y Solomon, respetuoso, cerró el candado.

Había algo en aquel artefacto que me empujaba a tenerlo cerca. Era una sensación extraña. La máscara, de alguna manera, me pedía que la protegiera pero, al mismo tiempo, sentía que era ella la que me protegía a mí. No lo sé. La miraba y ella me respondía con su iridiscencia metalizada; recorría con la yema de los dedos su superficie repleta de diminutos surcos y caprichosas formas rizadas, onduladas y angulosas; la sopesaba en mis manos y su peso era prácticamente inexistente. No como la cadena que pendía de mi cuello.

Aquel tema, el peso, descolocó las preclaras mentes científicas de Abú y Turing. No lograban encontrar una explicación a por qué si

abandonaba la máscara en la cubierta toda la nave comenzaba a escorarse, pero perdía su formidable peso al contacto con mi mano. Lo que sí pudimos certificar fue la teoría de Turing; la máscara ganaba masa de manera exponencial. Calcularon que para reducir la mesa a astillas hicieron falta no menos de diez mil libras de peso y que, tan solo unos instantes después, para casi hacer zozobrar al Prometeo, habría ganado cerca de las cien toneladas.

Mirando la máscara empecé a pensar en las últimas palabras de Elizabeth antes de soltarse del risco al que se aferraba. Entonces escuche un llanto en el exterior. Me puse en pie en la cama y miré por el ojo de buey a la mar. En su modosa superficie aparecía reflejada la silueta de Víctor; entonces el vidrio de una botella, lanzada desde la cubierta, destrozó tan perfecta reverberación.

—Por qué te fuiste, mi amor…

Escuché canturrear y la petición de la señora Elizabeth «dile a Víctor que no se atormente», me tiró de la cama. Me abroché la camisa, me enfundé los pantalones y, descalzo, subí a cubierta. Allí estaba el señor Víctor; con las muñecas apoyadas en la borda, un vendaje seco en una rodilla, una botella llena a sus pies y otra a medio llenar en la mano izquierda.

Viens, gentille dame;

Icí je reclame…

Le susurraba melancólico a la luna, suplicándole que obrase un milagro y le devolviese a su amada. Escuché pasos a mi espalda y me escondí detrás de unos barriles de agua. El dueño de los zapatos que con su repiquetear quebraban el silencio de la noche, era el capitán Solomon.

—Hola, Víctor.

Solomon le dio una calada a su pipa y la brasa de la cazoleta le iluminó la cara. Víctor no le respondió, se limitó a robarle otro trago a la botella y a seguir contemplando el oscuro vacío de la mar. El capitán inspiró y habló:

—Lo buscaba para preguntarle por su pierna pero, sobre todo, quería transmitirle mi dolor. —Miró al suelo—. Imagino que desea estar solo. —Se giró con intención de volver sobre sus pasos.

—¿Por qué? —dijo Víctor abatido, y se quedó esperando una respuesta.

—No lo sé —respondió Solomon cabizbajo.

—Esto no es justo, ¿por qué a ella? ¿Por qué a mí? Éramos felices, jóvenes, inteligentes; nos ganábamos bien la vida, de manera respetable, legítima. Éramos creyentes y practicantes. No pisábamos el trabajo de nadie, nos respetábamos el uno al otro… Nos amábamos y teníamos planes de futuro.

—Es el destino. No podemos luchar contra los designios divinos. —Solomon se aproximó a Víctor.

—Entonces, ¿qué engaño taimado y cruel es el libre albedrío? —Se le quebró la voz y el llanto comenzó a caminar junto a sus palabras—. ¿De qué sirve? ¿Qué nos diferencia de los animales? ¿Qué nos diferencia de cualquier otro animal? Incluso… ¿qué nos hace mejores que ese judío malnacido de Waterfall? Un ser cruel que jamás ha dudado en matar o robar hasta el alma de otros hombres con tal de conseguir aquello que se le antoja. Y llega a la ancianidad. Y mi Elizabeth, la mujer más justa, recta e inocente… muere. Con mi hijo en sus entrañas.

—Lo siento.

—¿Cuál es el secreto de esta miserable existencia, capitán? ¡Cuál! Dígamelo usted que tantos mares ha navegado, que tantas tierras ha pisado y… que tanta… que tanta gente ha matado.

Tiró la botella por la borda, apretó los puños, se giró y, de manera fugaz, vi el brillo de la pistola que prendía de su cinturón.

—¡Por Dios! ¿De qué sirve todo esto, capitán? De qué sirve ser justo y hacer lo correcto cuando los demás no dejan de limpiarse el barro de sus suelas en nuestros cuellos; de qué sirve amar al prójimo, cuando el prójimo aprovecha la menor oportunidad para apuñalarte. Ellos, esos miserables, no padecen en vida torturas, sufrimientos o pesares. Se limitan a vagar por el mundo, sembrando su iniquidad, y, cuando les llega su hora, cuando son tan ancianos que el paso del tiempo ha borrado cualquier saldo de alegría que quedase en sus ojos, mueren en sus opulentos y confortables lechos. —Se recogió la chaqueta, exhibiendo el arma—. Y luego estamos los demás: los

justos, los inocentes, los corderos, los que respetamos todas las normas humanas y divinas y llevamos nuestras vidas en concordancia con esas directrices. Nosotros, capitán, nosotros somos los corderos. Somos los primeros en ser sacrificados, los primeros en ser arrancados de los brazos de aquellos que más queremos. Luego somos desechados en holocausto. —Hipó y dejó caer la mano en la cacha del arma—. ¿Acaso existe alguna razón para que tengamos que creer? ¿Así?, ¿sin más?…

—Tenemos que hacer lo correcto.

—«Lo correcto»… —cabeceó amargado—, dijo el hombre que perdió a su hijo a manos de bandidos. No comprendo su templanza, o su tibieza. ¿Es que acaso no se desespera, capitán? ¿Es que no le bulle en el alma el sentimiento de apoyarse una pistola en la sien y acabar con todo?

—Todos los despertares de mi vida.

—¿Y cómo lo soporta, capitán?

—Guardo la esperanza de que algún día pueda volver a verlos.

Escuché el crepitar de las maderas sobre mi cabeza, miré y a veinte cuerdas sobre la cubierta, junto a los luceros, estaban los ojos de Koopha observándome. Volví a mirar a Víctor, este acarició el cuero de la pistolera y desenfundó el arma.

—Víctor… —dijo el capitán—. Si va a hacer lo que creo, no piense que se lo voy a impedir. Podría, pero no lo voy a hacer. No lo voy a hacer porque comprendo su dolor, lo comprendo demasiado bien. Sería un hipócrita si le negase algo que yo mismo ansío para mí cada día. Mire…

—Es mi derecho divino y es mi libre albedrío. ¡Quiero ser yo quien decida mi hado! No quiero que nadie lo decida por mí. —Desenfundó, amartilló el arma y se la apoyó en la sien.

—Ella lo decidió libremente —dije saliendo de detrás de los barriles—. Si bien es cierto que fue el empujón del hechicero lo que las precipitó al cráter, no es menos cierto que fue la señora Elizabeth quien, *motu proprio*, decidió arrojarse al fuego.

—¿Qué demonios estás diciendo, tarugo? —Víctor me miraba entre incrédulo e iracundo.

—Fue ella la que decidió morir. Podía haberla alcanzado, pero dijo que era imposible.

Me apuntó con el arma al pecho.

—Podías haberla salvado, ¿y no lo hiciste? —Palideció y me apuntó a la cabeza, dispuesto a matarme.

—Si mata al muchacho la muerte de su esposa habrá sido en vano, idiota. —Waterfall, ayudándose de un bastón de empuñadura de marfil, renqueando, llegó hasta nosotros.

—Lárguese —ordenó Solomon.

—¿Quién le ha dado vela en este entierro, diablo infecto? —Víctor lo maldijo sin quitarme ojo.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un paseo por la cubierta de mi querido Prometeo. Ya no recordaba su infinita eslora, pero mis huesos sí —dijo cansado y, apoyándose en una viga, reposó —. Ahora tengo barcos más rápidos. No tan lujosos ni tan señoriales como este viejo clíper, pero rápidos como flechas. —Silbó—. ¿Quiere pegarse un tiro? Adelante. —Se acomodó para disfrutar del suicidio—. Sería un espectáculo digno de ver. ¿Sabe?, soy de la opinión del capitán. No por los mismos motivos, pues mi vida ha sido dichosa, más bien es que me place ver un espectáculo de sangre. Como ya sabe al capitán le mueve el anhelo de recuperar a su mujer y a su hijo de la muerte; y a mí el poder sortear su negra guadaña. ¿Qué le mueve a usted, Víctor?

—Me movía el amor de una mujer.

—¿Y por qué le pegó?

—No siga. —Se llevó la pistola a la sien.

—¿Puede jurar ante Dios que le dedicó cada segundo de su miserable existencia? ¿Puede garantizarnos que no la antepuso a sus ambiciones? ¿O que no la usaba a su antojo como a una mujerzuela? ¡Responda! ¿Puede?

Víctor comenzó a desmoronarse.

—¡¡Calle!!

—¡No! ¡Cállese usted y acabe con su infame vida!

Víctor terminó de rodillas en la cubierta. Soltó el arma y comenzó a llorar amargamente. El viejo Waterfall caminó hacia él y

con el bastón, como sí jugara a la billarda, tiró la pistola por la borda.

—Lo imaginaba, sabía que no tendría valor. Capitán, ¿cuándo llegaremos a Bombay?

—Dios mediante, en siete días.

—Muy bien.

—Waterfall —dijo Solomon caminando hacia Víctor—, le diría que tiene el alma podrida. Pero pensar que tiene alma sería suponer demasiado.

XXXVII
Camino de Jericó

Durante una de mis jornadas de estudio, estando enclaustrado en el camarote, me invadió una desagradabilísima sensación de angustia. Notaba opresión en el pecho y que las paredes empezaban a hacerse más pequeñas, así que subí en busca de aire fresco a cubierta y, a la sombra de las velas, tumbado en una hamaca, continué con la lectura de los libros que el profesor Abú me había prestado. El profesor llevaba tiempo sin poder tutelarme, porque se había propuesto lograr comunicarse con la muchacha que habíamos rescatado y para ello dedicaba largas horas a enseñarle nuestra lengua.

Estando en la cubierta bajo la refrescante sombra y dejando que el viento me acariciase la cara; escuchando a los marineros hablar distendidos sobre las novias que habían dejado en cada puerto; con la chimenea hipnotizándome con sus murmullos metálicos y el pegar del agua en el casco; lo último que hice fue estudiar. Me estiré en mi lecho y miré el horizonte, pensando en todo y en nada.

Centré la mirada en una porción de la línea del agua y empecé a distinguir el aparejo de un velero. Me extrañó que nadie diera voz de aviso. Miré al carajo y vi al portugués dormido en su puesto.

—Contramaestre Belmonte —llamé su atención cuando pasó cerca.

—¿Sí, hijo?

—Un barco, por allí. —Señalé.

—No voy a girarme —respondió él—; lleva ya un tiempo viviendo en la mar y tendría que saber algo.

Pensé y recordé:

—Por el costado de estribor —achiné los ojos—; Noreste… Lo siento, pero la distancia no sabría calcularla.

Remoloneó, tomó su catalejo y se giró.

—*Ora, ora, ora*: un ballenero inglés —apreció y chascó la lengua —. Están muy lejos de las rutas de pesca. Despierte al capitán, dígale que suba.

En aquel momento Solomon estaba desayunando con Waterfall en el salón. Al decírselo, el viejo se interesó y nos acompañó.

—¿De qué se trata, contramaestre? —habló el capitán al tiempo que masticaba un trozo de carne seca.

—Lo puede ver usted mismo, capitán. —Indicó—. Es un ballenero inglés, parece que han tenido algún contratiempo.

—Mmm… bien. ¡Piloto!

—¿Sí, mi capitán?

—Avante. Este nordeste. Media.

El piloto maniobró la rueda y solicitó a la sala de máquinas un avance un poco más vigoroso. El Prometeo dio un empujón, un par de trompicones, y la chimenea comenzó a exhalar humo en mayor cantidad.

—¿Qué está haciendo? —husmeó Waterfall. Solomon lo miró con desgana e ignoró su pregunta.

El Prometeo siguió avanzando hasta encontrarse a tiro de pistola del flanco de babor del ballenero. Entonces el maquinista invirtió el giro de la hélice y el clíper se frenó. «*Lady Marian/Wembury/1855*» rezaba en los barriles de aceite que se acumulaban en su cubierta. Por ella vagaban, desarrapados y sin saber muy bien adonde ir o qué hacer, un puñado de marineros. Estaban famélicos, con los ojos descendidos y rodeados de ojeras que parecían cardenales, las uñas mordidas y las pieles salpicadas de ronchas rojizas. Entre ellos, manteniendo erguida la dignidad, pero no la apostura ni con mejor salud, había un hombre en la última juventud de la vida, antes de la senectud. Vestía como los banqueros, tenía aires altivos y un

sombrero de chimenea en la cabeza. Sacó los pulgares de los bolsillitos del chaleco y, con zozobra mal disimulada, se acercó a la madera de la borda.

—¡Bendito sea Dios! —gritó el hombre.

—Bendito sea —respondió Solomon—. Soy el capitán Solomon, del Prometeo. ¿Es usted el comandante de la ballenera?

—Para mi desgracia sí, capitán Solomon. Me llamo Adam Peaty, de Wembury. Y estos buenos hombres —mostró con la palma a los marineros— son los últimos de mi tripulación.

—Tanto gusto, señor Peaty. ¿Sabe que el casco de su nao está agrietado? Eso es garantía de agua. Y el velamen tiene agujeros de bala. ¡Narices!, estoy seguro de que sí lo sabe.

—¡Qué me va a contar, estimado y bien hallado capitán Solomon! Nuestra sentina es ahora una bañera cenagosa y las bombas no dan abasto para achicar el agua. ¡Es casi proverbial la dicha de habernos encontrado con unos buenos samaritanos como ustedes! Por el contrario, no tuvimos tanta suerte cuando nos topamos con los mendigos de la mar.

—¿Qué? ¿Pechelingues?

—Así es, señor Solomon, piratas. Los mismos que habitan en este pulgoso y despiadado mar, y si tengo que declarar ante un juez, sin que me tiemble la voz diré el nombre de uno de ellos: Duck Naughton. Nos encontró hace diez noches, no muy lejos de estas aguas en las que charlamos.

Solomon aplomó el gesto y guiñó la boca.

—¿Duck Naughton? ¿Ha dicho Duck Naughton? ¿Está seguro de eso?

—Reconocería a ese hijo de perra descuartizado y sumergido en un barril de grasa.

—¿Y les dejó con vida? —el capitán le interrogó receloso, dejando caer la mano hasta la pistolera. El gesto no pasó desapercibido al capitán Peaty.

—¿Desconfía de nosotros? —dijo irritado.

—Sí, porque soy un diablo viejo y un jugador. Que no le molesten mis recelos, ballenero. No me gusta discriminar a nadie,

por eso desconfío de manera sistemática de todos los hombres.

—¡Qué sinrazón! Así no tiene que serle fácil conciliar el sueño. ¡Sepan, señores —se dirigió a nuestra tripulación— que su capitán duerme con un ojo abierto y otro cerrado! —Un carcajeo recorrió nuestra cubierta—. ¡Seguro que teme ser acuchillado en sueños!

—¡Deje de soliviantar a mis hombres!, y de malgastar saliva, podría necesitarla. Le advierto: está sembrando en tierra agostada. Son marineros curtidos, fieles y nobles.

—¡Le ruego que disculpe mis formas! Su pregunta me royó las entendederas. Siento haberle ofendido, pero no nos encontramos nada bien. Nuestras energías están mermadas y nuestros ánimos herrumbrosos.

—Yo solo roo, roigo o royo, ¡o como porras se diga!, los huesos del tostón —dijo Solomon, y los hombres volvieron a reír—. ¡No ha respondido a mi pregunta! ¿Por qué les ha dejado Naughton con vida? Él no es de esos.

—¡Qué me torturen si lo sé! Nos dio caza en los arenales de Hithadhoo. El malparido disparó sobre nosotros, el plomo se quedó corto y llegó rebotando sobre el agua hasta pararse contra nuestro casco. De ahí vienen las grietas. ^—Señaló la línea entre la obra viva y la muerta de su barco—. Si nos llega a dar de lleno, ahora seríamos pasto de los peces. Creo que no le cuento nada nuevo, ya sabrá cómo zumban esas condenadas. —Carraspeó—. Nosotros, válgame Dios, no opusimos resistencia y les tendimos un camino de rosas para que subieran a nuestro pestilente cascarón. Ahora que lo pregunta… cuando el individuo nos abordó vi… cómo lo diría… un residuo de molestia en su mirada. Creo, mi buen samaritano, que no éramos su trofeo mayor; creo, más bien, que nos encontró de manera fortuita. —Se quedó absorto, mirando el reflejo del agua.

—¡Continúe!

—Estaba… estaba pensando en tirarme al agua y así morirme de una vez.

Se pasó la lengua por los agrietados labios y volvió a alzar la voz.

—Es que llevo días sin probar bocado. Ni yo ni mis hombres —se justificó con la cabeza gacha—. Mi entrega por ellos me ha

llevado a darles mi ración. ¡Y por Dios que les daría más si tuviera! Pero no tengo.

—Es usted un buen capitán.

—Lo sé, amigo mío. Lo sé. Tres años de marea, capitán Solomon, tres infames años llevamos en el agua. Salimos de Newport hacia San Pedro y Miquelón, buenas aguas para el bacalao pero esquilmadas de cachalotes. Tiramos los dados y estos nos llevaron a buscar fortuna en las Falklands. Pero nada, solo peces. Entonces, democráticamente, les propuse a mis hombres cruzar el Mar de Hoces en busca de aguas más calientes y pacíficas. Aceptaron, pero en el maldito cabo perdí a dos de los que creyeron en mí. —Se santiguó—. Buenos hombres, buenos hombres… Allí la suerte nos sonrió, ¡ya lo creo que nos sonrió! Dimos con una manada de gigantescos ejemplares blancos. ¡Eran más blancos que la leche que dan las vacas de Devon! Y hermosos, ¡muy hermosos! Aquellos animales no conocían la mano del hombre, se acercaban curiosos a nuestro casco y nos regaban, alegres, con sus surtidores. ¡Sin temor ninguno! ¡Por la cruz del Santo Petroc! Pudimos acariciarlos sin lanzar los esquifes, solo con saltar sobre ellos. ¿Se lo imagina, capitán? Esas bestias que con su cola pueden dar al traste las creaciones navales del hombre. Eran como chiquillos y se acercaban y nadaban a nuestro alrededor, ignorando que en nuestros arpones traíamos su muerte.

—Me cuesta creerle, pero daré por ciertas sus exageraciones.

—Pues créalas, capitán. Nos pusimos a la zaga del grupo, como si fuéramos rémoras, y les acompañamos por su periplo hasta las puertas de este piojoso mar índico. Hasta las Molucas. Allí, saciados ya de matar, con la bodega hasta los topes, decidimos volver a casa. Entonces apareció ese mal nacido al que llaman Naughton.

—¿No intentaron huir?

—¡Por supuesto que sí! ¿Piensa que somos hermanitas de la caridad? ¿Acaso cree, capitán, que íbamos a darles todo nuestro trabajo por las buenas? No. Este ballenero, aquí donde lo ve, con todo su óxido, grietas y desconchones, es rápido. Incluso cargado de toneladas y toneladas de aceite es endiabladamente veloz. Puede que

tanto o más que su bonita barca de recreo. Pero no pudimos hacer nada.

—¿Tan rápido es Naughton?

—Mire, capitán, el viento de Gwennap Head es rápido; las corrientes del Golfo son rápidas; las faldas de una mujer son rápidas, pero, ¡demonios!, ese malparido de Naughton es la velocidad encarnada entre quillas, cabos y cuadernas. —Marcaba sus venas del cuello—. No navega; vuela sobre las olas. Para mayor inquina estas parecen embrujadas. Quizás, si la ve, deba preguntarle a Alse Young qué pacto tiene Naughton con el demonio para que esos muros de agua se levanten y golpeen contra el tajamar de su oponente. ¡Zas! ¡Zas! Aparecen de la nada y, sañudas, golpean sin cansancio. ¡Sí! Es algún tipo de sortilegio maligno pues le garantizo que, con mis ojos, aunque viejos, no vi que una mala ola frenase su nave. ¡Ni una sola! —Levantó el índice al cielo—. Más bien parecía que le ayudaban. —Respiró—. Como le decía, rendidos, decidimos dejarlo subir por las buenas. Ese bizco mal nacido buscaba algo que no estaba en nuestro barco. Saqueó nuestra despensa, nuestra agua y la caja de mi camarote. Ejecutó a sangre fría a la mitad de los nuestros. ¡Santo Dios, qué les diré ahora a sus viudas y a sus huérfanos! ¿Quién alimentará esas bocas? ¿Quién guiará sus almas? A los demás nos perdonó nuestra impía existencia, sí, pero nos obligó a tirar el trabajo de tres años. Nos mató en vida. Miles de galones del mejor aceite de cachalote pringando nuestra cubierta. Una fortuna de doscientas mil libras. Y eso hablando del aceite, que si me detengo a calcular todo el ámbar gris perdido, me dan ganas de arrancarme los hígados. ¡Qué dolor! Hubiera preferido que me desnucase contra un estay.

Waterfall carraspeó llamando la atención de Solomon. Suavemente, con la uña de su huesudo índice, golpeaba el cristal del reloj de bolsillo.

—Un momento —respondió Solomon—. Una pregunta más, anciano ballenero.

—La que desee y pueda responder.

—Haga memoria; ¿comentó Naughton en algún momento qué

era aquello que buscaba?

—No, que yo recuerde.

—¿Recuerda si por alguna casualidad, durante el tiempo que les tuvieron retenidos o mientras dirigía a los suyos en el abordaje, comentó qué ruta seguiría?

—Eran como las tumbas de la abadía de Westminster, ¡ni palabra, capitán!

Solomon asintió, se dio la vuelta, buscó un poco de intimidad lejos de las orejas de los marinos y se dirigió al contramaestre Belmonte. Ansioso por oír, Waterfall metió la cara entre los cuerpos.

—¿Naughton despreciando un botín de ese calibre? —pensó Solomon en voz alta—. Nos buscaban a nosotros. Saben lo de la máscara. Contramaestre, doble las guardias. Releve a los hombres cada tres horas: en la proa, en la popa, en las amuras y en el carajo. Dígales también que estén en alerta permanente. Quiero que con inmediata prontitud me avisen de cualquier trapo que vean serpentear sobre el horizonte, del tañer de campanas, de luces, de estelas en el agua o de ecos de voces. Sea la hora que sea, insisto… Waterfall —lo miró—; ¿hay algo que deba saber?

—¿A qué se refiere? —dijo acrimonioso.

—¿Hay alguna otra sorpresa de la que no nos haya hablado?

—No, Solomon. —Entreabrió la boca enseñando sus agudos colmillos—. Ya entiendo… ¿Piensa que soy tan estúpido de sabotear mi propia expedición? ¿O que he contratado los servicios de un pirata? Se confunde. Mi madre no parió a ningún inútil.

—Entonces hay alguien que los ha puesto al día.

—Yo respondo por mis hombres, capitán —señaló Belmonte con responsabilidad.

—Lo sé, amigo mío.

—¡Capitán Solomon! —le llamó Peaty—. Discúlpeme si le distraigo de sus asuntos, pero quizás podían ir tendiendo una pasarela para que fuéramos subiendo a bordo.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —Waterfall, airado, caminó hasta la borda.

—¿Y quién es usted, abuelo?

—Soy quien menos le importa, pero este barco es mío y el capitán Solomon es mi empleado.

—No me lo puedo creer, ¡no me lo puedo creer! ¿Van a dejarnos abandonados tal y como estamos: maltrechos, heridos, hambrientos y con vías de agua? ¿Nos van a desahuciar como a rameras de Whitechapel? —Se apoyó, indignado, sobre la borda—. ¡Esto es una felonía! ¡La ley de la mar dice que hay que dar auxilio a los náufragos! ¡Les denunciaré ante la Junta de Aduanas y el Almirantazgo! ¡Daré parte a la Lloyd's! Voy a encargarme, personalmente, de que no puedan volver a fletar ni una barca de estanque.

—¡La ley del mar, la ley del mar! ¡Paparruchas! Ahora le das una patada a una piedra y salen veinte juristas. ¿A quién va a denunciar cuando esté muerto? Además, su Cristo dijo que hay que poner ambas mejillas. ¡Vamos! ¿Qué miran? —se dirigió a nuestros marineros—. Hagan esas cosas que hacen los de su calaña y sigamos nuestro rumbo. —Los hombres le miraban indiferentes—. ¡Muévanse! ¡He dicho que se muevan! ¿No me han oído? —Utilizando su cayado a modo de porra descargó un rabioso golpe en el antebrazo de uno de nuestros daneses—. Solo atienden la voz de su amo… Perros.

—Exactamente por eso aún está vivo. —Solomon hizo valer su condición—. Traigan barriles de agua, de vino, carne seca, clavos y herramientas.

—Pero… ¿De verdad no nos van a permitir subir en su barco? ¿Qué tipo de broma macabra es esta? No sé quién es su patrón, capitán Solomon, pero a usted ya le conozco. Me he quedado con su cara y con el nombre del barco. Como capitán hace lo correcto atendiendo las órdenes de su patrón, pero esto es… ¡Es inhumano! Un motín estaría justificado.

—Lo siento, capitán Peaty. Créame que lo siento. —Solomon ayudó a uno de los hombres, que traía un pesado tonel con agua dulce. El discurso de Peaty pasó de la sorpresa a la indignación, hizo escala en la amenaza y, por último, terminó atracando en el puerto de la más descorazonadora súplica:

—¡Por favor! ¡Por el amor de Dios, capitán Solomon! ¡Por la sangre de Cristo y el amor de la Virgen María! ¡Apiádese de nosotros! —Trepidaba—. ¡Salve su alma, capitán! —Se postró de rodillas en la cubierta, humillándose—. ¡Tripulación del Prometeo, por favor, escuchad mi súplica! Haced entrar en razón a vuestros desalmados patronos. Os lo pide de rodillas un capitán de navío y armador de otras tres naves. Os lo pide un padre, un abuelo y el responsable directo de la vida de mis hombres. —Miró a los suyos —. ¿Qué hacéis, necios insensatos? ¿No tenéis alma? ¿Es que no veis que es momento de suplicar por vuestra vida?

Los marineros del *Lady* Marian levantaron la vista del suelo y, desolados, se miraron entre sí. Habían perdido toda esperanza de rescate. Se tiraron boca abajo en la cubierta y juntaron las manos por encima de sus cabezas.

—Eso está mejor, muchachos, eso está *mejor*. Capitán Solomon, por favor, no nos dé la espalda. Mire a ese muchacho. —Señaló a uno de pelo rubio en bucles y no más de veinte años—. Se llama Charles y lleva conmigo desde que partimos hace tres años. Es su primera marea. Charles, capitán, tiene un hijo que ahora tendrá cinco años; o ese otro, el que está tirado al lado del cabestrante, se llama Wilkinson, es un buen y piadoso hombre que ayuda en la iglesia de Santa Werburga; o ese otro, ese de ahí se llama Gabt e hipotecó su casa para pagar las medicinas de su mujer. ¿Dónde vivirá la mujer del señor Gabt cuando el prestamista le quite la casa? No, señor, no. No nos mata solo a nosotros, está matando a muchos pobres inocentes.

Solomon lo miró de soslayo y dijo:

—Dad libremente a la mar lo que estos hombres necesitan. No podemos hacer más. Sigamos nuestra ruta, contramaestre. —Nuestros marineros tiraron por la borda los toneles con herramientas, agua, licor y comida. Belmonte dio orden de virar toda y nos alejamos de los náufragos, viendo cómo se desesperaban por pescar los barriles con los bicheros.

—«¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche?». Que Dios se apiade de su alma, capitán Solomon. ¡Nos

veremos, se lo juro por Dios! —gritaba Peaty desde la cubierta, cada vez más borrosa, de su ballenero.

XXXVIII
Los mendigos de la mar

—… Por eso los americanos jamás ganarán una guerra —decía Turing, arrancando de un mordisco medio muslo de pavo.

—Mide tus palabras, amigo mío. La fuerza no solo se calcula por el número de caballos, ni de hombres, ni de balas; también se mide por la pasión de sus corazones —respondía Abú.

Era la cena siguiente a nuestro encuentro con los náufragos del *Lady* Marian y también era la primera que celebrábamos sin la compañía de nuestra querida Elizabeth. Solomon le ordenó a nuestro ebanista, Rooney, construir una mesa nueva con algunas maderas sobrantes. Me parecía imposible sacar algo en limpio de aquellos tablones deslucidos y carcomidos, pero hube de reconocer que el hombre hizo un trabajo impecable. Tenía buenas manos. En homenaje a la señora Elizabeth —no en recuerdo, pues jamás la olvidaríamos— clavamos su silla al sollado. Nadie la volvió a ocupar.

Aquella noche Lupi había preparado sopa de cebolla con un delicioso toque de trufa, pavo asado con castañas y orejones y pastelitos rellenos de crema. Nos sentamos y el licor ayudó a los hombres a olvidar los problemas, aunque solo fuera por unas horas.

—Víctor —dijo Jakob al verlo en el umbral de la puerta.

Dejamos de cenar, posamos nuestros cubiertos en los platos y nos pusimos en pie. El señor Víctor estaba pálido, tenía los ojos hundidos y dos bolsas púrpuras le colgaban de ellos. Creo que había llorado tanto que las lágrimas le habían erosionado las mejillas. Se

quedó en la puerta mirándonos en silencio. Solomon se acercó y le invitó a acompañarnos. Asintió, se compuso la camisa y arrastró los pies hasta su silla. Miró la silla vacía de su difunta esposa y acarició el respaldo. Durante ese segundo, para él, Elizabeth volvió a la vida.

—Víctor —dijo Lawrence—, no hace falta decirlo, pero ya sabes que si necesitas cualquier cosa…

Víctor asintió y habló:

—Gracias —murmuró en un aliento tan leve que estuvo cerca de ser solo un pensamiento.

—Coma algo, necesita recuperar fuerzas. —Abú acercó el cuenco y, cortésmente, le sirvió algo de carne.

—Gracias.

—Gracias, gracias, gracias… —cuchicheaba cáustico el viejo Waterfall.

Si no fuera porque Waterfall estaba presente entre nosotros en una forma mortal, cualquiera que conociese a ese maldito viejo perdería la fe en la especie humana. Olía a un delicado perfume más caro por cada gota que el mismo volumen en oro de buena ley; así que no podíamos decir que fuera el diablo, pues no desprendía pestilencia. Tenía la piel blanca como la cera y regada por las pecas y las manchas propias de su edad; la nariz aguileña y picuda y los ojos hundidos; luego, por el aspecto, tampoco podíamos decir que fuera el diablo, pues carecía de su pellejo de fuego, de sus pezuñas, de su cola flechera y de sus cuernos de macho cabrío. El viejo Waterfall se ayudaba para andar de toda una colección de lujosos bastones con cañas de caoba, teca y olivo con empuñaduras de oro, plata, marfil y hueso de ballena. Pero solo eran materiales trabajados por las manos de otros hombres. Ninguno de sus cayados era un tridente maldito forjado en la fragua del infierno. Quizás podíamos pensar que era el diablo por su agriada y desagradable voz ^pero, imagino, el diablo tendría una voz más cavernosa y menos de silbato oxidado. Definitivamente el viejo Waterfall no era el demonio. O eso creo. Lo que es seguro es que transitaba por las mismas veredas que aquel con el que lo comparo y que nada en su aspecto, sino en sus acciones, delataba su diabólica condición.

Por suerte, como ya les he comentado, el aparente azar de Dios está medido con precisión absoluta y ponderado por su misericordiosa y omnipotente mano. Esta mano, por cada demonio, siempre pone a algún Miguel que compense la balanza. En aquel momento nuestro arcángel fue Solomon, y a este le bastó aspirar aire con fuerza, seguido de una lapídea mirada, para que el maldito de Waterfall se guardase entre las fauces, al menos durante unas horas, su viperina lengua.

—¡Una luz! —gritó el marinero Chesterton apareciendo, sin aliento, por la puerta.

Soltamos los cubiertos y, con las bocas llenas, subimos a la cubierta. Al llegar al alcázar nos agachamos, imitando a Solomon.

—¡Silencio!, ¡silencio! —repetía el capitán—. Contramaestre, apaguen las linternas, orden de silencio en toda la nave.

Una ráfaga de órdenes, pasando de boca a oreja de los marineros, recorrió la cubierta. El Prometeo quedó sumido en un silencio oscuro y nervioso. Tan solo algunos rayos de luz, que escapaban entre las nubes que ocultaban la luna, bañaban con exigua claridad las cabezas de los que por allí deambulábamos a gatas.

—¿Por dónde, vigía? —preguntó a Chesterton.

—Por la proa, capitán —respondió este—. A una milla, o menos. Fue un instante, pero estoy seguro. La luz trazó una línea. —Los hombres miraban la oscuridad—. Creo que nos han oído, o visto, y han apagado las linternas. Como nosotros.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Están navegando en perpendicular a nuestra proa. Con el rumbo que llevamos cortaremos su estela. —Desde la negrura escuchamos un fuerte batir de agua—. Han lanzado el ancla. Maldición…

Hizo un gesto de mano al piloto y, con otras señas, le ordenó que virase toda a estribor.

—Maniobra suicida propia de piratas —me explicó al oído el marinero español que de cuclillas acechaba a mi lado—. En esta mortal oscuridad, si sospechan que hay alguien cerca de su rumbo,

detienen el navío en seco. Y si es necesario largan hasta el ancla.

—¿Por qué hacen eso?

—Para descubrirnos. Si no maniobramos y seguimos nuestro rumbo podemos embestir su popa. Solo un insensato hace eso.

—O un pirata —añadió uno de los italianos, agarrándose con fuerza a un grueso cabo.

El Prometeo cambió la derrota y notamos cómo la cubierta comenzó a inclinarse. Por babor, a no más de cincuenta yardas, vino el sonido de una ristra de percutores amartillándose. Miramos hacia el ruido y un bendito y delator rayo de luz lunar hizo fulgurar las bocachas de los fusiles.

—¡¡¡Al suelo!!! —gritó Solomon tirándose en panza en la cubierta.

—¡Fuego, fuego, fuego! —oímos gritar desde la oscuridad.

Una tormenta de fogonazos iluminó la noche y un granizo metálico se cernió sobre nosotros. Noté cómo las balas pasaron silbando sobre nuestras cabezas estremeciendo el aire y dejando un rastro de pólvora quemada. Algunas de las canicas se estamparon contra los palos haciendo saltar astillas o encontrando acomodo en los nudos de la madera. Otras pegaron en los anillos metálicos, en los instrumentos y en los masteleros, soltando chispas, esquirlas y rebotando entre diabólicos pitidos. Desde el suelo oía cómo los enjambres de plomo rasgaban el velamen. Giré la cabeza y vi a Faustin, uno de los grumetes, tropezando de espaldas hacia la borda. Con las manos intentaba sujetarse una vida que, a negros borbotones, escapaba de sus entrañas. Retorcía el gesto, agónico, apretando los dientes para no gritar, soportando el calvario de su desgracia. Logró alcanzar la madera de la borda, se apoyó en ella, sus ojos tornaron al blanco y cayó al agua.

—¡Recargad! —ordenaba alguien desde el otro lado de la negrura. Era cuestión de segundos que nos entregasen otra andanada de plomo.

—¡No se queden pasmados! —gritó Jakob—. ¡Respondan! —Alzó su pistola y comenzó a disparar a los atacantes. Los fogonazos del arma nos permitieron ver, momentáneamente, al enemigo al que

nos enfrentábamos. Al otro lado del agua, apiñados en la proa, no había menos de cuarenta marineros. No estaban uniformados, sino que más bien vestían como pescadores, con pantalones malamente recortados por debajo de las rodillas, viejas y remendadas camisas reconvertidas a chalecos, pañuelos anudados en la cabeza y algún sombrero apolillado. Titubeé. Los hombres echaron mano de sus hierros y, al unísono, respondieron a la ofensa.

—¡Vamos, aprendiz! —Abú me puso una pistola en la mano. Me levanté y, desconcertado, sin saber muy bien lo que hacía, apunté a la masa de hombres. Cerré los ojos y apreté el gatillo; escuché la seca explosión de la carga propelente impulsando la bala; noté la vibración del disparo recorriéndome el brazo y el humo de la pólvora quemada atascando mi nariz y, entonces, abrí los ojos. En la cubierta enemiga un muchacho me miraba fijamente para, en el siguiente parpadear, caer rendido al agua. Me sentí desolado y parece que Turing sintió mi angustia:

—¡Duele, Daniel! ¡Pero en cuanto luche por su vida, sabrá que es usted o ellos! ¡Como el que le viene por la izquierda!

Miré en esa dirección. Un intrépido o suicida marinero del otro barco había saltado al agua, alcanzando nuestro costado y logrando trepar por él. Me apuntó y me disparó al pecho, haciéndome caer a la cubierta.

—¡Daniel! —gritó Turing tras acabar con el atacante de un certero disparo—. ¿Cómo te encuentras? —Me arrancó la camisa de un tirón—. ¡Es un truhán con suerte! ¡Ja, ja, ja! ¡Vamos, no es hora de dormir!

La máscara había detenido en seco la bala, convirtiéndola en una fina y ridícula chapa.

—¡Guardiamarina! —gritaba Solomon a la vez que disparaba—. ¡No puede robarme hombres para que sean sus ángeles de la guarda! ¡Luche por su vida, nadie luchará por usted! ¡Belmonte, a toda máquina! ¡Sáquenos de esta encerrona!

—¡Vamos, muchacho! —Turing me ayudó a levantarme y volvió a ponerme la pistola en la mano.

Los del otro barco terminaron de recargar y nos lanzaron otro

hormiguero de plomo, pero esta vez no nos pillaron desprevenidos y pudimos salvar el pellejo detrás de unos maderos que ahora eran trincheras. Acabada la descarga nos tocó jugar y salimos de nuestros parapetos con las manos prestas a dar muerte.

—¡No afinéis el tiro! ¡Al bulto, al bulto! —gritaba Turing.

—¡Quieren abordarnos! —advertía Abú, cortando con su alfanje las maromas que, rematadas en grandes garfios, nos lanzaban tratando de engancharnos.

Miré a mi alrededor: un pelotón de piratas había saltado al agua desde el otro barco comenzando el abordaje del Prometeo. Entonces vi de verdad a aquellos con los que había compartido las últimas semanas; los vi luchando, sufriendo, matando y muriendo. Y en aquel lugar tan singular me di cuenta de que no había amor más grande que el de la amistad. Sentí una pulsión que inflamó mis venas. Aún no sé si brotó de mi ser de forma natural, porque ya la tenía, o bien el haber estado expuesto a la máscara me insufló alguna suerte de valor. El caso es que empuñé la pistola, aferré la culata y dejé la infancia atrás.

Dos piratas trataban de trepar por la borda. Respondí disparándole al carro de escota. El tiro lo partió y los cabos se arrastraron por la madera, llevándose consigo a los hombres. Entre los fogonazos advertí que nos estaban disparando desde una posición elevada. Miré a sus aparejos y capté las siluetas de tres tiradores apostados en las antenas de su palo mayor. Sujeté el arma con ambas manos, templé el pulso y, de tres certeros disparos, les hice bajar de ellas.

—¡Mis respetos, guardiamarina! —dijo Jakob—. ¡Quizás en el cielo de los tiradores exista un lugar, a mi lado, para usted!

—¿¡Dónde está mi propulsión, Belmonte!? —gritó Solomon, y la chimenea empezó a expulsar grandes bocanadas de humo.

—¡Nos alejamos! ¡Sigan disparando! —decía Claus—. *Mehr munition! Mehr munition!*

Nuestro piloto giró el timón y empezamos a darles la popa. El Prometeo comenzó a ganar impulso y, poco a poco, fuimos dejándolos atrás. Cien yardas, ciento cincuenta yardas, doscientas…

—¡Alto el fuego! —ordenó Solomon al ver que los balazos ya solo levantaban pequeños surtidores de agua—. Estamos fuera de su alcance. —Resopló—. ¡Belmonte! Informe de bajas.

—Tres —respondió Belmonte desde el suelo—, capitán; Faustin, Makensy y Khorp. Y… ¡Ay, mi pierna! —Se apretó el torniquete que se había hecho con el pañuelo—. Diez heridos. Uno de ellos yo…

—¿Está sugiriendo que quiere un permiso? —insinuó Solomon con socarronería.

—Jamás —zanjó, poniéndose en pie, pero el dolor de la herida lo azotó de nuevo, obligándole a quedarse en la cubierta.

—Descanse, contramaestre.

—¿No les vamos a dar sepultura? —apreció Lawrence—. No deje de presionar la herida, marinero —dijo amparando el apósito que contenía la hemorragia del cuello de Santino, un marinero italiano.

—No es momento de llorar a los muertos, doctor. Ahora mi prioridad es proteger el pellejo de los que aún estamos vivos. Belmonte, ¿se ve capaz de ordenar a los de las máquinas que nos den más velocidad? Tenemos que alejarnos de…

Una explosión sacudió el Prometeo y comenzamos a perder empuje. Por las escaleras de la medianía empezó a ascender una columna de vapor.

—Pero… ¿qué ocurre ahora?

—¡La caldera, capitán!

Gritaba entre toses el jefe de máquinas saliendo de entre la humareda. Tenía la cara llena hollín, las ropas arrancadas y un brazo ensangrentado.

—¡Ha reventado la caldera! ¡Le hemos dado demasiada presión! ¡La hélice está haciendo de ancla!

—El viejo ballenero tenía razón. Esto es cosa del demonio —se desesperaba uno de los hombres.

—Deje de decir tonterías —censuró Solomon.

Eso de que la maldad campase a sus anchas no le debió parecer bien al Señor y, para nuestra dicha, le ordenó al sol que ya era el

momento de salir. Los primeros rayos del alba despuntaron por el horizonte y pudimos ver que, a una milla de nosotros, los piratas ya habían izado el ancla y apuntado su mascarón hacia nuestra posición. Su navío era un velero ligero, no tan grande como un clíper pero sí mucho más dinámico en virajes cerrados y periplos rápidos. Tenía palos esbeltos, poca quilla, una roda afilada a esmeril y tanto velamen que se podría ver la silueta de sus trapos a cinco millas.

—¿Alguna otra idea genial, capitán? —comentó Lawrence enarbolando su fino sarcasmo.

—Sí. —Sonrió Solomon—. Es hora de navegar.

XXXIX
Corazón de acero

—¿Por qué se me ocurriría preguntar? —Lawrence maldecía su suerte a la vez que arrastraba por la cubierta uno de los pesados toneles de agua.

—Porque no sabes tener la boca cerrada. —Reía Solomon—. ¡Vamos, matasanos! Con más ganas. —Le ayudó a volcar el barril para lanzarlo por la borda—. ¡Siguiente!

Se apartó cediéndole el paso a Lawrence; detrás de él venía Turing haciendo rodar uno de los toneles con licor.

—Esto no se hace, Solomon. Somos amigos, apiádate —suplicaba el húsar con los ojos vidriosos.

—Por la borda.

—Me niego. —Se cruzó de brazos con mohín de niño—. No quiero ser partícipe de esta atrocidad.

—He dicho que por la borda —dijo Solomon cogiendo el barril por el fleje de la testa.

—¡No! —Turing detuvo sus manos—. Es exquisito y muy delicado. ¡Es como un hijo para mí! Mandé traerlo de Kent. Por favor, no me hagas esto.

—¡Aparta! —Lo quitó de un empujón—. Tu amor por el alcohol roza lo malsano. —Hizo rodar el tonel a patadas hasta que la cubierta se terminó. Turing se acercó y observó compungido cómo su apreciado *hijo* flotaba en la espuma de nuestra estela.

—Si no te meo yo no te meará nadie. —Desenfundó su arma y

disparó al tonel hasta reventarlo.

—¡Señores! —dijo Solomon—, a ninguno nos gustan las flacas, pero esta señora está tan cebada que no puede ni seguirnos en un baile. ¡Vamos! Quiero fuera de mi barco todo el lastre que puedan tirar: toneles, carnes secas, pólvora… Guarden solo lo imprescindible para llegar a tierra.

Se dispuso una larga fila de hombres que, organizada como laboriosas hormigas, cargaba a sus espaldas, desde el interior del Prometeo, bultos tan variopintos como juegos de cama, repuestos de tuberías, herramientas, cuadros o enseres personales. Dos marineros equipados con hachas redujeron a astillas el arpa, el piano, los veladores y la reciente mesa. Solo respetaron la silla de la señora Elizabeth, dejando el mueble en una perturbadora soledad. Otro pelotón, desde la sala de máquinas, se iba pasando cestos repletos de carbón que acababan lanzando al agua.

Lancé la vista atrás y, al ver el reguero de objetos que dejábamos flotando a la deriva, sonreí. Me di cuenta de que para vivir solo necesitábamos algo de agua y algo de carne; que nuestra supervivencia no dependía de trajes, linos, corbatas o pantalones, pues con lo puesto ya estábamos protegidos de las inclemencias de aquella mar. Todo lo demás se reducía a una acumulación hecha en prevención de ser necesitada. Al saber que no precisaba todos aquellos inútiles aditamentos, me sentí liberado.

—¿De qué se ríe, mastuerzo? —me dijo Waterfall al advertir mi sonrisa. Observó el rastro de enseres y sacó su propia conclusión—. ¡Ah!, ya lo entiendo. Se ríe de mi desgracia. Sí. Seguro que es usted de esos jóvenes, modernos e insolentes que promulgan la doctrina de que el capital tiene que pertenecer al *pueblo*; que la riqueza que el individuo genera tiene que ser entregada, de manera íntegra, a los vagos. O alguna necedad por el estilo. ¿Sabe qué le digo? —Estiró el cuello y aguzó la vista—. ¿Ve aquella caja que su negro acaba de lanzar? La de caoba. ¡Qué barbaridad! No se distinguen sus manos de la madera. —Señaló con su bastón sin apenas darle importancia —. Esa caja lleva mi colección de relojes de viaje; joyas únicas que he ido acumulando durante toda mi vida. Con esa caja.

Se calló y se quedó pensando como cuando nos vamos de viaje y no recordamos si hemos apagado la llama de un candil.

—Un momento, carcelero, ¿no habrán tirado el baúl con incrustaciones de jade verde?

Su mayordomo aplomó el gesto y negó con rotundidad con la cabeza; Waterfall esbozó una mueca de esperanza.

—Pues que no lo tiren; en él llevo mis últimos recuerdos. ¡Ah! —Volvió a recaer en mi presencia—. Como le decía… Claus, usted que es más mundano, si los relojes que esa caja de caoba y terciopelo contiene fueran subastados, ¿qué se podría comprar?

—Media Inglaterra, señor —respondió tirando las cajas de sombreros.

—Ahí lo tiene, imberbe jovencito; se podría comprar media Inglaterra. En la caja que esa negra montaña humana acaba de lanzar por la borda hay objetos con suficiente valor para adquirir miles de acres. Pocos hombres llegan a ser terratenientes con tan nimio volumen de riquezas. Y, ¿sabe qué es lo mejor? —Sonrió—. En mi mansión, donde nos conocimos, tengo un armario lleno de relojes de igual o superior valor.

—El negro se llama Koopha —apreció el profesor, mientras pasaba a nuestro lado cargado de varios bultos.

—¿Y eso a quién rayos le importa? —replicó Waterfall.

—A nosotros —añadió Solomon—. Además, ¿para qué quiere un hombre tantas riquezas? Jamás he visto a un muerto llevarse una onza de oro.

—Por eso estamos aquí, capitán Solomon. —Waterfall se humedeció los labios—. ¿Puede explicarme cuál es el fin de esta expropiación? ¿Qué pretende desguazando mi barco?

Solomon terminó de lanzar unos trajes y respondió:

—Peso y desplazamiento, señor Waterfall. Su barco —señaló a los piratas— es pequeño, rápido y ligero. El nuestro es rápido, grande y pesado. Ahora no disponemos de la propulsión mecánica que nos brinda más velocidad; así que solo podemos disponer de los bufidos de Eolo y de la pericia de nuestras manos. El peso es un lujo que ahora no podemos permitirnos. ¡Los colchones, también! ¡Por la

borda! Tiren todo lo que sea innecesario, salvo sus enaguas. —La tripulación soltó una risotada—. Contramaestre Belmonte, ¿se encuentra en condición de repetir mis órdenes?

—Encontrarme me encuentro, capitán —respondió Belmonte —. Pero con la sangría temo no tener suficiente fuerza para dar órdenes a estos hijos de focas.

—No se preocupe, le dispenso de su labor. —Me miró—. Acaba de ser ascendido a contramaestre, señor Daniel.

Me acerqué y le susurré al oído:

—Yo no sé navegar, capitán.

—Yo le ayudaré —salió al quite un agotado Belmonte y continuó Solomon:

—No se preocupe por eso, limítese a repetir a todo pulmón lo que yo diga. Ya verá como aprende. —Tomó su catalejo y miró a los piratas—. Es Naughton, sin duda. Reconocería su inmensa barriga a cien millas de distancia. ¡Tripulación! Dejen todo lo que están haciendo.

Pero los marineros, entre gritos, continuaron lanzando bultos.

—Dé orden de silencio —me apuntó Belmonte.

—Señores, silencio —dije tímidamente.

—Con más brío, contramaestrillo.

Le miré confundido y, al sentirme respaldado, me envalentoné:

—Escuchen… ¡Condenados!

Los hombres me miraron con sed de sangre.

—No puede tildarlos de condenados, contramaestrillo. Puede maldecirlos, pero no puede condenarlos —dijo con una cansada sonrisa.

—¿Qué hago entonces?

—Déjelo estar.

—El capitán quiere hablarles —añadí.

—Gracias, contramaestre —me dijo Solomon con gesto simpático—. ¡Tripulación! Ya han visto lo que esos bárbaros son capaces de hacer. No tienen remordimientos y no tendrán piedad. El señor Turing, como buen húsar que es, sabrá explicarles cuándo hay que plantar batalla y cuándo, como es el caso, la cordura

recomienda poner agua de por medio. Podríamos plantarles cara, pues estamos bien armados y somos capaces, pero no estoy dispuesto a darle de comer a la mar con ni uno más de ustedes. Eso incluye a los cocineros.

Todos rieron y Lupi, que escuchaba desde la toldilla, blasfemó y arrugó la cara. Solomon extendió la mano y acarició el viento.

—Barlovento a proa… —susurró—; pero ellos también lo tienen… —Miró las antenas—. ¡Todos a los palos!

—¡Rápido, contramaestrillo! Repita, repita. —Me azuzó Belmonte.

—¡A los palos! —grité, y los hombres dejaron todo para trepar, como hábiles monos, por las escaleras de cuerda hasta las antenas.

—Koopha, Taloq, bajen a la bodega y, ustedes, ayúdenlos. Es hora de desempolvar los foques de balón. ¡Tenemos viento de popa y ellos también lo tienen! ¿Quieren que nos maten?

—¡No! —respondieron a una.

—¡¡No les oigo!!

—¡¡¡No!!!

—Bien, estamos de acuerdo. —Solomon daba palmadas para espolear a los marinos—. ¡Caballero! —dijo a un francés—, ¿en cuántos navíos ha servido? ¿Desconoce cómo se hacen los nudos? ¿Tengo que enseñarle a engaviar? Esa génova muda demasiado y si está libre puede hacernos trizas el estay. Por todas las sardinas de la mar salada, ¡fije esa braza! No tendría que explicárselo. Una Génova tiene que estar bien atangonada, con su amantillo y contra, tach-tach —chasqueaba la lengua—, y con su escota. Si la ha trimado como Dios manda no se tendría que mover. ¡Hay que aprovechar cada rumor que nos regale el viento! Piloto, mantenga el rumbo. Que solo nos vean el trasero. —Todos rieron.

—Piloto, mantenga el rumbo; démosles la popa —repetí, y el capitán me frotó el pelo.

—¡Eso! ¡Que solo nos vean el trasero! —Se acercó al portaestandarte, se bajó los pantalones y enseñó las nalgas a los piratas. Algunos marineros, desde las cuerdas, imitaron su provocación.

—¿Te estás divirtiendo, Solomon? —cuestionó Jakob.

—¡Cómo hacía tiempo que no me divertía! ¡Ustedes! —dijo a los daneses—; ayuden a Koopha y Taloq a fijar el balón. ¡Prieto, pero sin saña! Que saboree esta brisa.

—¡Fijad el balón! —grité.

—No le veo la gracia, capitán —apuntó Jakob—. ¿Cuánto durará esta carrera de egos?

El aludido se subió los pantalones y volvió a mirar a los piratas con su catalejo.

—Jakob, navegamos por nuestras vidas y mi deber es mantener alta la moral de mis hombres. Si para ello tengo que enseñar mi culo a Naughton, vive Dios que lo haré. —Cerró el catalejo y me miró—. Ganan velocidad, como nosotros. No te preocupes, amigo, mañana, al alba, sabremos si nos pasan por la quilla. Quizás esta noche, como muy pronto. —Rio—. Pero saldremos de dudas.

—Qué consuelo —respondió Jakob enarcando las cejas.

—¡Lupi!; ¿queda algo de café?

—No, capitán.

—Entonces, ¿qué condimentos quedan en su despensa?

—Cedrón, capitán. Tengo cedrón suficiente como para calmar los dolores de estómago de toda la Royal Navy.

—¡Ah! Quédese con el cedrón. Se lo regalo, ¡todo para usted! Haga mejor esto; tome una piedra de hulla, la más negra, ¡la más negra!, y sumérjala en el residuo de agua que supure de nuestra malograda caldera. Y tráigame el inmundo brebaje que de ello se destile.

—¡Usted no es una caldera, capitán! —respondió Lupi.

—¡Haga lo que le ordeno, cocinero! Es cosa mía saber si tengo vísceras o válvulas.

Lupi bajó a la cocina y, al poco rato, subió con la tisana que Solomon le había encargado. El capitán, bajo la atónita mirada de Lupi, tomó la taza y comenzó a beber a pequeños sorbos.

—¡Esto es vida, Lupi! —dijo girando un ojo y sentándose en la mesita de mapas del piloto, observando la acción.

XL
Barlovento

Aquella noche Lupi no pudo hacer gala de su arte culinario y salvó la situación sirviéndonos un triste salpicón de tasajo, cebolla y ajos crudos del que tocamos a un puñado por cabeza. Nos sentamos a cenarlo, con las piernas cruzadas, en la tarima del salón principal. La silla de la señora Elizabeth era el único mueble que ahora había allí. Del resto ya solo quedaban las marcas de sus patas en la madera. Se me hizo extraño ver el gran salón tan desamparado así que, para evitar la nostalgia, decidí concentrarme en engullir. Me comía los ajos uno a uno y cada mordisco era un suplicio ardiente que me bajaba por la garganta como una bola de fuego. Por el contrario Taloq, Koopha, el profesor Abú y Turing los comían con gusto, saboreando cada bocado. Creo que el ardor de los dientes no iba con ellos.

—Buenas noches —dijo Lawrence entrando en el salón.

—¿Jakob y el capitán no bajan a cenar?

—Prefieren quedarse de guardia.

—¿Gusta? —le ofrecí de mi plato.

—No, gracias. Ahora me servirá un refrigerio Lupi. A Jakob le preocupan los piratas, pero Solomon está disfrutando como un niño.

—Hacía tiempo que no le veía tan distendido —apuntó Turing.

—Si las batallas no fueran tan cruentas nos aficionaríamos a ellas —advirtió Abú.

—¿Qué tal va su enseñanza de idiomas, profesor? —indagó

Lawrence.

—Desmoralizante. Esa niña no conoce ninguna de las construcciones básicas del lenguaje occidental. No me extraña. Su tribu lleva aislada desde los albores de la humanidad. A la señora Elizabeth le habría supuesto un desafío emocionante descifrar su idioma. Lástima. El poder de la máscara disminuye a la misma velocidad que aumenta su masa; si hubiéramos expuesto a esa niña, cuando aún emanaba sus portentosos efluvios, ahora podría estar charlando aquí con nosotros. —Masticó y me miró—. ¿Qué siente, Daniel?

—Nada, profesor. —Me abrí la camisa—. Pesa más la cadena que la aferra a mi cuello que la máscara en sí.

—Fascinante —advirtió Turing.

—¿Cómo será posible? ¿Qué brujería será esta? ¿Puedo? —Lawrence acercó su mano a la máscara, asentí, y acarició su superficie—. Qué extraño…

—No es ningún sortilegio. Es física —apuntó Turing mascando un puñado de ajos.

—¿Y cuál es esa física? No la de los *Principia* de Newton, desde luego.

—No. Una tan avanzada que dudo que la pueda comprender algún día, un vasto océano que me limito a contemplar desde la orilla. Solo tengo hipótesis. Es un objeto que escapa a todos mis razonamientos… *newtonianos* —dijo apesadumbrado—. Cambiando de tema; ¿qué tal está Víctor, doctor?

—Continúa presa de la melancolía. —Hizo una pausa—. Pero parece que ya ha perdido sus ánimos suicidas.

—Aun así es mejor no dejar de vigilarle —apuntó Abú.

—Estoy de acuerdo. ¿Adónde va, Daniel?

—Subo a cubierta, voy a llevarle la cena al capitán. Así alguno de los marineros podrá descansar unas horas.

—Es buen muchacho —oí decir al profesor cuando abandonaba el salón.

Me acerqué al pañol de cocina y cogí algo de cecina y unos cuantos puñados de ajos. Los tapé con un paño y subí a cubierta.

—Con su permiso, capitán —dije al llegar a su lado.

La oscuridad había caído de lleno y el cielo estaba despejado, dejando ver toda su cúpula y su infinito número de luceros.

—Adelante, guardiamarina —dijo Solomon ciñéndose el cuello del abrigo—. ¿Nos trae algo caliente con lo que podamos templar el cuerpo?

—Lo siento, capitán, pero solo traigo ajos y algo de carne seca.

—¿Lupi ha decidido ponerse en huelga? —dijo Jakob tomando uno de los ajos.

—No, señor. Pero entre todo lo que hemos tirado por la borda también estaban los víveres.

—Pues hoy hubiera pagado por uno de sus reconstituyentes consomés… Es increíble.

—¿Qué es increíble, Jakob?

—Este maldito frío. —Los dientes le castañeteaban. Se llevó las manos a la boca y exhaló, intentando recuperar la movilidad en los dedos—. Por el día nos asamos y por la noche corremos el riesgo de morir de hipotermia.

—Es la magia de las noches en el trópico. Si el cielo está despejado, como en esta ocasión, el calor de la tierra escapa al espacio y los que estamos en la superficie nos congelamos.

—Entiendo la dinámica, Solomon, pero eso no hace que entre en calor.

—Tranquilo, si los piratas no nos dan caza, en un par de días llegaremos a Bombay. Allí vas a disfrutar de todo el calor que desees.

—¿Conoce la India, capitán?

—Así es, Daniel. Fue —entornó los ojos haciendo memoria— allá por el cincuenta y seis, justo antes de la revuelta de los cipayos, cuando me tocó *servir* a los ingleses. La *HEIC* estaba falta de capitanes que llevasen equipamiento a las colonias y, bueno, nadie tenía bofes de adentrarse en estas aguas infestadas de gentuza. Lo pagaban bien y era un trabajo sencillo: llevar y traer. —Rio—. Eran buenos tiempos.

—¿Y cómo es? ¿Cómo es Bombay, capitán?

—Bombay… —Tomó un pellizco de carne, se lo metió en la boca, y, mascándolo, comenzó su relato—; es… es una ciudad extraña, peculiar. ¿Ha leído algo sobre ellos? Pues le diré que no viven en tierra firme, sino en pequeñas islas y en terrenos ganados a la mar, como en los Países Bajos. Su cultura no es como la nuestra. No creen en nuestro Dios; creen en un ejército de deidades. La gente es muy alegre, les gusta vestir con túnicas de llamativos colores, y, no se lo pierda, respetan a las vacas. —Asentía.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído. Tienen las calles plagadas de vacas. Para ellos son sagradas y no las comen. Es extraño, ¿verdad? Tanta carne paseando arriba y abajo y no le hincan el diente aunque… Bueno, el caso es que les da igual. —Se quedó mirando la oscuridad, pensativo —. Los piratas han apagado las linternas, o el horizonte ya se los ha tragado. —Señaló a la mar—. Hace un momento eran un diminuto punto en la lejanía. —Miró a las velas—. Esta brisa es floja, pero constante. No tendremos problemas. Le recomiendo que descanse, guardiamarina.

—Me gustaría hacer… ¿imaginaria?, con ustedes.

El capitán sonrió.

—Guardia, Daniel, guardia. ¿Quiere ser un auténtico navegante?

—Así es, capitán. Quiero ser un buen navegante.

—Le advierto que no queda café. Tendrá que aguantar toda la noche por sus propios medios.

—Sería más llevadero si me contase sus aventuras.

—¿En serio? —Miró a Jakob.

—Muchacho —dijo Jakob—, no sabe lo que acaba de hacer. El capitán puede estar horas contándole batallitas. —Se bajó el ala del sombrero, acomodó la espalda contra el tejadillo de los camarotes y se sentó haciéndose un ovillo—. Ya conozco todas las historias de Solomon. Con vuestro permiso voy a dar una cabezada. Si vienen los piratas… decidles que esperen.

—Tú te lo pierdes. Sabes que mis historias son buenas. Pues como le decía, guardiamarina Daniel, la vida en Bombay es peculiar.

Recuerdo una vez que…

—Capitán —interrumpí—, el forro de su chaqueta se está deshilachando. —El relleno le asomaba tímidamente por la bocamanga.

—¿Qué? ¡Ah! Ja, ja, ja… esto. No, esto no es el relleno. Esto es algo que usted conoce muy bien. —Tomó la cartulina y me la enseñó.

—Un as de corazones. Cuando estaba tirado en el suelo, perdiendo la vida, lo vi salir volando de su puñeta. ¿Es el mismo as con el que ganó a Haidar?

—No es el mismo, pero sí, así es. —Me miró con complicidad y sonrió.

—No sacó la carta más alta.

—Desplumar a un rey es el colmo de los tahúres. Era una tentación demasiado grande.

—El capitán siempre se guarda la última carta —murmuró Jakob desde la somnolencia.

Los ojos de Solomon centellearon con esperanza y, desde la profunda solemnidad de su corazón, me dijo unas palabras que jamás olvidaré:

—Ahora, Daniel, eres un chico, estás lleno de energía y todo te resulta nuevo y maravilloso, pero no siempre será así. Te voy a decir lo mismo que le decía a mi hijo para cuando te asalten las dudas o te sientas abatido: el buen marinero atiende a todos los vientos, pero sus velas solo se quedan con aquellos que pueden llevarlo a buen puerto. Respeta a los demás y hazte respetar, no te sometas a nadie y ayuda a tus amigos en todo lo que puedas, hasta el último aliento. —Levantó la cabeza y buscó algo en el cielo—. No permitas que el miedo anide en tu corazón, no aporta nada bueno, es un mal compañero que nos engaña y nos roba la libertad… —Algo le mordió en el alma. Apretó los labios y cambió de tema—. Pues… pues como le decía, guardiamarina —carraspeó—, Bombay es un sitio maravillosamente extraño…

—No lo dudo, mi capitán.

Estuve escuchando sus historias casi toda la noche. Me habló de

su mujer; de su hijo; de cómo la conoció a ella; de cómo los perdió a los dos; de emboscadas en desiertos donde solo había arena y serpientes; de los caballos salvajes y de cómo domarlos. Me desveló el secreto de Nelson para navegar con el viento en contra; me contó una vieja leyenda sobre Blas de Lezo y un libro fabuloso que este tenía. Me habló del amor y de la vida; de la amistad; del esfuerzo y del sacrificio. Aprendí más en aquella noche que en los pocos años que hasta entonces había vivido.

—Arriba, muchacho —dijo una voz, me giré y noté unos golpecitos en la espalda.

—Cinco minutos más, mamá —supliqué perezoso.

—¡Los piratas nos han abordado! —gritó Solomon con fuerza.

Abrí los ojos de par en par y, aterrorizado, me incorporé. Una turba de gente armada con garfios, espadas y bicheros se abalanzó sobre mí. Cerré los ojos y grité. Sus aullidos se convirtieron en risas y sus risas dieron paso a estruendosas carcajadas. Abrí de nuevo los ojos y vi al capitán, a Jakob y a Lawrence retorciéndose de risa en la cubierta.

—Muy graciosos —dije indignado, quitándole mi sombrero de la mano a uno de los marineros que se había unido a la broma.

—¿Qué le dije anoche, guardiamarina? Le dije que no se dejase llevar por el miedo. ¿Es que no me escuchó? —decía Solomon con lagrimones de risa en los ojos.

—¡Casi me da una apoplejía! —protesté—. Siento haberme quedado dormido… ¿Dónde están los piratas, capitán?

—Lejos, Daniel, muy lejos. Ya no tiene que preocuparse por ellos, este cascarón aún puede dar mucho de sí. Quedan dos días para llegar a Bombay y luego nos espera una larga caminata. Le recomiendo que desayune bien: hay cecina y ajos en abundancia. —Rio—. ¡Lupi! ¿Dónde está ese cocinero?

—Detrás de usted, capitán.

—Siempre por la espalda, como buen gabacho… Dígame… ¿le queda más infusión de carbón?

XLI
Hannut

El capitán, como premio a mi labor como contramaestre accidental, me había dispensado durante dos días de mis obligaciones. De todas ellas; y eso incluía el estudio de los libros del profesor Abú. Durante esos dos días podría hacer lo que quisiera, que tampoco era mucho. Me entregué a la lectura de alguna de las novelas que Lawrence había traído, a la pesca y a pasar el rato tirado a la sombra de las velas. Estando una de esas dos tardes en la toldilla, ojeando un libro de fauna exótica, escuché la clase que Abú impartía a nuestra invitada:

—Esta es la letra «a» de Alá. —Señalaba impaciente sobre un papel de estraza en el que, en letras grandes, había pintado un abecedario—. ¡Señorita, por favor! La letra «a» es solo una letra, la «a». ¿No puede decir «a»? —La muchacha lo miraba asustada—. Pero, por favor, ¿es que no me comprende? Me he volcado día y noche con usted y… usted no comprende nada. —Se desesperó.

—No presione a la muchacha, profesor —dijo Jakob—. Es una salvaje, ha vivido toda la vida apartada de la sociedad civilizada. Apostaría mi jornal a que ni siquiera han tenido contacto con los soldados franceses.

—Es que es imposible. La docencia es una tarea agotadora y más con una mente tan obstinada. No puedo con ella… ¡Es que no sabemos ni cómo se llama! —Tiró la pluma y apretó los puños. Nuestra invitada se limitó a mirar al suelo, avergonzada—. De su

boca no ha salido ni una sola palabra, ni un murmullo o un proyecto lejano de sílabas coherentes. Incluso nuestro buen porteador ha tratado de comunicarse con ella, pero ni él, que ha vivido media vida en la profunda selva africana, conoce su dialecto.

—Quizás no es que no sepa, quizás es que no pueda. Está ofuscado, profesor. Venga conmigo y cálmese un poco. —Cogió a Abú del brazo.

—No lo sé, no lo sé —repetía Abú desconsolado.

—Daniel.

—¿Sí, señor Jakob?

—Voy a llevar al profesor al pañol de cocina; puede que Lupi tenga alguna tisana que lo tranquilice, aunque sea de hulla. —Sonrió —. Vigila a la muchacha.

—Descuide, señor Jakob.

Abú y Jakob bajaron por las escaleras y volví a mi lectura. De cuando en cuando le pegaba un vistazo a nuestra invitada. Ella permanecía inmóvil, amedrentada, mirando al suelo sin atreverse a levantar la frente. El señor Víctor le había prestado uno de los vestidos de su difunta esposa; le quedaba grande y cada vez que caminaba tenía que recogerse con los brazos la cola, pues sin querer la pisaba y tropezaba.

Era una niña delgada, tan delgada que parecía que en uno de sus tropiezos fuera a caerse y hacerse añicos. Tendría un par de años menos que yo; unos ojos grandes y expresivos; la piel morena, no tan negra como la de Koopha —que era betún puro—, pero sí tostada como la de un café clareado con leche; el pelo le nacía casi a mitad de la frente, era corto y estaba enroscado en caracolillos apelmazados. Su visión me resultaba agradable y delicada.

La miré una segunda vez y decidí intentar animarla.

—Hola. —Esbocé una suave sonrisa, pero ella no me miró—. Me llamo Daniel; *Daa-nii-eel* —expliqué señalándome con el dedo.

Le ofrecí mi mano a modo de saludo y ella desvió levemente los ojos. Definitivamente no me comprendía.

—Lo siento, se me olvidaba que no hablas nuestra lengua. Yo voy a seguir hablándote, quizás de tanto escucharme se te pegue

algo. Soy de Santiago de Compostela, mis padres son ingleses y se establecieron allí hace algunos años. No hay muchos ingleses allí. Algún día me gustaría conocer Inglaterra. Dicen que es muy lluviosa pero no creo que llueva más que en Galicia. —Ella, distraída, seguía mirando la nada—. ¿Tienes padres, o familia?

Agoté todo mi repertorio de temas de conversación, pero sus labios permanecían cerrados. Decidí dejar de hablar y, simplemente, estar sentado a su lado haciéndole compañía. Abrí el libro y continué ojeando las ilustraciones a carboncillo.

—*Annawa* —dijo para mi sorpresa.

—¿*Annawa*? ¿Qué es *Annawa*?

—*Annawa*. —Señaló el dibujo de un ganso.

—¿Esto? ¿Esto es *Annawa*? Es un ganso propio de vuestra tierra. El autor del libro, el señor Boucher, dice que se extinguió hace años. —Me miraba sin comprender—. El libro —lo señalé—; dice —me indiqué la boca—; que *Annawa* está extinto. —Pensé cómo podía transmitirle la idea de que algo había dejado de existir y no se me ocurrió mejor manera que soplar hacia arriba y disipar el soplido con las manos: «fuuuu».

—*Annawa, annawa*, fuuuu. —Imitó mi gesto y, en el aire, dibujó un círculo con las manos—. *Annawa*.

Batió las manos como si fueran alas, señaló el círculo imaginario e hizo un arco volviendo a batir las palmas.

—Quieres… quieres decir que… ¿el ganso voló?

—*Annawa* fuuuu. —Sopló y empujó su aliento con las manos.

—*Annawa* voló —murmuré y en mi cabeza prendió una idea—. ¿Y esto? ¿Cómo se llama esto? —Señalé un caracol de concha achatada, parecida a los platillos de los músicos, y cuerpo gelatinoso que atendía a la denominación científica de *Caldwellia*.

—*Ohcunt*. —Se señaló la barriga y esbozó una mueca de dolor —. *Ohcunt*. —Se tapó la boca con las manos.

—No se debe comer *Ohcunt* —pensé en voz alta—. Y… ¿Y este de aquí? —Le indiqué el dibujo de un ave parecida a la perdiz pero de cuello más largo, alas cortas, pico rojo y patas esbeltas que atendía al nombre de Rascón.

—*Nitsua, nitsua*. —Sonrió y se frotó la barriga manifestando satisfacción.

—*Nitsua*, el *nitsua* sí se puede comer —dije mirándola a los ojos —. ¿Y esto? —Señalé el dibujo de un molusco.

—*Retnap* —dijo ella, y señalé otra ave—; *Minned* —y otra—; *Tsew* —y otra más—; *L'aenop'ca* —decía, regalándome una visión de la hermosa colección de perlas que escondía en la boca.

—Daniel. —Me señalé.

—*Dnniel*.

—Eso es: Daniel. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú? —La señalé.

—Hannut.

—¿Anud? ¿Te llamas Anud?

—Han, Haannut —repitió ella alargando la palabra.

—Hannut. —Vi aparecer de nuevo al profesor y a Lawrence y les indiqué que se acercasen—. Observen. Hannut, este señor de aquí se llama Abú.

—Abbbu —repitió ella.

—Lawrence. —Señalé al doctor.

Intentó pronunciar el nombre del doctor, pero su particular fonética se le resistía.

—Que no se esfuerce —dijo Lawrence—. Felicidades, Daniel.

—Y el discípulo aventajó al maestro —apreció Abú—. Parece que… ¿Hannut? ¿Lo he dicho bien? Parece que nuestra amiga tiene un vínculo especial con usted, Daniel. Trabájelo. Sería muy beneficioso para todos que pudiéramos comunicarnos con ella y saber cuál es su papel en esta aventura.

—Descuide, profesor. —Me volví hacia Hannut—. Tengo libros de fauna y de flora —se los mostré—; ¿por dónde te apetece que comencemos?

—*Tesroc*. —Indicó la flora.

—Excelente elección. Vamos a ello.

XLII
मुंबई (Bombay)

Tras dos días de agradable y fructífera docencia, que sirvió para distraer al fantasma del hambre, llegamos a Bombay.

El sitio era tal y como el capitán Solomon me lo había descrito; el calor, húmedo y sofocante, impregnaba todo como si fuera algún tipo de lluvia plomiza y en el ambiente flotaba una calima difusa resultante de las innumerables chimeneas navales que navegaban en las saturadas aguas de su puerto. Un puerto bullicioso en el que el trajín de barcos era incesante. La Honorable Compañía de las Indias Orientales, conocida coloquialmente como HEIC, tenía el monopolio de la mar y aquellas millas cuadradas de atracaderos eran su feudo más importante. La superficie no era comparable a la de un país, pero había días que por allí circulaban riquezas no ya para comprar media Inglaterra, como harían los relojes de Waterfall, sino media Europa.

—¡Les veo un poco famélicos! —nos gritó desde tierra un hombre alto y fornido al que un gran mostacho rubio le apuntalaba las narices. En su mano izquierda sostenía un salacot; del cinturón le prendía la pistolera y vestía el uniforme blanco reglamentario del ejército británico, pero lo lucía de una manera descuidada: abierto en el pecho, mostrando desafiante su mata de vello pectoral. Conforme los amarradores aseguraban los «largos», los «esprines» y los «traveses» del Prometeo a los bolardos del muelle, me di cuenta de que el blanco de sus prendas no era tan blanco, porque estaba

cubierto de una fina capa de polvo pardo y manchado de cercos en axilas, cuello y perneras.

—¡Pues tú no tienes mejor aspecto! —replicó Solomon. El capitán dio un ágil salto a tierra y se fundió en un abrazo con aquel militar—. ¡Mi amigo Jim, cuánto tiempo sin verte! —Solomon olfateó el ambiente—. ¡Por todas las mofetas! ¿Es que no te aseas?

—Esta agua es tan hedionda que no sirve ni para afeitarse. —Se frotó con energía una atraidorada sotabarba.

—¿Sigues sin beber agua?

—El próximo mes hago cinco años en esta cloaca, los mismos que llevo sin beber una gota de algo que no haya destilado la mano del hombre.

Rieron. Desde tierra los porteadores tendieron una pasarela y, ayudado por Claus, Waterfall la cruzó y Solomon hizo las presentaciones:

—Amigo, te presento a nuestro promotor; el señor Waterfall. Señor Waterfall, le presento al capitán de infantería, y amigo, James Fubiatt.

Lord Jim extendió su mano a modo de saludo.

Es un placer conocerle, señor Wa…

—Guárdese sus amanerados modales de inglés colonialista. —Cortó Waterfall tajante—. No pienso estrechar esa mugrienta mano.

—Veo que lo que me contaste sobre él es cierto —apreció el milite sin pelos en la lengua—. Tan agradable como una purga de amoniaco…

—Me importa un bledo lo que digan sobre mi persona y dos lo que usted opine. —Le miró por encima del hombro, escudriñando el trajín del puerto—. No voy a entrar en detalles sobre nuestra travesía. Me limitaré a decir que ha sido accidentada y retrasada en innumerables ocasiones y eso me ha quebrantado la salud. Gracias a su *amigo* venimos sin víveres, muebles, medicinas ni armas.

—¿Pero qué has hecho ahora, Solomon?

—¡Escúcheme! El tiempo es uno de los recursos que escasean. ¿Tiene preparado lo que le pedimos? El fragmento —dijo ansioso

poniendo la mano—; ¿tiene el fragmento? ¡Démelo! ¡Vamos!

Fubiatt se pasó la lengua por el interior de los carrillos, se aclaró la gorja, escupió con desprecio y habló:

—No.

—¿Qué dice?

—No hemos encontrado nada.

—Eso es imposible —aseguró Abú desde la cubierta. Cruzó por la pasarela y llegó hasta los hombres.

—Este es el Profesor Abú, es un miembro destacado de la expedición —le explicaba Solomon—. Él es uno de los eruditos que ayudó a situar la posición de los fragmentos.

—Un placer, profesor. No sabía que en vuestra expedición viajaseis con un sij.

—Persa, señor Fubiatt, soy persa. No sij.

—Mis amigos me llaman Jim o Lord Jim, profesor. Disculpe pero, a pesar de mal vivir todo el día rodeado de *esos*, no encuentro diferencias entre ustedes.

—Está usted disculpado, Lord Jim. ¿Qué es eso de que no han encontrado nada? ¿Fueron a las coordenadas que le entregó el capitán?

—Sí, señor, puede jurarlo. Fuimos al oeste, a cien millas, justo donde usted dijo.

—¿Y bien?

—Nada. En Hatwij no hay nada.

—¿Está completamente seguro? —insistió Abú.

—Mire, buen hombre, desde que aquí mi amigo Solomon me hizo entrega de su mapa he dedicado, en exclusiva, todo mi tiempo a la búsqueda de su artefacto. Incluso he desatendido mis obligaciones con el ejército británico para poder ayudarles. He organizado cinco expediciones, todas capitaneadas por mí y todas infructuosas. He recorrido, con exploradores autóctonos, cañones, valles, desfiladeros y puntos sospechosos de albergar su preciado objeto y solo ha servido para perder vidas, mi tiempo y… su dinero. —Miró de soslayo a Waterfall, —Nosotros también hemos perdido vidas.

—¿Es eso cierto?

—A nuestra amiga e intérprete, la señora Elizabeth, esposa del señor Víctor, y a varios hombres de la tripulación. Estos últimos murieron hace unos días, cuando nos intentó asaltar Naughton.

—Naughton… En vuestro periplo, ¿ha habido alguien con quien no os hayáis enemistado? —Alzó una ceja.

—Me gustaría explorar personalmente la zona —dijo Abú.

—Supuse que no se fiarían de mi palabra. Por eso me he tomado la licencia de organizar una sexta expedición. A una orden podemos partir en menos de dos horas.

—¿Y a qué estamos esperando? —dijo Waterfall adelantando un paso, se detuvo, se llevó la mano al pecho y cayó de rodillas.

—¡Señor Waterfall! —Claus se apresuró a cogerlo. El resto de hombres se limitaba a observar con indiferencia la escena—. ¡Traigan sales!

—¡Suelte! —dijo Waterfall—. Estoy bien.

Jadeaba con violencia intentando encontrar aire hasta que, auxiliado por su mayordomo, se volvió a incorporar. Solomon le ofreció su pañuelo, indicándole que se enjugase la boca, pero Waterfall lo despreció con el dorso de la mano.

—No puedo acompañarles; el viaje me mataría. —Resoplaba.

—Qué lástima —apreció Jim, sarcástico.

—Guárdese sus hipocresías.

Introdujo la mano en el bolsillito interior del chaleco y sacó una espléndida moneda de oro.

—Una de las cosas que he aprendido en esta vida, Fubiatt, es a sopesar el valor de los hombres. —Lanzó el amarillo a los borceguíes del militar—. Dejando a un lado el acuerdo que tenga con el capitán, yo hago un nuevo trato con usted; guíe a mis hombres hasta el artefacto, tráigalo y le daré doscientas piezas de oro como esa que… —se ahogaba— con tan falsa indiferencia mira a sus pies. —Jim dudó, pero se agachó y tomó la moneda—. Sabía que no podría resistirse.

—La he cogido para saber si es oro de buena ley —se justificó.

—Lo que usted diga… Indíquele a mi mayordomo dónde

podemos reabastecer el Prometeo… y dónde puedo comer algo *kosher*. Me muero de hambre. —Pensó—. Les doy tres días. —Se giró y caminó renqueando hacia el barco.

—¿Y si en esos tres días no hemos vuelto?

—Le entregaré toda mi fortuna a aquel que me traiga sus cabezas empaladas en picas.

Y revistiendo sus pasos con aquella conminación, Waterfall subió al Prometeo.

XLIII
Devoradores de hombres

—Rápido, Daniel, meta aquel rulo en el baúl. ¡Con cuidado, por favor!, es mi instrumental de química. —Me dirigía Abú, en nuestro camarote, mientras él preparaba otra maleta más pequeña.

—¿Cree que encontraremos la pieza? —dije, acomodando el equipo entre los huecos.

—La encontraremos, estoy seguro; la muerte de Elizabeth no puede haber sido en vano. Tome esto. —Me pasó el maletín—. No lo abra. Es una nueva sustancia en la que estoy trabajando y es muy sensible. —Lo cogí y le busqué un espacio adecuado entre los demás útiles—. ¿Ya? Pues vámonos.

—¿Y el baúl? Es demasiado grande, necesitaremos ayuda para sacarlo.

—No se preocupe por él. Lord Jim dijo que nos enviaría a unos porteadores a cogerlo.

Salimos del camarote y Turing pasó a nuestro lado cargando con el estuche de su rifle. Al vernos nos preguntó:

—¿Todo listo? Yo ya tengo aquí todo lo que necesito. —Acarició la maleta.

—Sí. No nos demoremos. Un momento, Turing, vigile el pasillo. —Turing, con su voluminoso cuerpo, custodió el corredor —. ¿Le ha visto alguien la máscara? —Me cerró los botones de la camisa.

—Nadie, profesor.

—Pues que siga siendo así.

—¿Pasa algo?

—Más vale prevenir que curar —apuntó Turing.

—Lleva al cuello el destino de esta expedición, sea prudente —dijo ajustándome el cuello con paternalismo.

—Si me ciñe tanto me voy a asar de calor.

—Pues aguántese.

Subimos a la cubierta y cinco porteadores de piel oscura y pelo negro se cuadraron ante nosotros a la espera de recibir órdenes.

—Tienen que traer el baúl con herrajes de cobre. ¿Me han entendido? —Los hombres asintieron, nos apartamos y pasaron a por nuestras pertenencias—. ¿Quiénes vamos a ir?

—El albéitar, el negro, el indio, el cura, el beduino y un apuesto húsar inglés.

—¿Y el señor Víctor?

—He hablado con él, quería acompañarnos, pero le he convencido de que es mejor quedarse en el barco, vigilar a Waterfall y a su lacayo y proteger a Hannut.

—Me parece correcto. ¿Se encuentra bien? —Apreció Abú.

Turing exhibió una gran sonrisa y asintió; cruzamos la pasarela y esperamos entre el gentío que pululaba por el muelle.

—¿Cuántos caballos traerán? —dije estirando el cuello buscando, entre la marabunta de cabelleras azabaches, la caravana que nos llevaría hasta Hatwij. Pero solo veía carros tirados por mulas, comerciantes, místicos y ascetas bendiciendo a los creyentes con el polvo ocre que cogían a puñados de desportillados cuencos de madera, mozos derrengados por el peso de los fardos que transportaban sobre sus cabezas y tropas británicas que, con agotada parsimonia, arrastraban sus pies por la arena, cabizbajos, cansados y con la mirada entristecida. Parecía que la batalla de aquel día no había tenido un resultado favorable. Subido en un cañón un sargento le gritaba a la gente que se apartase mientras un puñado de subordinados tiraba, con resignación, de aquel mastodonte metálico de la guerra.

—Aquí no hay caballos —manifestó Turing—; el medio de

transporte local es un poco más… animal.

El suelo que había bajo nuestros pies comenzó a temblar y una multitud de hindúes, que parecía huir de la muerte, se lanzó a la carrera hacia nosotros. Al fondo de la calle se había declarado una estampida de elefantes y estos, entre barritos, levantando una polvareda que ocultaba al sol, arrasaban los tenderetes, las carretas, los *rickshaws* y todo cuanto se interponía en su camino.

Los cornacas, subidos en los hombros de los elefantes y con gesto de férrea autoridad, dominaban aquella sobrecogedora avalancha con la afilada disciplina impuesta por sus *ankusas*, los vituperios que manaban de sus bocas y las gruesas cadenas con las que les atizaban en las frentes.

—¡Apártese! —dijo Turing cogiéndome del pescuezo—. ¿Está loco? ¿Quiere que le reduzcan los huesos a polvo?

El elefante que venía en cabeza, atendiendo a la voluntad de su amo, comenzó a frenarse hasta detenerse a nuestro lado. En la espalda llevaba un tándem de mimbre en el que iban sentados Solomon y Jim.

—Se ha quedado un día espléndido, ¿no creen? —apreció Solomon desde lo alto al tiempo que le daba un sorbo a una copa que parecía contener agua con carísimas piedras de hielo.

—¿Es lo que creo? —Turing señaló el vaso del capitán.

—Ginebra con agua tónica, la genuina. Y también la mejor tisana contra la malaria —dijo Jim sosteniendo exultante un gran *toddy*.

Turing se relamió y, con los ojos desbordados de ansia, acertó a balbucear:

—Yo quiero…

—¡Ja, ja, ja! Le veo desesperado, amigo. Tenga, dele un trago.

Jim se inclinó acercándole su copa a Turing pero, antes de que su mano la alcanzase, la retrajo vaciándola de un soberbio trago. El húsar se quedó mirándolo con la boca abierta y el alma descorazonada.

—¿Mantienes a tus hombres a dieta de agua de mar, Solomon? ¡Ja, ja, ja! ¡No se preocupe, amigo! Suban al siguiente paquidermo; el

cornaca les servirá un trago, ¡y dos!, ¡y tres!, ¡y los que quieran! ¡Ja, ja, ja! Tenemos ginebra para saciar la sed de un ejército. ¡Y es que es del ejército! ¡Ja, ja, ja!…

Turing dejó a Jim con la palabra en la boca y me arrastró hasta el siguiente animal.

—¡Eh, tú! —llamó la atención del naire que capitaneaba al paquidermo—. ¡Ayúdame a subir! —El otro espoleó con la *ańkuśa* el costado del elefante y este hizo una reverencia, extendiendo la pata delantera derecha—. ¡¿Y ahora?!

—¡Escale por la pata, Turing! ¡Sin miedo! —dijo Solomon desde su cesta.

—¡Yo no conozco el miedo, pero sí la sed! ¡Coge esto! —Turing le lanzó la caja de su rifle al cornaca y, con esfuerzo y tras varios resbalones, trepó hasta la cesta. Detrás de él subí yo.

—Bebida, bebida… —decía Turing gesticulando con las manos; el guía le pasó una cantimplora que desenroscó con furor y vació con vehemencia.

—¡Disfrute del paseo, guardiamarina Daniel! —gritó Jakob a mi espalda, me giré y vi a él y al doctor Lawrence en la cesta del elefante que venía detrás de nosotros.

—¡Hola, doctor Lawrence, hola, señor Jakob!

—¿Es la primera vez que monta en elefante, Daniel? —preguntó Lawrence.

—¡Sí, señor! —respondí exaltado.

—¡No hace falta que lo jure! —Rio.

—¡Atención, pelotón! —Jim llamó nuestra atención—. Hasta Hatwij hay un día entero de camino. Esta noche acamparemos a orillas del río. Ignoro cómo de vacíos tendrán sus estómagos pero nadie comerá hasta que acampemos. En sus elefantes hay agua y ginebra. ¡Beban! Este calor puede matar a uno sin darse cuenta. Si tienen alguna otra necesidad lo lamento por sus vejigas; hasta el final del trayecto nadie pisará tierra. Aunque siempre pueden hacérselo encima ¡ja, ja, ja!

—¿Y si tenemos una necesidad imperiosa? Y no me refiero a aguas menores… —preguntó Lawrence con guasa y un punto de

nerviosismo.

—No se lo recomendaría. Los devoradores de hombres están muy inquietos últimamente.

—¿Devoradores de hombres?

Turing abrió su maleta y sacó el cañón de su rifle *express*, el guardamanos y la culata; en tres precisos movimientos montó el arma para, finalmente, cebar su ánima con dos imponentes proyectiles tan grandes como sus dedos índice y corazón.

—Tigres, amigo Daniel. Y yo pienso cobrarme todos los que pueda. La última vez que estuve por estas latitudes uno de esos *gatitos* me dejó este peculiar recuerdo.

Se bajó el cuello de la casaca, mostrándome tres surcos que le recorrían la piel desde casi la nuez hasta el pectoral izquierdo. Tragué saliva y volví la cabeza para observar la comitiva que nos seguía: una procesión de cuatro elefantes y más de cincuenta hindúes. Ante nosotros una selva inmisericorde, infinita y que pondría a prueba nuestra resistencia, nos cerraba el camino.

XLIV
No se ganan los hombres con favores sin obras

Después de doce horas de balanceo a lomos del elefante, llegamos a los pies de los barrancos de Hatwij. En un claro a orillas del Bhima, y en menos de media hora, los porteadores —los cuales, en su mayor parte, eran de ascendencia nepalí e hindú más un pequeño, y heterogéneo, grupo resultante de sumar distintas etnias locales— levantaron el campamento.

Lord Jim era una astilla del mismo árbol que el capitán Solomon. Con sibilina astucia, y gracias a una clientelar red de favores, deudas y préstamos, podía conseguir de todo. Presumía de que los elefantes eran el *préstamo* de un chatria llamado Narendra Kobaj. El tal Narendra —por palabras de Jim— estaba en deuda con él desde que consiguió arreglarle un matrimonio de conveniencia con la hija de un brahmán. Las tiendas que cubrían nuestras cabezas eran las reservadas en el almacén de la fuerza expedicionaria del ejército británico en Bombay. Jim dejó caer que dichas lonas eran el *obsequio* de un coronel —soslayó el nombre con un guiño— al que pilló desviando a su bolsillo parte de la soldada de las tropas. Todo lo demás, los alimentos, las armas, la ginebra y los porteadores, era un *ajuste de cuentas* con la HEIC. Con este *arriendo* zanjaron la cuestión que desde hacía años arrastraban, y que no era otra que la desaparición de varias toneladas de opio que jamás llegaron a China.

A Lord Jim —que en realidad no era Lord ni tenía parentesco

alguno con la aristocracia— le gustaba, al igual que a Solomon, vivir bien. —Y ahora que lo pienso; ¿hay alguien a quien, voluntariamente, le guste vivir mal?—. El asunto es que a Jim le deleitaba comer bien, beber mucho y bueno, rodearse de mujeres hermosas, vestir a la moda y apostar a los naipes, a las carreras de caballos o a cualquier cosa que supusiese un desafío.

Después de vaciar varias cantimploras de ginebra con agua tónica su lengua tuvo un traspié y nos confesó que su pasión por las apuestas le había llevado a contraer con un pasante una deuda de más de diez mil libras, lo que era una pequeña fortuna inalcanzable legalmente para un simple capitán. Solomon, como buen amigo, se ofreció a saldar parte de esa deuda, pero Jim se negó en redondo aduciendo que tanto el pasivo como el problema eran patrimonio propio.

En el suelo, sobre los rescoldos de las hogueras encendidas para espantar a los demonios, los *invisibles* prepararon la cena que los *dalits* —supervisados a su vez por los nudos de los látigos de los *vaishias*— nos habían servido.

En un plato de latón con varias concavidades, conocido como *thali*, nos sirvieron un guiso de lentejas (*dhal*), una especie de menestra de verduras que llaman *curry*, muy especiada, y también saboreé el *paneer*, muy parecido al requesón. El profesor Abú se entregó a la deliciosa *pakora* de verduras rebozadas y al arroz *basmati*. Este se lo sirvieron regado con una salsa tan fuerte y picante que, después de invitarme a probar una cucharada, estuvo a punto de salirme humo por las orejas. Me sorprendió que la dieta estuviera compuesta, en su mayor parte, por legumbres, especias, hortalizas, verduras y, ocasionalmente, leche y algún huevo.

Después de saciar nuestro apetito y asentar el alimento con un digestivo local de la inagotable bodega de Lord Jim, nos retiramos a dormir en las tiendas. El cantar de los grillos, el chisporrotear de las brasas y —para mi desgracia— el irritante olor fruto del meteorismo intestinal de Turing nos acompañaron hasta el despertar.

XLV
El rugido de la selva

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. (Pedro 5:8-9:)

De los grillos alegre era el grillar,
oía a las percas del río saltar,
arrullaba halagüeño el cauce al pasar,
silbaba el viento en la lona al mudar,
crepitaban los rescoldos como si fueran sal…

Y entonces abrí los ojos.

—No se mueva —silabeó Turing en un susurro acre.

Con la mano izquierda me tapaba la boca. Estaba tumbado de costado, dándome la cara, y su brazo derecho, a modo de arbotante, le sujetaba la cabeza. El reposado brillo de las brasas de la hoguera se colaba por la apertura de la tienda iluminando sus pupilas; en ellas ardía un reflejo de tinieblas y castigos.

Cuando creyó conveniente asintió y, muy despacio, apartó la mano para posarla en el guardamanos del rifle que hacía la función de raya fronteriza entre nosotros. Alguna exuberante ninfa debía de esconderse en el metal del arma, pues la mano de Turing recorrió el acero con una delicadeza solo comparable a las manos de Romeo cuando acariciaba a Julieta. Llegó a la pasión del rifle; esto es, el

pistolete y, con cuidado de amante, cerró la mano en torno a él. Miró por encima de mi hombro y sus labios volvieron a apenas insinuar «despacio». Me giré lento, como agua pantanosa y, con espanto, observé, proyectada en la tela de la tienda, la sombra majestuosa, abominable y terrorífica de un devorador de hombres. Avanzaba sin perturbar la hierba, lentamente, ronroneando, abriendo y cerrando sus fauces, exhibiendo orgulloso los puñales que la naturaleza le había otorgado.

Entonces me di cuenta de que los grillos ya no grillaban; de que las percas ya no chapoteaban; de que el cauce ya no murmuraba y de que el viento había dejado de ulular. Solo se escuchaba la poderosa respiración de una bestia de media tonelada saboreando el inminente bocado. Volví a girarme hacia Turing y, en la lona que estaba a su espalda, no vi una, sino dos sombras avanzando. Turing me indicó que cogiera mi arma; la desengarcé de la cintura y me la acerqué al pecho sin amartillarla.

—Quieto, quieto. Son nictálopes. Vamos a dejar que pasen —susurró, y un grito infrahumano se escuchó fuera—. Mierda… ¡Tigres! —gritó con todas sus fuerzas, se levantó y, de un tirón, arrancó la tela que nos cubría—. ¡A las armas! ¡A las armas!

Estábamos rodeados de tigres por todas partes. Puede que fueran diez o puede que las sombras los multiplicasen por tres.

En un pestañeo la quietud de la noche se hizo pedazos para transformarse en una desconcertante locura de gritos, disparos y carreras. Los porteadores, aterrados, gritaban buscando algo con lo que defenderse; los elefantes, agitados por los gritos, comenzaron a encabritarse y a embestir contra las tiendas. A unas yardas de nosotros varios devoradores descuartizaban vivo al hombre que aquella noche tenía que velar por la seguridad del grupo. Otras bestias se abalanzaron sobre los nepalíes; estos intentaban huir, pero les clavaban las garras en la espalda y tiraban de ellos con una saña sin igual. Turing apuntó a uno de los animales, disparó, y el demonio cayó a plomo sobre los restos desmembrados de su víctima.

—¡Por detrás! —grité al ver por el rabillo del ojo a una sombra abalanzándose sobre nosotros. Levanté el arma, disparé varias veces

y su cuerpo cayó a nuestros pies—. ¿Cómo es posible? —pregunté sin dar crédito a lo que mis ojos observaban. El animal, el ser, el demonio, la bestia o criatura que fuera y que yacía agonizante a nuestros pies, era un tigre blanco rayado en negro. De sus colmillos goteaba sangre y esa misma sangre era la que teñía de rosa su blanco cuello, orejas y hocico. Turing le asestó una patada y dijo:

—¡Siga matando! —Abatió la báscula de su rifle y dos vainas vacías salieron volando dejando tras de sí una estela de humo. Echó mano a la canana y recargó—. ¡Vamos! ¿A qué espera? ¡Dispare!

Entre el barullo empecé a buscar un objetivo. Vi que una de esas criaturas, ignorando el dolor, cruzaba como una exhalación sobre los rescoldos de las hogueras generando una lluvia de pavesas; quería cenarse a Solomon. Pero el capitán también lo vio; apuntó y lo postró de dos certeros disparos. Los porteadores comenzaron a organizarse en grupos y con hachuelas, cadenas, piedras y *ańkuśas* rodearon a varias alimañas para asaetearlas con puyazos traicioneros. Las bestias, al sentirse heridas, se giraban nerviosas, profiriendo aterradores rugidos, buscando al responsable de su dolor.

—¡Ayude al negro!

Miré a mi izquierda; en el suelo estaba Koopha luchando contra un mastodonte de puro músculo. El tigre se había abalanzado sobre él intentando morderle el cuello, pero Koopha había logrado meterle en la boca el mango de un hacha y no podía cerrar sus fauces. Nuestro valiente amigo intentaba resistir, pero la portentosa fuerza maxilar del animal terminó imponiéndose.

El tigre agitó violentamente la cabeza y, con la boca ya libre, volvió a atacar su cuello. Koopha abrazó con sus piernas el cuerpo de la bestia mientras le propinaba unos puñetazos que sonaban a pedradas. Ambos empezaron a rodar por el suelo.

—¡No puedo disparar! —grité apuntando mi arma al barullo. Cuando tenía enfilado al tigre Koopha se revolvía y, donde estaba el animal, aparecía mi negro amigo. Y así varias veces.

El hombre contra la bestia, el ansia de vida contra la implacable naturaleza. Uno maldecía y gritaba y el otro rugía y aullaba; uno entregaba golpes y puñetazos y el otro mordiscos y zarpazos.

Cuando el tigre casi había logrado doblegar a nuestro titán, este bramó y le metió las manos en la boca. Con toda la fuerza de sus brazos tiró sañudo intentando descoyuntar al demonio. Pero este era pesado y se valía de su corpulencia para acercarse peligrosamente a la cabeza de mi amigo.

—¡¡¡*Hoka hey… Hoka hey… Hoka hey!!!*

Taloq se acercaba corriendo a largas zancadas. Rebosando valentía saltó sobre el lomo del tigre estrangulándole el cuello con el brazo izquierdo al tiempo que empuñaba su cuchillo en la mano derecha. El animal, al sentirlo, comenzó a sacudirse con violencia, intentando zafarse del agresor, pero Taloq no estaba dispuesto a soltarlo. Su brazo armado comenzó a subir y bajar, ocultando repetidas veces el filo del puñal en la carne del tigre. La sangre comenzó a regar la tierra y esta, a la luz de la luna, parecía betún. La bestia, desangrada, acabó cayendo como las columnas del templo de los filisteos, solo que en esta ocasión nuestro particular Sansón pudo salvar el pellejo.

Una algarabía se desató en el campamento; el hombre se había impuesto a la naturaleza y la manada de devoradores yacía muerta. Aquellos que no habían sido segados por las garras celebraban que podrían ver un nuevo día.

—Solo cinco, maldita sea mi suerte, solo cinco —repetía Turing con pesar, agachado junto al cuerpo de uno de los animales, con el rifle sujeto debajo del brazo y la cabeza negando la desgracia de no haber sido él quien acabase con todos.

—¡Tenemos un polizón! —dijo Jim arrastrando del brazo a Hannut. Ella se revolvía soltando patadas y codazos.

—¡Quieta! —La amenazó levantando la mano—. ¡He dicho que te estés quieta!

Cargó su brazo para entregarle un bofetón pero, en el último instante, pude pararle la mano.

—¡Detente!, es amiga nuestra.

—¿Qué dices? ¿Cómo va a ser esta salvaje amiga de nadie? ¡No me arañes, niña!

—La salvamos en Reunión. Iban a matarla.

La miró extrañado y la soltó.

—Está bien, pero vigílala.

—¿Cómo has llegado aquí? —le pregunté a Hannut—. ¿Te encuentras bien?

—Se encuentra perfectamente. Ha venido oculta en uno de sus baúles, en el del persa. Supongo que se metió en él durante algún despiste.

Jim abrió el tambor de su revólver, se sentó en un tonel y dejó caer las vainas vacías para proceder a reponerlas.

—Esto no estaba en los planes, Solomon.

—Lo sé. ¿Y qué podemos hacer? —dijo Solomon enfundando las pistolas—. No vamos a dejarla abandonada en mitad de la selva. Eso desde luego que no.

—Amigo, yo no, soy como vuestro condenado jefe. Aún me queda algo de alma entre las uñas de los pies, o eso creo… Pero esto cambia las condiciones de nuestro trato. Es una cabeza más, que implica una responsabilidad más y…

—Jim, déjate de rodeos o acabarás pareciendo un condenado político. ¿Cuánto quieres?

—Cincuenta libras por los portes del nuevo paquete, y lo tendréis que vigilar vosotros. Yo no respondo de la integridad de una mujer y menos si es joven, y nunca si es negra. —Terminó de meter las balas en el tambor y, de un golpe de muñeca, lo cerró—. ¿Habla nuestro idioma?

—Un poco —respondí.

—Pues dile que ayude a los porteadores a recoger, nosotros enterraremos a los muertos… o lo que los tigres hayan dejado de ellos. —Miró su reloj—. Esas alimañas son nocturnas; no creo que vuelvan a atacar en lo que queda de noche, que es poco. El sol saldrá dentro de un par de horas. —Buscó por el suelo hasta encontrar su salacot, lo recogió, y se lo puso—. Bueno, ¿qué? ¿Nos ponemos manos a la obra? Tengo ganas de encontrar lo que vengamos a buscar y volver a mi cama, con mi ginebra, mis mujeres… y mi dinero.

XLVI
El último viaje de Vasco de Gama

Conforme nos acercábamos a Hatwij, la selva se fue tornando más y más frondosa. Esta espesura dificultaba el avance de nuestros paquidermos, así que decidimos quitarles las cestas y dejarlos en libertad. La marcha continuaría a pie. Los porteadores nepalíes —equipados con un tipo de sables cortos de gran filo curvo y lomo grueso a los que llamaban *khukuris*— avanzaban a la vanguardia del grupo haciendo camino con sus armas.

Tanto me admiró el tesón, esfuerzo y trabajo de estos hombres que sería injusto que continuase sin dedicarles unos minutos de mi testimonio. Y más siendo el tiempo un recurso que ya no me va a faltar. Los nepalíes eran unos hombres de talla pequeña, apenas llegaban a medir lo que un occidental en la pubertad. Pero al vislumbrar la vejez —más o menos sobre los cuarenta años— tampoco mermaban. No piensen que por ser enjutos son débiles, pues estos hombrecillos —y digo lo de *hombrecillos* con todo el cariño de mi corazón, sin afán peyorativo, pues, como digo, solo me infunden respeto y admiración— son fuertes como robles, astutos, decididos, muy valientes y tremendamente sacrificados. Durante largas horas diez de ellos se turnaban en grupos de cinco para avanzar por la impenetrable selva. Sus *khukuris* segaban con pasmosa facilidad hierbas, juncos, helechos y bambúes. Además, al igual que cualquiera de ustedes conoce cada rincón de su casa, ellos conocían perfectamente la selva y a la innumerable constelación de criaturas

que la habitaban. Valga como ejemplo que, cuando Lawrence se dispuso a aplastar con la suela de su zapato a un horrible arácnido de lomo a franjas amarillas, lo detuvieron en el acto, ya que con los jugos de su cefalotórax destilaban un potente antiespasmódico que había aliviado innumerables fiebres entre los de su pueblo. Complacido por nuestro insaciable afán de saber, uno de los viejos nepalíes —que parecía haber envejecido de la mano de Matusalén— se prestó a enseñarnos. Tomó una de las serpientes que reptaban entre los juncos partidos y, sujetándole la cabeza, nos mostró los colmillos, finísimas agujas, con los que inoculaba el veneno a sus víctimas. Nos dijo que una gota de aquella ponzoña disuelta en el agua de bebida podría acabar con la vida de más de Cien hombres entre terribles sufrimientos, pero eso a él no le importaba, puesto que de un cordel anudado a su cintura colgaba una bolsita de cuero en la que guardaba una tierra muy especial: cuando una víbora les mordía, rápidamente tomaban un poco de esta tierra, escupían sobre ella y formaban un barro que ponían sobre la mordedura y que, instantáneamente, absorbía la ponzoña, convirtiéndose en una piedra.

Los nepalíes son, como les he dicho, un pueblo fascinante.

—¡Un momento! —gritó Abú, y la columna se detuvo. Miró su plano, tomó la brújula y buscó el sol—. Increíble.

Solomon se interesó:

—¿Qué sucede, profesor?

—Creo que hemos llegado.

—¿Cree? —dudó Turing.

—Sí, creo —respondió Abú confundido—. Miren ésto. —Nos mostró la brújula y su aguja magnética bailaba, enloquecida, en todas direcciones—. He tratado de posicionarnos con el sol, pero… —miró hacia arriba— las copas de los árboles no dejan verlo. Señor Jim, usted ya estuvo aquí, ¿sabe si estamos cerca de la posición?

Lord Jim resopló.

—Imposible —cortó tajante.

—¿Qué está diciendo?

—Sí, como lo oye; estuve aquí hace medio año, tras esa cosa que

buscan, y los matorrales eran tan densos que ni con un ejército de hombres podíamos abrirnos paso. Decidí regar la zona con galones y galones de queroseno, luego le prendimos fuego, ¡buuuummm! —Imitó una deflagración con las manos—. Quemamos hasta las raíces, dejando un solar carbonizado. Y ahora estamos aquí y no veo rastro de nuestra quema por ningún sitio. —Se quitó el salacot y se enjugó el sudor—. ¿Sabe qué creo? Creo que lo que dicen estos renegados del Himalaya es cierto. Creo que hay algo en el agua, o en la tierra, que empuja a la vegetación a crecer con el mismo ímpetu que tendrían si mañana fuese el día del juicio final, y dependiese de la longitud de sus tallos el no ser juzgados como pecadores. Pero claro, solo son plantas y eso es imposible.

—Pues están creciendo —murmuró Solomon, observando el corte reciente en un bambú.

Me acerqué y pude ver cómo crecía la madera por instantes. Miré al profesor y él me devolvió la mirada. Ambos comprendimos qué era lo que hacía crecer a las plantas con aquel vigor.

—¿No recuerda nada, Lord Jim? —prosiguió Abú—. ¿Algún accidente geográfico?, ¿alguna piedra?, ¿alguna hondonada? ¡Algo!

—Bueno… Buff, recuerdo el correr del aguá. En aquella dirección. —Señaló vagamente—. Creo que hay una catarata.

—¿Cómo no lo dijo antes?

—Oiga, un respeto. Trabajo con sus mapas. Usted señaló esta posición —dijo tontamente indicando el suelo—. No dijo nada de cataratas.

—Incompetente.

—¿Qué ha dicho? —Lanzó una mano al arma.

—He dicho que es usted un incompetente —Abú se enrocó en su posición.

—¡Retire eso, maldito persa!

Sonó un disparo.

—¡Quietos! —advirtió Solomon, volviendo a enfundar su arma —. La próxima vez no será el cielo el que encaje mi disparo sino uno de ustedes. Jim, indícales a los porteadores por dónde tienen que ir.

Jim blasfemó.

—Está bien, *amigo* —farfulló pasando a su lado.

Tras otra larga hora avanzando por aquella tupida selva empezamos a oír el discurrir de un arroyo. Esto avivó las fuerzas de los nepalíes y redoblaron el afán con el que blandían los *khukuris*. Una inmensa caída de agua apareció ante nosotros. Movidos por la desesperación, el calor, el cansancio y la sed, tiramos al suelo nuestros bártulos y corrimos a lanzarnos, vestidos, a las turquesas aguas de la charca en la que el salto de agua moría.

—Me hacía falta un buen baño —proclamaba Solomon frotándose la cara y riendo.

Aquel claro en la espesura de la selva era un vergel rebosante de vida. Llegué a imaginarme que de un momento a otro aparecería Eva caminando hacia Adán con una manzana en la mano. Cientos de aves de especies distintas revoloteaban por el cielo, se posaban en las ramas de los árboles buscando alguna baya con la que alimentarse y volvían a emprender el vuelo. Las había de plumajes iridiscentes y picos cortos y negros; de vivos rojos brillantes y picos amarillos; otras, las que más, eran como pequeños periquitos de color verde fulgurante.

Tomé aire y me sumergí. Bajo el agua, y a lo lejos, veía el torrente que se precipitaba desde la loma. El agua entraba con fuerza generando nubes de cristalinas burbujas y pequeñas olas que, suaves, pasaban sobre mi cabeza. Agoté el aire, ascendí, y me aventuré a nadar hasta el pie de la cascada. Siempre he sido un buen nadador y allí me sentía cómodo. El sonido del agua estrellándose contra las rocas era ensordecedor. Me tapé los oídos con los dedos y dejé que el torrente me alcanzase de lleno. Noté su fuerza azotándome en el cuerpo y en la cabeza, pero no era algo doloroso. El agua, refrescante, masajeaba y tonificaba mi cuerpo. Cerré los ojos y me dejé abrazar por la naturaleza.

Al rato, hidratado y relajado, salí del pie de la cascada y nadé hacia la orilla.

—¡Profesor! El agua está riquísima, ¡métase! —le anuncié a Abú.

Estaba sentado en unas rocas, sujetando el mapa, buscando en el

papel lo que no encontraba en el entorno.

—No puedo, Daniel. ¡Jim! ¡Lord Jim! ¿Es este el lugar? ¿Está seguro?

Lord Jim, despreocupado, braceaba y se zambullía en el agua. Cogía un sorbo con la boca y la escupía en arco. Aquel juego infantil le divertía.

—¿No me va a responder?

—¡Ya le he respondido! —dijo Jim—. ¡Aquí no hay nada! Sus mapas están equivocados.

—No puede ser —se desesperaba Abú.

—¡Hannut! ¿No te bañas? —grité, pero ella permanecía inmóvil mirando la cascada. Parecía preocupada y decidí salir del agua para preguntarle qué le pasaba—. ¿Estás bien, Hannut?

—*Erulla, olbeup neerg. Ryxile* —dijo ella señalando a la cascada. Se percató de que no la comprendía y, haciendo un esfuerzo, buscó las palabras que pudieran comunicarnos—. Piedra verde, agua, bruuuuuuu. —Gesticulaba y sus manos formaban una imaginaria cortina de agua.

—¿Piedra verde?

Señaló mi pecho; la humedad de la camisa dejaba que se viera la máscara. Recordé el consejo de Abú y me anudé al cuello mi pañuelo para intentar que no se viera.

—Piedra verde. *Ryxile*. —Volvió a señalar la cascada.

—¡Profesor, venga!

—¿Sí, Daniel? —Se acercó sin levantar la vista del mapa—. Hijo, estoy muy ocupado…

—Ella sabe dónde está.

—¿Qué has dicho? —Me miró.

—Creo… creo que ella sabe dónde está el fragmento. Dice que detrás de la cascada.

Abú observó la catarata y asintió:

—Hay que intentarlo.

Solomon, Jakob, Turing, Abú y yo decidimos ir a explorarla catarata, los demás nos esperarían en la orilla. Rodeamos el pequeño lago hasta llegar al torrente y, una vez al pie de la caída, trepamos

por los riscos hasta una cornisa que el desgaste del agua había generado. Abú comenzó a explorar las rocas de la pared:

—Es gneis —comentaba el profesor palpando las piedras—. Del mismo tipo que abunda en toda la comarca.

—¿Ve algo más, profesor? —preguntó Solomon.

—Nada. —Se enjugó el agua de la barba—. Pero… —Se contrarió.

—Ya ha visto lo que quería. ¡Volvamos! Este no es el mejor lugar para…

—¡Un momento! Un momento, capitán. —Abú observó la cascada, retrocedió dos pasos para tomar impulso y se lanzó contra la cortina de agua.

—¡Abú! —gritó Solomon intentando retenerlo, pero ya era demasiado tarde; había desaparecido—. ¡En el lago! —Miramos, pero en el agua no había rastro de él.

—¡Amigos! —Escuchamos la voz de Abú desde el otro lado de la catarata—. ¡Salten con fuerza! ¡Sin miedo!

—¿Qué dice?

—¡¡Salten sin miedo!!

—¿Dice que saltemos? —preguntó Turing perplejo—. Ha perdido el juicio.

—¡Voy! —gritó Solomon y tomando impulso, sin pensárselo, saltó.

—¿Tiene miedo, Turing? —dijo Jakob con donaire, ciñéndose la correa del rifle a la espalda.

—¿Miedo? —balbuceó dubitativo—. ¡Yo no temo a nada! —repuso airado, temiendo perder su fama de valentón. Jakob asintió con socarronería, tomó carrerilla, y, al grito de «*Acriter*», saltó—. Han perdido el juicio. Esto es una insensatez de la que no pienso… ¿Adónde va? —Me cogió de la manga.

—Tras ellos.

Tomé carrerilla y salté; atravesé la cortina de agua y fui a caer de bruces contra el suelo. La fuerza del agua había destruido parte de la cornisa ocultando tras la cascada un tramo levemente inferior. Desde fuera parecía que el camino terminaba, pero era solo en

apariencia.

—¡Arriba, guardiamarina! —Solomon me ayudó a ponerme en pie—. ¿Y Turing? ¿No viene?

—¡¡Apartaaaaad!! —gritó el matemático, cayendo sobre nosotros.

—¿No decías que no venías? —dijo Jakob, ayudándonos a salir del entuerto.

—¿Y permitir que os pase algo? —Flemático, se recompuso la ropa—. ¿Dónde estamos?

—Es una especie de gruta —apreció Abú.

Se rasgó parte del forro de seda de su guerrera y del suelo tomó un palo; enroscó la seda a la madera y se quedó pensativo.

—Turing, ¿tiene algo de ese licor tan fuerte que acostumbra a beber?

—¡Así me gusta, profesor! —dijo Turing abriéndose la casaca con entusiasmo y sacando una petaca de reluciente peltre—. ¡Por fin decide ignorar todas esas supercherías religiosas y adoptar la verdadera fe! ¡La fe en el alcohol!

—No diga sandeces.

Tomó la petaca, la abrió y vació su contenido en la seda.

—¡Qué hace! Primero el salto y ahora esto.

—Iluminar nuestro camino. La seda arde muy despacio —respondió, devolviéndole vacía la petaca.

Jakob le pasó su pedernal y, tras robarle unas chispas con el filo del cuchillo, la antorcha prendió.

—Avancemos.

Con el profesor encabezando el grupo, comenzamos a explorar la gruta. Detrás de la catarata, excavada en la dura roca, había una galería. Conforme avanzábamos y la luz nos iluminaba, empezamos a escuchar los chillidos de los miles de murciélagos que colgaban del techo.

—¡Ratas voladoras! —gruñó Turing.

—No se queje tanto y vigile dónde pisa. Los excrementos de esos animales son sumamente resbaladizos —indicó Solomon.

—Además la inmundicia de esas criaturas atrae a más animales

—comentó Jakob quitándole al capitán, con el cuchillo, el ciempiés de diez pulgadas de largo que había empezado a treparle por la espalda.

—Gracias, Jakob. Profesor, ¿está seguro de que aquí encontraremos algo?

—Quiero creer que sí.

Seguimos avanzando hasta llegar al final de la galería. Salvo por la luz de nuestra antorcha la oscuridad ya era total. El sonido de la cascada había pasado a ser un murmullo lejano, al igual que el chillar de aquellas ratas aladas.

—Este es el final del camino, profesor —estimó Turing.

—Tiene que haber algo más —comentó Abú—; tome esto. —Le pasó la antorcha a Jakob y comenzó a examinar la pared—. Ilumine a mis pies. He tropezado con algo. —Acercó la llama y esta iluminó la mortaja de un cuerpo.

—¿Qué narices…? —dijo Solomon agachándose—. Es… ¿Una momia?

—Eso parece —evaluó Jakob—. Tiene una tablilla. —La cogió —. Es un epitafio.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque puedo leerlo.

—¿Qué dice? —Abú lo tomó de sus manos—. ¡Está escrito en portugués!

Jakob se acercó y, tras unos segundos de estudio, comenzó a traducir en voz alta:

—*Bienaventurado aquel que ha llegado a encontrar mis huesos pero siento decirle que solo mis huesos se llevará…* Esto no pinta bien. *Estimado amigo, aquel que reposa ante ti en el último sueño y esperanzado en la vida eterna es el virrey de la India, conde de Vidigueira y almirante Vasco da Gama*. —Nos miró y continuó leyendo—. *Navegué océanos, crucé ríos como mares, descubrí tierras y conocí a sus gentes y sus culturas, pero el mayor afán de mi corazón siempre fue encontrar la fuente de la eterna juventud. Esa búsqueda, esa secreta desesperación que he albergado siempre en mi alma, me ha llevado hasta esta pared de inexpugnable piedra*.

Ya no tengo más fuerzas. Las fiebres que he adquirido durante la búsqueda por estas tierras no remiten y temo que pronto se cobrarán mi vida. He dado órdenes a mis hombres de que tras mi expiración me amortajen y depositen mis restos en la meta más lejana que este navegante temeroso de Dios llegó a alcanzar.

Vasco da Gama, 24 de diciembre de 1524.

—No soy historiador pero, si no recuerdo mal, los restos de Vasco están en la iglesia de un convento en Portugal —apuntó Solomon.

—Quizás no sea el navegante —murmuró el profesor, examinando la tablilla a la luz de la llama.

—Solo hay una manera de saberlo. —Turing tomó el cuchillo de su polaina y comenzó a rasgar la mortaja. Después de varios tajos longitudinales logró abrir un espacio por el que introdujo las manos y rasgó el lino. Dentro estaba la calavera de un hombre, así como unas cuantas monedas de oro, varios crucifijos y rosarios y los restos de lo que un día fue una espesa barba—. Parece que es él.

—Tengo una hipótesis —dijo Jakob—. Supongamos que estos son los verdaderos restos de Vasco de Gama y que el cadáver depositado en Portugal no es el suyo. Demos por cierto, también, que Gama realmente buscaba la fuente de la eterna juventud… —Nos miró—. Estamos dentro de una cascada, la fuente, y nosotros, a diferencia de este hombre —señaló el cadáver—, sí conocemos algo que puede procurar esa vida eterna.

—¿Sugieres que Vasco conocía la existencia de la máscara? —indagó Turing.

—Creo que sabía algo. Es descabellado pensar que conocía la existencia de la máscara pues, hasta ahora, dos de los fragmentos estaban enterrados en sedimentos a extraordinaria profundidad. En cambio los salvajes de Reunión poseían ese trozo desde hacía Siglos.

—Es una conjetura interesante —Abú tomó la palabra—. Vasco de Gama fue un gran navegante; quizás llegó a sus oídos el rumor sobre la gran longevidad de las gentes de isla Reunión y se obsesionó. Es posible…

—«Esta pared de inamovible piedra» —murmuró Solomon.

Palpó el final de la galería y comenzó a empujar. Jakob, Abú y Turing se unieron a él, pero la roca no cedía ni un pelo.

—Es imposible —dijo Jakob derrengado. Apoyó la cabeza contra el granito y suspiró.

—¿Han visto eso? —Señalé la pared—. ¿Lo han visto? Ha sido muy tenue.

Me acerqué a la pared y soplé el grueso polvo que la eternidad había depositado en ella.

—¿Qué ha visto?

—No estoy seguro, profesor. Me ha parecido ver un destello. Débil, muy débil.

Arañé con la uña y un estrecho surco empezó a desvelarse en la piedra.

—Déjeme ver. —El profesor se acercó—. No es el final de la galería. Silencio, por favor.

Pegó la oreja y comenzó a golpear con el puño de su alfanje en la piedra.

—Hay eco. Es sensiblemente flojo, pero hay eco. Esto no es una pared; es una puerta disimulada con granito… —Se quedó pensativo —. Apague la antorcha.

—No veremos nada —apreció Turing.

—Usted apáguela.

Obedeció y sopló la llama hasta ahogarla. Nos quedamos en completa oscuridad.

—Hace tiempo descubrí, de manera totalmente fortuita, una sustancia que se inflama con el más tenue destello de luz. En aquel momento no le encontré un uso práctico, pero más tardé pensé que podría usarla como fulminante para detonar explosivos a distancia. La he mezclado con nitroglicerina. Creo que puedo volar esta puerta.

—¿Lleva encima nitroglicerina? —Jakob se alarmó.

—No teman. Esa sustancia también estabiliza el explosivo, insensibilizándolo a los golpes y al calor, pero un brillo y detonará con toda su furia. Por eso llevo las probetas envueltas en seda negra. —Le oímos manipular en su zurrón—. Esto ya está. Señores; he

colocado una probeta en la base de la piedra, creo que será suficiente. Apartémonos. —Tentando la pared de la galería, con cuidado de no tropezar en algún saliente, caminamos hasta donde el profesor nos indicó—. A esta distancia estamos seguros. Capitán, acérqueme su pistola.

—Tenga, cuídemela bien.

—Será solo un instante. Agáchense, abran la boca y tápense los oídos. ¿Listos? ¡Fuego!

Disparó y el fogonazo del arma iluminó la gruta, logrando inflamar la mezcla. Un intenso destello blanco nos cegó y, acto seguido, el ruido y los gases de la explosión sacudieron nuestros huesos.

—¿Están bien? ¡Digan algo!

—Es difícil hablar con esta nube, capitán. Tengo los pulmones llenos de polvo.

—No es por el polvo (cof, cof, cof) —dijo Abú—; es por el fulminante. Una de sus desventajas es que es muy irritante. ¡Vamos, señores!

Nos ayudó a ponernos en pie y caminamos de nuevo hasta el fondo de la gruta. La explosión había abierto un enorme boquete; por todas partes había cascotes y restos de la mortaja del navegante envueltos en llamas.

—Hay luz. ¡Rápido!, ayúdenme a quitar los escombros.

Apartamos las rocas suficientes para poder gatear, de uno en uno, por el agujero. Al atravesarlo nos encontramos con una galería de más de treinta yardas de profundidad. Las paredes del corredor, largo y espacioso, estaban enlucidas con oro y en él reverberaba la luz que provenía del final. Intercambiamos una mirada de duda.

—No hemos llegado hasta aquí para quedarnos a las puertas del baile, señores —dijo Solomon avanzando, haciendo notar sus pisadas, con una pistola en cada mano.

Cruzamos el pasillo y lo que nos encontramos al otro lado nos dejó sin palabras.

Una cúpula de cincuenta yardas de diámetro en su base y sesenta hasta la clave. Estaba revestida, enteramente, de rojo. Imposible

poder admirar por entero la inmensa belleza de aquella sencillez. No había ningún elemento ornamental, solo un bermellón intenso, resplandeciente y vivo como la sangre, que cubría todo lo que nuestros ojos veían. En medio de la sala una solitaria lengua de fuego brotaba del suelo iluminando la estancia.

—Santa María —acertó a decir Jakob, persignándose—. Es… fantástico. He vivido media vida en Roma, conozco todos sus rincones, y sin embargo es ahora, después de estar aquí, cuando puedo decir que no existe una obra arquitectónica más bella que esta.

—Es topacio rojo —afirmó Turing examinando el suelo—. Según el geólogo Christian Mohs el topacio es uno de los minerales más duros.

—Déjame disfrutar esta maravilla, Turing.

—No lo entiendes, Jakob. Esta bóveda no está construida con losetas de topacio, pues no hay juntas ni tiene marcas de herramientas, a lo que hay que sumar que el topacio se fractura con facilidad y por eso es extraordinariamente difícil de tallar.

Solomon pasó la mano por la pared y habló:

—¿Qué quieres decir?

—Que estamos dentro de un topacio. Estamos dentro del topacio más grande del mundo… De la geoda de topacio más grande del mundo.

—Señores —Abú llamó nuestra atención—, ¿qué es aquello?

Al otro extremo de la bóveda, oculta por la gran llama que centelleaba presidiendo la sala, había lo que parecía ser una escultura humana. Nos acercamos.

—Es la estatua de un *sadhu*: un asceta, un monje hinduista —explicaba—. Siguen los senderos de la meditación para, a través de la contrición y la mesura, alcanzar el nirvana. La iluminación. Es el monumento más realista que he visto jamás. Esa postura en la que se encuentra se llama *padmasana*. Es característica de aquellos que profesan esta religión.

La escultura representaba a un hombre con los ojos cerrados en una postura sentada sobre sus piernas, cruzadas con cada pie ubicado

encima del muslo opuesto. —Yo ya había visto al profesor sentado así—. Los codos estaban pegados al cuerpo y las manos descansaban, cerradas, en su regazo.

—Es impresionante, parece real. —Me admiraba tanto que me acerqué a su cara para observarla mejor—. Señor Turing, ¿de qué material cree que está…?

La estatua abrió los ojos de par en par.

—¡Dios mío!

Di un brinco hacia atrás, tropecé y caí al suelo. Sus ojos, negros como la boca del lobo, no dejaban de seguirme.

Los hombres empuñaron sus armas, pero estas se volvieron candentes y tuvieron que tirarlas inmediatamente. Retrocedieron, estupefactos, un par de pasos.

—Es un hombre —advirtió Solomon.

El asceta parpadeó y ladeó la cabeza hacia nosotros. En el movimiento una pizca del polvo blanco que le cubría, dándole viso de estatua, se desprendió. Sonrió dulcemente y la costra de su cara se cuarteó. Dirigió los ojos a nuestros pies y observamos que, en el suelo, había esculpidas unas letras.

—Es latín —apreció Jakob.

—La primera lengua universal. ¿Qué pone?

—No lo sé, Solomon, es una forma muy arcaica. Elizabeth, ¿dónde estás? —Añoró desconcertado y se frotó los ojos—. Solo reconozco algunas palabras. Dice, dice… *Visitante, saluda al Gran Maestro Sajani Shikshak, guardián de la esquirla y que reposa en la sabiduría desde la primera luz del gran César*.

—La primera luz del gran César… —murmuró Abú.

—Se refiere al cometa César —señaló Turing—. Los antiguos pudieron ver su destello a plena luz del día.

—¿Cuándo ocurrió eso? —interpelé.

—En el año cuarenta y cuatro antes de Cristo.

—Profesor, ¿este hombre lleva dormido desde hace casi dos milenios?

—Dormido no, Daniel, en nirvana.

—¡Un momento! —nos interrumpió Jakob, y sopló el polvo que

se había acumulado sobre las letras—. Hay algo más: «… *responde y acepta el presente del guardián: ¿qué es la felicidad? Yerra y tu sangre regará la tierra*».

Un estampido seco rompió sobre nuestras cabezas. Alzamos la mirada; la cúpula de topacio rojo comenzó a resquebrajarse y un fragmento de varias toneladas se desprendió, cegando la entrada.

—¡Estamos atrapados! —gritó Turing.

—Es una cúpula de equilibrio, la diseñaron para que nadie pudiese escapar. Al entrar nosotros hemos desestabilizado su armonía —dijo el profesor.

—¡Vuele las rocas!

—La explosión demolería todo, Jakob.

Mientras mis amigos intentaban, inútilmente, apartar las piedras me quedé pensando en la pregunta; ¿qué es la felicidad?

—¡Daniel! Venga aquí, ¡ayúdenos!

—¡Un momento, capitán! ¿Qué es la felicidad?

—Déjelo, es imposible —gritaba Jakob—. Ese hombre lleva dos mil años durmiendo. No entendería nuestro idioma.

¿Qué es la felicidad?, seguía pensando. Entonces tuve una epifanía: «*Recuerda, oh Señor, que mi vida es como un suspiro, y que nunca más tendré felicidad*».

—La felicidad no existe —musité.

—¡Por el amor de Dios, Daniel, venga aquí!

—Tengo… ¡Tengo la respuesta! ¡Tengo la respuesta, capitán Solomon!

Soltaron las piedras que tenían en las manos y dejaron de preocuparse porque el cielo se derrumbase sobre nosotros; dejaron de preocuparse porque la tierra nos tragase; porque nuestras vidas terminasen y vinieron a mi lado.

—¿Está seguro, Daniel?

—Usted me ha enseñado a dudar de todo, profesor. No sé si será lo correcto, pero creo que es lo que debo hacer.

—Entonces hazlo, muchacho —me animó Turing.

Me giré, miré la negrura de los ojos del guardián, tragué saliva y hablé:

—Estimado maestro Sajani; no puedo responder a su pregunta pues la felicidad no existe. Solo existe lo bueno que podemos hacer para ayudar a los demás.

El guardián bajó la cabeza y abrió sus manos, permitiéndome coger el fragmento de la máscara que en ellas atesoraba. Me sorprendió la calidez de estas. Aquello para lo que había estado esperando durante milenios por fin había ocurrido. Esbozó una gratificante sonrisa y su cuerpo empezó a desmenuzarse rápidamente hasta acabar desapareciendo.

—Somos polvo en el viento —comentó Solomon.

La cúpula aumentó la intensidad de su derrumbe, el suelo temblaba y el estrépito pavoroso del topacio fracturándose sobresaltaba nuestras almas.

—¡Dentro de poco acompañaremos al hindú! —decía Turing cubriéndose la cabeza con las manos.

—¡La llama! —advertí—; ¡se ha apagado!

Corrimos al centro de la bóveda. El fuego del pebetero, que estaba en el suelo, se había extinguido dejando al descubierto la boca de un pequeño pozo.

—¡Salten! —ordenó Solomon.

—¡No sabemos qué hay ahí abajo! —replicó Jakob.

—¡Pero sí sabemos que aquí está la muerte! ¡Salten!

Rodeados por el caos y la destrucción, en un intento desesperado de salvar el pellejo, saltamos a la negra boca del pozo. Volamos durante unos segundos hasta que un caudal de agua helada frenó nuestra caída. Este nos arrastró y vapuleó en una oscuridad acuática; dimos tumbos, giros violentos y caímos por varias torrenteras más. Mientras intentaba no ahogarme escuchaba los gritos de mis amigos y el rugido incesante del agua. La corriente empezó a arremolinarse y a tirar de mí con fuerza, engulléndome hacia el fondo. Y llegó el silencio.

Ya no quedaba aire en mis pulmones. Trataba de mantener cerrada la boca, pero sería cuestión de un parpadeo que me viera obligado a abrirla para, en un acto reflejo, inspirar un fluido irrespirable.

Entonces la máscara pasó, prendida de la cadeneta que la unía a mi cuello, danzando ante mis ojos. Sin yo quererlo había soltado el fragmento del guardián que, en vez de extraviarse, se fusionó ante mí con el resto de la máscara. Un hilo de fuego recorrió el borde de ambas piezas, soldándolas en una unión perfecta. La máscara vibró y, tras un estampido que agitó el agua, redujo su tamaño a la mitad, quedando un solo elemento que cabía en la palma de mi mano.

Sobre mi cabeza un esperanzador destello de luz llamó mi atención y, con todas mis fuerzas, nadé hacia él. Nadé, nadé y nadé hasta un cielo que se me antojaba inalcanzable. Nadé hasta que mis pulmones exprimieron el último suspiro de cada alvéolo; hasta que mi cerebro solo pensaba en una palabra: imposible. Nadé hasta el límite de la resistencia y seguí nadando más allá del momento en el que mis brazos, extenuados, se rindieron. En ese preciso momento rompí la superficie del agua e inspiré, tosiendo y jadeando, una bocanada de aire tal que sentí mis entrañas expandirse en el pecho.

—¡El que faltaba! —escuché decir a Lord Jim mientras me arrastraba hasta la orilla. Me derrumbé y vi sus botas a dos palmos de mi cara. Se agachó y alcé un ojo; el brillo cromado del cañón de su arma me amenazaba la cabeza—. No me vas a dar problemas, ¿verdad, chico?

XLVII
Un hombre desconfiado

—¡Llevadlo con los demás! —ordenó Jim, y dos hombres que no conocía me cogieron por los sobacos y me arrastraron tierra adentro para acabar dejándome tirado, con la espesura de la selva a mi espalda, al lado del tronco de un cocotero.

—¿Estás bien, guardiamarina?

—¿Qué ha pasado, capitán?

—¿Hacéis todos tantas preguntas? —interrumpió un hombre de mostacho de ganchos, cráneo repleto de cicatrices y cejas ensortijadas—. Bla, bla, bla —gesticuló con la mano—; los ingleses perdéis la fuerza por la boca. Os encanta hablar; en el parlamento, por las calles… Habláis y no decís nada.

Bravuconeaba paseando arriba y abajo, subiéndose, de cuando en cuando, el pantalón. Era este tan viejo que ya no podía holgarse más, pero aun así no lograba ceñirse a su amplia cintura.

—Naughton, maldito bastardo. Tú eres más inglés que Ana Estuardo —le reprendió Solomon.

—¡No! —Se lanzó a por el capitán pero, al ver que este le sacaba dos cabezas de altura, se amedrentó en seco limitándose a señalarlo con el índice—. No vuelvas a abrir la boca o haré mandar que te corten la lengua y, usándola como cebo, pescaré un buen marlín.

—Duck Naughton —dije inocente, y se giró buscándome con sus diminutos ojos, engastados entre pómulos rechonchos.

Por lo que supe después, el pirata se sentía acomplejado por su

bizquera y le molestaba que le sostuviesen la mirada. Yo no lo sabía y, de haberlo sabido, habría intentado contenerme, porque me resultaba muy difícil apartar la mirada del juego errático y alocado de su pupila en el globo ocular. Por un instante me resultó simpático y me recordó los días en los que, siendo un niño, me llevaban al circo a ver al forzudo, a la mujer barbuda y al hombre elefante. La mínima simpatía que podría llegar a granjearme se esfumó con el tabanazo que me asentó en la cabeza.

—¡Deja al muchacho y métete con un hombre! —le retó Turing, atado en el suelo.

—¡Cállate, cerdo! —respondió airado—. No vuelvas a dirigirte a mí, despojo.

Me cogió del pelo y tiró con saña hacia atrás.

—¿Ves este cuchillo? —Apoyó la punta debajo de mi párpado —. Este cuchillo ha quitado más vidas que la viruela. Este cuchillo tiene hambre y tú pareces un buen bocado.

El aliento le apestaba a gatos muertos y sus dientes, un muestrario de caries y restos de comida a medio descomponer, temblequeaban amenazando con caerse.

—Tócale un pelo a mi guardiamarina y te mato —amenazó Solomon.

Naughton me soltó con otro empellón y, jugando con el cuchillo, comenzó a caminar entre nosotros.

—Un maldito persa. —Señaló a Abú con el cuchillo—. Un sarraceno parido por un dromedario y más feo que la diarrea de un cerdo. —Chascaba la lengua con aires de desaprobación—. Luego tenemos a un húsar acobardado. —Le asentó una traidora patada en las costillas, pero Turing, bizarro, ahogó el dolor con un gruñido—. Y a un cura arrepentido, *Dominus vobiscum* —dijo burlón mofándose de Jakob, y sus secuaces estallaron en carcajadas—. Es un grupo muy… ¿peculiar? ¿Es esa la palabra que usáis los *ilustrados*?

—¿Dónde están los porteadores?

—¿Esperas que vengan a ayudaros? Tengo que darte una mala noticia, Solomon. Los nepalíes ya no podrán seguir cargando con vuestras cosas. Querían hacer el descenso del Ganges, pero no

estaban muertos. Así que nosotros, muy cortésmente, les hemos *facilitado* su trance espiritual a la otra vida.

—Eres un animal.

—¿Me vas a dar lecciones a mí, Solomon? ¡¿Con qué autoridad moral?! —Alzó la voz para que todos le escuchásemos—. Me sermonea el hombre que le vendía armas, indistintamente, a mexicanos o a yanquis; me regaña el mismo hombre que atacaba barcos franceses llenos de colonos; el mismo hombre que traficaba con negros… Cuando me enteré de lo que le pasó a tu hijo no pude sentir pena pues sé que era el precio que tenías que pagar, aunque me sigue pareciendo un peaje demasiado barato. Y ahora quieres redimirte con una empresa que no llego a comprender. Dejémonos de rodeos. —Se pasó la mano por la cara—. Tu amigo me dijo que esta expedición vuestra busca un tesoro. Algo extraño y muy valioso. Que sea extraño me da igual pero si es valioso lo quiero para mí. —Se acercó a Solomon y le susurró—. El viejo ese que patrocina este tinglado vuestro se ha dejado muchos amarillos para traeros, y ahora se está gastando más en Bombay reaprovisionando ese bonito barco que capitaneas para él. —Se señaló el ojo—. Yo sé todo lo que se cuece en esta cloaca. ¡Todo! ¿Qué habéis encontrado en la cascada?

—Una dentadura para ti —apostilló Jakob.

Naughton le respondió con el dorso de su mano.

—¡Traed a la negra!

Uno de sus hombres tomó a Hannut por las ataduras y, con una zancadilla, la postró delante de Solomon.

—Mírala, ¿es guapa, verdad? Tiene una belleza extraña. No es tan salerosa como las pescaderas del mercado de Covent Garden, pero ya aprenderá… —Acarició su cara, ella temblaba—. No la voy a mondar como a una naranja pero sí te diré que mis hombres llevan meses sin pisar puerto y también te diré que, en ocasiones, son demasiado fogosos con las mujeres. No saben tratarlas con delicadeza.

—No te atreverás.

—¿Dónde está el tesoro?

—Tócala y te arranco la cabeza.

—¡Vaya! Sigues siendo un buen hombre. —Lo miró enajenado y restregó su asquerosa lengua por el carrillo de Hannut—. ¡¿Dónde está el tesoro?!

—Cuando les digas dónde está el tesoro nos matarán —dijo Jakob— y harán con ella lo que quieran.

—¡Cierra la boca, charlatán! —Naughton le asestó una patada —. No estoy hablando contigo.

—Ciérrese la camisa —me siseó Abú a la oreja en mitad del jaleo.

—¡Solomon! ¡No le diga nada! —vociferó Turing.

Solomon me miró e intuí que buscaba mi opinión.

—Dígaselo, capitán —susurré, y Solomon, apenado, asintió.

—¡Yo le diré dónde está el tesoro! —gritó Abú.

—¿Qué dice el sarraceno?

—Detrás de la cascada no había nada —prosiguió Abú—. Era una estratagema para despistar a los caza tesoros.

—No te creo, persa.

—¡Maldito moro traidor! ¡Sabía que nos traicionarías! —gritó Turing agitándose en el suelo, y Abú se estiró dándole un puntapié en la barriga.

—¡Cállate, torpe bola de grasa! ¡Por favor! —Se humilló ante Naughton—. Tiene que creerme. Solomon está cegado por la codicia, pero yo quiero seguir con vida. Tengo una gran fortuna que disfrutar y muchos libros por leer. No quiero morir por una entelequia.

—Está bien, persa —soltó a Hannut y se acercó a Abú—. Habla.

—No, no soy idiota. No hablaré hasta que esté en un lugar seguro.

—¡Digo que hables! —Le amenazó con el cuchillo.

—No hasta que se haga lo que digo. Quiero garantías.

—Garantías —miró a sus hombres y comenzó a reír—. El morito quiere garantías. —Introdujo la hoja del cuchillo en su boca —. Engáñame y te haré comida para peces, sarraceno.

—Lléveme al Prometeo y le haré un hombre inmensamente

rico.

—¿Cómo de inmensamente?

—Tan rico que no sabrá en qué gastar el dinero.

Naughton dudó.

—Está bien. ¡Nos vamos!

—¿Vamos? Ellos son un estorbo, ¡nos retrasarán!

—Mira, hijo de perra, estás hablando con un mentiroso y tu juego apesta a patrañas. No voy a renunciar a mi póliza de seguro. Si me mientes os mataré a todos. ¡Taylor! —Hizo una señal con la mano—. Mis hombres irán delante y usted nos seguirá con los suyos.

—¡Mira aquí, muchacho! —dijo uno de sus compinches a mi espalda. Me giré y, de un culatazo en la frente, me hizo perder el sentido.

XLVIII
Poder, traición y dinero

—¡Eh, chico! ¡Daniel! ¡Despierte! —escuchaba a Turing llamarme.

—¿Qué ha pasado? —Intenté abrir los ojos—. Me duele mucho la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Abú.

—¡Traidor! —espetó Turing.

—La traición es relativa —respondió el profesor—. Para Judas fue un buen negocio vender a Cristo.

—Después se suicidó. Le invito a que haga lo mismo.

—Sigo vivo, eso es lo único que me importa.

Logré abrir los ojos y vi que lo que tenía que estar arriba, las copas de los árboles y los pájaros cantando, estaba abajo, y que el cielo era la tierra de la selva, llena de hormigas y hojas. En esta peculiar tierra veía mis manos y mis piernas ligadas al tronco de un bambú. Delante de mí, sujetando en su hombro derecho un extremo del tronco, uno de los hombres de Naughton me lanzaba furtivas miradas de desconfianza. En el lado contrario del bambú, completando el dúo que cargaba conmigo, otro de los piratas. Mis amigos y yo íbamos como peces en lerchas, en fila india, por la selva. No llegaba a verlos, puesto que los cuerpos de los hombres y la frondosidad me lo impedían, pero podía hablar con ellos.

—No me esperaba esto de usted, profesor —dije indignado siguiendo su juego. Aún no sabía qué plan tenía, pero había logrado engañarlos a todos.

—Lo siento, discípulo. Nunca sabemos cuán bajo podemos caer. Yo tengo muchas cosas que perder. Siento que aprenda así la lección.

—¡Bastardo! —maldijo Turing alzando la voz—. ¿Quién me mandaba fiarme de un come hierbas? Si ya lo decía mi madre; ¡no hagas caso a ningún moro!

—¿Cuánto te han pagado? ¿Cuánto vale nuestra amistad, Jim? —oí que preguntó Solomon, y Jim le respondió:

—No te lo tomes como algo personal. Te voy a dar un consejo, aunque no vas a tener tiempo de aplicártelo.

—Puedes ahorrártelo.

—Es un consejo gratuito. Tienes un gran problema, *amigo*, y es que no sabes separar el corazón de los negocios. Eres un romántico. Cuando perdiste a tu hijo lo perdiste por el mismo motivo. Podías haberlo dejado internado en algún colegio de postín. Pero no, eso no va contigo, tenías que llevártelo a todas tus aventuras. Tenía que conocer el mundo de la mano de su padre… Pobre desgraciado.

—¿Cuánto te ha pagado Naughton? ¡Responde, miserable!

—¡Dinero! Escupo sobre el dinero. Cuando hace años apareciste por la puerta y empezaste a llenarme la cabeza con el poder que tenía el artefacto; su magia para sanar, la fuerza, la inteligencia, las visiones… ¿No pensaste que después de contarme todo eso quizás el dinero me sabría a poco?

—¿Y qué es lo que quieres?

—¡Poder! Quiero poder. Llevo mucho tiempo, demasiado, pudriéndome en este pantano perdido de la mano de Dios. Aquí la vida no vale nada y, ¿sabes? He aprendido una lección en todos estos años.

—¿Cómo ser un mejor traidor? Podías haberme pedido que intentase incluirte en la expedición.

—¿Y lo hubieras logrado? ¿Podrías haber convencido a Waterfall?

—No.

—¿Ves? Lo sabía. ¿Sabes qué he aprendido? He aprendido que el dinero, sin el respaldo del poder, no sirve de nada. Y ese viejo para

el que trabajas lo sabe. Uno puede ser inmensamente rico, pero es el poder, es el miedo, lo que domina los corazones de los hombres. Yo necesito dominar ese poder, yo aspiro a ese poder. Tiene que ser mío.

—Naughton jamás lo permitirá. Ese cerdo es más codicioso que tú… —Ya me encargaré de él cuando llegue el momento. Algo se me ocurrirá, como se me ocurrió recurrir a sus servicios.

—Pensaste que si encontrabas el artefacto te lo quedarías, ¿verdad? Pero no encontraste nada y decidiste llegar a un acuerdo con el bizco. Sabías cuándo vendríamos y desde dónde. ¿Te recuerdo que han muerto inocentes por tu culpa?

—Cállate.

—¡Hemos perdido hombres y amigos! ¡Tu codicia está costando vidas!

—¡He dicho que te calles!

Escuché el sonido de un puñetazo.

—Ya veo cómo pagas a los amigos.

XLIX
Un buen amigo

De esta manera, colgados como jabalíes, nos llevaron durante buena parte del camino hasta que tropezaron con una pequeña aldea de campesinos próxima a Bombay. Los hombres de Naughton saquearon el poblado a hierro, plomo y fuego. Sacrificaron el ganado y arrasaron sus cultivos. No dudaron en matar a todos los hombres y mujeres que se enfrentaron a ellos y, no contentos con la cota que había alcanzado su barbarie, la sobrepasaron abusando de sus hijas. Hannut, al ver aquella pléyade de atrocidades, se refugió a mi lado. Temblaba como una hoja en un vendaval.

Lord Jim pensaba el doble que Naughton, y lo convenció de que no era buena idea atravesar Bombay llevándonos atados y colgados de troncos de bambú. La presencia del ejército británico en las calles era constante, por lo que pisar la ciudad a cara descubierta habría sido una temeridad. Más pronto que tarde alguna patrulla los habría abordado para detenerlos y colgarlos.

Decidieron tomar las ropas de los aldeanos y hacerse pasar por un convoy de especieros. Después de engrilletarnos y amordazarnos con bocados nos metieron en varios carros que taparon con paja. Los piratas, atendiendo a las órdenes de su jefe, mantuvieron la disciplina y, milagrosamente, logramos llegar a la dársena en la que habíamos dejado fondeado el Prometeo.

—Si me la juegas te desollaré vivo —escuché, a través de la paja —. ¡Sacad a esos desgraciados!

Quitaron el forraje que nos cubría y, a empujones, nos tiraron de los carros. En el suelo nos quitaron las vendas y los hierros.

La noche se cernía sobre el puerto y, a lo lejos, en las tabernas, se escuchaba el cantar de las tropas inglesas. El puerto descansaba del ajetreo y el bullicio diario. El bizco me tomó de la camisa apoyando el revólver en mi cara.

—Un movimiento en falso, una mala jugada, una voz y les mato a todos. ¿Entendido?

—¡Han tardado! ¡Como siempre! —se quejaba Waterfall con su acostumbrada y avinagrada voz.

Claus lo ayudaba a bajar por la pasarela. Detrás de ambos estaba Víctor, fumando cabizbajo en su pipa, observando nuestra llegada.

—¿Quién es esa gente? —nos dijo cordial.

—¡La pieza, vamos, denme la pieza! —exigió Waterfall renqueando hasta donde estaba Abú y este no supo qué responder —. El barco ya está listo para partir. He repuesto todo lo que nuestro *querido* capitán arrojó para escapar de esos malnacidos piratas. ¿No me oye? ¡Quiero mi pieza! ¡Ya! —gritaba, intentando encaramarse sobre la punta de sus pies.

—Señor Waterfall…

—¿Y quién es esta gentuza? ¡¿Y los porteadores?!

Naughton bajó el arma y caminó hacia Waterfall.

—Yo soy el malnacido pirata.

Transcurrieron unos instantes hasta que Waterfall comprendió lo que estaba pasando. Esbozó una perversa sonrisa y habló:

—Así que es usted el que quiso darnos caza. —Miraba a Naughton por encima del hombro con una mezcla de curiosidad, desdén y asco—. He leído la *Histoire d'avanturiers qui se sont signalez dans les Indes* pero nunca había estado cerca de un pirata de verdad. Y eso que soy amigo de medio parlamento. No cumple con la manida imagen de los tatuajes, el parche y el loro en el hombro pero, *oy vey*, su pestilencia delata su condición.

—¿Y bien? ¿Qué esperaba el *caballero*?

—Me imaginaba algo más, no sé, fascinante. Quizás a un fornido hombre de mar, con un tricornio de cuero con plumas… y

en su lugar solo veo a un hobachón bizco y apestoso desecho humano. Es bastante desalentador, la verdad.

—¿No me tiene miedo?

—¿A usted? ¡Ja, ja, ja! —Rio con desgana—. Se estima en un precio muy alto. Estoy a las puertas de la muerte y ya me imagino qué es lo que busca aquí. Casualmente será lo mismo que yo ansío. —Estiró la cara—. Déjeme adivinar, ¡suelte ya mi brazo! —le ordenó a Claus—. Nuestro traidor es el caballero Lord Jim, ¿verdad, capitán Solomon? —El capitán apretó la mandíbula—. Lo suponía. No responda, su silencio habla por usted. —Usando las yemas de los dedos tomó con asco uno de los hilos de la camisa de Naughton y lo dejó caer al suelo—. ¿Cuándo aprenderán que no hay ningún ser humano en el que se pueda confiar? —Suspiró—. Veo que tiene tantos hombres como nosotros, pero cuenta con la ventaja táctica de que nos han pillado desarmados. No nos queda otra salida; hablemos de negocios, ¿qué quiere?

—Quiero esa cosa fantástica de la que me ha hablado su traidor.

—No se anda por las ramas. Apunta alto. —Enarcó las cejas—. La máscara, así como el poder que otorgue cuando hayamos podido completarla, es mía. Eso no admite discusión.

—Entonces no tenemos nada que negociar.

Tomó del brazo a Waterfall y lo arrastró con nosotros.

—¡Suélteme! ¡No me ponga las manos encima! —gritaba y pataleaba Waterfall.

—¿Qué está pasando? —advirtió el contramaestre Belmonte desde la cubierta, dejando ver el revólver que tenía en la mano. La voz corrió por el Prometeo y la tripulación, armada, se aprestó para el combate.

—¡No se preocupen! —dijo Solomon—. Contramaestre, dígales a los hombres que no ofrezcan resistencia.

—Pero… ¡capitán!

—¡No me discuta!

—Vosotros, vigilad a la tripulación —le ordenó Naughton a sus hombres—; no dejéis de apuntarles. ¡Traed al estirado de la pipa! ¡Persa, quiero el objeto!

—Me estoy imaginando lo que ha pasado y no me gusta nada —dijo Víctor.

—El profesor ha decidido cambiar de bando —señaló Turing—. El trabajo de media vida. ¿Qué va a darles?

—Todo —respondió Abú—. Estoy cansado de esta búsqueda. Naughton, necesito subir al barco.

El pirata asintió. Al pasar Abú al lado de Naughton este le dirigió unas palabras:

—No intentes nada. —Abú asintió y subió al Prometeo.

Unos minutos después apareció con un pequeño zurrón en brazos y su capa de gala cubriéndole los hombros. El detalle me extrañó, pues era su capa más querida y aquel momento no me parecía el más oportuno para vestir de etiqueta.

—¡Sabandija! —gritó Turing al verlo aparecer.

Abú cruzó la pasarela y dejó el morral en el suelo del puerto.

—Démelo —ordenó Naughton.

—No. Si lo quiere tómelo usted. Llevo mucho tiempo expuesto a él y su poder ya me está corrompiendo el alma.

—Cobarde supersticioso. Llevadlo con sus amigos. —Naughton caminó hasta el bolso y lo miró con indiferencia—. Tanto jaleo para un botín tan magro. Pocas riquezas puede contener algo tan menguado. —Miró a Jim—. Tú, acércate. Me duele la espalda y no me agacho bien. —Sonrió—. Dame la antorcha, yo te iluminaré y tú abrirás la bolsa.

—¿Y ese honor?

—Me he vuelto muy considerado. Ábrela.

—Está bien. —Se agachó, tomó la bolsa, la sopesó y miró al capitán—. Solomon, te prometo que cuando logre lo que quiero te compensaré. —Desabrochó la tira de cuero que cerraba la hebilla.

—No me digas que… —le murmuró Turing a Abú.

—Estimado amigo… —El profesor se alzó levemente la capa dejando ver las pistolas que llevaba prendidas—. Como bien sabes, no es oro todo lo que brilla y en ocasiones el brillo nos puede cegar.

—Profesor, jamás juegue al póquer. Miente fatal —respondió Turing.

—Dame el artefacto —dijo ansioso Naughton.

—Aquí solo hay probetas… —comentó Jim confundido.

Una detonación fuerte y seca barrió el muelle, tirándonos de espaldas. Turing y Solomon tomaron las pistolas de Abú y acabaron con nuestros carceleros.

—¡Disparad, bastardos! —oía gritar a Naughton entre el polvo.

Los disparos comenzaron a sucederse. Claus se lanzó sobre Waterfall protegiéndolo. Las balas silbaban pegando en las cajas y en los pechos de los hombres. Taloq y Koopha abanderaron a un puñado de marineros y, desde la cubierta, empezaron a repartir plomo.

—¡Doctor! —Turing le pasó el arma de uno de los vigías a Lawrence, desengarzó el cuchillo de su polaina y se lo lanzó a un pirata, clavándoselo en el cuello.

—¡Matad a Naughton! —gritaba Solomon, pero entre el humo, la locura, los gritos y los disparos no encontrábamos al bizco.

—¡¿Me buscabas, Solomon?! —gritó la negra silueta de Naughton, y un golpe de viento se llevó el humo que lo ocultaba.

Tenía astillas clavadas en el hombro y restos de cristales en la frente; la mitad de su cuerpo humeaba y su ropa estaba ensangrentada y hecha jirones. Pero la peor parte se la llevó su pierna izquierda, con trozos de fémur asomando por encima de la rodilla. Tenía pie y medio dentro de la fosa, pero reunió fuerza suficiente para levantarse y dirigir su arma contra Solomon.

Un disparo sonó por encima de los demás y de la frente de Naughton comenzó a manar un torrente de sangre. Tras él, con el arma aún apuntándole, estaba el señor Víctor.

—¡Han matado a Naughton! ¡Me rindo! ¡Piedad! —comenzó a implorar uno de sus hombres y, a su súplica, empezaron a unirse los demás.

Los disparos comenzaron a espaciarse hasta desaparecer. Los sicarios del pirata tiraban sus armas y alzaban los brazos en señal de rendición. Desde el Prometeo nuestros marineros bajaron en tropel con los rifles dispuestos y las culatas apoyadas en los hombros.

—¡Lord Jim está herido! —advirtió uno de nuestros tripulantes

portugueses.

Solomon corrió a su lado y yo detrás de él. En el suelo, cerca del cráter humeante que había generado la bolsa del profesor, en un charco de sangre, estaba Jim. O lo que quedaba de él. La escena era horripilante; había perdido las piernas a pocos centímetros de las caderas; dos muñones carbonizados ocupaban el lugar en el que estaban sus manos; tenía los ojos reventados; la cabeza escaldada, en carne viva, y, de su vientre le asomaban varias cuerdas de intestinos.

—Jim… amigo —dijo Solomon compasivo.

—Solomon, ¿eres tú? ¿Dónde estás?

—Sí, amigo, soy yo. Estoy aquí, a tu lado.

—Aún me llamas amigo —balbuceó con un hilo de sangre asomándole por la comisura de los labios. Solomon le posó la mano en el pecho y le dijo:

—Siempre serás mi amigo. Descansa.

Las escasas palabras que Solomon le dirigió no mitigaron el sufrimiento de sus heridas, pero creo que sí lograron apaciguar su espíritu. Lo que quedaba del semblante de Jim esbozó una tenue sonrisa, relajó el rostro y expiró dulcemente o, al menos, eso quiero pensar. El capitán le acarició el mentón con el dorso de la mano.

Waterfall insistió en subir al Prometeo y volver a hacernos a la mar, pero nos sublevamos e hicimos lo correcto. Con sábanas cubrimos los cuerpos de los muertos, buscamos el barco de Naughton y, a punta de pistola, encerramos a los piratas en la bodega dejando a dos de los nuestros a su cargo. Mientras tanto Solomon se acercó a la comandancia del puerto y dio parte de lo sucedido.

El nombre de Jim, aun sin merecerlo, quedó limpio. Solomon expuso a los soldados que, durante el intento de asalto por parte de Naughton y sus hombres, el capitán Lord Jim evitó que nuestro patrón, el insigne y acaudalado señor Waterfall, muriera alcanzado por una granada. El sargento de la comandancia conocía la fama de Jim y le costó asumir que él hubiera realizado semejante acto de valor. Pero la declaración de Solomon fue sustentada por el testimonio de Lawrence, dos de nuestros marineros y el mío propio.

Peor suerte corrieron los hombres de Naughton quienes, según se nos informó, serían acusados de piratería y ahorcados, para escarnio público, en la lonja del propio puerto.

Pero ese ya no era nuestro problema. Soltamos las maromas que ataban el Prometeo al puerto y continuamos nuestro viaje sin volver la vista atrás.

L
¿Y si pudieras hablar con tu yo del pasado?

—¿Está libre? —me preguntó el señor Víctor señalando la silla que a mi lado estaba en la cubierta.

—Siéntese, por favor —respondí.

—¿Qué lee? —Se interesó y miró el cuadernillo que tenía en las manos—. «*Parts en el siglo XX*», parece interesante. ¿De quién es?

—Es de un nantés, un tal Gabriel Jules.

—No lo conozco.

—Aún no ha sido publicada.

—¿Y cómo es que la tiene en sus manos?

—El señor Lawrence conoció al autor hace unos años. Según me ha contado, Jules padeció una indisposición durante un viaje a Escocia y el doctor lo atendió. Durante el tiempo que estuvo en su consulta trabaron amistad y, desde entonces, se cartean. El doctor Lawrence me ha dejado el manuscrito para que me entretenga.

—¿Y es buena?

Cabeceé.

—No está mal. Trata sobre un tal… —miré el cuadernillo— Michel Dufrenoy. Para mi gusto es un poco pesimista y delicuescente pero, después de haber tenido que sacrificar todos los libros escapando de los piratas, agradezco poder leer algo. El señor Waterfall no ha considerado oportuno restituir la biblioteca.

Víctor me oía pero no me escuchaba.

—Señor Víctor, ¿qué tal se encuentra?

Inspiró y habló:

—Poco a poco. —Se mordió los labios, aguantando un bolo de pena.

—¿Cree que la señora Elizabeth nos está viendo ahora?

—Es la gran pregunta.

Miró al cielo con Un anhelo de esperanza. Era el momento exacto en el que el día se apartaba dejando paso a la noche. Un impaciente lucero nos dedicó su primer destello.

—¿La ve? —Señaló la estrella—. Ahí está. Ha sido nombrarla y ella le ha pedido a Dios que nos regale tan singular brillo.

—¿Estará con Dios?

—No me cabe ninguna duda. Seguro que ha pasado de largo por el purgatorio, sin detenerse a mirar ni a escuchar los lamentos de los que serán juzgados, y, desde luego, sin que la tufarada del azufre del infierno impregne su piel. Simplemente ha caminado descalza sobre un lecho de nubes y ha entrado en el cielo. Sí, estoy seguro.

—Señor Víctor, cuando nuestro viaje termine, cuando completemos este rompecabezas que llevo encadenado al cuello y descubramos todo su poder y el misterio que encierra, voy a suplicarle al señor Waterfall que le devuelva la vida a Elizabeth. —Sonrió—. ¡Sí!, de verdad, señor Víctor. Se lo imploraré hasta que me sangren las rodillas. Será lo único que le pida.

—Es curioso —dijo dejando caer la cabeza entre sus manos—. Elizabeth y yo tratamos este tema infinidad de veces. —Lo miré sin comprender—. Teníamos nuestra residencia en Ogaryovo, a orillas del Moscova. Un sitio precioso. Era donde teníamos planeado criar a nuestra familia. Como usted ya sabrá, la crudeza del invierno ruso no conoce igual. Durante aquellas largas noches nos abrazábamos juntos delante de la chimenea, sintiendo la caricia de su calor y su hechizante crepitar. Era en esos momentos cuando, recordando los sinsabores de la vida, me sobrevenía la melancolía y fantaseaba con poder revivir esos pesares. Siempre me ha gustado la idea de darle marcha atrás a las agujas del reloj y prevenirme de las trampas que me acecharían. —Sonrió de nuevo, pero esta vez de corazón—. A Elizabeth le molestaba mucho que hiciera eso. Decía que, aun

pudiendo, no se debía contravenir la voluntad divina. *Pasará lo que tenga que pasar*; decía. Sigo sin comprenderlo. —Suspiró—. Ahora no está y ya no tengo a nadie con quien discutir.

—Me tiene a mí, señor Víctor.

Me palmeó la rodilla, se puso en pie y tragó saliva.

—El capitán Solomon me ha pedido que le informase de que hemos puesto proa hacia el sur. Es una de las escalas de nuestro particular mapa.

—¿Australia?

—Un poco más al sur. Vamos a la tierra helada, y no me refiero a la madre Rusia. —Saboreó el aire—. Tengo un sexto sentido para presentir el frío. Pero creo que el frío que nos espera me va a sorprender incluso a mí. Al menos ese viejo nefario logró aprovisionar ropa de abrigo. —Volvió a mirar al cielo—. Va a hacer una noche preciosa.

«Sí, realmente va a hacer una noche preciosa», pensé.

LI
Iceberg

El oficial de cubierta tañía la esquila y esta, obediente, avisaba a la tripulación del Prometeo de que era la hora del cambio de guardia. Sentí frío; me incorporé en la cama y cerré el portillo. El señor Víctor tenía razón: la brisa que entraba por las noches ya arrastraba un poso invernal que, sin darte cuenta, te helaba los huesos. Las tierras antárticas se intuían cercanas y no solo en la carne, sino también en la vista. La jornada anterior divisamos, flotando a la deriva y a media milla por la amura de estribor, un témpano de hielo desprendido, seguramente, de la banquisa antártica. Fue la primera vez en mi vida que pude observar una de estas perecederas catedrales de la mar; un regalo para la vista esculpido en agua por el cincel de los elementos. Al igual que los templos levantados por los hombres, este *vagamares* de hielo tenía en su cúspide una cubierta que había sido pulida con mimo por la acción solar. No era la única impronta que el astro, como buen arquitecto, había dejado en la mole ártica, pues gustó de añadir sus propios aditamentos. El vigor de sus rayos había desleído parcialmente los costados, dotándolos de arcos glaciales similares a arbotantes. Estos, a su vez, sostenían una estructura superior con estremecedores pórticos goteantes y rosetones conformados por lascas de hielo superpuestas. El maestro cantero tenía un punto vanidoso y paseaba por el interior de la obra arrancando a las heladas vidrieras caleidoscópicos destellos iridiscentes. Decidió culminar su divino capricho fundiendo los

vértices para dotarlos de afilados pináculos y abstractas gárgolas que me recordaban a leones derrotados y albinos murciélagos.

Y es que aquella catedral flotante era blanca, purísima e inmaculada. Era tan blanca que bien podía ser la casa de la más impoluta de las Vírgenes. No es que fuera solo blanca. El corcel de Santiago era blanco; las canas con las que el tiempo cubre las cabezas y las barbas de los que han sabido ser sabios son blancas; el *marmor lunensis* de las milenarias e inagotables canteras carraresinas, y que atesoraba en su interior bellezas como el David de Miguel Ángel, es blanco; la suavísima piel del armiño, parda en verano y que se torna blanquísima en invierno, es blanca; la inocencia con la que se visten las novias es blanca, pero la nívea perfección de aquel témpano de hielo, su exacta y, al mismo tiempo, infinita blancura, estaba más allá de lo que el espectro visible de la luz puede definir como albo; era, simplemente, luminosa.

—Es la primera vez que ve un iceberg. ¿Estoy en lo cierto, guardiamarina Daniel? —me preguntó Solomon.

—Así es, mi capitán. ¿Cómo lo ha sabido?

—Se le nota en los ojos, muchacho. Ese pedazo de hielo está haciendo su viaje hacia el norte. Quiere morir en aguas australianas. Pero no creo que llegue; tiene poca masa congelada y la corriente ya es templada. La mar no permitirá que llegue a ver la costa. —Me observó—. Daniel, miras ese pedazo de hielo como si fuera tu misma madre. Tienes los ojos llenos de nostalgia.

—Es que su belleza, y la radiante blancura que despide, es embaucadora. Es como una obra de arte flotando en mitad de la mar.

—Lo es. —Se rascó la nuca—. Oiga, guardiamarina, le propongo un trato.

—¿Cuál, mi capitán?

—Antes tiene que prometerme que no dejará constancia en el cuaderno de bitácora de esto que vamos a hacer. ¿De acuerdo? —y me guiñó un ojo.

—Prometido, mi capitán —respondí sin dudar, entusiasmado.

—Bien, bien, bien… —Miró a su espalda—. El viejo Waterfall

está dormido. ¿Le apetece que nos acerquemos a examinar el carámbano?

—¿Acercarnos a él?

—¿Existe otra manera?

Chasqueó los dedos, llamando la atención del contramaestre Belmonte.

—¿Sí, capitán?

—Detengan la máquina y recojan trapo, luego mande que acerquen uno de los esquifes al costado de estribor.

—¡Sí, mi capitán!

—Belmonte, Belmonte… Shhhh. Sin voces de cubierta. No quiero molestar a nuestra *delicada* tripulación.

Belmonte asintió cómplice.

—Comprendo.

Pararon la máquina y, tras agotar toda la inercia que arrastraba, el Prometeo quedó a la deriva. Los marineros acercaron el esquife y lo amarraron al costado hasta que el capitán y yo saltamos a su interior.

—¿Entrenando un abordaje? —dijo Belmonte, acercándole los remos a Solomon.

—Un esparcimiento.

—¿Y si pregunta Waterfall?

El capitán recapacitó durante un segundo y escogió las siguientes palabras:

—Si lo pregunta él, dígale que hemos ido a matar al último ser de alguna especie. Eso le agradará.

—Ja, ja, entendido, capitán.

—Serán quince minutos.

—Sí, capitán.

Solomon ató los remos a los escálamos, dio la espalda al caperol, se sentó en el banco y me hizo tomar el sitio del mandador. Me ofrecí a ayudarle a remar, pero rehusó el ofrecimiento aduciendo que deseaba ejercitar los brazos. Después de un rato batiendo el agua llegamos a las proximidades del carámbano. Solomon dio un par de golpes fuertes de remos y el pie de roda mordió el hielo.

—¿A qué espera? ¡Salte a su territorio, guardiamarina Daniel! —Salté y mis zapatos se hundieron un par de pulgadas en la escarcha que cubría la blanca catedral flotante. Solomon saltó después—. ¿Qué le parece?

—Espectacular —dije admirando la belleza del oasis helado.

—Lo es. —El capitán se agachó y escribió con el dedo en la escarcha; «Témpano Daniel»—. Es lo justo. Otros marineros lo habrán visto antes pero, y me apuesto mi mejor traje, estoy seguro de que eres el primero en poner el pie en él. No es una herencia eterna, pues no se la podrás dejar a tus hijos, pero algún día sí les podrás contar que su padre conquistó, al sur de Capricornio y casi en la frontera con el antártico, cien mil toneladas de hielo. No he traído licor con el que celebrar este momento —tomó un puñado de nieve y me lo ofreció—, así que espero que te conformes con un mordisco de agua centenaria.

—Solo si acepta que le *convide* —me salió un gallo y carraspeé nervioso—, capitán Solomon.

Cogí la mitad, a modo de brindis choqué mi puño contra el suyo, y comimos aquel puñado de hielo.

No nos detuvimos más tiempo en el iceberg, tampoco lo necesitábamos. La conquista de aquel efímero territorio fue la conquista más pacífica de toda la historia de la humanidad. Y se convertiría en uno de esos momentos que jamás se olvidan.

LII
¡Khlûl'hloo!

—*Goedemorgen, adelborst!* —me saludó uno de nuestros marineros neerlandeses.

Le devolví el saludo con un bostezo y un gesto. Él asintió y siguió golpeando con la maza el hielo que durante la noche había atascado una de las garruchas.

—¿Qué tal la vigía? ¿Alguna novedad? —pregunté, cerrando aún más las manos en torno a la taza con chocolate hirviendo que Lupi había servido para el desayuno.

El marinero me miró sin comprender, se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Observé la cubierta; los hombres que habían hecho la guardia nocturna se recogían, cansados, a sus coyes mientras el refresco los sustituía. Le di un sorbo al chocolate y miré la superficie del agua; estaba tranquila, como en un estanque. La helada había venido acompañada de una oscuridad tan opaca como cegadora y apenas se lograba ver algo a más de diez yardas. Dejé la taza en la cubierta, me ceñí el chaquetón y apreté un poco más el nudo de la bufanda. Entonces el Prometeo vibró de proa a popa.

El marinero y yo intercambiamos una mirada.

—¿Has sentido eso?

Existe un idioma universal que no se cimenta en palabras, verbos ni adjetivos y que todos, en mayor o menor medida, entendemos. Aquel marinero y yo compartimos unos instantes de aquella lengua cuando me miró ofuscado y asintió.

En ese momento un colosal brazo, más grueso que el tronco de una secuoya y armado con tres filas de ventosas, emergió violentamente del agua. El apéndice, como si fuera una serpiente, se enroscó en el cuerpo del marinero y, con un movimiento fulminante, lo arrastró a los abismos de la mar. Retrocedí aterrado y caí en la cubierta.

—¡Khlûl'hloo! ¡Khlûl'hloo! —gritaba aterrado uno de los marineros.

Aquella voz de horror se propagó por las bocas de los hombres.

—¿Qué está pasando? ¡Mantengan la calma! —el contramaestre Belmonte, llegando a la cubierta, trataba de mantener el orden.

—¡Khlûl'hloo, señor, Khlûl'hloo! —dijo uno de los marineros tirándose a los pies del contramaestre.

Este blasfemó, recorrió la cubierta con la mirada y me vio en el suelo.

—¡Alarma, alarma! —decía intercalando silbidos de pito—. ¡Todos a sus puestos! ¡Abrid la santabárbara! —Los marineros, embargados por el miedo, reaccionaron tímidamente y Belmonte la emprendió a patadas y puñetazos hasta sacar a los tripulantes de su marasmo. Fue la primera y única vez que vi a nuestro contramaestre utilizar la violencia con los hombres—. ¡Que las farpas, machetes, Atoras y arpones llenen con su acero las manos de todas las almas de este barco! ¡Vamos, animales, luchad por vuestras vidas!

—¿Qué ocurre, contramaestre? —dijo Solomon ganando la cubierta.

—Khlûl'hloo, mi capitán. —Caminó hacia mí y me ayudó a ponerme en pie.

—¿Qué es Khlûl'hloo?

—Khlûl'hloo es el fin de los días, guardiamarina —respondió Belmonte.

—Pero, ¿alguno lo ha visto? —indagó Solomon.

—Yo he visto algo —dije—; pero no sé qué es lo que he visto.

Estaba en la popa con Kurbayn, un brazo salió del agua y se lo llevó a la mar.

Otra fortísima vibración sacudió de nuevo el Prometeo,

tirándonos de bruces a la madera. El navío se detuvo en seco y varios de los hombres que estaban en las antenas cayeron a plomo en la cubierta. Escuchamos un graznido atronador que provenía de las profundidades marinas; le siguió el crujir de las maderas, el gemir de las vigas de acero retorciéndose y el restallar de las maromas al partirse. Intentamos ponernos en pie, pero la nave volvió a agitarse y dimos con las costillas en la madera. Nos sobrepusimos como buenamente pudimos, gateamos hasta la borda y nos asomamos; la mar hervía bajo nuestro casco. Los hombres comenzaron a llegar y empezaron a repartir hachuelas, garfios, arpones, espadas y rifles.

—¿Pero qué es Khlûl'hloo? —insistí.

—Khlûl'hloo es una leyenda marinera —respondió Abú empuñando su alfanje.

—Es la superchería de los hombres, Daniel —añadió Víctor—; es solo la locura de las mentes simples. —El ruido cesó, pero los hombres, cuidándose de no asomarse a la borda, siguieron vigilando sus espaldas—. ¿Lo ve?, solo son invenciones.

Víctor se equivocaba; aquella criatura solo estaba haciendo acopio de fuerzas. Un nuevo graznido, mucho más potente que el anterior, volvió a estremecer nuestras almas y de las aguas surgieron multitud de brazos infernales. Estos empezaron a golpear a los hombres haciéndolos volar al agua, quebrándoles los huesos y arrancándoles terribles chillidos de pánico. Nosotros nos defendimos lanzando tajos e intentando acertar a los apéndices con un disparo de nuestras pistolas; pero esos endemoniados se agitaban retorciéndose como descomunales rabos de lagartijas. Vi cómo el profesor le asestó un mandoble a uno de esos brazos llegando casi a seccionarlo y, también, vi cómo la lesión cicatrizó en un parpadeo. Otro marinero, blandiendo con maestría su alabarda, logró enganchar una de las extremidades, esta se enroscó como una serpiente en la media luna y el hombre, viendo que era su oportunidad, tiró con furia sajándole el apéndice. El despojo cayó a la cubierta ensortijándose y de la llaga comenzó a manar una suerte de sangre azulada, cáustica y nauseabunda, que restañó la herida.

—¡Por Cristo! —Se santiguó el valiente alabardero.

—¡La locura de las mentes simples! ¿Era así, Víctor? ¡Pues a mí se me antoja muy real! —gritó Turing a la vez que, con su sable, cosía uno de los brazos al mamparo de los camarotes.

Gritos y disparos. En el Prometeo se libraba una batalla que haría enloquecer al mismísimo Lucifer. Sentí un tirón en mi pierna y caí al suelo. Empecé a ser arrastrado por la cubierta, derribando con mi cuerpo a varios marineros. La criatura había logrado enroscarse a mi pierna izquierda y tiraba de mí sin que yo encontrase un asidero al que aferrar mi vida. Pero Solomon, mi ángel de la guarda, estaba al tanto y consiguió cogerme de la muñeca.

—¡¡Tirad de mí!! ¡¡Tirad de mí!! —gritaba, intentando que la bestia no nos sacase del barco.

Varios marineros se lanzaron a por nosotros abrazando al capitán por el pecho y la cintura. Otro más sumó sus manos a las de Solomon, tomándome del brazo.

—¡El muchacho no! ¡Por lo que más quieran, el muchacho no! —escuchaba vociferar desesperado a Waterfall desde la relativa seguridad de uno de los ventanucos.

Pero ni toda la fuerza de aquellos bizarros marineros, ni todas sus agallas, ni todas las jaculatorias que manaban de sus bocas, ni toda la braveza de sus corazones fue suficiente para sujetarme. El ser, con un vaivén de su brazo, me zarandeó librándose, como si fueran peleles, de todos los hombres. Comenzó a elevarme, boca abajo, sobre la cubierta del Prometeo. Me sacó al agua y, desde las profundidades, vi emerger su infernal cabeza. Era monda, intensamente purpúrea, con una galaxia de círculos anaranjados y sin pelos ni excrecencias de ningún tipo. De esta masa solo sobresalían dos gruesas antenas y dos enormes ojos rojizos dominados por inexpresivas pupilas con forma de herradura. Un acervo animal de furibunda rabia se inflamó en mí y le vacié el tambor de mi revólver entre aquellos ojos de pesadilla. Pero todo intento de agredir al leviatán era estéril. Desde la cubierta los hombres le disparaban, le lanzaban arpones y hachuelas, pero era como escupir contra una montaña de granito; nada le perturbaba. Koopha y Taloq, con las manos bien cargadas de acero, saltaron

desde la borda a su cabeza intentando violar la dureza de su superficie, pero tal era su consistencia que el forjado acero de sus venablos se doblaba como hojalata, y los filos se mellaban como si hubieran intentado cortar sillares.

—¡¡Salid de ahí!! —gritó Turing desde la cubierta, enarbolando en su brazo derecho un potente arpón al que habían atado un paquete compuesto por múltiples cilindros marrones.

El profesor Abú se acercó a Turing con una antorcha en la mano, acercó el fuego al paquete y este comenzó a refulgir. Entonces el húsar tomó impulso, rugió y lanzó el arpón a la cabeza de la bestia. Apenas llegó a impactar la punta de la jabalina en su diana y una fuerte explosión me azotó, lanzándome a no menos de diez yardas.

El agua estaba helada; sentía laceraciones de frío por todo mi cuerpo y mis músculos no respondían. Veía cómo los restos del brazo de la criatura, enredados en mi pierna, me arrastraban a la negra garganta abisal. Luchando por zafarme del lastre, observé las asombrosas dimensiones del ser que nos había atacado. Al igual que el iceberg que había conquistado, aquel vestiglo solo dejaba ver una ínfima parte de su tamaño. Por debajo de la acuosa superficie se erguía una mole apocalíptica compuesta por miles de ojos y tentáculos como torreones. Sus movimientos eran lentos y emitía un zumbido sordo que ofuscaba los sentidos. Trataba de abarcarlo con la vista pero su inmensidad se perdía en las tinieblas marinas. Emitió otro zumbido, se revolvió, y, de igual manera que apareció, desapareció envuelto en una borrasca de negrura. Un rayo de luz cayó por mi frente, miré al cielo y nadé a la superficie.

—*¡Sheñó! ¡Ethá* bien, *sheñó!* —gritaba Koopha dando grandes brazadas hacia donde me encontraba. Detrás de él venía Taloq.

—¡Estoy bien!

—*¡Vhenga! Cójase* de mí. Koopha lo traerá al Prometeo.

En realidad no estaba bien, me encontraba agotado. Si mis amigos llegan a tardar un minuto más me habría dejado vencer por el cansancio. Me abracé al cuello de Koopha y este, escoltado por Taloq, me llevó al Prometeo. Tendieron una escala de cuerda en el

costado del navío, trepé por ella y, al ganar la cima, me derrumbé en la cubierta siendo rápidamente rodeado por los hombres.

—Dinamita, Daniel, ¡dinamita! ¡Ja, ja, ja! —Reía Turing—. ¿Qué le parece? Ha sido un lanzamiento soberbio. ¡Ni la reina de las amazonas podría igualar mi pulso!

—¿Lo ha visto, Daniel? ¿Ha visto a la criatura? ¿Cómo era? —me preguntaba Abú.

—No atosiguéis al muchacho, apartaos —decía Lawrence—. Necesita que le dé el aire.

—¡Ja, ja, ja! —Reía Solomon—. ¡Este es mi guardiamarina! Tendría que promocionarle en el rango pero dudo mucho que pueda ascenderle más de lo que hoy ha volado usted. ¡Y sin alas! ¡Qué vuelo, Daniel! No creíamos que la carga explosiva fuera tan potente.

Waterfall, a codazos y golpes de bastón, se abrió paso hasta llegar a mi lado. Tiró la muleta y me desgarró la camisa. Vio que la máscara de Prometeo aún colgaba de mi cuello y se giró hacia la tripulación.

—¡Inútiles, buzaques, holgazanes, bestias supersticiosas! ¿Me oyen todos? ¿Entienden mi idioma? —gritaba con furiosa rabia—. ¿Ven eso? ¿Cuándo van a comprender que la única, ¡y exclusiva!, prioridad de esta condenada empresa es lo que a este infeliz le cuelga del pescuezo? ¡Eso! —Señaló la máscara—. ¡Eso y solo eso! Ustedes, borrachos degenerados, no entienden lo que acaba de suceder. ¡La criatura que nos ha atacado, y que ustedes tachan de mística, solo quería aquello mismo que nosotros buscamos! Este muchacho es su responsabilidad. ¡Claus!, traiga un clavo de hierro y un martillo. ¡Ustedes! —Señaló con su huesudo dedo—. Ustedes han decidido embarcar, voluntariamente, en esta odisea. Y lo han hecho por una elevada suma de dinero. ¡Mercenarios aurívoros! Es el único idioma que hablan todos. ¡El del metal! —Respiró fatigado—. ¡Pidieron una suma onerosa, insultante, y yo, de buena fe, accedí a pagar! ¡Es más! En su contrato añadí, ¡añadí porque soy generoso! —dirigió el dedo al cielo invocando a la divina verdad— un extra, una quintalada que los motivase. La cláusula de esa recompensa indicaba que, si la misión llegaba con éxito a término, ¡y no se acepta el

fracaso!, todos ustedes recibirían su peso en oro. Bien. —Se atemperó—. A la vista de que no existe un contrato perfectamente estipulado me permito añadir una cláusula adicional que haga que se castigue la inoperancia.

Introdujo los dedos en el chaleco y sacó una moneda de plata que exhibió en alto.

—Véanla, miren esta moneda de plata. —Comenzó a caminar entre los marineros, restregando el brillo de la pieza por sus miradas —. Mírenla bien, imprégnense de sus diabólicos destellos. Esta moneda es un sido, también conocido como el tetradracma de Tiro. Pero ustedes, inútiles bastardos, ignoran de qué moneda se trata. ¡Esta es una de las treinta piezas de plata por las que Judas vendió a su redentor!

Golpeó con el pulgar el infame metal y este, con destellos de sangre, voló hasta la mano de Claus.

—Coja ese grueso y herrumbroso clavo y crucifique la moneda contra el palo mayor, ¡alto!, ¡donde todo el mundo pueda verla! ¡Tan alto que hasta los dioses del Olimpo se cieguen con su brillo! ¡Vamos, carcelero!

Claus observó la moneda, bajó la cabeza y comenzó a remacharla contra el palo.

—¡Así! ¡Con rabia! Miren cómo apuñala Claus el corazón de esa maldita moneda. Y ahora, ¡escúchenme! ¡Limpien bien sus oídos tupidos de mugre! Si le pasa algo al muchacho les juro, por esa traidora y sanguinaria moneda, que al responsable de su desgracia, y al que en ese momento esté más cerca, le pagaré atándole su peso en oro a los pies y lanzándolo al mar.

La nariz comenzó a sangrarle pero él no se dio cuenta. Seguía imbuido en su enfermizo monólogo.

—Así nadie podrá decir que Waterfall, el maldito, no paga sus salarios. Miren la moneda y cada vez que pasen por delante recuerden lo que les he dicho. ¡Y esto va por todos!, ¡sin distinción de rango! ¡¿Entendido?!

Renqueante de cuerpo y de alma, como había pasado toda su vida, Waterfall caminó entre el sepulcral silencio de los marineros y

bajó a su camarote.

Nosotros rezamos por nuestros amigos.

LIII
El buen criado

Aquella noche, después de lo sucedido con el leviatán, me resultó imposible conciliar el sueño. A pesar de todos los peligros, de las lágrimas derramadas, de la angustia sentida, de las personas perdidas y de los dolores padecidos hasta ese momento, no fue sino el encuentro con aquella criatura lo que me desveló. Aún sentía en la pierna la fuerza de su brazo y en mis oídos su estremecedor aullido. De propina, como si el trauma que me dejó no hubiera sido suficiente, sus ventosas me legaron en la piel un ramillete de heridas circulares cuyas cicatrices aún me acompañan. Tumbado en la cama, sentía la angustiosa presión del agua en mi pecho y el sudor frío producido por el recuerdo me empapaba la frente. El profesor Abú, al sentirme dar vueltas en el lecho, me invitó a dar un paseo por la cubierta. Le hice caso y salí a airearme la mente.

Subí descalzo y, al pisar la fría madera de la cubierta, me estiré y tomé una buena y relajante bocanada de aire fresco. Helado. Vi que en la popa estaba, con los brazos apoyados en la borda del coronamiento, el mayordomo de Waterfall. Me enrosqué en el chaquetón y, haciéndome el encontradizo, caminé hasta él. Supuse que no había advertido mi presencia pues seguía ensimismado mirando la negrura de la mar que dejábamos atrás y dándole caladas a un cigarro. El viento quiso hacerme partícipe de su fumada y trajo hacia mi nariz vaharadas del dulzón y especiado tabaco que consumía.

—No vuelva a acercarse a mí de esa manera o le descerrajaré un tiro en la cabeza. Aunque esa bala me cueste ahogarme con doscientas libras de oro atadas a los pies —advirtió sin girarse.

—Lo siento.

—¿Quiere un cigarro? No me gusta fumar solo.

—Nunca he fumado, bueno… casi nunca.

—Pues ya tiene edad para hacerlo.

Sacó de su bolsillo una delicada cigarrera de platino, la abrió con la misma mano y tomé uno de aquellos palitos negros. Lo olfateé y noté su intenso aroma a yemas de clavo y mentol.

—Son *kreteks*. Me los traen de Kudus, cerca de Java.

Me lo arrimé a los labios. Claus tomó su colilla, sopló la brasa y prendió el extremo. Di una calada y comencé a toser. Claus reía.

—Ya se acostumbrará. ¿Qué le trae por aquí?

—Respirar aire puro —dije con los pulmones constreñidos por el humo del tabaco. Me lanzó una severa mirada; Claus no era un hombre hecho en bromas. De cada cinco palabras que salían de su boca seis eran de gravedad—. No podía dormir, señor.

—Yo tampoco. —Se giró hacia la mar, sacó un nuevo cigarro y lo encendió con la brasa del anterior—. En realidad hace muchos años que no duermo; no, al menos, con la serenidad de espíritu que me gustaría.

—¿Es por su jefe?

—*Jefe*… —Dejó en suspenso—. Entre otras cosas. Pero principalmente por él. —Dio otra calada y, con el índice, jugó con los remolinos de humo que expulsaba por la boca—. Pero este es mi momento, y él ahora no está aquí. Pero usted sí y me gustaría que no eclipsase estos minutos de paz.

—¿Puedo quedarme aquí?

Claus abrió la mano indicándome que podía estar a su lado. Le miraba de reojo y me preguntaba qué estaba pensando, si es que en realidad pensaba en algo. Se limitaba a observar la oscuridad de la mar; sin distraer la mirada daba un par de caladas al cigarro, jugaba en su boca con el humo y seguía mirando, absorto en sus cavilaciones.

—¿Qué tal lleva su cuenta, señor Daniel?

—No le entiendo.

—La cuenta de sus actos fatales. Aquellos por los que seremos juzgados.

Comprendí que se refería a cuánta gente había matado ya. Respondí:

—Hace unas semanas, cuando nos conocimos —me miró de soslayo— le dije que no era un asesino. Y sigo sin serlo.

—Hace unas semanas… Para usted el tiempo vuela. Entonces, ¿no ha matado ya? No es eso lo que me han comentado.

—Es cierto, he tenido que matar, pero ha sido en defensa propia. El asesino es aquel que mata con perfidia, ira o para perpetrar un delito. No he matado en esos términos.

—Disfrácelo o engáñese, como quiera, pero, según lo veo yo, sigue siendo un asesino.

—Según lo ve usted. —Di una suave calada al cigarro, su sabor estaba empezando a embriagarme y creo que fue su humo lo que me incitó a intentar dirimir una duda—. Nos conocemos desde hace poco y cuando nos conocimos le hice una pregunta; sigo sin entender la respuesta que me dio.

—¿Y cuál era la pregunta?

—Me sorprendió, y me sigue sorprendiendo, la fidelidad que profesa al señor Waterfall. Nosotros también tenemos mayordomo, Galbraith, que es casi de la familia y al que tratamos con el cariño que merece. Cosa que no sucede en su trabajo. Le pregunté por qué le sirve y me respondió diciéndome que yo no estaba familiarizado con la obediencia debida. Sé que es la obediencia debida, señor Claus, pero sigo sin comprender.

Aplomó el gesto e intuí que mi pregunta era impertinente. Un cigarrillo no forjaba suficiente vínculo de confianza para compartir según qué cosas.

—Lo siento, en ocasiones soy demasiado indiscreto.

—Waterfall es mi padre.

Le dio otra calada al cigarro, lo tiró a la mar, y, sin mediar palabra, volvió a su camarote.

Yo me quedé en el coronamiento, apurando un cigarro que en principio me pareció áspero y seco y que más tarde me enamoró con su embaucador aroma a hierbabuena y especias. Miré la oscuridad de la mar, que Claus observaba con nostalgia taciturna, y me planteé si aquella mar, ahora en calma, era el pasado.

LIV
Rosicler

—¡Blanca a la vista! —Escuchamos gritar al vigía.

Dejamos todo lo que estábamos haciendo, cogimos las ropas de abrigo y subimos a la cubierta. Los palos, las antenas, los cabos… Todo estaba cubierto de hielo. El Prometeo se había convertido en un iceberg.

—¡Daniel! —llamó mi atención el señor Víctor—. ¡Acérquese! Disfrute de este espectáculo tan maravilloso —decía emocionado, y yo me alegré de verlo feliz—. ¡Bienvenido a la Antártida, la tierra helada!

Sentí que mis ojos no abarcaban tanta belleza y que el corazón, de un momento a otro, desbordaría fascinación en vez de sangre. Aquella tierra, en nada distinta a cualquier puñado de tierra que pudiéramos coger con la mano en el resto del orbe, estaba cubierta por una costra de cientos de yardas de agua congelada. Sus acantilados no eran de rocas romas sino de hielo puro, afilado, y de un blanco tan intenso que reflejaba la superficie de la mar despidiendo destellos turquesas. En contraposición al resplandor de aquellas paredes, el agua sobre la que navegaba el Prometeo no era azul ni verdosa, sino de un negro profundo e intenso, pero bello y misterioso. Cabría suponer que en unas condiciones tan extremas no habría vestigios de existencia animal, o que estos se reducirían a una pequeña camarilla de agresivas aves, pero en aquella tierra helada, en aquel desierto de abrasador frío, la vida rebosaba. Sobre los

carámbanos que flotaban a diestra y siniestra había colonias de unas aves similares a los gansos pero que, a diferencia de estos, tenían plumajes blancos en gargantas, pechos, flancos y vientres; sus cabezas, moños, cuellos y alas eran negros; tenían las patas cortas, del color del cobre, y el pico afilado, con la punta doblada hacia abajo. Pero no eran, ni mucho menos, los señores del lugar. Riadas de altivos pingüinos emperadores, miles, cientos de miles tal vez, se zambullían en las negras y congeladas aguas en medio del atronador alboroto de graznidos y palmeos generado por sus gargantas y sus extremidades, rígidas y planas, más similares a aletas que a alas. Al rato de sumergirse volvían trayendo en sus picos algún pez o calamar que se apresuraban a engullir para luego regurgitarlo en la garganta de sus crías. Cohabitaban, en aquella vorágine, con grupos de tiernos pingüinos de penachos amarillos… Y yo los contemplaba embelesado, con ganas de abrazarlos a todos.

Pudimos observar también a un pelotón de focas de pelaje gris oscuro que, empujadas por una apremiante desesperación, saltaban al vacío desde el borde de un inmenso iceberg. Saltaban sin miedo y sin que su fatal destino pudiera importarles un ápice. El sonido de sus cuerpos reventando al impactar contra el hielo de la base turbaba mi mente. Las focas preferían lanzarse a una muerte segura antes que enfrentarse a los afilados dientes de la orea que se asomaba, fuera, al otro extremo. Fueron pocas las que tuvieron la fortuna de acertar a zambullirse entre los huecos que dejaban los carámbanos flotantes.

A bordo del Prometeo sentimos una vibración y temimos que el leviatán oceánico volviera a rematar el trabajo. Pero, para agradable sorpresa, al asomarnos a la borda vimos que una inabarcable y juguetona ballena azul estaba restregando su lomo a lo largo de nuestra quilla. Era un animal majestuoso. Su piel era de un azul muy oscuro y algo distorsionada por pliegues de grasa que se intuían espesos y de viejas cicatrices fruto —imagino— del encuentro con otros cetáceos menos amistosos. Puede, incluso, que fueran el resultado de alguna escaramuza con el ser que nos había atacado. Me impresionó que, a pesar de las superlativas dimensiones de

aquella inmensa mole de grasa y músculo, se le intuía un cariz afable. Parecía que más que nadar estuviera exhibiendo sus dotes de bailarina de algún *ballet* oceánico que solo ella conocía. Cruzaba por debajo y resoplaba, volvía a cruzarse, y, con otro resoplido más potente, eyectaba una columna de agua que regaba nuestras cabezas. Ignoro si las continuas pasadas de su lomo por nuestra quilla eran para saludarnos, como muestra de curiosidad, o para arrancarse las colonias de piojos y crustáceos que, a costa de su sangre, vivían adheridas a su piel. En una de estas pasadas, justo después de tener la dicha de ver cómo su gran y castaño ojo me vigilaba, se sumergió y no volvimos a saber de ella.

—Atención tripulación —avisó Belmonte—, el capitán quiere dirigirse a ustedes.

—Señores, no estamos aquí por placer, sino por obligación. En esta parte del mundo los conocimientos sobre las tempestades no sirven de nada. Al clarear la mañana el tiempo puede ser heladoramente apacible y en un parpadeo desatarse la peor de las ventiscas. La luz del sol, en esta latitud, escasea. Al igual que ocurre con el clima, se pasa del alba a la noche en cuestión de horas. O de minutos. Contramaestre Belmonte.

—Capitán Solomon.

—Avante muy poca hacia aquella ensenada despejada de hielo.

Belmonte miró.

—Vamos a molestar él descanso de los leones.

—Que vayan a dormir a otra playa, aquella nos servirá para desembarcar.

—Entonces, ¿doy orden de preparar un desembarco?

—No. Con estas condiciones atmosféricas no abandonaremos la protección de nuestra nave… de momento. Esta noche fondearemos al abrigo de la ensenada pero más tarde, con la primera luz, desembarcaremos.

—Muy bien, capitán.

—¿Alguna pregunta? —se dirigió a la tripulación.

—Capitán Solomon —dijo Víctor—, solicito permiso para desembarcar.

—Permiso denegado —respondió seco, dirigiéndose hacia la escalera de los camarotes.

—¿Cómo? Un momento, capitán, creo que no lo comprende. En mi patria cursé años de naturalismo y biología. ¿Sabe qué tenemos aquí?

—Le garantizo que escapa a mi conocimiento.

—Tenemos la oportunidad de estudiar un tesoro fabuloso. —Caminó hacia Solomon y moderó la voz hasta convertirla en una súplica—. Se lo ruego. Estas tierras son vírgenes, inexploradas. Son muy pocos los hombres que han arribado a estas costas. La humanidad no sabe nada de los animales que sobreviven en estas latitudes.

—No insista. Además, solo son pingüinos y focas. La Royal Society no le dará la medalla Copley por estudiar barriles de grasa con aletas.

—Por favor. No es por méritos, es por la ciencia. Permítame coger una barca. Iré yo solo si hace falta. Aún hay luz y puedo tomar muchos y valiosos apuntes. Antes de que Lupi haya preparado la cena estaré a la mesa.

—¿Ha terminado ya?

—Sí.

—Hasta ahora, dadas las desgraciadas pérdidas que hemos sufrido, he sido condescendiente con usted y le he exonerado de muchas labores. También le agradezco que me salvase de Naughton. Pero no me lo haga más difícil. He dicho que no desembarcaremos hasta mañana y así lo haremos. ¿Entendido? —Víctor se resignó—. Interpreto su silencio como una afirmación —rubricó, y abandonó la cubierta.

—Profesor Abú, ¿qué está pasando? —dije al ver que en el cielo flaneaban estelas verduzcas y fosforescentes, similares a lenguas de fuego.

—¿Ah? Eso es la aurora austral. ¿No la conocía?

—Ni había oído hablar de ella.

—Nadie sabe cuál es su origen. Yo sostengo la teoría de que el sol emite algún tipo de partícula, similar a la que usted atisbo en mi

maletín plomado, y que la tierra, con su fuerza, la atrae hacia sí generando ese espectáculo.

—Es un sitio fascinante —dije hipnotizado por tan indescriptible espectáculo.

LV
Paraselene

—Daniel, ¿sabe cómo llegó este sable a mis manos? —decía Turing mientras afilaba con la chaira el releje de su acero.

Lo hacía dando pasadas, suaves y constantes, desde el escudete a la punta. Primero por un lado y después por el otro. Tras cada pasada alineaba el filo, su ojo y la llama de la linterna, buscando la más mínima mella o imperfección.

Miré al exterior a través de los cristales. Veía el reflejo de los copos de nieve con los que la tormenta nos cubría. Fuera hacía un frío intenso y Solomon había dado orden de que solo un marinero se quedase a hacer la ronda nocturna. Ese pobre infeliz, abrigado con dos bufandas, el tabardo con las solapas subidas hasta arriba y las manos enfundadas en cuero y metidas debajo de los sobacos, pasaba de cuando en cuando por delante de la cristalera.

Desde el salón principal oíamos los cánticos de los marineros. Para que sobrellevaran mejor el frío Solomon les dobló la ración de licor y ellos lo celebraban con taconeos, vítores y bailes. Por nuestra parte, hacía varias horas que habíamos terminado de cenar y ninguno queríamos irnos a dormir. El calor de los braseros, la combustión de los tabacos, los efluvios del licor y unas lecturas entretenidas habían generado un ambiente cómodo que todos queríamos disfrutar.

Turing —como ya he dicho— pasaba el rato bruñendo su sable; Waterfall dormitaba recostado en su nuevo sillón de cuero; Solomon

agitaba con indiferencia la huérfana gota de coñac que había quedado en su copa; Lawrence garabateaba sus pensamientos en el diario; Taloq tallaba una figurita en un diente de ballena; Koopha bisbiseaba una cancioncilla; Jakob leía la Biblia; el profesor Abú el Corán y yo, bueno, yo solamente los observaba a todos.

—No, señor Turing, ignoro de dónde viene su sable —respondí.

—Es una de esas historias que si no las vives en persona son difíciles de creer. Tendría yo tu edad y…

Unos golpes en la cristalera interrumpieron el principio de su relato.

—¡Una luz! ¡Una luz! —gritaba el vigía.

Nos faltó tiempo para enfundarnos los abrigos, los guantes y los sombreros y subir a cubierta.

—¿Dónde? —preguntó Solomon al poner el pie en la manta de nieve.

—¡En el cielo, capitán! —Señaló al firmamento y, entre las nubes, empezamos a distinguir un sutil fulgor blanco. En principio era algo diminuto, como la luz de un faro en un horizonte sumamente lejano, pero este faro se movía respecto a nuestra posición y su luz ganaba en intensidad.

—Ese punto… —murmuró Abú— se dirige hacia nosotros.

—Va a caer cerca —añadió Turing.

—¡Cía toda! —gritó Solomon a la trompeta de la sala de máquinas, pero la respuesta se demoró—. La caldera está apagada, ¡prepárense para colisión!

—¡Colisión, colisión! —gritaba Belmonte.

Nos tiramos en la cubierta, unos sobre otros, esperando lo peor. Miré al cielo y aquella pequeña estrella, convertida ahora en una tremebunda bola de fuego, se precipitaba sobre nosotros.

—¡No se mueva! —me ordenó Solomon, protegiéndome con su cuerpo.

Gritamos aterrados. Por el rabillo del ojo presencié cómo la noche se hacía de día; empecé a notar una repentina subida de la temperatura que me quemaba la piel de la cara y del cuello; un zumbido atronador seguido de explosiones y luego… nada.

—¡No nos ha dado! —gritó Turing victorioso.

Me incorporé y vi aquella estrella sobrepasar la vertical del palo mayor del Prometeo, ocultarse más allá de la costa de hielo y, tras un último fogonazo seguido de fortísimas detonaciones, desaparecer.

—¿Qué era eso?

—Parece que era un aerolito —respondió Abú.

—En cristiano, profesor —exigió Solomon.

—Es un fragmento del espacio. Es como una piedra que, al acercarse a nuestro planeta, se inflama por la fricción con el aire.

—Ha caído en la zona que teníamos pensado explorar mañana —apuntó Turing, y Abú asintió.

—Entonces ya sabemos que el fragmento de la máscara está allí —dijo Solomon—. Vamos dentro y tratemos de dormir. Mañana nos espera todo el frío del mundo.

LVI
Cocito

Con la primera luz el señor Víctor escogió, entre nuestra mermada tripulación, a los dos marineros que mejores aptitudes ebanistas tenían. Los elegidos, aunque no eran maestros artesanos, sabían desenvolverse con las sierras, los cinceles, los berbiquíes, las gubias y los escoplos. Uno de ellos había trabajado en las serrerías portuguesas y el otro, como nuestro Señor Jesucristo, era hijo de carpintero. El señor Víctor, hombre curtido en las heladas estepas de su país natal, sabía bien cómo manejarse en el frío y les ordenó que cortasen treinta pares de peanas de madera de un tamaño tres pulgadas mayor que la suela de una bota. Una vez cortadas y perforadas, pasamos cordeles por los ojales para, finalmente, atarlas a nuestro calzado. Nos obligó a arrancar las páginas de nuestros libros para forrar con ellas el interior de los abrigos; a ponernos dos pares de calcetines; manoplas en las manos; los sombreros de lana y a enroscarnos las bufandas dejando solo una línea abierta a la altura de los ojos. Esta vestimenta no era cómoda, pero nos ayudaría a soportar el frío.

Y es que aquel no era un frío normal, ni siquiera se podía decir que era un frío helador; aquel frío congelaba, instantáneamente, todo. Por un instante pensé que aquel Cocito fue el mismo sitio donde Lucifer agitó sus alas. Ese demoníaco aletear había tapizado la cubierta del Prometeo con una espesa capa de hielo. Carámbanos de más de media yarda de largo colgaban de los aparejos y, en las

zonas expuestas al viento, estos, en vez de apuntar hacia abajo, habían quedado, atraidorados, en horizontal y sus afiladas puntas brillaban como el acero. Para evitar que nos ensartasen un ojo las rompimos a mazazos. La intensidad de la helada había sido tan vigorosa que convirtió la mar en la que flotábamos en una lasca de hielo. Con el fin de conocer su espesor, Solomon tomó una bola de plomo de dieciséis libras y la lanzó por la borda; la pelota rebotó sin hacer una sola mella en la superficie.

—Parece seguro —comentaba el capitán—. De todas formas el hielo es traicionero; iremos con mucha precaución. Traigan las escalas —ordenó, y con ellas amarradas a los palos desembarcamos.

Taloq y Koopha encabezaban el pelotón; detrás de ellos Solomon, Lawrence, Jakob, Turing, Víctor, Abú, un marinero escandinavo y, por último, yo. También, por seguridad, nos unimos con una larga cuerda atada a la cintura.

A cada paso oíamos el crujir de la banquisa bajo nuestros pies.

—No se separen —advertía Solomon—; este páramo no conoce la piedad. Un mal resbalón y morirán en segundos en esta agua gélida. Y, créanme, no es una muerte agradable. ¡Vamos! ¡Sepárense! ¡Abran hueco! El hielo parece grueso pero no podemos confiarnos. Tenemos que repartir nuestro peso.

Atendiendo al capitán, con el paso lento que nos hacían dar las peanas atadas a nuestras botas, comenzamos a avanzar hacia la playa de rocas negras. Andábamos con mucho tiento, pues aquel hielo resbalaba como el aceite y nuestras prendas, en caso de emergencia, no nos permitían una buena movilidad. Entonces cometí un error; me pregunté si podría ver a los peces a través del hielo, Con la palma de la manopla aparté la nieve hasta llegar al hielo puro. Para mi desilusión no se veía nada más que oscuridad.

—No se demore, guardiamarina —me gritó Solomon.

—¡Sí, capitán! Solo quería ver (*crack*)…—Oí el chascar del hielo. Al principio fue un solo crujido, pero pronto le siguió una retahíla de ellos. Me quedé petrificado.

—¡Vamos, Daniel! ¿A qué espera? ¿Ha visto alguna sirena?

—El hielo… —Tragué saliva—. El hielo se está resquebrajando,

capitán.

—Santo Dios. ¡No se mueva! —Tomó su cuchillo y cortó el tramo de cuerda que le ataba a los demás—. ¡Corran! ¡Corran hacia la playa!

—¡Voy contigo! —se ofreció Turing.

—¡No! El hielo no aguantará tanto peso.

—No estoy dispuesto a…

—¡Turing, lárgate!

Maldijo y, reticente, obedeció. Cuando el último de los hombres pisó tierra firme, Solomon comenzó a caminar hacia mí.

—¿Quiere que le cuente una historia, Daniel? —Afirmé levemente con la cabeza, conteniendo la respiración y tensando cada uno de mis músculos—. Hubo un tiempo en el que fui pescador. ¿Qué le parece? Por aquel entonces yo era un joven alocado. Ahora solo soy un alocado.

Solomon avanzaba pasito a pasito. Primero tentaba con la punta del pie derecho el hielo y luego, cuando se había asegurado que era firme, traía el otro.

—Pues sí. Uno de mis primeros trabajos fue de pescador. Veía a los muchachos llegar a puerto, henchidos y orgullosos, y quería saber qué se cocía en ese ambiente que les hacía volver tan bravos. Me enrolé en un pesquero de mala muerte que habían bautizado como Crescencia. Espero que no fuera el nombre de la mujer del patrón. —Sonrió—. El caso es, yo no lo sabía, que al patrón del Crescencia le gustaba tirar las redes en las pesquerías del norte. Y las tiraba tan al norte que casi pescaba en el hielo. íbamos en busca de fletán negro, una especie de pescado del color de la escoria. ¿Lo ha comido? Yo acabé aborreciéndolo.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Para distraerlo. No quiero que entre en pánico cuando sienta el agua.

Miré a mis pies y vi que el hielo sobre el que estaba paralizado había comenzado a cubrirse de agua.

—Dese prisa.

—¡Eh!, ¡eh!, Daniel. No mire hacia abajo. Míreme a mí. —Lo

miré—. Así está mejor. Buen chico.

Avanzó otro poco, hasta estar a diez pasos largos de mí.

—Como le decía, quería saber qué volvía tan valientes a los muchachos. Iban verdes y volvían maduros; iban novatos y regresaban curtidos. Una buena mañana de marea, mientras faenábamos, uno de los cabos del palangre se partió y me enganchó por la pierna, arrastrándome a las aguas de la mar del norte. Aquello no era agua, tampoco hielo; era una sopa gélida y escarchada que aguijoneaba el cuerpo con millones de heladoras agujas. Antes de darme cuenta había dejado de respirar, se me contrajeron los pulmones y se me agarrotaron los músculos.

—¿Sabe, capitán?

—¿Sí?

—Me está entrando el pánico.

—Entonces le tengo donde quería. Por eso se lo he contado. Un poco de miedo nunca viene mal y usted tiene que ser consciente del terrible sufrimiento que le espera si cae al agua. Daniel, no puedo avanzar más. La placa de hielo se deshace.

—¿Y qué hago?

Estiró su brazo.

—Quiero que corra hacia mí con todas sus fuerzas.

—¿Correr?

—No le queda mucho.

Sentí una humedad heladora en mis tobillos.

—Vale, vale, vale… ¿A la de tres?

—A la de tres…

Me mojé la boca y preparé mi cuerpo para la carrera de mi vida.

—Una…

El hielo, el estado inanimado del líquido elemento, había cobrado consciencia, sabía de nuestras intenciones y no iba a permitir que la presa se le escapase. Un fuerte crujido bajo mis pies fue la inequívoca señal de que la banquisa estaba colapsando. Omití el dos y el tres y, como si el diablo viniera reclamando mis pasos, comencé a correr.

—¡Corra, corra, corra! —gritaba Solomon extendiendo repetidas

veces su brazo hacia mí.

Sin querer caer en símiles impíos, corrí con tanta fuerza que, como Cristo, caminé sobre las aguas. Estando cerca del capitán salté, él me cogió de la mano, y caímos al hielo. Este, en venganza, aceleró su ruina y una serpenteante fisura angulosa apareció entre nosotros.

—¡¡Corra!!

Y corrimos hacia la orilla con toda nuestra alma. Detrás de nosotros el hielo se hundía, levantando columnas de agua y emitiendo sobrecogedores crujidos secos. Por delante, desde la playa, nuestros amigos nos gritaban «¡corred, corred!». Mis pies húmedos chapoteaban en el hielo y la nieve se pegaba a ellos como brea. La peana de Solomon se enganchó en un saliente, haciéndole caer. Retrocedí y lo ayudé a levantarse. Tiramos el uno del otro, abrazados, hasta dejarnos caer en la playa de cantos negros.

—¡Menuda carrera! —decía Solomon entre resoplidos, mientras veíamos que el camino que habíamos seguido había desaparecido bajo las aguas.

—¿Cómo sobrevivió a la zambullida en el mar del norte? —dije jadeante.

—No sobreviví. —Me sorprendí—. En realidad la diñé en aquellas aguas. Solo soy el espíritu de aquel marinero. —Sonrió burlón, y le devolví la sonrisa.

Me quité los calcetines y estos se congelaron en el acto. El profesor Abú me prestó uno de sus pares y gracias a ellos pude continuar la marcha. Mientras recuperaba el aliento Taloq y Koopha exploraron las inmediaciones. No tardaron en encontrar una galería horadada por el deshielo. Nos ayudamos de los martillos sacaclavos para trepar por su interior hasta ganar la cima de la glacial pared. Desde allí disfrutamos de una amplia panorámica de la zona. Por un lado veíamos la mar, al Prometeo varado en la ensenada, y a los hombres, diminutos, afanándose en golpear con garfios, lanzas y martillos el hielo que lo apresaba. Por otro, el continente helado: una inabarcable extensión de terreno cubierta por una capa de hielo de millas de espesor.

—¿Ahora por dónde? —le preguntó Solomon a Abú.

—Creo —dudaba—; creo que por allí. —Señaló de manera difusa.

—No le veo muy convencido, profesor. Le recuerdo que no podemos perder el tiempo. En esta latitud el sol brilla pocas horas.

—Lo sé, lo sé —dijo apurado—; pero era de noche y aquí todo parece igual. La única referencia que tengo es la costa.

—Capitán —Víctor llamó su atención—; mire en aquella dirección. —Señaló extendiendo la palma de su mano.

Solomon se acercó, desplegó su catalejo y oteó la lontananza.

—Parece… ¿humo? —apuntó Turing.

—Lo es. ¡Vamos señores! Estamos cerca —ordenó Solomon.

Retomamos nuestra marcha y, tras dos horas de andada, alcanzamos el lugar. Lo que fuera que había caído del cielo había impactado con una violencia formidable. La capa de hielo no fue suficiente para frenar el objeto y este acabó generando un humeante cráter de unas cincuenta yardas de diámetro por veinte de profundidad. Turing calculó que, para producir semejante depresión, habrían hecho falta más de doscientas toneladas de nitroglicerina.

—¿Y ahora?

—Ahora nos toca buscar —respondió Abú—. Dispérsense, así cubriremos un área mayor.

—¿*Qhue bucamo, señó*? —preguntó Koopha.

—No lo sé, pero tiene que estar aquí.

Comenzamos a caminar por el lecho del cráter. La colisión había sido magnífica; tan enérgica y calorífica que la tierra se había fundido, generando placas de cristal negruzco.

—¿Qué cree usted, profesor? —dije al tiempo que levantaba con las yemas de los dedos una lasca amarillenta de azufre—. ¿Estará aquí el fragmento?

—Sin duda. Imagino que estará enterrado en algún sitio. Ese fenómeno luminoso del que fuimos testigos era una indicación a buscarlo en esta zona.

—Y usted, señor Turing, ¿qué opina?

—Difiero de mi barbudo compañero —dijo, apartando con el pie unas rocas que humeaban.

—Señor Turing —replicó Abú enojado—, nunca se lo he dicho pero sus posiciones me molestan. Siempre busca la manera de disentir de mis teorías.

—Eso no es del todo así —respondió Turing con indiferencia.

—¿Acaso me lo niega?

—No, en absoluto.

—Pues le ruego que se explique, porque no lo comprendo.

—Usted es un gran científico y un químico admirable, le alabo. Pero le falta…

—¿El qué? ¿Qué me falta?

—Espíritu de autocrítica y visión de conjunto. Un problema no tiene una única solución. Existen millones de variables que ofrecen el mismo resultado. Estas variables, a su vez, interactúan entre ellas de manera exponencial generando nuevos resultados y nuevas conjeturas. Es la belleza del caos y pasará a la historia como la variable de Turing.

—Espíritu de autocrítica… —repitió irónico.

—Y también le falla la modestia, es usted demasiado orgulloso. Casi tanto como yo. No le gusta que duden de sus hipótesis. Lo acepto. Pero yo, como físico y matemático, y a diferencia de usted, tengo en cuenta las dudas. Es más; la certeza absoluta no existe.

—Pues ilústreme. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué le pasa a mi teoría?

—Usted supone que el meteoro que presenciamos fue una señal para que buscásemos en esta área. ¿Correcto?

—Correcto, lo digo y me reafirmo en ello.

—Entonces, ¿quién generó el fenómeno? —Abú apretó los labios—. ¿Ve? Su teoría flaquea, amigo mío. Y solo he raspado la superficie.

—No flaquea, estaba pensando. —Respiró hondo—. Creo que el fenómeno lo enviaron aquellos que idearon la máscara.

—Se equivoca. —Lanzó un vistazo al profesor y sonrió con picardía—. ¿Quiere saberlo, verdad? Le conozco desde hace años.

Ahora mismo le hierve la sangre. Lo sé por esas venillas que tiene en la sien. —Señaló—. Cuando no obtiene una respuesta se le inflaman como…

—¡¿Quiere decírmelo ya?!

—Creo que el fragmento de la máscara ha caído del cielo. —Miró hacia arriba—. Me aventuraría a decir que estaba orbitando la tierra desde hacía miles, puede que millones de años.

—Y mi teoría le parece endeble. La suya no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Por qué?

—Si eso fuera cierto, ¿cómo habría decidido la máscara caer en este lugar y precisamente cuando nos encontrábamos cerca? No, no, no… —repetía rebuscando por el suelo.

—Gravedad. Como diría Newton, es el peso lo que debe ser considerado. La máscara que prende del cuello de nuestro joven amigo tiene un peso específico colosal. Inconcebible. Usted lo sabe, la hemos estudiado juntos. La fuerza gravitacional de la máscara es tan grande que ha atraído a ese fragmento desde su órbita. Puede que lleve días cayendo. Calculo que desde que nos encontramos con su primo, el persa.

—Hindú —recalcó molesto—. Y no era mi primo.

—Señores, por favor —dijo Solomon—. ¿Pueden parar ya? Parecen niños. Encontremos de una vez lo que venimos a buscar y volvamos al Prometeo. No queremos que Waterfall se muera de viejo —remató sarcástico.

—Entonces, según su teoría, ¿qué tenemos que buscar?

Turing arrugó el gesto.

—Una piedra carbonizada, puede que de aspecto metálico, con la superficie llena de oquedades fruto de la fricción de la reentrada. —Apartó unas rocas, pensó y continuó hablando—. Como físico, lo que más me hace devanarme los sesos es cómo puede llevar la máscara al cuello. La porta como si fuera un escapulario y, cuando la abandona, hunde la tierra bajo su peso. Escapa de toda lógica.

—Seguro que encontramos una explicación —dijo Abú moderando el tono.

En ese instante algo silbó en el aire, impactó contra mi pecho y me tiró de espaldas.

—¡Me quemo, me quemo! —gritaba viendo cómo mi chaquetón ardía.

Solomon comenzó a echarme nieve hasta ahogar los rescoldos.

—Tranquilo, Daniel. —Me palmeó el pecho y apartó los jirones carbonizados de tela—. Acérquense a ver esto; Turing tiene razón.

Los hombres se arremolinaron a mi alrededor. El penúltimo fragmento de la máscara, el trozo caído del cielo, se fusionó con el resto de igual manera que los anteriores pedazos; en una inquebrantable soldadura de fuego.

—¿Se encuentra bien? ¡Responda, Daniel!

—La máscara no pesa porque este cuerpo del que cuelga tiene una carga eléctrica exacta y opuesta a la interacción nuclear fuerte que entrelaza sus átomos. Cuando la máscara se separa del cuerpo su energía empieza a engullir la materia.

—¿Qué ha dicho, Daniel? —me preguntaba Turing zarandeándome—. ¡Hable!

—¿Qué dice? ¡Suélteme! —Le golpeé en los brazos.

—Daniel, por favor, repita lo que acaba de decir —terció Abú.

—¿Por qué me miran así? ¿A qué se refieren? ¿Qué he dicho?

—¿No lo recuerda? —me preguntó Lawrence.

—Recordar… ¿el qué?

—Padece amnesia.

—Arriba, guardiamarina. —Solomon me ayudó a levantarme—. Denme ropa de abrigo, si no le cubrimos morirá de una pulmonía. Ya tenemos lo que veníamos a buscar, volvamos al Prometeo. No te preocupes, cuando comas algo caliente seguro que lo recuerdas todo.

LVII
El bagaje del hombre muerto

—Tenga cuidado, abrasa como el caldero del demonio —me advirtió Lupi, dejando el humeante cuenco en la mesa. Me acerqué y lo olí.

—Huele de maravilla, ¿qué sopa es?

—No tiene nombre. Es… —se apretaba nervioso las manos— es una receta de mi madre. Me la daba cuando me ponía enfermo. Lleva cebolla, vino, ajo… —cerró los ojos haciendo memoria— mostaza, tomillo, queso parmesano y picatostes, —Seguro que está deliciosa.

—Muchas gracias por compartir con nosotros uno de los instantes que han colmado su miserable e insípida existencia. —Waterfall, empuñando el bastón, le dio unos toques en la pierna—. Ahora lárguese. —Lupi se quedó paralizado—. ¡Ya, maldito gabacho!

—Acompáñeme, por favor —dijo Claus cordial, acompañando a Lupi a la puerta. Salió y cerró con llave.

—Por dónde íbamos… —Waterfall dejó el bastón en la mesa y se masajeó las sienes—. Enséñemela otra vez. —Dejé la cuchara en el cuenco, miré a Solomon buscando su aprobación y este asintió. Me abrí el gabán, desabroché la camisa y la máscara asomó. Waterfall, al verla casi completa, se emocionó, abrió la boca y sonrió —. Estamos cerca, muy cerca —murmuró acariciándola—. ¿Ha vuelto a encoger?

—No —respondió Turing—. Su decrecimiento se ha detenido. Pero, por las pruebas que hemos hecho en tierra, ya pesa unos doscientos millones de toneladas. Más que todos los seres humanos.

—Fantástico, fantástico. —Sonreía gozoso—. Solo queda un pedazo; el equilátero del mentón. Quizás peque de confiado pero, capitán, parece que detrás de sus demoras, su excesiva moralidad, nuestras desavenencias y su empeño en seguir el camino del hombre recto, parece que, bajo toda esa basura sensiblera, está el hombre que necesito.

—No hay orgullo en los halagos del demonio —respondió Solomon.

—El demonio es un aficionado. Pongan rumbo al último pedazo. —Me cerró la camisa con delicadeza, ocultando la máscara —. Guárdela bien, chico. No la pierda —dijo con una falsa sonrisa y veneno en sus palabras—. Cuando todo esto acabe recuérdeme agradecerle sus servicios. —Guiñó un ojo.

—Puede ahorrarse sus agradecimientos —respondí.

Waterfall se giró.

—¿Qué hacen? ¡Vamos! Pongan rumbo al último trozo.

—Hay un problema a ese respecto —dijo Solomon.

—¿Un problema? ¿Qué clase de problema?

La sala se quedó en silencio.

—No sabemos dónde está —comentó Jakob desde una esquina.

—¿Qué dice el cura? —Está diciendo la verdad.

—¡Eso es imposible! Usted —Waterfall miró al profesor—, usted ha trazado un mapa con la ubicación de los fragmentos.

—Así es —respondió Abú solemne—. Salvo para el último. No tenemos ninguna pista, visión o cálculo acerca de su paradero. No sabemos dónde está.

—Claus, ejecute al profesor —ordenó Waterfall.

El mayordomo intentó desenfundar su arma pero Solomon, en un centelleo, lo detuvo.

—Suelta el arma o le doy gusto al gatillo —dijo apoyándole el cañón de su pistola en el cuello.

—¡Me aseguraron que sabían dónde estaban los fragmentos! —

bramó Waterfall.

—Si le decíamos la verdad suspendería la expedición —Turing alzó la voz—. Tiene que comprender que estamos caminando por terreno desconocido. Todo lo que estamos aprendiendo en este viaje, aunque no completemos su maldita máscara, redimirá a la humanidad. Estamos comprendiendo eventos imposibles de…

—¡La humanidad me importa un bledo! —Waterfall vibró colérico—. ¡No somos un lazareto! ¡No somos hermanitas de la caridad! ¡No he hecho todo esto para salvar sus almas ni salvar a su condenada humanidad! —Temblando como si tuviera el baile de San Vito se puso en pie—. ¡Lo he hecho por mí! ¡Por mí! ¡¿Me entienden?! —Se agotó derrumbándose en la silla—. Me han engañado…

—Creíamos que la máscara, al igual que hizo en anteriores ocasiones, nos revelaría adonde dirigirnos —dijo Solomon—. Pero este es un viaje sin salida.

—Suelte a Claus —murmuró Waterfall, pero Solomon seguía encañonando a su sirviente—. Por favor, necesito los servicios de mi mayordomo —impetró.

El capitán bisbiseó algo, desarmó al ayudante y se apartó.

—Gracias. Claus, tráigame mi baúl de los recuerdos, el que tiene las incrustaciones de jade, aquel que salvé del aligeramiento impuesto por nuestro capitán. Me apetece gratificar los sacrificios de estos señores.

Claus entró en el privado del salón y volvió trayendo en brazos un delicado baúl con herrajes de acero y guarnecido con gemas verdes y naifes como puños. Enseguida reconocí aquella arca, la había visto en su mansión. La dejó en la mesa y se apartó. Waterfall nos miró una vez más.

—Veo que aquí termina nuestro periplo. Es *mitzvá* pagar el esfuerzo al jornalero.

Pulsó las gemas en un determinado orden y remató presionando un grabado de cuero rojo; en el interior del baúl comenzó a sonar el tictac de un reloj. Después de hacerlo, suspiró afligido y se recostó en la silla. Solomon se acercó a él:

—¿Qué ha hecho?

—Yo lo llamo el bagaje del hombre muerto. Lo diseñó, bajo mis estrictas indicaciones, mi relojero favorito, Louis Breguet. Contiene una carga explosiva de treinta y tres libras de nitrocelulosa. Una por cada año de su redentor. Es más que suficiente explosivo para hacer desaparecer este barco y a todos los que en él estamos. En tres minutos todo habrá acabado.

—¡Maldito loco! —Rabió Solomon—. Turing, desarme el artefacto.

—El baúl está sellado al vacío y el mecanismo contiene una ampolla de mercurio; cualquier intento de abrirlo, manipularlo o moverlo hará que explote —advirtió Waterfall.

—¡Desactívelo! —Solomon apuntó al anciano.

—Dispare. No pienso desactivarlo.

—¡Abandonemos el barco! —sugirió Turing.

—No sobreviviríamos una sola noche a la intemperie.

—¡Va a matarnos a todos! ¡¿Es que no le importa?! —Lawrence perdió los estribos y se lanzó a por Waterfall. Después de propinarle varios puñetazos, escupió sobre él.

—Tarde, pero por fin sale el verdadero carácter del doctor. —Waterfall se introdujo los dedos en la boca y tiró en la mesa una muela partida—. Esta expedición solo tenía un destino.

—Padre, desactive la bomba —suplicó Claus.

—¡¿Es su padre?! —dijo Lawrence atónito, enjugándose la sangre de los nudillos en la chaqueta.

—No es el momento, ¿qué hacemos? —le preguntó Víctor a Solomon.

—Abandonemos el barco —respondió.

—Has dicho que fuera no sobreviviríamos.

—Pero tendremos una oportunidad.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Reía Waterfall con la boca ensangrentada—. ¡El refrán tiene razón! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Las ratas son las primeras en abandonar el barco!

—Esto solo nos ha traído desgracias. —En un arrebato me quitéla cadena del cuello y abrí la escotilla dispuesto a tirar la

máscara a la mar.

—¡Quieto! —Gritó Abú—. ¡Mire!

Observé mi mano; la máscara estaba suspendida en el aire, tensando, suavemente, la cadena.

—¡Turing!

—Está levitando… —apreció este—. Parece… la aguja de una brújula.

—Waterfall, desactive la bomba —ordenó Abú.

—No —respondió.

—¡Ya sabemos cómo llegar al último fragmento!

El viejo dudó.

—¿Cómo sé que no es otro truco de los suyos?

—¡Mire la cadena! ¡La máscara nos está indicando la dirección!

Waterfall respiró con dificultad, miró la cadena que mantenía en mi puño y se mordió el labio. Un silencio cortante, roto solo por el impaciente tictac del mecanismo, recorrió la sala.

—Siempre podré mandar envenenarlos —sentenció.

A continuación presionó la pareja de carbúnculos que decoraban la tapa del baúl y el mecanismo dejó de oscilar.

—No tiene perdón de Dios. Su alma jamás encontrará la paz —apostó Jakob mientras una gota de sudor le caía por la frente.

—¿Adónde vamos?

LVIII
El polo de inaccesibilidad

—¿Qué tal está nuestra amiga? —dijo Abú entrando en el salón.

En ese momento me encontraba apoyado en la mesa con el brazo izquierdo sujetándome la cabeza mientras, en la otra mano, observaba la máscara con indiferencia. Turing había dibujado una rosa de los vientos en el tablero y claveteado sus patas al suelo. Durante doce horas al día, después de comer, cenar o desayunar, tenía que sentarme a la mesa y sujetar el artefacto para notificar cualquier variación en el rumbo.

—Hola, profesor. —Me recompuse en señal de respeto.

—Solo quería saber cómo se encuentra.

—Hannut está durmiendo. Hoy le he enseñado muchas palabras nuevas. Es una muchacha lista, aprende con rapidez.

—Tiene un buen maestro. —Apartó una silla y se sentó a mi lado—. En realidad he venido con otra intención; quería saber cómo se encuentra usted.

—Abatido. —Chasqué el cuello—. Tengo la desagradable sensación de que en cualquier momento la situación me va a superar. No sé si seré capaz de estar a la altura.

—Estoy seguro de que podrá imponerse. Piense que ninguno de nosotros puede llevar la pesada carga que usted lleva al cuello. Por algún motivo ese artefacto le ha elegido. No quiere que otro cargue con su peso… y con su responsabilidad. Hablando del artefacto, ¿ha hecho algo en las últimas horas?

—Nada. Desde que abandonamos los hielos solo marca el este. No se desvía ni un ápice.

—Llevamos nueve días navegando a dieciocho nudos por hora, eso son…

—Tres mil ochocientas ochenta y ocho millas náuticas —respondí de manera automática.

—Asombroso. ¿Siempre ha calculado así de bien?

—Era el último en la asignatura de matemáticas. Solo me gustaba leer. Pero… desde que me impusieron el fragmento he venido notando una especie de mejoría.

—Explíquese.

—Las respuestas a las preguntas vienen a mí. No necesito pensar, solo… vienen.

—¿Como lo que dijo en los hielos?

—Sigo sin recordar lo que dije, profesor.

—No se apure. Ya lo recordará.

Miré la mesa.

—¿Adónde nos lleva la máscara?

—Si seguimos este rumbo acabaremos en México —bromeó—. Tengo una conjetura… —Se quedó pensando.

—Si es tan amable de compartirla…

—Creo que nos lleva al polo de inaccesibilidad del Pacífico.

—No conozco ese lugar.

—Muy poca gente lo conoce. Ninguna ruta marítima pasa por allí, no hay nada de interés.

Estiró el brazo, tomó una de las cartas náuticas de Solomon y la extendió sobre el tablero.

—Este es el polo de inaccesibilidad del Pacífico. —Señaló una parte de la carta—. Es el lugar del océano más alejado de cualquier punto de tierra firme. Allí impera la nada. Su área es de casi seis mil millones de acres. Eso es la superficie, incluyendo mares, de toda Europa. No hay una sola alma en un radio de mil quinientas millas.

Hizo una pausa, creo que la idea de una soledad tan salvaje le incomodaba.

—Los marineros que han estado cerca dicen que allí se suele

escuchar un sonido similar al girar de una turbina de vapor. En su mística marinera creen que habitan criaturas fantásticas. Seres perturbadores.

—Y después de lo que hemos vivido, ¿cree que hay imposibles?

El profesor se encogió de hombros. Perdí la mirada en las cartas del Pacífico y sentí un fuerte desasosiego.

LIX
Tierra quemada

—Buenos días, capitán —dije subiendo a la cubierta.

Hacía una mar apacible y el viento levantaba pequeñas olas con espuma.

—Buenos días, guardiamarina —respondió al tiempo que removía su acostumbrado café mañanero—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Aburrido. En estos trece días he podido leer todos los libros que nos quedaban; ya le he enseñado a Hannut a sumar; he pasado el tiempo con Taloq tallando escenas de caza en dientes de cachalote y he practicado tiro con los señores Turing y Jakob… No sé qué más hacer.

—¿Ha visto hoy a los señores Víctor y Lawrence?

—Al subir he escuchado a Víctor en su camarote. Estaba rezando por el alma de la señora Elizabeth. —Bajé la cabeza—. Lawrence sigue durmiendo; ayer se quedó hasta tarde estudiando apuntes de medicina… ¡Ah!, nuestro patrón ha superado otra noche. Oí cómo reñía a su mayordomo esta mañana.

—Es su hijo y lo trata así… —Desaprobó negando con la cabeza —. Los hombres estamos locos.

—¿Qué tal está usted?

Arqueó los labios y estiró el gesto.

—Esta noche ha refrescado, la mar traía borreguillos y el cielo estaba despejado. Ya he dejado constancia en la bitácora. Me gusta

mirar el cielo nocturno y ver todas esas estrellas. Es un regalo para la vista —dijo, dándole un sorbo al café—. ¿Qué tal eso? —Señaló mi pecho—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Sigue indicando el mismo rumbo.

—Si hay alguna variación no dude en comunicármelo.

—Así lo haré. Capitán, si me disculpa bajo a la cocina; Lupi me pidió que le ayudase a desplumar los patos.

—Vaya, está disculpado. Pero no permita que sus palabras le calen. Las doctrinas de ese hombre son nocivas y perjudiciales para las buenas costumbres.

Me despedí con un saludo y Solomon volvió a solicitarme.

—Daniel… ¿ha oído eso?

Escuché.

—Es como un ronronear lejano. Muy débil.

—Lo llevo escuchando toda la noche. —Caminó hacía el timón y tomó la trompetilla—. Maquinista, pare toda y ahogue la caldera. ¡Silencio en cubierta! —ordenó, y los marineros dejaron de hablar.

Entonces escuchamos un sonido de brasas sofocadas y la chimenea del Prometeo dejó de escupir volutas de humo para eyectar una densa nube de vapor blanco.

—Es el sonido de las tuberías purgándose. Es normal —comentó Solomon.

La nave comenzó a decelerar. Esperamos unos minutos y, cuando todo se quedó en calma, el ronronear de fondo se hizo más patente.

—Sigue ahí. Me preocupaba que tuviéramos algún problema mecánico. Este es un mal sitio para tener una avería.

Caminé hacia la borda y me asomé.

—Capitán, venga a ver esto.

Solomon, junto a tres marineros, se acercó y juntos observaron la mar.

—¿Qué sucede?

—Hay algo en el agua.

—¿Es el monstruo? —preguntó atemorizado uno de los hombres.

—No, no es eso. Es extraño… Imposible. —Mi cerebro se negaba a creer lo que mis ojos estaban viendo—. Es como si el lecho del océano viniera hacia nosotros.

—Es que está viniendo hacia nosotros, ¡¡¡sujétense!!!

Al grito de Solomon nos lanzamos a abrazarnos a los mástiles, otros al timón, varios hombres se tiraron a la cubierta y se aferraron a los balaustres. El Prometeo comenzó a vibrar y a agitarse como si, en mitad de aquella soleada y serena mañana, un tifón fuera a engullirlo. La agitación fue a más; los cabos se quebraron dejando sus almas a la vista; las vigas se retorcían entre chillidos de tensión; los clavos asomaban las cabezas, amenazando soltar aquello que fijaban; los polipastos chocaban entre sí con violencia mientras los estayes se destensaban y los toneles que estaban sueltos corrían sin freno, arriba y abajo, por la cubierta. Desde el interior llegaban los gritos de los hombres y sus voces, mezcladas con los estallidos de platos, cacerolas y vasos reventando contra el sollado, se sumaban a las nuestras.

—¡Se va a partir! —gritó uno de los marineros.

—¡Aguantad!

Ignoro cuánto tiempo duró aquello. Las vibraciones empezaron a mitigarse; primero un poco, y luego algo más, hasta quedar reducidas a una nota sorda que acabó desapareciendo.

—¿Están bien? —dijo Turing llegando a la cubierta.

—¡Estamos bien! Atiendan a Ferpuccio; lo vi caer en mala postura —informé—. ¿Qué ha pasado, capitán?

—Hemos embarrancado —contestó.

—¡En esta demarcación no hay tierras emergidas! —apuntó Abú.

—Pues ahora sí.

Solomon, fascinado, caminó hasta la borda.

—¿Es cierto? —acerté a murmurar al ver el páramo que, en mitad del océano, había emergido.

Era una isla negra, absolutamente negra. La arena era carbón puro; las palmeras que flanqueaban su playa estaban desmochadas y abrasadas y sus troncos habían sido decorados con hileras de cráneos

humanos. Desde el negro terraplén en el que había quedado varado el Prometeo veíamos agonizar a los peces que hasta hacía un instante nadaban en el fondo de la mar. Ahora el agua quedaba a más de tres millas de distancia. Los corales en los que las criaturas marinas convivían se habían convertido en túmulos de fémures. Presidiendo aquel orco se erguía, tétrica, orgullosa y altiva, una montaña de agujas afiladas, laderas calcinadas y valles sombríos.

—Profesor Abú.

—¿Sí? —contestó boquiabierto.

—¿Recuerda aquella pesadilla de la que le hablé? Hemos llegado a ella.

—¿Se da cuenta de lo que están viendo? —intervino Turing—. La curvatura del espacio es la misma en cada punto de la isla… Es imposible.

—R'lyeh —musitó Hannut.

LX
R'lyeh

—¿Cómo dice que se llama? —me preguntó Solomon mientras cebaba el tambor de su arma con nuevas y relucientes balas.

—Por lo que he entendido parece que la isla se llama R'lyeh —respondí.

—¿Y cómo la conoce? —terció Turing, ajustándose el talabarte que ceñía la vaina del sable a su cintura.

—Aún le cuesta hablar nuestro idioma pero, por lo que he podido averiguar, el hechicero de Reunión les contaba leyendas y mitos acerca de esta isla.

—R'lyeh, una isla en mitad del polo de inaccesibilidad —comentaba Solomon con un rictus de sonrisa—. Cuando cuente esto en la taberna nadie me va a creer.

—¿Cuál es el plan? —inquirió Waterfall, haciendo acto de presencia con su hijo.

—Desde el carajo hemos divisado, en la base de la montaña, un portal columnado —explicaba Solomon—. Es la única edificación que se ve. Todos estamos de acuerdo en dirigirnos allí.

—Es lo correcto. Claus, prepara mis cosas y trae el bagaje del hombre muerto (cof, cof, cof).

—¿Qué quiere decir con *lo correcto*? —advirtió Turing.

—¿Qué pretende? ¿Quiere matarse? —intervino Víctor—. No es que su salud me importe pero sería mejor que se quedase en el barco. Apenas puede andar.

—Vamos con ustedes —recalcó firme.

—De eso nada —repuso Solomon—. Sería un retraso.

—¡No!

—¡Escúcheme, viejo loco! Cogemos el pedazo y le entregamos la máscara completa. Usted obtiene lo que quiere y a nosotros nos deja en paz.

—¡He dicho que no! —gritaba entre toses—. ¡Yo tengo que estar allí! ¡Es… imperioso que esté allí!

—¿Por qué esa locura? —advirtió Lawrence—. ¿Qué problema tiene en esperar un poco más? La travesía puede terminar matándolo.

—Ese es mi problema, matasanos —dijo sin aliento.

—Usted ya lo ha visto, ¿cierto? —dijo Solomon. Caminó amenazante hacia él y Waterfall, apocado, desvió la mirada—. Usted ya ha visto lo que pasará. ¡Hable!

—¡Si quiero el poder de la máscara tengo que estar allí! ¿Contento?

—He jugado miles de manos taimadas en mi vida, pero usted es el más tramposo tahúr contra el que he tenido que apostar.

Waterfall sonrió vilmente. La reprimenda de Solomon, en vez de ofenderle, acrecentó su orgullo.

—Daniel, dígale a Belmonte que seleccione a un grupo de hombres y que les dé armas. Quiero el barco defendido de…

—¡No! ¡No, no, no y no! ¡Vamos todos! ¡No me fio de ustedes! Son capaces de dejarme abandonado en esta roca abrasada.

—Todos…

—¡Todos! ¡Hasta la negra!

—Maldito demonio loco.

Dado el estado de Waterfall el capitán mandó construir, con un par de vigas de madera y algo de tela, una improvisada silla gestatoria en la que lo llevaríamos. Desmontamos los brandales y nos servimos de ellos para bajar a tierra y, con cuerdas, descolgamos por la amura de babor todo lo necesario para la expedición; armas, pólvora, explosivos y el botiquín de Lawrence junto con algo de carne seca y agua.

Recuerdo cada una de las desagradables sensaciones que me invadieron al poner el pie en la superficie de la isla. La arena era fina, casi polvo, y estaba tan molida y tan seca que se pegaba a nuestras ropas como la brea. Me extrañó la sequedad extrema de una tierra que había emergido ante nuestros ojos. Vi algún charco pero no más de cinco. El aire estaba enrarecido; era mefítico y denso. No había rastro alguno de vida; ni reptando por el suelo ni volando por el cielo. El único vestigio de existencia animal eran los restos de los bancos de peces que se pudrían bajo una luz de algalia. La esperanza había muerto y R'lyeh era su tumba.

—¿Quiénes cree que eran, capitán? —dije observando los huesos humanos que salpicaban cada rincón del lugar.

—No lo sé y no pienso quedarme a descubrirlo. Satisfagamos las ansias de ese viejo demonio y larguémonos de este erial. ¿Tiene la máscara? —Me toqué el pecho y asentí—. Muy bien. ¡Vamos, señores! —gritó a los hombres, y comenzamos la marcha hacia la montaña.

Nuestro andar era lento, tedioso. Más que caminar arrastrábamos los pies. No estábamos cansados, pero aquella tierra negra tenía la facultad de exprimir hasta la vitalidad de nuestros cuerpos. Aun con esa extraña tristeza a cuestas, al no haber desfiladeros que evitar ni ríos que vadear, tardamos menos de tres horas en alcanzar el portal que había sido cincelado, sabía Dios por quién, en la roca viva.

Era un pórtico de perturbadora sobriedad. Dos puertas gemelas, negras como el azabache, de treinta yardas de altura por seis de anchura cerraban el paso. A ambos lados, flanqueando aquellas compuertas, dos columnas de fustes fajados que tendrían más de diez yardas de diámetro.

—Una arquitectura elegante y sencilla —apreció Jakob—. El arquitecto que las diseñó no se prodigó en detalles superfluos. Solo quería ser funcional.

—Estando a sus pies uno se siente insignificante —comenté al constatar la imponente estructura.

—Así lo idearon los constructores. Querían que aquel que

llegase a su trono sintiera la insignificancia de la existencia —murmuró Waterfall—. Es fantástico, digno de titanes.

—Taloq, Koopha, ayudadme —dijo Solomon, y entre los tres intentaron empujar las puertas. Otros cinco marineros se sumaron a su empeño pero aquellas moles no cedían ni una pulgada—. Es imposible. —Pegó la oreja a la superficie y la golpeó con el puño—. Son macizas. Puede que tengan diez pies de espesor, quizás más. Tampoco veo cerraduras ni bisagras que atacar. —Raspó con la uña la intersección entre las hojas—. No cabe ni el bigote de una gamba. No se puede entrar. Profesor, ¿podremos volarlas?

Abú se acercó y acarició la superficie.

—Son demasiado gruesas. Necesitaríamos más explosivos de los que tenemos. —Miró el dintel—. Y, de tenerlos, la voladura derrumbaría toda la estructura.

—Los explosivos no pueden hacer nada contra este elemento, profesor —apreció Turing examinando la puerta—. No es acero, ni ninguno de los otros materiales con los que estamos acostumbrados a tratar. Parece el mismo material que conforma la máscara.

Sonaron unos disparos y las balas rebotaron en todas direcciones.

—Ni una mella. ¡Ábrete, maldita! —voceaba Waterfall sujetando la pistola en sus manos.

—¡Insensato! —le reprendió Víctor—. Podría habernos dado.

—No se ponga nervioso.

—Taloq, coge a dos hombres e inspecciona la base por el norte. Contramaestre, haga lo mismo por el sur —ordenó Solomon—. Quizás haya una puerta trasera.

—Aprovecharé para quitarme el polizón que llevo en la bota —dije. Me quité la chaqueta, la tendí en el suelo y me apoyé contra la puerta. Noté un hilillo de polvo cayendo sobre mi cabeza. Al ver lo que había pasado me pregunté si sería posible. Estiré la mano y, cauteloso, empujé un poco la puerta que, sin ningún esfuerzo, cedió media pulgada.

—¡¡Se abre, se abre!!

Me puse en pie y empecé a empujar los portones.

—Es el poder de la máscara. —Oí decir a Waterfall.

Las compuertas estaban dotadas de algún mecanismo pues, al superar la mitad del recorrido, terminaron de abrirse solas. Cuando vimos el interior nuestros corazones se sobrecogieron. Un ancho, alto y largo puente de piedra, flanqueado por dos interminables hileras de linternas, se alzaba sobre un abismo sin fondo y permitía cruzar hasta la pequeña isla que se erigía en mitad de aquella laguna Estigia. Del techo de la inmensa gruta, a más de doscientas yardas sobre nuestras cabezas, colgaban amenazantes estalactitas que, iluminadas por el fulgor de los candiles, parecían rezumar sangre.

—Esto no es obra de la mano del hombre —dijo Jakob.

—¿Quién ha podido…? —murmuró Abú.

—*Ellos* —bisbiseó. Waterfall.

—No hemos llegado tan lejos para quedarnos mirando como novias primerizas —dijo Solomon con decisión.

El capitán fue el primero en cruzar el dintel y, tras reconocer el atrio de la gruta, nos indicó que fuéramos pasando.

—Claus, trae mi baúl —ordenó Waterfall.

Detrás de él entraron Lawrence acompañando a Hannut, Taloq, Jakob, Koopha, Víctor, Turing, Abú y, por último, yo.

—Contramaestre, quédese con los hombres y proteja la entrada —ordenó Solomon.

(¡¡¡*Crack*!!!). Oímos un chasquido seco a los laterales y las puertas comenzaron a moverse.

—¡Se van a cerrar! —grité. Las hojas se cerraban y la tripulación intentaba frenarlas, pero era imposible—. ¡Apártense, los van a aplastar!

Las colosales puertas, en un estrépito de crujidos y polvo, terminaron cerrándose. Intenté huir, pero un fuerte dolor en la pierna me impedía caminar.

—¡¿Están bien?! —gritaba Solomon, buscándome.

—¡Aquí! —grité pidiendo auxilio.

Aquel polvo se me metió en ojos, nariz y garganta, dificultándome hablar.

—¡No puedo… moverme!

A los gritos de Solomon pronto se unieron los del resto de mis amigos pero, hasta que el polvo se empezó a disipar, fue imposible encontrarnos.

—¿Se encuentra bien, Daniel? ¡Necesito ayuda! —gritó Abú al encontrarme—. Tranquilo. Ya estamos aquí.

—¡No puedo moverme, profesor! ¡Mi pierna!, está atrapada.

Varias agujas del techo se habían desprendido, aprisionándome por el tobillo. Por suerte Turing y Solomon no tardaron en aparecer y, con esfuerzo, apartaron entre los tres las piedras.

—¿Está bien? —se interesó Solomon.

—Sí. Creo que solo son rasguños.

Me masajeaba la pierna intentando recuperar la sensibilidad. La roca me la había llenado de cortes y mis manos, desolladas por la caída, sangraban profusamente.

—¿Y los demás?

—Al otro lado.

—¿No ha podido cruzar nadie más?

—No, capitán.

—¡¡¿Están bien?!! —gritó a las puertas, pero solo le respondió el eco de su voz—. Estamos atrapados. La única salida que nos queda es avanzar.

Escuché a Hannut sollozar amargamente. Cojeé hasta ella, la tomé de la mano, y le dije que no se preocupara, que todo saldría bien. Por extraño que parezca no sentí que aquellas palabras fueran una vana esperanza. Algo en mi interior me decía que todo, de una forma u otra, saldría bien, pero que tendríamos que pagar un precio muy alto. Hannut se calmó y, tras ofrecerse como apoyo, comenzamos a cruzar el puente en dirección a la isla.

En nuestro caminar oíamos el tronar de las entrañas de la tierra. Y algo más. Había algo en la profundidad del abismo; algo que, desde hacía eones, llevaba durmiendo en la oscuridad y que no se quería mostrar.

Al llegar al final del puente vimos que, en mitad de la isla, se alzaba un pedestal de mármol negro y sobre este, levitando en delicada y perfecta armonía, estaba el último fragmento de la

máscara.

—Es mía —balbuceó ansioso Waterfall.

Tiró el bastón y caminó hacia el pedestal.

—¡Un momento! —Le frenó Abú—. Hay una inscripción en el suelo. —Quitó con la mano el polvo que la cubría—. Es como la que vimos en la india. Jakob, ¿puede leerla?

Jakob se acercó, sopló el polvo para revelar las letras del granito y comenzó a leer:

—*Tua si dignus sanguis populi tui dicat. Falsitas sepulcrum esto*. —Suspiró y cerró los ojos—. Que tu sangre diga si eres digno de tu pueblo. —Nos miró confundido—. ¿Digno de tu pueblo? La mentira será tu tumba. Es otra prueba recubierta de amenaza. Igual que en la pagoda subterránea.

—¿Qué quiere decir? ¿Tenemos que ser reyes para coger la lasca? —dijo Lawrence.

Turing se acercó despacio, examinando el pedestal.

—Esto es una trampa. —Desenvainó su sable y con la punta del hierro, cuidadosamente, intentó empujar el fragmento. No llegó a tocarlo y el filo comenzó a ponerse al rojo vivo hasta licuarse en un parpadeo—. Este acero funde a dos mil grados… —dijo mostrándonos el sable.

—Yo no soy físico —Solomon tomó la palabra—, ni médico, ni químico, ni matemático… Solo soy un humilde marinero. Lo único que he hecho medianamente bien en mi vida ha sido cruzar los océanos. Ustedes hablan en términos que escapan a mi conocimiento pero, como marino, hay un artefacto que sé muy bien cómo funciona. Y no es otro que la brújula. La máscara nos ha indicado la ruta a seguir para llegar hasta aquí. Daniel ha sido el único que podía cargar con el artefacto y también ha sido él quien ha logrado abrir las puertas de este santuario. Creo que el elegido para coger ese maldito fragmento está delante de nosotros. —Me miró.

Silencio. Nos quedamos reflexionando. Yo no sabía qué decir.

—Estoy de acuerdo —subrayó Jakob.

—Yo también —apoyó Abú.

Unos golpes comenzaron a sonar a nuestra espalda. Waterfall, con la culata de su pistola, destrozaba el mecanismo del fatídico baúl.

—Ya no hay vuelta atrás —afirmó—. Es el fragmento o la muerte de todos. Usted decide, jovencito.

—Nos ha condenado —siseó Lawrence.

Miré a los presentes y estos me devolvieron una mirada de gravedad.

—Es el destino… —dije observando el pedestal como el reo que desde su celda ve el cimbrear de la soga en el cadalso. Y mis pies avanzaron hacia lo incierto.

—¡Ánimo, muchacho! —gritó Turing.

—Te he enseñado todo lo que sabía, discípulo. Ahora es el momento de que tú nos muestres el camino —dijo Abú con firmeza, haciéndome una reverencia.

Jakob bajó del trono de su orgullosa soberbia y, con la cabeza, me dedicó un gesto de nobleza. El doctor Lawrence, con los ojos húmedos, simplemente me estrechó la mano.

—¿Está seguro, capitán? —dije al llegar a su altura.

—Esta existencia es una incertidumbre —respondió solemne—. Perdí a un hijo y no quiero perder a otro. Si teme por su integridad, corra. Nada vale más que una vida.

Asentí, tragué saliva y, con paso firme, superé las letras del suelo hasta situarme al lado del pedestal.

—*Tempus fugit*! —gritó Waterfall.

—Dios mío… —suspiré sujetando la máscara, no sabía qué tenía que hacer ni qué iba a pasar. Instintivamente la acerqué al fragmento y este abandonó su estado de levitación para fundirse en el lugar que le pertenecía—, ¡¡Funciona!!

—¡Ahora deme la máscara! —dijo Waterfall, encañonándome.

—¡No se muevan o dispararé! ¡Juro que lo haré! —gritaba Claus, amenazando a mis amigos con una pistola en cada mano.

Solomon, Víctor y Jakob desenfundaron sus armas.

—Waterfall, no haga ninguna locura —advirtió el capitán.

—¡Trae a la muchacha! —ordenó el amo.

Claus engarzó una de las pistolas, cogió de la muñeca a Hannut y la arrastró hasta donde estábamos.

—¡No sirve de nada! ¿Ve? ¡La máscara no funciona! —dije mostrándole el artefacto por la cadena.

—Ignorante, no conoce su auténtico poder. *Que tu sangre hable…* ¡Sujete la máscara y no se mueva! Claus, tu puñal, —Tiró su arma, tomó el cuchillo y agarró ansioso la mano de Hannut. Tiró de ella hasta donde yo estaba, le cortó la palma con el puñal y salpicó con su sangre el artefacto—. ¡Dame tu poder! —gritó estirando los brazos al cielo; pero no ocurrió lo que esperaba—. ¡¡Yo te invoco, dame tu poder!! —insistió más fuerte.

—*La clave corre por tus venas* —susurré, recordando las palabras de la señora Elizabeth antes de arrojarse al fuego. Entonces, por un pálpito, puse mis ensangrentadas manos sobre la máscara y esta reaccionó violentamente, iluminando todo con una fugaz e infinita luz blanca.

LXI
Más allá de la comprensión

La gravedad hizo que la existencia se condensase en un solo punto; el tiempo colapso sobre sí mismo y el espacio quedó reducido a la nada. Pero la nada no quedó vacía. Su lugar lo ocuparon 10^{120} dimensiones, todas distintas, extrañas y caóticas. La estructura de los átomos se fluidificó y empezó a oscilar al mismo tiempo como una partícula y como una onda. La luz, ante el tirón gravitacional generado, ya no era suficientemente veloz para escapar de la tracción. Y todo esto sucedió en un cronón.

LXII
En una de las 10^{120} dimensiones…

—¡¡¡Aaaaah!!! —Sentía la infinitesimal masa de cada uno de los muones que impactaba contra mis células. No podía respirar y comencé a convulsionar como si me estuviera ahogando. Temía que mi corazón no lo soportase y el esfuerzo lo convirtiese en una bola de fuego. Entonces, justo antes de empezar a arder, abrí los ojos—. ¡¡¡Socorro!!! —grité, incorporándome en la cama. Tragué saliva. Jadeaba cubierto de sudor. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz me percaté de que la cama en la que me encontraba era mi cama, y que aquella habitación era mi habitación, en la casa de mis padres —. ¡¿Qué significa esto?! —pregunté ofuscado.

—Hola, Daniel.

—¡No! ¡¡No!! ¡Es imposible! —En la silla del escritorio que hay delante del ventanal que daba al monte Pedroso estaba, tranquilamente sentada, la señora Elizabeth. Se encontraba como siempre; resplandeciente, risueña, perfecta. Vestía un vaporoso *hourglass dress* y una suave luz vespertina iluminaba su angelical rostro—. Usted está muerta. —No salía de mi estupefacción—. Esto es obra del demonio. ¡La vi caer al fuego! ¡Vi cómo se sumergía en la lava! ¡¡Hemos llorado su muerte!!

—No soy Elizabeth, Daniel.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué? —Salté de la cama y corrí hacia la puerta—. ¡Padre, deme la escopeta, han entrado en casa!

Abrí la puerta, pero tras ella no estaba el pasillo sino una pared

de ladrillos.

—¿Dónde estoy? ¡Padre, el arma! —Golpeaba y arañaba el muro.

—Tranquilízate.

—¡¡Padre!! —Seguía golpeando—. ¡Padre! —Mis puñetazos cada vez eran más débiles—. Padre… —Terminé desmoronándome contra la pared para luego darme la vuelta—. No puedo salir de aquí. ¿Verdad?

—Puedes salir cuando quieras, tienes todas las llaves de todas las cerraduras. —Dirigió una mirada a mi mano y en ella apareció una argolla con multitud de llaves—. Aún no sabes muy bien cómo usarlas. Pero puedes.

—¿Estoy muerto? ¿Quién eres? ¿Es esto algún juego de Waterfall? ¡Capitán! ¡Capitán Solomon, socorro!

—No pueden oírte.

—¡Profesor Abú, Turing, Taloq, socorro!

—Sabes que gritar, aquí, no sirve de nada. —Se levantó de la silla y caminó hacia mí.

—¡No, déjeme en paz! ¡Aléjese! —Me cubrí la cabeza con los brazos pensando que quería atacarme.

—Daniel, no voy a hacerte daño.

Su voz era cálida y amable. Era idéntica a la voz de la señora Elizabeth, pero sin su acostumbrada melancolía.

—Necesitas comprender qué ha pasado. Cuando lo hagas verás que no hay nada que temer.

Me tendió su mano para ayudar a levantarme. La miré y desconfié.

—Puedo esperar el tiempo que necesites.

Después de meditarlo durante unos instantes, con miedo y dudas, inspiré y acepté su invitación.

—Eso está mejor.

—¿Qué está pasando? Usted no es la señora Elizabeth. —La observaba sin poder parpadear.

—No, no soy tu amiga Elizabeth. Sólo he imitado su imagen, su voz y su tacto. —Se miró los brazos y observó la estancia—. Esta

tampoco es tu habitación. Conjeturé que con estos aditamentos te sería más fácil comprender. Si no te gusta puedo ser quien quieras.

Sucesivamente, se transfiguró en mi padre, luego en el capitán Solomon, en Turing, en Waterfall y en Lupi.

—O encontrarnos donde quieras.

La habitación se mudó en una playa virgen, en la cubierta del Prometeo y el salón de mi casa.

—No. Estaba bien como estaba.

—Muy bien. Como tú desees. —Volvió a adoptar la imagen y el entorno primordial.

—¿Comprender? ¿Qué tengo que comprender?

Me soltó la mano, caminó hasta el escritorio, se sentó en la silla y volvió a mirar por el ventanal.

—Ven, mira.

Me acerqué y por la ventana ya no se veía el Pedroso. Su lugar lo habían ocupado majestuosos edificios de cristal que parecían perderse en las nubes, avenidas llenas de árboles, exóticas aves en los cielos y la luz del sol filtrándose entre esponjosas nubes.

—¿Qué sitio es ese?

—Es tu casa. Estás viendo el principio del fin de tu civilización. Era un día como otro cualquiera. Solo que ese día cambió todo. Aquella mañana los científicos, después de compilar toda la información, de resolver todos los cálculos y observaciones y tras descartar todas las posibilidades, dieron a conocer su conclusión; el universo que habitaban, el insondable y eterno cosmos que era su casa, no era tan eterno como creían. Aquel universo había empezado a contraerse. Desde entonces ese día fue recordado como el día de la Gran Singularidad.

—Pero no son humanos —aprecié, centrando la vista en los seres que deambulaban por el interior de los edificios—. Parecen personas pero sus caras son distintas, y su piel es transparente.

—Eran la primera civilización. La única.

—¿Eran?

—Un billón de años después de la gran explosión que dio origen al universo, cuando el plasma se condensó, cuando las fuerzas se

igualaron y la materia que ocupaba el espacio interatómico se volvió estable, surgieron aquellos que me crearon. Tu verdadera especie. Esta raza de seres evolucionó rápidamente. No necesitaban alimentarse, respirar o beber. Sólo necesitaba energía. Descubrieron el fuego y cien años después ya dominaban el átomo; cien años más y pudieron aprovechar toda la energía que manaba de su planeta; cien más y lograron canalizar toda la potencia de su estrella. En el lapso de doscientos mil años colonizaron hasta el último rincón de la galaxia exprimiendo el poder del infinito y de cada una de sus estrellas. Vivían en paz y armonía. Felices e inocentes.

—Hasta el día de la Gran Singularidad —murmuré.

Me miró con pena.

—Aquel día fueron conscientes de que todo acabaría desapareciendo. De que el universo, que hasta entonces se había expandido en el superfluido, rebotaría sobre si mismo atrapándolos a todos para terminar comprimiéndolos en el espacio de un solo átomo. Era el fin de la civilización. La entropía había llegado.

Los edificios que aparecían por la ventana comenzaron a derrumbarse, el fuego y el humo prendían en cada esquina y aquellos seres gritaban espantados.

—El caos se adueñó de ellos. Vivieron tiempos oscuros; hubo asesinatos, guerras, masacres, suicidios… —Negó con la cabeza—. Por suerte la razón se terminó imponiendo. Aceptaron el hecho de que acabarían desapareciendo. Entonces, en su desesperación, decidieron que como ellos no podrían salvarse perpetuarían la especie mediante una semilla sintética.

—Y crearon la máscara de Prometeo.

—Ese objeto poseería unas características muy especiales. Podría escapar a la compresión y perdurar en el nuevo universo que resultase de las cenizas del antiguo. Luego vagaría por el cosmos hasta encontrar una tierra óptima en la que germinar de nuevo. Cien mil años después del anuncio llegó la Gran Singularidad y, en un segundo, todo el universo desapareció.

Vimos una explosión, luego la oscuridad y una luz cegadora.

—Salvo yo. El cosmos, en el mismo instante que se comprimió,

volvió a expandirse pero con mucha más energía que la vez anterior. Erraron en ese cálculo y tuve que reajustar mis parámetros. Como resultado, durante millones de años deambulé a la deriva por el espacio custodiando los conocimientos que tu civilización había adquirido en toda su historia. Fui testigo de la formación de las estrellas, de los cuásares, de los agujeros negros, de los planetas… Pero ninguno reunía las condiciones adecuadas para la panspermia. Hasta que entonces, estando al borde de perder la esperanza… —En la ventana emergió la Tierra—. Por fin había encontrado el lugar perfecto. Antes de aventurarme a descender estudié el prometedor hábitat y descubrí que aquel primitivo planeta tenía, entre las innumerables formas de vida que lo habitaban, una especie basada en el carbono y de similares características a la nuestra. Pero su evolución les había tratado de manera inmisericorde; eran mucho más atrasados. Mataban para alimentarse, incluso a otros de su misma especie; no usaban herramientas, no conocían el poder del átomo, pero tenían una base genética apta. Estudié las opciones y tomé una decisión; me asociaría con ellos de manera simbiótica. Entonces intervine. Para tener mayores posibilidades de éxito, antes de caer a la tierra, decidí fragmentarme. De nada me servía caer en una fosa oceánica y ser atrapada por el núcleo de la tierra. Del mismo modo abandoné un fragmento en órbita geoestacionaria; era, por llamarlo de algún modo, mi bote salvavidas.

Mis cálculos fueron correctos. Uno de los fragmentos fue encontrado por un primitivo humano. —Bajó la cabeza—. Durante mucho tiempo instruí a aquellos seres; les enseñé a distinguir las frutas buenas de las malas; a bajar de los árboles; a caminar y a utilizar sus manos para dominar los elementos; les ayudé a comunicarse en una única lengua e incluso les alargué la vida. Pero cometí un error; había sobrestimado su bondad. Aquellos seres que, gracias a mí, habían comenzado a expandirse por la superficie de la Tierra no estaban a la altura de las circunstancias. Eran demasiado egoístas. No querían continuar el legado de la civilización que les dio todo. Ansiaban mi poder para ellos mismos. Comenzaron a venerarme como a un dios, alzaron templos en mi honor, se

pelearon por mi energía, por mis conocimientos…

A través del ventanal comenzaron a sucederse imágenes de indígenas luchando con lanzas y escudos de madera. Me miró.

—Y terminaron matándose entre ellos. Había fracasado. Pero antes de inmolarme, antes de ordenar al fragmento que seguía orbitando el planeta que me abandonase y continuase vagando por el universo, esbocé un nuevo plan. Y me serví de ellos para comenzar a ejecutarlo. Por aquel entonces ya comprendía la dinámica evolutiva de los humanos y calculé cuánto tiempo sería necesario para que surgiera un espécimen digno de perpetuar la especie. El heredero. Un ser superior que conquistase las estrellas, un arquetipo similar a mis creadores.

—¿Waterfall? —pregunté confundido.

—Tú.

—No puede ser, tiene que ser Waterfall.

—Waterfall es sólo un medio.

—¿Qué quieres decir?

—Eso es información reservada —dijo de manera automática—. Sólo un individuo puede acceder a ella.

Sentí el peso de las llaves en mi mano.

—Te ordeno que me cuentes qué pasó. —Probé.

Volvió la vista al ventanal. A través de los cristales vi, en una humilde cama, a una madre acunando tiernamente a un recién nacido.

—Me encontraba muy débil y varios de mis sistemas vitales estaban dañados. Necesitaba la ayuda de alguien que me recompusiera y así poder ejecutar el nuevo programa. Igual que pude calcular tu llegada pude prever el nacimiento de Waterfall. Un ser tan abyecto y ruin que haría lo indecible por devolverme a mi estado original. Su colaboración se tornó prioritaria.

—¿Cómo puedes saber que somos nosotros y no otros?

—Por vuestra genética. El camino del individuo está marcado en cada gota de su sangre. Es un destino del que no podéis escapar. Sois lo que sois.

Miró por la ventana y vimos a un grupo de hombres excavando

en una mina y, entre ellos, a unos jovencísimos Abú y Waterfall.

—Gasté una gran cantidad de energía enviándole una señal a Waterfall. Desde aquel instante mi velocidad de degradación se triplicó. Se me agotaba el tiempo.

—Por eso Waterfall sabía dónde estaba enterrado el primer fragmento. No fue una casualidad. Contrató al profesor Abú para desenterrarte.

—Waterfall era despiadado y ambicioso, pero rio reunía los conocimientos necesarios para ejecutar el proyecto. Desde aquel día le ayudé a incrementar su fortuna, a librarse de los estorbos, a obtener poder y longevidad y a urdir un plan para que pudiera rodearse de aquellos que completasen sus carencias: médicos, matemáticos, astrónomos, lingüistas, comandantes… y tú.

—Pero todos han… —dudé—; todos hemos venido voluntariamente.

—Eso no es del todo exacto.

El panorama que veíamos a través del ventanal volvió a mutar y el ente, mientras me mostraba aquello, me explicaba cada momento.

En una de las secuencias Waterfall aparecía discutiendo con una mujer que tenía a un recién nacido en brazos. Él trataba de convencerla de que tenía que marchar pero la mujer se resistía, no quería dejarle ir, lo amaba. Entonces Waterfall, en un arranque de locura, tomaba un cuchillo y ensartaba el corazón de la única persona que lo había querido. Abandonaba después la habitación pero, en el último instante, se daba la vuelta para recoger del suelo al bebé que, embadurnado con la sangre de su madre, lloraba desconsolado. Waterfall lo cogía y le decía: «Yo haré de ti un hombre, Claus».

Inmediatamente después el ente me mostró al uxoricida en Manchester. Estaba entregándole a una joven madre y prostituta una bolsa llena de oro. Más tarde aquella mujer aparecía levantando falso testimonio contra el doctor Lawrence. Terminé viendo cómo varios gendarmes sacaban al buen doctor de su clínica, engrilletado, mientras una turba enfurecida hacía llover sobre él amenazas y salivazos.

Luego me llevó a los desfiladeros de Kadikoi. Allí presencié cómo Waterfall sobornaba a un explorador para que hiciera correr entre los batallones de húsares británicos la noticia de un peligroso y cercano contingente armado. Vi cómo ese jinete avisaba a Turing y luego le vi a él masacrando en la oscuridad a mujeres y niños.

Llegó el turno del señor Jakob. Estaba en el banquillo de un tribunal eclesiástico, llorando e implorando a Dios, mientras el fiscal hacía desfilar a una cuerda de testigos que, en falso, le acusaban de estupro y abusos infantiles. En ese mismo tribunal estaba, sentado al fondo y con una plácida sonrisa, Waterfall.

De Roma pasamos a Budapest. En un callejón oscuro cinco enmascarados acribillaban los cuerpos de dos hombres. Cuando consumaron el asesinato escaparon cobardemente, pero una de las víctimas mantenía un hálito de vida y destrozado, manando cántaros de sangre por sus heridas, se arrastró hasta el cuerpo de su acompañante. Entonces vi su cara; era el capitán Solomon. Waterfall, desde el balcón de un hotel cercano, disfrutaba del espectáculo.

—Pero… —Pensé—. El profesor Abú y el señor Víctor…

—Contratar al profesor fue un recurso desesperado de Waterfall. Como digo, él no tiene conocimientos suficientes. Víctor, en cambio, era un peón. —Vi sus ojos mirándome a través del reflejo de los vidrios—. Mi plan pasaba por su mujer.

Entonces me mostró a Waterfall en el Palacio de Invierno. El sanguinario judío se desesperaba tratando de convencer al zar, pero este dudaba de la solvencia de la empresa. Waterfall le hacía hincapié en la necesidad de añadir a su biólogo favorito a la expedición. Finalmente el mandatario claudicó y ordenó a Víctor que tenía que embarcarse en la búsqueda. Cuando paladeó la sabiduría de la máscara ya no había vuelta atrás. Al día siguiente, exultante y fascinado, compartía con su joven esposa el poder del pequeño fragmento.

El alma se me rompió en mil pedazos al ver a la bella Elizabeth sola en su habitación, llorando amargamente al conocer el inexorable y rotundo final que le esperaba.

—Es horroroso —acerté a decir—. Waterfall y tú, o lo que seas, indujisteis las desgracias de los demás para que os acompañaran.

—El fin justifica los medios, Daniel. En todos los futuros que había computado, Víctor y tú moríais abrasados en la caldera del volcán. Sólo si Elizabeth os acompañaba, sólo si ella ocupaba vuestro lugar, sobreviviríais.

—¡No! Es imposible. Tú, vuestro plan… ¡Es imposible! ¡Yo he venido huyendo de un asesinato provocado por mis manos!

Una posibilidad cruzó por mi mente, pero era demasiado abominable para aceptarla.

—¿Verdad? Es así, ¿verdad? ¡Habla, maldita sea, habla!

Agarré al ser por el pecho, bajó la vista y, detrás de él, el ventanal empezó a mostrar nuevas imágenes.

Claus trepaba por una fachada que no tardé en reconocer; era la casa de Susan. Entraba en la sala de armas y, mientras manipulaba una pistola, la pólvora se le derramó en las manos.

—Esas son las armas de duelo que Susan llevó al campo. Es el arma que se suponía estaba descargada y con la que maté a Misael. Por eso Claus, en el *brougham*, tenía los guantes cubiertos de polvo gris. Por eso se ponía nervioso y dudaba cuando le preguntaba de qué conocía a mi padre. —Miré al ente—. Mi padre no había avisado a nadie para que me recogieran en la puerta de casa. Fue Waterfall quien le ordenó a Claus que me esperase fuera. Habíais preparado todo para que matase a Misael y tuviera que huir.

—Compréndelo, eres necesario.

—Has destrozado la existencia de muchas buenas personas para culminar tu plan.

—No, Daniel. No he destrozado nada. Le he dado sentido. Era imprescindible sacrificarlos. Mis cálculos no se equivocan. ¡Tienes que estar aquí para devolver a los tuyos el lugar que merecen en el universo!

—¡No quiero! —bramé rabioso. Entonces sentí un latigazo que me tiró al suelo. La cabeza me explotaba—. ¡¿Qué me estás haciendo?!

—Mientras te explicaba mi plan he aprovechado para cargar en

tu mente todos los archivos de memoria.

—¡Aaaaaaah! —Caí al suelo.

—¡Deja que fluya, Daniel! No te resistas —decía acariciándome la nuca, y el dolor comenzó a remitir—. Ahora eres dueño de todos los conocimientos del universo. Un poder inimaginable. Millones de años de sabiduría, inmortalidad, fuerza… Tardarás un poco en acostumbrarte a ellos, y a dominarlos. Pero ya nadie puede quitártelos.

—No… ¡No lo quiero! ¡No a ese precio!

—Ya está hecho, Daniel. No puedes renegar de tu destino. Tienes que perpetuar a aquellos que me crearon.

—¿Con la muerte?

—Con el sacrificio.

—El sacrificio es puro cuando es voluntario. Vosotros habéis jugado con las personas.

—¡No tienes otra salida!

—Sí hay otra salida. —Comencé a reír y el ente me miró contrariado—. Turing tenía razón; existen millones de variables, pero tus excelsos cálculos no han contemplado una sola posibilidad.

—El cálculo es perfecto —dijo tajante.

—Ignoras que yo puedo elegir, y elijo ayudar a los humanos.

—No puedes hacer eso.

—Sí, sí puedo. —Me puse en pie y me encaré al ser.

—¿Vas a traicionar a los tuyos?

—Vosotros no sois los míos. Los míos son mis amigos y voy a mostrarles lo que habéis hecho.

Decidí que no quería soportar más aquella perversión y tanto el ente como la habitación comenzaron a desmoronarse.

—¡Daniel! No nos hagas esto. ¡Voy a fracasar! —Resoplaba viendo cómo empezaba a desaparecer.

—¡¡¡Fuera!!!

LXIII
A los pies del pedestal

En un parpadeo regresé al inmediato instante que acontecía después de imponerle las manos a la máscara. Hannut corrió con el capitán mientras Waterfall y yo nos quedamos frente a frente, sujetando un artefacto que había desaparecido atomizado. El anciano rechinaba los dientes mirándome con infinito desprecio.

—Ha pasado algo, capitán —dije a mis amigos y, extenuado, caí al suelo. Traté de volver a ponerme en pie, pero las piernas no me sostenían.

—Lo hemos visto, Daniel —respondió Solomon solemne—. Todos lo hemos visto.

Se escuchaba el mecanismo del bagaje del hombre muerto.

—Waterfall, eres un hijo de puta —dijo Jakob desenfundando la pistola, y Turing le secundó aferrando su sable.

—¡Púdranse! —respondió rabioso el viejo—. Ya no pueden hacerme nada. Todos vamos a morir.

—¿Por qué la mataste? —preguntó Claus llorando, con el gesto desencajado.

—¡Tú cállate! ¡Te he hecho un regalo! Gracias a mí eres el hombre que eres. Tu madre habría criado a un desgraciado, o quizás te habría abandonado por unas monedas. Yo te hice un hombre.

Claus miró el baúl, se agachó y lo cogió bajo su brazo izquierdo para comenzar a caminar hacia su padre.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que debía haber hecho hace mucho. ¡Aaaaaah! —Arrancó a correr hacia Waterfall.

—¡No! ¡Detente! ¡Puedo desactivar la bom…!

Claus no dejó que su padre terminara la frase. Lo embistió y se lanzó con él al precipicio. Un grito retumbó en la gruta y dos segundos después el baúl detonó. La intensidad de la explosión sacudió los cimientos del puente, haciéndonos perder el equilibrio y apagando la mayor parte de los candiles que iluminaban la gruta. Una de las estalactitas que colgaban sobre nuestras cabezas reventó a pocos pasos de nosotros y luego otra y otra, hasta que sólo llovieron agujas.

—Es una construcción de equilibrio, como la de la India. No tardará en sepultarnos a todos —comentó Turing muy sosegado, aceptando nuestro destino.

—¿Es el fin? —le preguntó Abú.

—Me temo que sí, profesor.

—¡Se olvidan de que Daniel ha completado la máscara! Él nos salvará —dijo Solomon esperanzado.

Se agachó ante mí y me tomó las manos.

—Venga, guardiamarina, ¡vamos, muchacho! Obra un milagro. ¡Tú puedes!

Se sacó el escapulario, me lo puso en la palma y la cerró.

—¡Venga, hijo! ¡Concéntrate!

—Capitán… —jadeé.

—Daniel, por favor, acuérdate de Elizabeth. Por favor —me rogó Víctor.

—No… no puedo —respondí—. Lo siento, capitán, lo siento, señor Víctor, pero no puedo hacer eso.

—Muchacho, no. Venga, no digas eso. Solo estás cansado. Concéntrate —decía Solomon con una sonrisa y los ojos encharcados en lágrimas.

—No hay ninguna ciencia que pueda traer a nadie de la muerte. Lo siento.

—Es… ¿imposible? —dijo Víctor rindiéndose.

—Lo siento. Pero… sí puedo decirles una cosa. —Me miraron

—. He aprendido algo.

Otro agujón se desprendió tan cerca que sus piedras llegaron rodando hasta nuestros pies.

—Tampoco están muertos.

—¿Qué quieres decir, hijo? —me preguntó el capitán.

—Es complicado de explicar, pero las personas, su mujer —miré a Solomon—, su hijo, Elizabeth —miré a Víctor—, todos nosotros somos energía. No pueden destruirnos, pero tampoco habitar en esta dimensión.

—Gracias de todos modos, Daniel —dijo Jakob—. No te preocupes, esta noche cenaremos con ellos.

—¡La cena tendrá que esperar! —gritó Turing.

La luz del día entró a raudales por uno de los laterales de la gruta.

—*Kør! Kør!*

Nuestro titán danés comenzó a gritarnos que corriésemos. Las puertas que cerraban la gruta se habían abierto de par en par y los marineros, con voces de ánimo, nos espoleaban a que fuéramos hacia la salida.

—Váyanse, rápido —respondí agotado.

—¡Soy el capitán Solomon y nadie podrá decir que abandoné a uno de mis hombres! —rugió, cogiéndome del brazo y echándome a su espalda—. ¡Vamos!

Y conmigo a cuestas corrió con todas sus fuerzas. Durante nuestra carrera vi cómo el techo se derrumbaba y las estalactitas caían a nuestro alrededor reventando con violencia contra el suelo. Miré atrás y vi que los pies de Solomon se apoyaban sobre piedras que, inmediatamente después, desaparecían. El puente se hundía bajo nuestros pies. Ganamos la luz y, tras superar el umbral, el capitán siguió cargando conmigo.

Lo último que recuerdo es el atronador rugido de la mar reclamando para sí la isla de R'lyeh; ver cómo la montaña comenzaba a hundirse, el suelo a resquebrajarse y a mis amigos tirando unos de otros. Logramos llegar al Prometeo y subir a bordo. Cuando la mar ya se había saciado, haciendo desaparecer aquello

que nunca debió emerger, nos quedamos flotando en mitad de la nada.

LXIV
Diez mil millas náuticas después

Diez mil millas náuticas y tres meses después de aquel día, tras cruzar medio Pacífico, doblar el cabo de Hoces y enfrentarnos a la peor de las tormentas en el Atlántico, logramos regresar al punto de partida: el puerto de Vigo.

Esos tres meses los pasé postrado en mi cama del Prometeo. Me encontraba sumamente extenuado, no podía caminar y apenas tenía fuerzas para respirar. La máscara había volcado su infinito conocimiento en mi cabeza y esta luchaba por asimilar tan ingente cantidad de información. Para mi fortuna, mis buenos amigos me cuidaron día y noche. Durante ese tiempo, a todas horas, siempre estaba alguno a los pies de la cama, cuidándome y aprendiendo. Por las mañanas, mientras Turing me daba maternalmente a sorber cucharaditas de sopa, el profesor Abú anotaba cada una de las fórmulas que mis labios, de manera involuntaria, musitaban constantemente. Por la noche —o por el día, no lo recuerdo bien—, tiritando de frío, charlaba con el señor Jakob sobre el libre albedrío demostrándole, desde mis nuevos conocimientos, la necesaria existencia de Dios. Durante las tardes le transmitía al doctor Lawrence todo lo que sabía sobre la biología humana y a Víctor sobre el resto de las especies del planeta. El capitán Solomon, a diferencia de los demás, que acudían a mi lecho a escucharme, me narraba sus aventuras. Y escucharlo me relajaba.

Estando a unas millas de Vigo, hice acopio de fuerzas, me vestí y

subí a la cubierta.

—Pensé que nunca más volvería a sentir esta brisa, capitán —dije agarrándome a la borda del Prometeo y dejando que el céfiro me acariciase la cara.

—¡Demonios, guardiamarina! Qué agradable sorpresa. Veo que se encuentra más entero. —Me olfateó—. Por cierto; ¿cuánto hace que no se enjabona? Apesta a perro húmedo.

—Desde que abandonamos R'lyeh, capitán.

—¿Cuándo va a dejar de llamarme capitán, guardiamarina?

—Cuando usted me ascienda en el rango, capitán.

Reímos.

Recogimos velas y a media máquina, haciendo sonar el pito de vapor, entramos en el puerto de Vigo. No hubo recibimientos, banda de música ni serpentinas de papel, nadie sabía nada acerca de la homérica odisea de la que regresábamos. Nos limitamos a vagar entre atuneros, barcos de la Armada y mercantes hasta llegar al muelle del que habíamos zarpado. Después de atracar tendimos la pasarela y bajamos.

—Parece distinto —apreció con nostalgia al observar que habían cambiado el viejo pontón de madera por un muelle de cemento y rocas con norayes de bronce—. No se parece en nada al puerto del que partimos. Espero que ya no me busque la Guardia Civil.

—El tiempo pasa y las cosas mejoran —comentó Solomon—. Ya se habrán olvidado del tema. Confía en mí.

—¿Qué piensas hacer, Daniel? —me preguntó Lawrence.

—No lo sé, doctor. De momento me apetece estrechar la mano de mi padre y besar a mi madre. Quiero descansar de la mar. Quizás algún día vuelva a embarcarme. No lo sé. No sé qué haré. Y usted, ¿va a cumplir su sueño de ser granjero?

—Tengo otro proyecto. —Fruncí el semblante—. Durante estos últimos meses me has enseñado facetas de la ciencia médica que jamás me habría planteado. —Miró a Solomon cediéndole la palabra.

—Resulta, Daniel, que ayer por la noche, mientras tú dormías, nos reunimos todos. Fuera de este barco no tenemos a nadie. Somos

nuestra única familia.

—Desde R'lyeh nos has enseñado mucho —habló Abú—. En estos últimos tres meses hemos aprendido más de física, astronomía, biología, medicina y matemáticas que lo que podríamos aprender en varias vidas. Y lo más fascinante de todo es que aún queda por descubrir. Ahora el profesor eres tú, Daniel. El hombre más sabio del universo. —Se arrodilló ante mí—. Y si todo esto no fuera suficiente, logras atemperar nuestras almas.

—Abú, por favor. —Me agaché y le indiqué que se levantase—. Sólo soy un muchacho.

—No, Daniel. —Me miró a los ojos—. Ya eres un hombre.

—Entonces, ¿qué van a hacer?

—Hemos decidido circunnavegar el mundo divulgando ese conocimiento —respondió Víctor—. Ayudar a la humanidad en su camino. Eso es lo que hubiera hecho Elizabeth. ¿Qué va a hacer usted con su don?

Suspiré y miré la mar.

—Creo que después de descansar me dedicaré a la investigación. —Miré a unos niños que hacían correr un aro por el puerto—. Algún día daremos el salto a las estrellas y me gustaría ayudarles cuando llegue ese momento. Creo que el futuro está ahí arriba y no aquí abajo.

—¿Es lo que usted quiere?

—Sí, rotundamente sí.

—*Da budet tak*. —Me estrechó la mano—. Que así sea.

—¿Y Turing? ¿No se ha levantado aún? Me gustaría despedirme de él.

—¡Arre, arre, caballo del demonio! —gritaba Turing desde el otro extremo del muelle. Venía hacia nosotros a galope tendido, arrancando chispas a las herraduras de su cabalgadura.

—Le encantan las entradas llamativas —murmuró Jakob.

Detuvo al animal a nuestro lado y bajó de un salto.

—Es una bestia salvaje —apreció.

—Esta vez lo he comprado legalmente —dijo orgulloso, acariciándole las crines—. Doscientas piezas de oro.

—Me refería a usted, Turing.

Me miró desafiante, me señaló con el dedo y comenzó a reír.

—Daniel, pasas demasiado tiempo con el matasanos. Te está pegando su lengua de víbora. —Los ojos le brillaron—. El caballo no es para mí, es para ti.

—¿Para mí?

—¿Cómo vas a llegar a casa? ¿A pie? —dijo Solomon—. Eso no es propio de caballeros. Además, así tu padre verá que has hecho fortuna. Anda, dame un abrazo.

Abracé al capitán y, uno por uno, a todos los demás.

—Turing, ¿se encuentra bien? —Me pareció verlo emocionado.

—¡Sí, sí! ¡Demonios, es esta maldita brisa, que me seca los ojos! —Asentí con una sonrisa. Me tomó del pescuezo, acercó mi oreja a su boca y susurró—: El caballo es robado, he preferido meterte el oro en las alforjas. Tú le sacarás más partido. —Alzó la cabeza—. ¡Bueno! ¿Qué? ¿No lo vas a montar? ¿Me he gastado el dinero para nada? Pon el pie en el estribo y da un salto.

Hice como me indicó y me acomodé en la silla.

—*Bhuen viaje sheñó. Lhe esaré* mucho de *meno* —dijo Koopha mientras Hannut se escondía detrás de él.

—¿No me vas a despedir?

Hannut salió y, tímidamente, se acercó a mí, pero, en el último momento, se arrepintió y, llorando, volvió a subir al barco.

—*Lho* siento *sheñó. Lhe* duele *despeirse* de *usté*.

—Lo entiendo. Dile de mi parte que ha sido maravilloso. —Koopha asentía con una gran sonrisa—. Gracias, amigo. Yo también te echaré de menos.

—Nosotros no heredamos la tierra de nuestros ancestros; sólo la tomamos prestada de nuestros hijos —dijo Taloq, estremeciendo nuestros corazones con el retumbar de su voz—. Buen viaje, hombre de las estrellas.

—Gracias, Taloq.

—Parece que este es el final del camino —dijo Solomon, ajustando los arreos de la cabalgadura—. Vamos a hacer escala, reponer la bodega, arreglar los palos… En tres días volveremos a

hacernos a la mar.

—¿Me lo dice por algo en especial, Solomon?

—La mar curte y embruja los corazones de los hombres. He visto a muchos marineros incapaces de acostumbrarse a tener tierra bajo los pies. Sólo puedo decirle eso. —Se apartó y me saludó marcialmente—. Mucha suerte, guardiamarina Daniel. —Sus ojos centellearon.

—Mucha suerte, capitán Solomon.

—No me gustan las despedidas. ¡Arre, bestia inmunda! —gritó Turing, asestándole un soberbio bofetón a la grupa del caballo.

El animal se encabritó, clavando los pies en la tierra y rasgando el cielo con las manos y, como una exhalación, escuchando de fondo a Hannut gritar mi nombre, abandoné el puerto jurándome que no miraría atrás.

LXV
Gravedad

Después de una jornada de trote ligero, llegué a la puerta de la casa. Sin duda era la casa de mis padres pero, al igual que en el puerto, tenía la sensación de que todo había cambiado. Sólo que en este caso el cambio había sido a peor.

La fachada tenía desconchones, el jardín estaba abandonado y las malas hierbas habían crecido hasta casi cerrar el caminito de entrada. Até al caballo al amarradero, levanté el pestillo de la verja y pasé al jardín.

—¿Hola? —grité, pero nadie me respondió.

Poco a poco fui dándome cuenta de que el mantenimiento del inmueble había sido descuidado por completo. Los cristales de algunas ventanas, incluido el rosetón de la buhardilla que me vio partir, estaban rotos. Llegué hasta el porche, giré el picaporte de la puerta y, después de desatascarla con el hombro, esta se abrió con un quejido de bisagras.

—¿Hola? ¡Padre! ¡Madre! ¡Soy Daniel! ¡He vuelto! ¿No hay nadie en casa?

Estaba empezando a sentir una fuerte desazón. Los muebles estaban cubiertos con sábanas y en el suelo veía mis pisadas impresas sobre una gruesa capa de polvo. Lo primero que pensé es que quizás el Comisionado de Estibas había vuelto a destinar a mi familia a otro país.

—¡Quieto! —me amenazó una voz a mis espaldas—. No te

muevas, jovencito. Tengo un arma cargada apuntándote a los riñones y créeme que a esta distancia nunca fallo. ¿Qué vienes a robar hoy? ¿Crees que no me entero? Ayer y anteayer y el otro día. Os oigo entrar y revolver todo con vuestras zarpas de ratas. Ya no queda mucho que puedas esquilmar.

—No dispare —levanté las manos muy despacio.

—Te has equivocado de casa, hijo.

Su voz me resultaba familiar.

—No pretendo robar nada, señor. Qué estúpido sería el ladrón que menoscabase su propia heredad.

—¿Estás borracho? ¿Qué dices?

—Voy a girarme, señor. No dispare, por favor.

Me giré y vi a un anciano encorvado y canoso encañonándome con una escopeta que a duras penas podía sujetar.

—¿Quién demonios es usted? —dijo aguzando la vista.

—Me llamo Daniel. Soy el hijo de los dueños. —De manera instantánea reconocí al hombre que se ocultaba bajo aquellas arrugas —. ¿Galbraith? ¿Eres tú?

—¿Señorito Daniel?

El anciano se desmayó.

—Ánimo, Galbraith —decía abanicándole con un viejo pasquín —. Tienes que comer un poco más. Te has desmayado.

—¿Qué? ¿Qué? —repetía confundido mirando en todas direcciones—. ¿Qué hacemos en el jardín? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te he sacado para que te dé el aire. Dentro el ambiente está pasmado, como si no hubieran ventilado en bastante tiempo. Y el jardín —apreció al ver las matas que habían crecido— lo tienes un poco descuidado.

—No, no, no… —Tragó saliva y, mirándome con unos ojos que albergaban unas incipientes cataratas, me dijo—: ¿De verdad eres el señorito Daniel? —Acercó sus manos a mi cara y me acarició el rostro—. Santo Dios. Eres tú.

—Por supuesto que soy yo, Galbraith. ¿Quién si no iba a ser? ¿Es que no me reconoces? ¿Y a ti qué te ha pasado? ¿Van a

organizar mis padres otra fiesta de disfraces? Quítate ese bisoñé. Como broma ya es suficiente.

—No, señorito, sus padres no van a organizar ninguna fiesta.

—Y bueno, ¿dónde están? Tengo que contarles muchas cosas —dije risueño.

Se levantó, caminó con dificultad diez pasos y comenzó a apartar unas hierbas, hasta dejar al descubierto dos lápidas.

—Aquí están sus padres, señorito.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—La mañana en la que usted se fue de casa su padre acudió al cuartel y le explicó al juez lo que había pasado. El juez comprendió lo sucedido y decidió librarle de toda culpa. Resolvió que había sido un trágico accidente entre niños. Entonces empezamos a buscarle por todas partes. Su padre removió cielo y tierra, invirtió toda su hacienda en sabuesos, inundó las calles con su retrato y ofreció una recompensa por traerle a casa. Pero no lo encontramos por ningún sitio. Fue como si la tierra se lo hubiese tragado…

Mientras Galbraith me relataba lo acaecido me fijé en los vidrios rotos de la ventana de la cocina. Estos me devolvían el reflejo de un joven de veinticinco años.

—¿Y qué pasó?

—Con los años y el disgusto de su desaparición sus padres comenzaron a dejar de comer. La primera en morir fue su señora madre y tres meses después, de pura pena, su señor padre. —Apretó los labios y comenzó a llorar—. ¿Dónde ha estado, señorito?

—Es imposible. Sólo llevo unos meses fuera.

—¿Meses? Daniel, han pasado treinta años.

Me quedé en silencio, aturdido.

—La masa de la máscara deformó el espacio-tiempo —suspiré.

—¿Qué ha dicho?

Era demasiado largo y complejo explicarle a Galbraith lo que había pasado.

—Quédate con la casa, con las tierras, con nuestras pertenencias, quédate con todo. —Entré de nuevo y tomé el primer daguerrotipo que encontré en el que estaban mis padres—. Sólo necesito esto. Por

cierto, ¿qué tal está Parker?

—¿Mi hijo? Tuvo hijos, y sus hijos ya han tenido hijos.

—Excelente.

Le di un fuerte abrazo, me dirigí a mi caballo y monté.

—Pero, pero… ¿no va a continuar el trabajo de su familia?

—Galbraith, la única familia que me queda está a un día de galope, esperando partir en un barco que va a zarpar sin mí. Ya perdí a una familia, no voy a perder a otra. —Miré una última vez aquellos viejos muros—. Siempre fuiste un buen hombre y un buen amigo. Cuida de la casa.

—Así lo haré, señorito.

—¡¡Arre!!

Clavé las espuelas y, galopando como si no hubiera un mañana, hice el camino de regreso a Vigo. El pobre animal, después de la trotada de ida, justo a las puertas de la ciudad, acabó agotado. Decidí regalárselo —bajo juramento de que lo cuidaría bien—, junto con todo el oro de sus alforjas, al primero que se cruzó en mi camino y a zancada larga, sintiéndome más libre y vivo que nunca, hice el último tramo hasta el puerto. Llegué al muelle al final de la tarde, siendo casi de noche. Al fondo del atracadero vi la elegante figura del Prometeo, a los hombres afanándose en sus labores y a Turing y Abú en la cubierta junto a Solomon, mientras este dirigía la partida.

—¡Quietos! ¡No se vayan! —Corrí, corrí y corrí por el interminable dique, pero el ruido de la caldera del Prometeo solapaba mis gritos. El barco puso proa a la mar y mis amigos partieron sin mí.

LXVI
Un nombre en las estrellas

¿Piensan que me dejaron tirado en el muelle? ¡Por supuesto que no! El profesor Abú tenía muy buen oído y, a pesar del intenso ruido de la maquinaria, escuchó mis gritos. Al capitán Solomon le faltó tiempo para virar toda y regresar a puerto a recogerme.

¡Qué aventura tan fascinante vivimos! Aquellos meses —según los que estuvimos a bordo— o aquellas décadas —según los que nos esperaron en tierra— cambiaron nuestras vidas.

También cumplimos nuestra promesa de ayudar a la humanidad. Rebautizamos al Prometeo y, financiados con el oro de Waterfall y del zar, circunnavegamos la tierra más de sesenta veces. Otras sesenta aventuras.

Nuestras investigaciones nos llevaron a buscar curas contra el cáncer en el corazón de selvas indómitas y a recorrer desiertos abrasadores en busca de nuevos elementos. Con ellos ayudamos a desarrollar tecnologías como el radar, los satélites, la radiografía o las resonancias magnéticas; innumerables físicos y matemáticos de los siglos posteriores bebieron de nuestras fuentes propiciando grandes saltos en la investigación espacial.

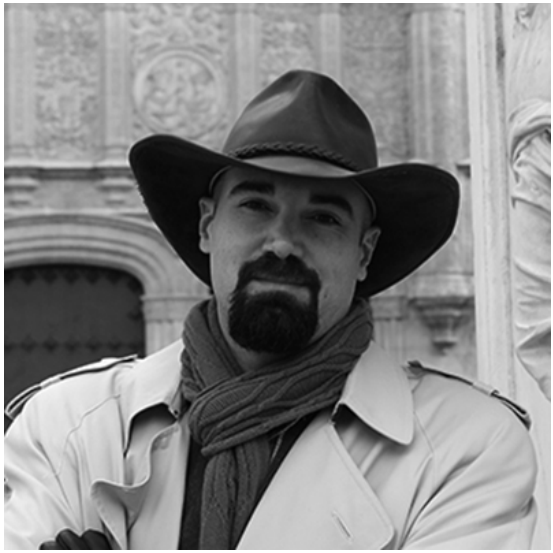
En nuestro camino también nos cruzamos con gobernantes abyectos y ruines que utilizaron nuestros conocimientos para ejecutar proyectos abominables. Unas veces, las más, pudimos evitar que esa tecnología cayera en malas manos pero, por desgracia, hubo otras en las que no pudimos hacer nada.

Los efectos de la máscara ayudaron a que mis amigos vivieran unas largas vidas. El último en irse, hace ciento diez años, fue mi amigo el capitán, y en su honor y memoria tomé su apellido.

Son las 21:12 del miércoles día 6 de mayo de 2289. Hace once horas que hemos abandonado el choque de terminación y nos adentramos en el espacio interestelar. Aquí el viento solar ya no nos ayuda, así que procedo a la recogida de las velas fotónicas. Cabestrantes de las velas activados. El reactor de antimateria está a pleno rendimiento. Todos los indicadores están en cebra y pasan a verde. Los sistemas funcionan perfectamente.

Taloq tenía razón. Mi nombre se escribirá en las estrellas.

FIN



JAIRO JUNCIEL (Salamanca, 1982) es escritor, licenciado en Derecho y Matemáticas. Colabora de manera habitual como columnista en la prensa escrita, actividad que compagina con la creación de contenido para su canal de Youtube «Un Ciudadano Peligroso». Amante de la literatura del Siglo de Oro y de la divulgación científica, cultiva diversos géneros literarios, como la novela histórica y la ciencia ficción. Respaldado por el aplauso de crítica y público tras su novela «El guardés del tabaco» (Almuzara, 2018), flamante ganadora del prestigioso certamen Albert Jovell, y su continuación, «El secreto de Rosanegra» (Almuzara, 2019), fue finalista asimismo del Premio Planeta 2019.